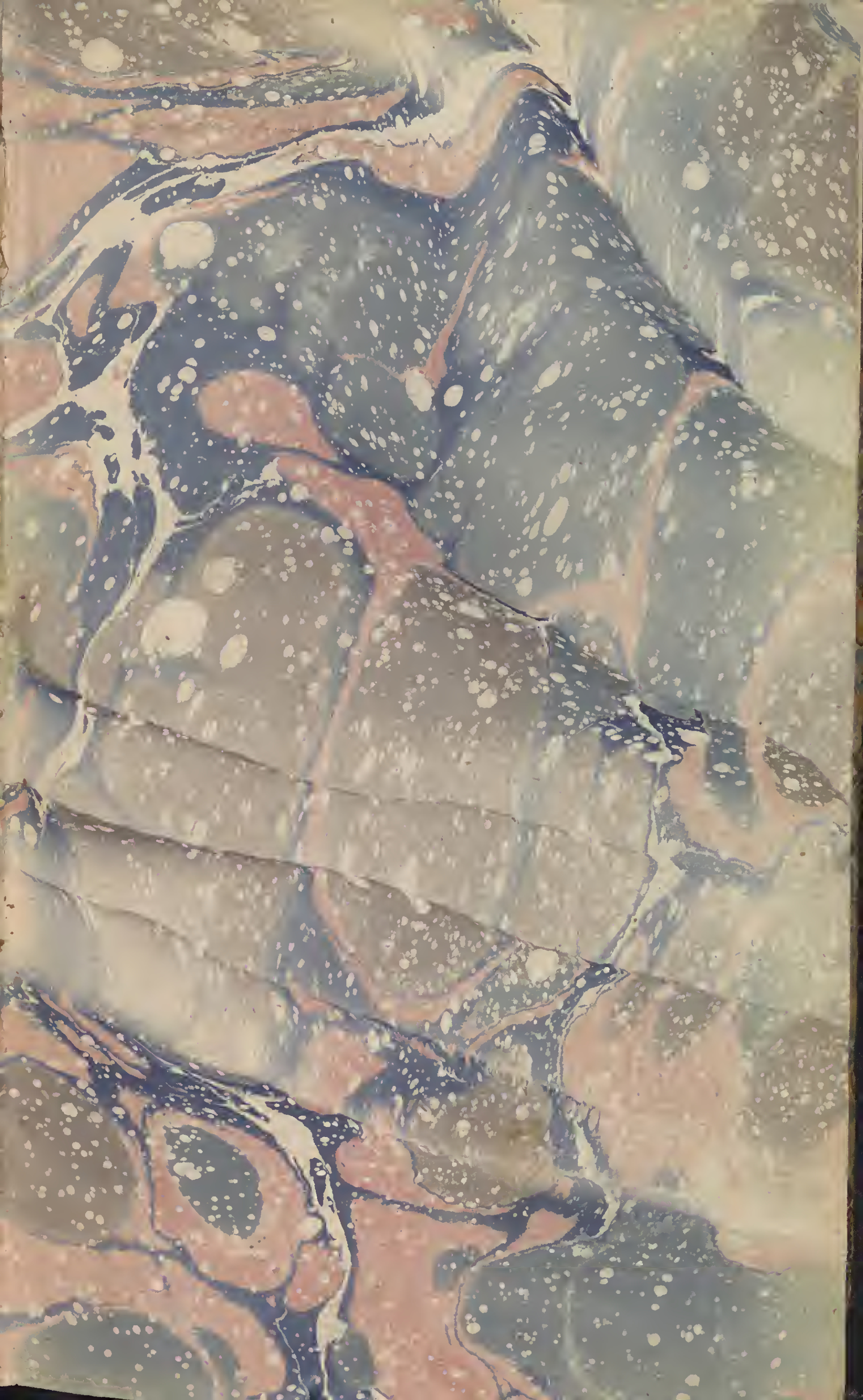

250/149





2L 250
22149

Medici, Frati e Comedia

TEATRO ESPAÑOL

ANTERIOR

Á

LOPE DE VEGA.

TEATRO ESPAÑOL

ANTERIOR

Á

LOPE DE VEGA.

POR EL EDITOR

DE LA

FLORESTA DE RIMAS ANTIGUAS CASTELLANAS.

HAMBURGO:

EN LA LIBRERÍA DE FREDERICO PERTHES.

1832.

Prólogo.

Las antiguas impresiones de los primeros ensayos de la Musa dramática en España se han hecho tan raras, que esta reimpresion de la mejor parte dellas no puede dejar de ser grata á los que se interesan en este ramo de la literatura. El editor no ha tenido otra mira, que el reproducir estas antiguallas en su forma original. Solo se ha permitido la supresion de algunas divagaciones pesadas ó impertinentes, y tal cual vez la mudanza de alguna palabra en obsequio del sentido. Estas faltas en los originales son sin duda erratas, de las que rebosan las impresiones poco esmeradas de aquellos tiempos.

Este tomo encierra seis representaciones de Juan del Encina, ocho de Gil Vicente (que son todas las que se hallan escritas en castellano entre sus obras),

cuatro Comedias de Bartolomé de Torres Naharro, las cuatro que se han conservado de Lope de Rueda y algunos pasos de sus dos Coloquios.

Quedan materiales de autores menos ó nada conocidos para formar otro tomo, que saldrà á luz si el presente merece la aceptacion pública.

J. N. B. de F.

SEIS
REPRESENTACIONES
DE
JUAN DEL ENCINA.

Juan del Encina floreció á fines del siglo XV, y es muy probable se representasen en Castilla estas sus composiciones en los últimos años de aquel siglo. Se hallan impresas en el Cancionero de sus obras, libro raro á pesar de sus seis ediciones que son Salamanca 1496 — Sevilla 1501 — Burgos 1505 (que ha servido de texto á la presente reimpresion) — Salamanca 1509 — Zaragoza 1512 y 1516.

Representaciones fechas por Juan del Encina, á los ilustres y muy magníficos señores don Fadrique de Toledo y doña Isabel Pimentel, Duques de Alva etc.

---

1. Egloga representada en la noche de la Natividad de Nuestro Salvador, entre cuatro pastores: Juan, Mateo, Lucas y Marco.

Juan.

Dios salve acá buena gente!
Asmo, soncas, acá estoy,
que á ver nuestrama voy:
héla esta muy reluciente.
Ó la visera me miente
ó es ella sin dudanza:
miefé, tráyole un presente
poquillo y de buena miente,
tome vuestra señoranza.

Y no penseis ahitaros,
que no es cosa de comer,
sino nuevas de pracer
para haber de gasajaros:
que mas precio contentaros
que nadie de nuestra aldea:
todos deben alabaros,
pero quien sabrá loaros
por huerte zagal que sea.

Pues si digo de nostramo
por quien os debemos mas,
que antes yo siempre jamas
el nuestro César le llamo:
que de tal árbor tal rama,
bien semeja parecer
al gran hijo de Priamo;
si de gran fama le afamo
dígalo su gran poder.

Ya le temen, soncas, que
dentro en Francia y Portugal,
porque saben que otro tal
ahotas, que nunca fue.
Él con sus fuerzas ahé
nos ampara y nos defiende,
y aun juro á buena fe
que apenas aballá el pie
cuando ya temen allende.

Es tan justo y tan chapado
tan castigador de robos,

que los mas hambrientos lobos
huyen mas de su ganado:
anda ya tan perlabrado
el terruño en su concejo,
que el mas pobre lacerado
tiene agora, Dios loado,
pan de sobra tras añejo.

Mateo.

¡O Juan, Juan, hi de Pascuala!
cata, cata acá estás tú?
digo, digo, pues que hu
has de habér tú el alcabala.
Ya tú presumes de gala
que te arrojas al palacio:
andar mucho enhoramala,
cuidas que eres para en sala,
no te viene de generacio.

Juan.

No me viene de natío?
calla, calla ya, malsin,
que nunca faltas de roin
tú tan bien como tu tio.
Cuando agora con tal frio
á ladrar tan bien te amañas,
qué harás en el estío,
que con rabia de mi brio
se te quemen las entrañas.

Mateo.

Oh, lacerado pastor,
de los mas ruines del hato!
aun no vales por un pato,
y tiéneste en gran valor.

Juan.

Desmuele ya, pecador,
esa envidia que en ti mora;
que aun ternias mas rencor,
si supieses la labor
que á nuestrama traje agora.

Mateo.

Déjate desas barajas,
que poca ganancia cobras:
yo conozco bien tus obras,
todas no valen dos pajas.

Juan.

No has visto tú las alhajas
que tengo so mi pellon:
esas obras que sobajas
son regojos y migajas,
que se escuelan del zurron.

Mateo.

Yo te juro á San Pelayo
que cualquiera te deseche,
que nunca de buena leche
has mamado solo un rayo.

Juan.

Aunque agora yo no trayo
sino hato de pastores,
deja tú venir el Mayo,
y verás si saco un sayo
que relumbren sus colores.
Sacaré con mi eslabon
tanta lumbre en chico rato,
que vengan de cualquier hato
cada cual por su tizon:
darleshe de mi monton
bellotas para comer,

mas algunas tales son
que en roer el casearon
habrán harto que hacer.

Mateo.

Pues yo te prometo, Juan,
por mas ufano que estes,
que te doy mas de tres
que lo contrario dirán,
y bien sé que mofarán
de tus obras y de tí.

Juan.

Esos tales quien serán,
Sino Juan el Sacristan
que anda hinchado de sí.

Mateo.

Y aun Pablos, que es buen gaitero,
te remuerde los zancajos,
y el carillo de Sorbajos,
y el padre de Gil vaquero;
y el sobrino del herrero,
y aun Llorente tu cuñado,
y el hijo del meseguero,
que es zagal de buen apero
te tacha cuanto has labrado.

Juan.

Delante destos señores
quien me quisiere tachar,
yo me obrigo de le dar
por un error mil errores:
tenme por de los mejores,
cata que estás engañado:
que si quieres de pastores
ó si de trobas mayores,
de todo sé, Dios loado!

Y no dudo haber errada
en algun mi viejo escrito,
que cuando era zagalito
no sabia casi nada:
mas agora va labrada
tan por arte mi labor,
que aunque sea remirada,
no habrá cosa mal trobada,
sino miente el escritor.

Mateo.

Ora digo que en tí está
un bien chapado zagal.

Juan.

Yo te juro que por tal
me tienen mis amos ya,
y despues que moro acá
hé me parado mas lucio.

Mateo.

Acá moras?

Juan.

Miefé ha.

Mateo.

Como te va?

Juan.

Bien me va.

Mateo.

Que antes ora no te ahucio.

Juan.

Y tú nunca lo has sabido?

Mateo.

Miefé no, soncas digamos.

Juan.

Pues estos dós son mis amos.

Mateo.

Tiénente ya percogido?

Juan.

Digo ya estoy avenido,
y aun me dan buena soldada.

Mateo.

Qué te han dado? qué has habido?

Juan.

Aun agora no he comprido.

Mateo.

Luego no te han dado nada?

Juan.

No me han dado, mas darán,
dejándolos Díos vivir.

Mateo.

No los dejes de servir,
ahotas, que sí harán:
que lo te aseguro, Juan,
que no estes á lumbre de pajas
ni te falte ya el pan:
no son amos que se están
recachando en las meajas.

Juan.

Á Dios gracias, que me dió
tal gracia que suyo fuese.

Mateo.

Si tales amos tuviese,
Saldria de cuita yo.

Juan.

Nunca tal amo se vió
ni tal ama tan querida,
nunca tal ni tal nació:
Dios, que tales los crió,
les dé mil años de vida.

Lucas y Marco.

Dios mantenga! Dios mantenga!

Juan y Mateo.

Oh, norabuena vengais.

Lucas.

Y vosotros acá estais?

Mateo.

Miefé, ah, venga quien venga.

Lucas.

No hay quien de pracer se tenga.

Mateo.

Y qué nuevas hay allá?

Lucas.

Hay una nueva muy luenga,
menester es gran arenga,
que Dios es nacido ya.

Mateo.

Y cuando, cuando nació?

Lucas.

Aun agora en este punto
Dios y hombre todo junto,
y una Vírgen lo parió.

Marco.

Bien lo barruntaba yo.

Mateo.

Yo tambien bien lo sentia:
mas primero lo sintió
aquellotro que escribió,
que una vírgen pariria.

Lucas.

Qué te parece, Mateo?

Mateo.

Ya tú, Lucas, lo verás.

Lucas.

Y tú, Marco, qué dirás?

Marco.

Que es cumplido mi deseo.

Lucas.

Y tú, Juan, del buen aseo,
qué dices que estás callando?

Juan.

Miafé, digo que lo creo,
que ya estaba yo en oteo
de luengo tiempo esperando.

Mateo.

Qué esperabas? di, zagal,
por tu salud, habra, habra!

Juan.

Que Dios que era la palabra,
descendiese á ser carnal
en un vientre virginal.

Lucas.

Como lluvia descendió
para remediar el mal
del pecado original,
que el primer padre nos dió.
Del cielo vino su nombre,
el mayor que nunca hu,
que le llamasen Jesu
y Cristo por sobrenombre:
ya tenemos Dios y hombre,
ya pasible el impasible.

Juan.

Quién habrá que no se asombre!
quién habrá que allá no encombre
ver visible el invisible!

Lucas.

Envió Dios embajada
á la Vírgen con Gabriel
para en ella venir Él,
y luego quedó preñada:

dicen que cstaba turbada
del mensage nunca visto,
mas quedó muy confortada,
que esperaba ser llamada
la madre de Jesu Cristo.

Mateo.

Con el dedo acertaria
que debe ser una esposa
de Josepe muy hermosa
esa tal quc tal paria.

Lucas.

Una que llaman María.

Mateo.

Pésame que no hay espacio,
que aun de aquesa yo sabria
contar la genalogía
de todo su generacio.
Él es hijo de David,
de David y de Abrahan.

Lucas.

Diga, diga, diga, Júan!
que es zagal de buen ardid.

Juan.

Digo, digo que él es vid,
vida, verdad y camino:
todos, todos le scrvid!
todos comigo dccid,
que es el Verbo divino.

Mateo y Marco.

Sí, decimos! Sí, decimos!

Lucas.

Asi digo yo tambien
que nacido es en Belen
y de un ángcl lo supimos
aunque gran temor hubimos,
y nos puso gran anteo:
gran gasajo recibimos,
que á los ángeles oimos
la grolla de celis Deo.
Sonaban con gran dulzor
unos sones agudillos
de muy huertes caramillos
al nacer del Redentor:
nació nuestro Salvador
por librar nuestra pelleja.
Oh, que chapado pastor!
que morirá sin temor
por no perder una oveja.

Marco.

Qué pastor tan singular
no parece este doncel:
todos vivamos con él,
que cste nos viene á salvar.

Juan.

Y despues ha de dejar
á Pcdro, nuestro carillo,
las ovejas á guardar,
y las llaves del lugar
y su hato y caramillo.

Mateo.

Miafé con él nos uñamos
que su yugo es muy suave,
y su carga no es muy grave

mas muy leve si miramos:
si de gana lo tomamos
gran gasajo sentiremos.

Lucas.

Muy humilde le seamos,
que si bien nos humillamos
bien ensalzados seremos.

Marco.

Deste son las profecías
que dicen que profetaron
aquellos que pernunciaron
la venida del Mesías,
cuyas carreras y vias
antes dél aparejaba
el hijo de Zacarias,
la voz que tú, Juan, decias
que en el desierto clamaba.
Aquel que nos predicó
que vernia despues dél
otro mas valiente que él,
que es aqueste que hoy nació:
y este mismo le envió.
Yo le ví por nuestra aldea
y aun él dijo: no so yo,
ni menos so dino, no,
de desatar su correa.

Lucas.

Quísole Dios enviar
delante por mensagero,
porque pudiese primero
todo el hato recordar.

Juan.

Vino al mundo á predicar
de Cristo por su mandado,
para el testimonio dar.

Marco.

Cristo vino á ministrar,
no para ser ministrado.

Juan.

Hartar, hartar ya, gañanes,
que es venido pan del cielo
pan de vida y de consuelo:
no comais somas de canes,
ni andeis hechos albardanes
comiendo vianda vil;
que aqueste con cinco panes
hartará mas rabadanes
que otro con cinco mil.

Lucas.

Mateo, si no rebellas
y te percude cariño,
vamos á ver aquel niño
que es de las cosas mas bellas.

Mateo.

Y tú, Juan, que las estrellas
oteas de hito en hito,
ven, verás la mayor dellas,
lucero de las doncellas
con su hijo tan bendito.

Lucas.

Á Belen vamos, zagales,
que allí dicen que ha nacido
en un pesebre metido;
envuelto en unos pañales:

entre brutos animales
quiso venir á nacer
en tan crudos temporales,
por pagar bien nuestros males
ya comienza á padecer.
El Señor de la riqueza
por dejarnos gran herencia,
en su muy pobre nacencia
á ser pobres nos avcza:
nunca fue tan gran pobreza
para hijo de tal padre.
Aballemos sin pereza,
vamos à tomar braveza
y á gasajar con su madre.

Mateo.

De los primeros seremos,
vamos, vamos, vamos, Juan.

Lucas.

Benditos los que verán
lo que nosotros veremos.

Marco.

Aballemos, aballemos
y no estemos anaziados,
sino todos respinguemos.

Juan.

Y dos á dos cantiquemos,
porque vamos ensayados.

Villancico.

Gran gasajo siento yo
huihó!
Yo tambien soncas que ha,
huihá!
pues aquel que nos crió
por salvarnos nació ya:
Huihá, huihó!
que aquesta noche nació.
Esta noche al medio della
cuando todo estaba en calma,
por nos alumbrar el alma
nos nació la clara estrella:
clara estrella de Jacó
huihó!
alegrar todos que ha
huihá!
pues aquel que nos crió etc.
En Belen nuestro lugar
muy gran calor relumbrea,
yo te juro que aquesta aldea
por el mundo ha de sonar:
porque tal fruto nos dió
huihó!
gran honra se le dará
huihá!
pues aquel que nos crió etc.
Una vírgen concibiera
sin simiente de varon,
y vírgen sin corrupcion
al hijo de Dios pariera,
y despues vírgen quedó
huihó!
gran memoria quedará
huihá!
pues aquel que nos crió etc.
Una vírgen de quince años
morenica de tal gala,
que tan chapada zagala
no se halla en mil rebaños:

nuuca tal cosa se vió
huihó!
ni jamas fue ni será
huihá!
pues aquel que nos crió etc.
Vámonos de dos en dos,
aballemos á Belen,
porque percancemos bien
quien es el hijo de Dios:
gran salud nos envió
huihó!
aquel que en Belen está
huihá!
pues aquel que nos crió etc.
Ya rebulle la mañana
aguijemos que es de dia,
preguntemos por María
una hija de Santa Ana,
que ella ella lo parió
huihó!
vamos, vamos andallá
huihá!
pues aquel que nos crió
por salvarnos nació ya:
huihá! huihó!
que aquesta noche nació —

---

2. Representacion á la muy bendita Pasion y Muerte de nuestro Redentor entre dos hermitaños (el uno viejo y el otro mozo), la Verónica y un Angel.

Hijo.

Deo gracias, padre honrado!

Padre.

Por siempre, hijo.

Hijo.

Do vas?
que tanta prisa te das
con tus canas ya cansado.

Padre.

Ay cuitado!
que dicen mira verás
que es Cristo crucificado.

Hijo.

Cristo, nuestra claridad,
nuestro Señor, nuestro Dios,
por qué padeció?

Padre.

Por nos,
por pagar nuestra maldad
en verdad.

Hijo.

Vámonos ambos á dos,
si fuere tu voluntad.

Padre.

Yo en su busca camino
por este valle desierto,
por siquiera desque muerto
ver aquel Verbo divino,
pues es dino
de ser adorado cierto:
allá voy á tino á tino.

Hijo.

Y no sabes donde está?
donde le crucificaron?
para do le encaminaron
por hacer tan gran maldad?

Padre.

Anda acá:
al lugar do le llevaron
el rastro nos llevará.
Que iba sangre corriendo
muy cruelmente azotado
y de espinas coronado,
cien mil injurias sufriendo
y gimiendo,
la cruz á cuestas cargado,
arrodillando y cayendo.

Hijo.

Y dime cuando fue, di?
que maravillado estoy.

Padre.

Dígote por cierto que hoy,
hoy en este dia, sí:
no le ví,
mas tan lastimado voy
que no se parte de mí.

Hijo.

Tan presto fue sentenciado?

Padre.

Ningun descanso le dieron:
á maitines le prendieron,
y á la prima fue llevado
y acusado
que á Pilato le trajeron,
y á tercia fue condenado.
Fuéronle á crucificar
á la hora de la sesta.

Hijo.

Oh que gran crueldad esta!

Padre.

Vamos, vamos le adorar
y rogar
pues que tan caro le cuesta,
nuestra alma quiera salvar.

Hijo.

Segun su grave tormento
ya debe haber expirado.

Padre.

Y aun será ya sepultado:
vamos ver el monumento.

Hijo.

Soy contento,
pues por nuestro pecado
mostremos gran sentimiento.

Padre.

Hubieras visto cual yo,
cuando el Señor expiraba,
como la tierra temblaba,
como el sol se escureció
y faltó!
cada cual lo barruntaba
todo el mundo lo sintió.

Hijo.

Mi sentido bien alcanza
á tan grandes movimientos:
bien sentí los elementos
que mostraron gran mudanza
sin tardanza,
cuando tales sufrimientos
sufria nuestra esperanza.
Mas yo por cierto non pensé,
si de tí no lo supiera,
que por su gran pasion era
cuanto terremoto fue:
por tu fe
hagamos de tal manera
que vamos donde él esté.

Padre.

Segun se me figura
y segun lo que él merece,
aquesta que aqui parece
debe ser su sepultura:
oh ventura!
como el criador padece
por salvar la criatura.

Verónica.

¿ Cómo tan tarde venis
à ver, hermanos benditos;
los tormentos infinitos
deste Señor que decis?
Mal ois
non haber oido los gritos
en el yermo do vivis.
Que desde muy gran mañana
andaban ya desvelados
esos Judíos malvados
por matarle con gran gana.

Padre.

Ay, hermana!
muere por nuestros pecados
nuestra vida soberana.

Verónica.

Oh, mis benditos hermanos!
qué gran lástima de ver
tan gran señor padecer
por dejar sus siervos sanos!
pies y manos
clavado sin merecer
por salud de los humanos.
Su cara abofeteada,
escupido todo el gesto,
y de espinas por denuesto

su cabeza coronada!
qué lanzada
le dieron en la cruz puesto
que me tiene lastimada!
Mirad como le trataba
aquella gente cruel,
que á beber vinagre y hiel
muy crudamente le daba,
cuando estaba
puesto por balanza y fiel
que la redencion pesaba.

Hijo.

Pues que por salvar la gente
padeció tantas pasiones,
sientan nuestros corazones
lo que por nosotros siente.

Verónica.

Cruelmente
en medio de dos ladrones
pusieron al inocente.
El traidor de Judas fue
el que la trató la muerte:
trájole pasion tan fuerte
aquel malvado sin fe.
Qué diré?
Señor de tan alta suerte
padecer tal sin porque!
Á su maestro vendió:
hay razon que tal sufriese,
que en treinta dineros diese
al mesmo que le crió!
paz le dió
para que le conociese
la gente que le prendió.

Padre.

Oh Judas, Judas maldito!
malvado falso traidor,
que vendiste á tu Señor
siendo su precio infinito!

Verónica.

¡ Cuan aflito
viérades al Redentor
dar su espíritu bendito!
Y aun pasando el buen señor
á dar fin á nuestro daño,
yo le dí por cierto un paño
para limpiar el sudor,
con dolor
de su dolor muy extraño
sufrido por nuestro amor.
Y dejóme aqui inprimida
en el paño su figura,
do parece la tristura
de su pasion dolorida
sin medida,
y esta es su sepultura
tesoro de nuestra vida.
Oh sagrario divinal!
arca de muy gran tesoro!
no de plata, ni de oro,
mas de mas alto metal
celestial:
descanso de nuestro lloro,
remedio de nuestro mal!

Padre.

Hermana, por caridad
muéstranos su semejanza,
que es gran bienaventuranza

tener tú tal heredad
en verdad:
muéstranos pues sin tardanza
la labor de su bondad.

Verónica.

Cata aqui donde vereis
su figura figurada,
del original sacada
porque crédito me deis:
si quereis
su pasion apasionada
aqui la contemplareis.

Padre.

Oh muy bendita muger!
por tú ser tan piadosa
eres tú la mas dichosa
de cuantas pudieran ser,
por tener
figura tan gloriosa
inprimida en tu poder.

Hijo.

Pueblo judáico malvado!
traspasador de la ley!
matar á su propio Rey,
habiendo de ser honrado
y adorado!

Verónica.

Murió el pastor por su grey
de todos desamparado.
Si discípulos tenia,
ninguno dellos quedó
que non le desamparó
salvo la Vírgen María,
que sentia
cuanta pasion él sintió
como á quien mas le dolia.
Oh ánima traspasada
con cuchillo de dolor!
ver morir al Redentor:
ay de tí, madre cuitada
tan penada!
fue tu lástima mayor
que á muger nunca fue dada.

Hijo.

Contemplemos la humildad
de aqueste manso cordero,
hijo de Dios verdadero,
camino, vida, verdad
y bondad,
con el Padre por entero
una misma voluntad.

Padre.

Hagamos aqui oracion
las rodillas en el suelo,
las manos puestas al cielo
con muy mucha devocion
y aficion,
pues sufrió tal desconsuelo
por la nuestra salvacion.

El Ángel.

Oh, monumento sagrado!
sepulcro mas que dichoso!
oh, cuerpo muy glorioso
de Cristo crucificado!

sepultado
tesoro mas que precioso,
aunque por poco apreciado!
Descansa tus miembros tiernos
duerme siquiera y reposa,
mientra el alma gloriosa
va despojar los infiernos,
por hacernos
vecindad muy mas gozosa
en los sus gozos eternos.
Tal dolor en cuerpo tal
fue para mas alegría,
para luego á tercer dia
resucitar inmortal
de mortal:
oh sola esperanza mia,
oh misterio divinal!
Oh muy sagrada pasion
de gozo muy infinito!
oh misterio muy bendito
de santa resurreccion!
oh gran don
de carta de fin y quito
para nuestra redencion!
Los que estais desconsolados
consolad los desconsuelos,
que vuestros llantos y duelos
en gozo serán tornados
y aun doblados:
subirá Cristo al cielo
con sus siervos libertados.
Á los cielos soberanos
subirá con su poder,
que presto le esperan ver
los celestes ciudadanos
tan lozanos,
y habremos todos placer:
andad en paz, mis hermanos.

Villancico.

Esta tristura y pesar
en placer se ha de tornar.
Tornaráse esta tristura
en placer, gozo y holgura,
que Cristo en la sepultura
no puede mucho tardar.
En llegando á los tres dias
gozaremos de alegrías,
que el Redentor y Mesías
tornará á resucitar.
Resucitará con gloria
vencedor de gran vitoria,
pongamos nuestra memoria
en siempre le contemplar.
Pongamos nuestra esperanza
en la bienaventuranza,
pues que Cristo nos la alcanza
muriendo por nos salvar.

3. Égloga representada en la noche postrera de Carnal que dicen Antruejo ó Carnes — tollendas, entre cuatro pastores: Bras, Beneito, Llorente y Pedruelo.

Bras.

Carnal fuera! Carnal fuera!

Beneito.

Espera, espera
que aun no estoy repantigado.

Bras.

Yo estoy ancho, Dios loado!

Beneito.

Aun somera
tengo mi gorgomillera.

Bras.

Hideputa, quien pudiera
comer mas!

Beneito.

Siéntate, siéntate, Bras,
come un bocado siquiera.

Bras.

No me cumpre, juro á mí:
ya comí
y tanto, que de tan ancho
ya se me rechincha el pancho.

Beneito.

Sienta á tí.

Bras.

Pues me aguzas, héme aqui:
qué tienes de comer, di?

Beneito.

Buen tocino,
y aqueste barril con vino
del mejor que nunca vi.

Bras.

Pues daca daca, comamos
y bebamos:
muera gata y muera harta.
Aparta, Beneito, aparta,
que quepamos
y que bien nos extendamos.

Beneito.

Extiéndete, Bras, y hayamos
gran solaz
hoy que es Sant gorgomellar,
que asi hacen nuestros amos.

Bras.

Nuestros amos ya han cenado
bien chapado.

Beneito.

Y aun hasta traque restaque.

Bras.

Quien me diese ahora un baque
(mal pecado)
diéseme por reventado.

Beneito.

Calca, calca buen bocado!

Bras.

No me cabe.

Beneito.

Hideputa y como sabe
esto que está collorado.
Come, come, come, come,
no nos tome
la cuaresma rellanados.

Bras.

Harbemos estos bocados,
aunque se asome
no temo que me deslome.

Beneito.

Miefé, Bras, á mí espantóme
de tal suerte,
que aunque cenemos muy huerte
júrote que ella nos dome.

Bras.

Adonde la viste estar?

Beneito.

Vi la andar
allá por esas aradas,
tras el Carnal á porradas
por le echar:
de todo nuestro lugar
vieras vieras asomar
por los cerros,
tanta batalla de puerros
que no lo sé percontar.
Y asomó por otra parte
el estandarte
del hermandad la hortaliza,
diciendo á la longaniza:
guarte, guarte,
tiempo es ya de confesarte!
Desmayaron de tal arte
los buñuelos,
que pagaron con sus duelos
las gentes de papillarte.
Fue la sardina delante
rutilante,
y al tocino arremetió,
y un batricajo le dió
tan cascante
que no sé quien no se espante:
domóle tan perpujante
sus porfias,
que en estos cuarenta dias
yo dudo que él se levante.
Vieras los ajos guerreros
con morteros
huertemente encasquetados,
saltando por esos prados
muy ligeros
con lanzas y majaderos:
los gallos por los oteros
muy corridos,
cansados, muertos, heridos,
á poder de cañaveros.

Las cebollas enristraron
y asomaron
por ensomo del cantueso:
los huevos, manteca y queso
no pararon,
que soncas luego botaron,
y al Carnal triste dejaron
en revuelta
ya huyendo á rienda suelta:
hasta agora pelearon.

Bras.

Oh, cuan crudo pelear!
gran pesar
me pone con su venida
la Cuaresma dolorida.

Beneito.

Sin dudar
ya se viene á mas andar,
no puedo mucho tardar
que no venga.

Bras.

Llorente el hi de Menga
veo por allí asomar.

Beneito.

Carean de cara acá?

Bras.

Miefé, há.

Beneito.

Dales muy fuertes apitos
que los atures á gritos.

Bras.

Bien será:
andá, zagales, andá!

Llorente.

Quereis que vamos allá?

Bras.

Miefé, sí.

Beneito.

Aballa, aballa, vení,
que para todos habrá.

Llorente.

Pedruelo, ven aballemos:
tomaremos
un rato de gasajado,
que toste toste priado
volveremos.
porque nos desenfademos.

Pedruelo.

Vamos presto, no tardemos,
que yo llevo
un tarro de leche nuevo
para que la sopetemos.

Llorente.

Gañanes, buena pro haga!

Pedruelo.

A Dios praga
como comeis á remanso.

Bras.

Queremos tomar descanso
pues nos vaga,
que despues todo se paga.

Llorente.

Gran laceria nos amaga
soncas, cras.

Beneito.

Diles que se sienten, Bras,
gentecilla es que bien traga.

Bras.

Sentay vos aqui, garzones
papillones.

Llorente.

Aguza los pasapanes:
sí que no somos gañanes
comilones,
ni tampoco beberones.

Bras.

Hideputas, mamillones,
no dejais
cabra que no la mamais:
si habrasen los zurrones!

Beneito.

Que traes en el zurron
di, garcon?

Pedruelo.

Trayo un buen tarro de leche
para que nos aproveche.

Bras.

Ah, mamon!
de las cabras es de Anton?

Pedruelo.

Soncas, yo no soy ladron:
muy mal habras,
aun yo si que tengo cabras
magüer que tantas no son.

Beneito.

Daca acá, Pedruelo, daca,
saca, saca:
comamos á muerde y sorbe
y uno á otro no se estorbe.

Bras.

Si es de vaca
es perdañosa y bellaca.

Beneito.

Bien sabe si no es muy fraca
la vacuna.

Pedruelo.

Yo os la daré cabretuna,
y habeis de sorber á estaca.
Sorbe, sorbe tú primero,
Bras cabrero!
como sorbes descortés!

Bras.

Sorba Beneito despues,
que es vaquero.

Pedruelo.

Y dis Llorente ovejero:

yo quiero ser el postrero,
por sorber
huertemente á mi pracer,
pues que yo traje el apero.

Llorente.

Beneito, que sos, hermano,
sobrellano!

Pedruelo.

Hideputa, como sorbes!

Beneito.

Calla, calla, no me estorbes
á mi mano:
no me habres tan temprano.

Llorente.

Daca acá, Bencito hermano:
sorberé
y luego se lo daré
á Pedruelo bueno y sano.

Beneito.

Límpiaté primero el moco:
sorbe poco,
que quede pra Pedruelo.

Llorente.

Calla tú, que yo, mozuelo,
no soy loco,
que muy cortesmente emboco:
mira como yo le toco
sin sollar.

Pedruelo.

Miefé sus á cantar
y verás como debroco.

Villancico.

Hoy comamos y bebamos
y cantemos y holguemos,
que mañana ayunaremos.
Por honra de San Antruejo
parémonos hoy bien anchos:
embutamos estos panchos
recalquemos el pellejo,
pues costumbre es de concejo
que todos hoy nos hartemos,
que manaña ayunaremos.
Honremos á tan buen santo
porque en hambre nos acorra:
comamos á calzaporra
que mañana hay gran quebranto:
comamos, bebamos tanto
hasta que nos reventemos,
que mañana ayunaremos.
Tomemos hoy gasajado
que mañana vien la muerte:
bebamos, comamos huerte,
vamonos cara el ganado:
no perderemos bocado
que comiendo nos iremos
y mañana ayunaremos.

4. Égloga del escudero que se torna pastor, entre Mingo y Pascuala, pastores, y el escudero.

Mingo.

Pascuala, Dios te mantenga!

Pascuala.

Norabuena vengas, Mingo:
hoy que es dia de domingo
no estás con tu esposa Menga?

Mingo.

No hay quien allá me detenga,
que el cariño que te tengo
me pone un quejo tan luengo,
que me acosa á que me venga.

Pascuala.

No me place estar contigo
sin la tu esposa Menguilla:
como dejas tu esposilla
por venirte acá comigo?

Mingo.

Soncas, soncas, no te digo
que eres zagala tan bella,
que te quiero mas que á ella,
Dios lo sabe que es testigo.

Pascuala.

Miefé, Mingo, no te creo
que de mí estes namorado,
pues eres ya desposado:
tu querer no lo deseo.

Mingo.

Ay, Pascuala! que te veo
tan lozana y tan garrida,
que yo te juro á mi vida
que deslumbro si te oteo.

Y porque eres tan hermosa
es fuerza te quiera á tí,
y debes quererme á mí
pues por tí dejo á mi esposa:
y toma, toma esta rosa
que para tí la cogí,
aunque no curas de mí
ni por mí se te da cosa.

Pascuala.

Oh, que chapados olores!
Mingo, Dios te dé salud,
y gozes la juventud
mas que todos los pastores.

Mingo.

Y tú dasme mil dolores:
dame, dame una manija,
ó siquiera esa sortija,
que traya por tus amores.

Pascuala.

Tirte, tirte allá, Minguillo,
no te quillotres de vero;
héte viene un escudero
vea que eres pastorcillo:

sacude tu caramillo,
tu hondijo y tu cayado,
haz que aballas el ganado:
silva, hurria, da gritillo!

Escudero.

Pastora, sálvete Dios!

Pascuala.

Dios os dé, Señor, buen dia.

Escudero.

Guarde Dios tu galanía.

Pascuala.

Escudero, asi haga á vos.

Escudero.

Tienes mas gala de dos
de las de mayor beldad.

Pascuala.

Esos que sois de ciudad
perchufais huerte de nos.

Escudero.

Deso no tengas temor:
por mi vida, pastorcica,
que te haga presto rica
si quieres tenerme amor.

Pascuala.

Esas tronicas, Señor,
allá para las de villa.

Escudero.

Vete comigo, carilla,
deja, deja aquel pastor.

Déjalo que Dios le vala
no te pene su penar,
que no te sabe tratar
segun requiere tu gala.

Mingo.

Estáte queda, Pascuala,
no te engañe este traidor,
palaciego, burlador,
que ha burlado otra zágala.

Escudero.

Hideputa avillanado,
grosero, lanudo, brusco!

Mingo.

Ah, no praga Dios con vusco,
porque venis deslenguado.

Escudero.

Cura allá de tu ganado:
calla si quieres, matiego.

Mingo.

Porque sos muy palaciego
presumis de sazonado.
Cuidais que los aldeanos
no sabemos quebrajarnos.
No penseis de sobajarnos
porque sois ciudadanos:
que tambien tenemos manos
y lengua para dar motes,
como aquesos hidalgotes
que presumen de lozanos.

Escudero.

Anda acá, Pascuala, vamos
no paremos que es ya tarde.

Pascuala.

Por vida de quien, aguarde,
porque mas nos entendamos:
espera, Mingo, veamos.

Escudero.

Oh bendita tal zagala!
yo te doy mi fe, Pascuala,
que no nos desavengamos.
Pénasme por solo verte
y con tu vista me aquejas:
si tú te vas y me dejas
muy presto verás mi muerte:
no me trates de tal suerte
pues yo te quiero tanto.

Mingo.

Júrote á Sanjunco santo,
que la quiero yo mas huerte.

Escudero.

Qué aprovecha tu querer
que no tienes que le dar
que la fe y el bien amar.

Mingo.

En las obras se ha de ver:
yo te juro á mi poder
que le dé yo mil cosicas,
que aunque no sean muy ricas
serán de bel parecer.

Escudero.

Díme, pastor, por tu fe
qué es lo que tú le darás,
ó con qué la servirás?

Mingo.

Con dos mil cosas que sé
yo miefé la serviré:
con tañer, cantar, bailar,
con saltar, correr, luchar,
y mil donas le daré.
Darélc buenos anillos,
zarcillos, sarta de prata,
buen zucco, buena zapata,
cintas, bolsas y tejillos,
y manguitos amarillos:
gorgueras y capillejos,
dos mil adoques, vermejos
verdes, azules, pardillos.
Manto, saya, sobresaya
y alfardas con sus orillas,
almendrillas y manillas
para que por mí las traya.
Labraréle yo de haya
mil barreñas y cuchares,
que en todos estos lugares
otras tales no las haya.
Y frutas de mil maneras,
le daré desas montañas,
nueces, bellotas, castañas,
manzanas, priscos y peras:
dos mil yerbas comederas,
cornezuelos, botiginas,
pies de burro, zapatinas
y garbanzas y acederas.
Y aun daréle pajarillas
codornices y zorzales,
jilgueritos y pardales
palomos y palomillas:
pegas, tordos, tortolillas,
cuervos, grajos y cornejas

las de las calzas vermejas:
como no te maravillas?

Escudero.

Calla, calla, que es grosero
todo cuanto tú le das:
yo le daré mas y mas
porque mas que tú la quiero.

Mingo.

Miefé, señor escudero,
ella diga quien le agrada,
y de aquel sea adamada
aunque yo la amé primero.

Escudero.

Pláceme que sea asi
pues que quieres asi sea,
y luego luego se vea
antes que vamos de aqui,
y tú mismo se lo dí
porque despues no te quejes:
mas cumple que me la dejes
si dice que quiere á mí.

Mingo.

Asi te mantenga Dios
Pascuala, que tu nos digas
y por la verdad te sigas:
á cual quieres mas de nos?

Pascuala.

Miefé de vosotros dos,
escudero, mi señor,
si os quereis tornar pastor,
mucho mas os quiero á vos.

Escudero.

Soy contento y muy pagado
de ser pastor ó vaquero,
pues me quieres y te quiero
he de cumplir tu mandado.

Pascuala.

Mi zurron y mi cayado
tomad luego por estrena.

Escudero.

Venga, venga norabuena
y vamos luego al ganado.
Y tú, Mingo, no te espantes,
descordoja tu cordojo:
aunque tengas gran enojo
ruégote que te levantes.
No te aquejes ni quebrantes,
pues tan buen zagal eres:
seamos si tu quisieres
amigos mejor que de antes.

Mingo.

Mucho me pena esta llaga
cuando bien me la percato,
mas pues ya sos deste hato
buena pro, señor, os haga:
ya muy poco espacio vaga,
quedad si quereis quedar
que yo voyme á repastar.

Escudero.

Vamos todos Dios te praga.

Villancico.

Repastemos el ganado
hurri allá!
queda, queda que se va.

Ya no es tiempo de majada
ni de estar en zancadillas:
salen las siete cabrillas
la media noche es pasada:
viénese la madrugada
hurri allá!
queda, queda que se va.

Corre, corre, corre, bobo,
no te des tanto descanso:
mira, mira por el manso
no te lo lleven de robo:
guarda, guarda, guarda el lobo
hurri allá!
queda, queda que se va.

Del ganado derreniego
y aun de quien guarda tal hato
que siquiera solo un rato
no quiere estar en sosiego:
aunque, pese ora á Sanpego,
hurri allá!
queda, queda que se va.

Aun asmo que juraria
que nunca vi tal ganado,
que si el fuese namorado
no se nos desmandaria:
ya quiere venir el dia
hurri allá!
queda, queda que se va.

---

5. Égloga de los pastores que se tornan palaciegos, entre las mismas personas y Menga.

Mingo.

Vámonos, Gil, al aldea
que me semeja que es tarde,
y no queda allá quien guarde
el ganado ni lo vea.

Gil (el escudero).

Micfé, no quiero que sea
ya mi Pascuala pastora,
ni yo pastor desde agora
pues no me viene de ralea.

Mingo.

Páraste agora á burlar,
ó dícesmelo de vero?

Gil.

Pardiez, vete compañero
que aqui me quiero quedar,
y á mi Pascuala tornar
en dama porque lo creas:
luego quiero que nos veas
aquestos hatos mudar.

Quita esos hatos, Pascuala,
y dellos ya dereniega,
y á fuer de palaciega
te me pone muy de gala,
y luego asi Dios te vala
te me torna muy pulida:
dejemos aquesta vida,
que es muy grosera y muy mala.

Pascuala.

Que me place, mi señor,
mudarme, pues os mudastes,
y tambien vos os tornastes
por amor de mí pastor:
y pues me teneis amor
yo jamas os dejaré,
cuanto mandardes haré
libremente sin temor.

Mingo.

Qué te parece, Menguilla,
de cual está Pascualeja?

Menga.

Dome á Dios que ya semeja
doñata de las de villa:
miefé, ya se nos engrilla.

Mingo.

Pues si decimos de Gil?
Juro á diez que está gentil.

Menga.

Ya de Gil no es maravilla,
que Gil ha sido escudero
y viénele de generacio,
primero fue del palacio
que pastor ni que vaquero:
siempre fue de buen apero,
mas Pascuala no hay porque
que nunca criada fue
sino en terruño grosero.

Mingo.

Es tan huerte zagalejo
miefé, Menga, el amorío,
que con su gran poderío
hace mudar el pellejo:
hace tornar al mozo viejo
y al grosero muy pulido,
y al feo muy garrido
y al muy huerte muy sobejo.
Hace tornar al cruel
cuando quiere piadoso:
hace lo amargo sabroso,
hace que amargue la miel:
hace ser dulce la hiel
y quita y pone cuidados:
hace mudar los estados,
mira, mira quien es él!

Menga.

Bien deslindas sus labores,
y aun con eso Pascualeja
ha mudado la pelleja
por tener con Gil amores.

Gil.

Qué es lo que decis, pastores?

Menga.

Que nos has, soncas, burlado:

has nos el hato dejado
por andar entre señores.

Mingo.

Miefé siempre te picaste
de hacer escarnio de mí,
nunca te lo merecí
otra vez ya me burlaste:
ora un año me robaste
á Pascuala á mi pesar,
y ora quiéreste mudar:
nunca tú bien me trataste.
Pues juro á diez, si me visto
los mis hatos domingueros,
y si mudo aquestos cueros,
que te mando mal galisto:
guárdate que si yo ensisto
en tornarme palaciego.

Gil.

Antes, Mingo, te lo ruego.

Mingo.

Aun tú, Gil, no me has bien visto.
Y aun si quiero á mi esposilla
que te la pongo chapada,
y que no le falte nada
tan bien como á Pascualilla:
pues aun bien te maravilla
como ya no me descingo.

Gil.

Hazlo por vida de domingo,
no me quede esta mancilla.
Harásme muy gran pracer
que todos cuatro quedemos,
y que al palacio nos demos.

Mingo.

Es muy malo de aprender.

Gil.

Presto lo podreis saber,
yo os mostraré si quisierdes
las cosas que no supierdes.

Mingo.

En punto estoy de lo hacer.
Mas cómo podré dejar
los praceres del aldea?
desque en palacio me vea
luego olvidaré el luchar,
y el correr con el saltar,
y no jugaré al cayado:
y qué será del ganado?

Gil.

Él se irá para el lugar.
Segun tus fuerzas y mañas
y el esfuerzo que en tí está,
podrás aprender acá
á justar y á jugar cañas.

Mingo.

Cata, Gil, que las manañas
en el campo hay gran frescor,
y tiene muy gran sabor
la sombra de las cabañas.
Quien es duecho de dormir
con el ganado de noche,
no creas que no reproche

el palaciego vivir.
Oh, qué gasajo es oir
el sonido de los grillos
y el tañer los caramillos,
no hay quien lo pueda decir.
Ya sabes que gozo siente
el pastor muy caluroso
en beber con gran reposo
de bruces agua en la fuente,
ó de la que va corriente
por el cascajal corriendo
que se va toda riendo:
oh, qué pracer tan valiente!
Pues no te digo verás
las holganzas de las bodas,
y pues tú las sabes todas
no te quiero decir mas.

Gil.

Anda, que acá gozarás
otras mayores holganzas,
otros bailes y otras danzas
del palacio aprenderás.

Mingo.

Ora yo quiero probar
este palacio á qué sabe
siquiera porque me alabe
si volviere á mi lugar:
ya el hato quiero mudar
antes que otra cosa venga,
y tú miefé tambien, Menga,
encomiénzate á dusnar.

Menga.

Cata que yo no sabré
componerme de palacio.

Pascuala.

Calla, que desque haya espacio
yo, Menga, te mostraré,
y el rostro te curaré
porque mudes la pelleja,
y te pelaré la ceja:
muy gentil te pararé.

Menga.

Pascuala, desa manera
antes me darás gran quiebra:
que mude como culebra
los mis cueros? — tirte ahuera!

Pascuala.

No pienses tú, compañera,
que son estas curas crudas,
no son sino blandas mudas
y una cosa muy ligera.

Menga.

Ora, que por tí lo creo
y quiero, pues Mingo quiere,
ser en todo lo que él fuere,
que él es todo mi deseo.

Mingo.

Ponte, Menga, pues de arreo
de los tus hatos mejores,
dejemos de ser pastores
que es cosa de mal aseo.

Gil.

Por mi vida, Mingo hermano
que estás asi gentilhombre:
no siento quien no se asombre
ya pareces cortesano.

Mingo.

No semejo ya aldeano?

Gil.

Calla, calla, que es postema!
ponte el bonete de tema
y en el costado la mano.

Mingo.

Y para qué en el costado?

Gil.

Porque es muy gran galanía.

Mingo.

Eso ya yo lo sabía
de cuando estaba cansado.

Gil.

Echa el bonete á un lado,
asi como aqueste mio.

Mingo.

Há! pareceré jodío.

Gil.

Calla que es de requebrado.

Mingo.

Requebrado? como asi,
dime, dime, que es aqueso,
es cosa de carne y hueso,
ó soncas, burlas de mí?

Gil.

Guárdeme Dios, yo de tí?
no hayas miedo agora ya:
llaman requebrado acá
al que está fuera de sí.

Mingo.

Al que está loco?

Gil.

No, no!
sino al que está namorado
y se muestra muy penado
por la que le enamoró.

Mingo.

Eso ya me lo sé yo.

Gil.

Pues que todo te lo sabes,
razon es que á Dios alabes
porque tal saber te dió.

Pascuala.

No veis á Menga, señor?

Mingo.

Mírala, mírala, Gil!

Gil.

Por Dios que está muy gentil:
no es ya esposa de pastor.

Pascuala.

Hállaste, Menga, mejor
aqui que con el ganado?

Menga.

Muy remejor, Dios loado!

Pascuala.

Mira qué causa el amor!
Que quien á mí me dijera
que habia de ser de villa,
como por gran maravilla
yo creer no lo pudiera.

Menga.

Tú no sabes yo cual era
antes que Mingo quisiese,
que aunque la vida me fuese
á la villa no viniera.

Gil.

Epantáis os del amor
que á palacio os convirtió:
ved quien dijera que yo
hubiera sido pastor!
de todos es vencedor,
el pone y quita esperanza,
al que quiere da privanza
y al que quiere disfavor.
Ningun galan namorado
no tenga quejo de mí,
que en pastor me convertí,
porque fue de amor forzado.
Donde amor pone cuidado
luego huye la razon,
y muda la condicion
con su fuerza y aun de grado.
Mingo, pues ya tenemos
esta vida palanciana,
de gran voluntad y gana
á la crianza nos demos:
mucho á la virtud miremos
huyamos de malos vicios,
empleemos los servicios
en lugar donde medremos.

Mingo.

Daca, Gil, por buen entrada
de la vida de palacio,
cantemos de gran espacio
alguna linda sonada,
y luego sin tardar nada.

Gil.

Yo digo que soy contento:
tú, Pascuala?

Pascuala.

que consiento.

Mingo.

Y tú, Menga?

Menga.

que me agrada.

Villancico.

Ninguno cierre las puertas
si amor viniere á llamar,
que no le ha de aprovechar.
Al amor obedezcamos
con muy presta voluntad,
pues es de necesidad
de fuerza virtud hagamos:
al amor no resistamos,
nadie cierre á su llamar,
que no le ha de aprovechar.
Amor amansa al mas fuerte
y al mas flaco fortalece,

ál que menos le obedcce
mas le aqueja con su muerte:
a su buena ó mala suerte
ninguno debe repunar,
que no le ha de aprovechar.

Amor muda los estados
las vidas y condiciones,
conforma los corazones
de los bien enamorados:
resistir á sus cuidados
nadie debe procurar,
que no le ha de aprovechar.

Aquel fuerte del amor
que se pinta niño y ciego,
hace al pastor palaciego
y al palaciego pastor:
contra su pena y dolor
nadie debe lidiar,
que no le ha de aprovechar.

El que es amor verdadero
despierta al cnamorado:
hace al medroso esforzado
y muy pulido al grosero:
quien es de amor prisionero
no salga de su mandar,
que no le ha de aprovechar.

---

6. Égloga representada en la noche de Navidad, entre cuatro pastores, Juan, Miguelejo, Rodrigacho y Anton y un Angel.

Juan.

Miguelejo, ven acá
por vida de Marinilla,
que esta noche que es vcgilla
gran pracer acudirá.

Miguelejo.

Anda allá,
gasajémonos un cacho:
llamemos á Rodrigacho
que tambien llugo verná.

Juan.

Rodrigacho, donde estás?

Rodrigacho.

Aqui estó tras las barrancas.

Juan.

Llugo, llugo te abarrancas
encovado allá detras:
vcn, verás!
haremos dos mil quillotros.

Rodrigacho.

Mas andad acá vosotros,
y soncas, serémos mas.

Juan.

Y quien está allá contigo?

Rodrigacho.

No vos lo quiero decir.
Vení, si quereis venir;
terneis lumbre y buen abrigo.

Juan.

Digo, digo!
dóme á Dios que ahí está Anton.
oh del gran acertajou!
Vamos allá, miafé, amigo.
En buen hora esteis, zagales.

Rodrigacho.

Y en tal vosotros vengais.

Miguelejo.

Á gran abrigada estais.

Anton.

Para en tales temporales
estos males
asi se han de perpasar:
hora sus! sus! á sentar,
tras aquestos barrancales
estamos bien abrigados.

Juan.

Dejarnos heis calecer.

Rodrigacho.

Todos podemos caber
á la lumbre rodeados.

Miguelejo.

Desganados
poco cuidado se nos pega.

Anton.

Mas vale estar, Dios te prega!
al fuego carrapuchados.

Rodrigacho.

Cuido que con mas cuidado
deben estar nuestros amos.

Juan.

Pensarán ellos que estamos
pastoreando el ganado.
Ay cuitado!
que el mundo se pierde todo.

Anton.

Todos estamos con llodo;
no hay ninguno bien librado.

Miguelejo.

Noche es esta de pracer,
callá, tomemos gasajo.

Juan.

Ogaño Dios á destajo
tiene tomado el llover.

Rodrigacho.

Á mi ver
correncia tienen los cielos.

Miguelejo.

Asmo, si no acuden hielos,
todo habrá de perecer.

Rodrigacho.

Dí tú, que vienes de villa,
hobo gran tormenta allá?

Juan.

Dos mil veces mas que acá,
tanto que no sé decilla
de mancilla.

Anton.

Iba el rio muy perhundo?

Juan.

Nunca tal se vió en el mundo.

Rodrigacho.

Oh, que fuerte maravilla!

Anton.

Por tu salud que lo cuentes.

Juan.

Tú contar no me lo mandes:
con los andiluvios grandes
ni quedan vados ni puentes,
y á las gentes
reclaman á voz en grito:
andan como los de Egipto.

Rodrigacho.

Soncas! gimentes et flentes.

Juan.

Cien mil álimas perdidas.

Anton.

Y ganados perecidos.

Miguelejo.

Y aun los panes destruidos.

Juan.

Las casas todas caidas,
y las vidas
puestas en tribulacion.

Rodrigacho.

Danos Dios gran trasquilon
ogaño con avenidas.

Juan.

Pernotar, ásmo, se debe
tan grande trasquilimoche
año de noventa y ocho,
al entrar en noventa y nueve.

Rodrigacho.

Que agua y nieve
y vientos bravos corrutos!
reniego de tiempos putos
que ha dos meses ya que llueve.

Miguelejo.

Dinos, dinos, dinos, Juan:
en tiempo de tal mancilla
para qué huiste á la villa?

Juan.

Huera, pese á San Julian
por el pan
que en la aldea no lo habia,
y acuntió que en aquel dia
era muerto un sacristan.

Rodrigacho.

Qué sacristan era? di.

Juan.

Un huerte canticador.

Anton.

Él de la igreja mayor?

Juan.

Ese mismo, mismo, sí.

Rodrigacho.

Juriamí,
que canticaba muy bien.

Miguelejo.

Que Dios le perdone! amen.

Anton.

Hágante cantor á tí.

Rodrigacho.

El diabro te lo dará
que buenos amos te tienes:
cada vez que vas y vienes,
con ellos muy bien te va:

Miguelejo.

No están ya
sino en la color del paño:
mas querrán cualquier estraño
que no á tí que eres de allá.

Rodrigacho.

Dártelo han, si son sesudos.

Juan.

Sesudos y muy devotos:
mas hanlo de dar por votos.

Rodrigacho.

Por botos no por agudos?
Aun los mudos
habrarán que te lo den.

Juan.

Miafé, no lo sabes bien:
muchos hay de mí sañudos,
los unos no sé porqué,
y los otros no sé como:
ningun percundio les tomo
que nunca se lo pequé.

Miguélejo.

A la fe
unos dirán que eres loco,
los otros que vales poco.

Juan.

Lo que dicen bien lo sé.

Rodrigacho.

Hora cállate y callemos:
no te cures, compañero,
que siempre el mejor gaitero
menos medrado lo vemos.
No curemos
de estar mas en disputa:
si trajiste alguna fruta,
danos della y jugaremos.

Juan.

Por amansar estas sañas
aqui traigo, miafé, amigos,
una gran sarta de higos
y tres brancas de castañas.

Miguelejo.

Esas mañas
ya nunca las perderás:
siempre traes onde vas
mil golosinas extrañas.

Juan.

Topé con la gran tormenta

una puta vieja franca,
que me dió veinte á la branca
que son por todo sesenta.

Rodrigacho.

Hora cuenta!
reparte como cabemos:
cuatro somos, no erremos.

Juan.

Diez, veinte, treinta, cuarenta.

Rodrigacho.

Cuántas sobran?

Juan.

Veinte son.

Rodrigacho.

Repártelas otra vez.

Juan.

Cinco y cinco que son diez
y diez para mí y Anton.

Rodrigacho.

Compañon!
trócame esta que es podrida.

Juan.

No haré, juria mi vida,
pues te cupo en tu quiñon.
Hora juguemos!

Anton.

Juguemos.

Miguelejo.

Y á qué juego, compañones?

Rodrigacho.

Juguemos pares y nones.

Juan.

Ahotas, que bien haremos.

Anton.

Comenzemos.

Juan.

Qué les dices?

Anton.

Juria ños,
nones digo.

Juan.

Daca dos.

Anton.

Cata, que no trampillemos!

Rodrigacho.

Qué les dices, Miguelejo?

Miguelejo.

Pares les digo.

Rodrigacho.

Perdiste!

Juan.

Al diabro te dó por triste!
Ya pones el sobrecejo?

Rodrigacho.

Cuando viejo,
muy ruin gesto has de tener:

por tres castañas perder
reniegas de san conejo.

Miguelejo.

Qué les dices, Rodrigacho?

Rodrigacho.

Asmo, que dígoles pares.

Miguelejo.

Al diabro tales jugares!

Rodrigacho.

Hora ganéte buen cacho.
Don muchacho,
poquito sabes de juegos:
no te aprovechan reniegos;
cata que soy hombre macho.

Juan.

Nunca acabaremos hoy:
debemos juego mudar.

Rodrigacho.

Y á qué podremos jugar?

Anton.

Miafé, á vivo te lo doy.

Miguelejo.

Yo no soy
en jugar juego tan ruin:
mas juguemos al trentin
que muy desgraciado estoy.

El Ángel.

Pastores, no hayais temor!
que os anuncio gran placer:
sabed que quiso nacer
esta noche el Salvador
Redentor
en la ciudad de David.
Todos, todos le servid,
que es Cristo nuestro Señor.
Y doyos esta señal
en que le conocereis:
un niño envuelto hallareis
pobremente so un portal,
y aun es tal
que en un pesebre está puesto,
y conocereis en esto
aquel gran Rey celestial.

Rodrigacho.

Compañeros, digo yo
que vamos hasta Belen,
porque persepamos bien,
quien es este que hoy nació.

Juan.

Bien habró.

Miguelejo.

Pues vamos toste priado
que aquel garzon repicado
por cierto nos lo contó.

Rodrigacho.

Quién dijo que era nacido?

Juan.

Cuido que el Salvador.

Miguelejo.

Que no sino el Salvador:
no lo tienes entendido?

Juan.

De atordido
no pude perentenderlo:
aballemos toste á verlo.
Sepamos quien ha parido.

Miguelejo.

Yo leche le endonaré
soncas, de mi cabra mocha:
haréle una miga cocha
con que le empapicaré.

Anton.

Llevárlehe
de camino, cuando vaya,
una barreña de haya
la que di lunes labré.

Juan.

Yo le daré un cachorrito
de los que parió mi perra,
setas y turmas de tierra.

Rodrigacho.

Yo le llevaré un cabrito.

Miguelejo.

Yo un quesito
con natas y mantequillas.

Anton.

Yo tres ó cuatro morcillas
y ademas un jilguerito.

Juan.

Yo le daré mil cantares
con la churumbela nuevos.

Rodrigacho.

Yo le daré muchos huevos.

Miguelejo.

Y yo de las mis cuchares
dos, tres pares.

Juan.

Gasajémonos con él.

Anton.

Dárlehe yo manteca y miel,
para untar los paladares.

Juan.

Hora no nos detengamos:
cada cual, si le pruguiese,
lleve lo mas que pudiese,
porque mejor le sirvamos.

Miguelejo.

Vamos, vamos,
antes antes que mas llueva.

Rodrigacho.

Preguntemos bien la nueva,
porque lo cierto sepamos.

OCHO
REPRESENTACIONES
DE
GIL VICENTE.

Gil Vicente (Portugues) fue contemporáneo de Juan del Encina, y sus ensayos dramáticos se representaron en Portugal á fines del mismo siglo XV. La copilacion de sus obras (que se ha hecho muy rara) se imprimió en Lisboa 1562. Ademas de las castellanas, que se reimprimen, contienen estas obras 34 piezas en portugues algunas mezcladas de castellano.

7. Auto pastoril del Nacimiento, el primero que en Portugal se representó, estando presentes el Rey Don Manuel y la Reina Doña Beatriz, su madre, y la Señora Duquesa de Braganza, su hija, en la segunda noche del nacimiento del Príncipe Don Juan tercero en Portugal (6 Junio de 1502).

Entra un vaquero.

Pardiez, siete arrepelones
me pegaron á la entrada,
mas yo dí una puñada
á uno de los rascones:
empero, si yo tal supiera
no viniera,
y si viniera, no entrara:
y si entrara, yo mirara
de manera
que ninguno no me diera.

Mas andar, lo hecho es hecho!
Pero todo bien mirado,
ya que entré neste abrigado
todo me sale en provecho.
Rehuélgome en ver estas cosas
tan hermosas,
que está hombre bobo en vellas:
véolas yo; pero ellas
de lustrosas
á nosotros son dañosas.

Si es aqui donde vo?
Dios mantenga si es aqui;
que yo no sé parte de mí,
ni deslindo donde estó.
Nunca ví cabaña tal
tan especial,
tan notable de memoria:
esta debe ser la gloria
principal
del paraiso terrenal.

Ó que sea, ó que no sea,
quiero decir á qué vengo,
no diga que me detengo
núestro concejo y aldea:
envíame á saber aca
si es verdad
que parió vuestra nobleza?
miefé sí! que vuestra alteza
tal está
que señal dello me da.

Muy alegre y placentera,
muy ufana esclarecida,
muy prehecha y muy lucida
mas mucho que dantes era:
oh! qué bien tan principal
universal!
nunca tal placer se vió:
miefé, saltar quiero yo.

He, zagal!
digo, digo, salté mal?
Quien quieres que no reviente
de placer y gasajado?
de todos tan deseado
este príncipe excelente,
y que Rey tiene de ser.
Á mi ver
debíamos pegar gritos,
cuando los nuestros cabritos
dende ayer
ya no curan de pacer.
Todo el ganado retoza,
toda laceria se quita:
con esta nueva bendita
todo el mundo se alboroza.
Oh, qué alegría tamaña!
La montaña
y los prados florecieron,
porque agora se cumplieron
en esta misma cabaña
todas las glorias de España.
Qué gran placer sentirá
la gran corte castellana!
cuán alegre y cuán ufana
vuestra madre se estará,
y todo el reino á monton
con razon,
pues de tal Rey procedió
el mas noble que nació:
su pendon
no tiene comparacion.
Qué padre! qué hijo y qué madre!
qué avuela y qué avuelos!
bendito Dios de los cielos
que le dió tal padre y madre!
qué tias que yo me espanto.
Viva el príncipe logrado!
que él es bien aparentado
juri á Sanjunco santo.
Si me ora vagara espacio
y de prisa no viniera,
juri á nos que yo os diera
cuenta de su generacio.
Será Rey Don Juan tercero,
y heredero
de la fama que dejaron
en el tiempo que reinaron
el segundo y el primero,
y los otros que pasaron.
Quedáronme allí detras
unos treinta compañeros,
porquerizos y vaqueros
y aun creo que son mas,
y traen para el ñacido
esclarecido
mil huevos y leche aosadas
y un ciento de quesadas:
mas han traido
frutas, miel lo que han podido.
Quiérolos ir á llamar,
mas segun yo ví las señas,
hanles de mesar las greñas
los rascones al entrar.

Entraron las figuras de pastores y ofrecieron al Príncipe dichos presentes y por ser cosa nueva en Portugal, gustó tanto á la Reina, que pidió al autor lo repitiese en la noche buena dirigido al nacimiento del Redentor, por lo que hizo el siguiente auto entre seis pastores.

Gil.

Aqui está fuerte majada,
quiero repastar aqui:
mi ganado véislo allí,
soncas, naquella abrigada.
Aqui me estoy abrigado
del tempero de fortuna:
añublada. está la luna,
mal pecado!
lloverá, soncas, priado.

Quiero aqui poner mi hato
que cumpre estar añazcando,
y andarme aqui holgando
canticando de rato en rato.
Hucia en Dios vendrá el verano
con sus flores y rosetas:
cantaré mil chanzonetas
muy ufano,
si allá llego vivo y sano.
Riedro, riedro vaya el ceño,
aborrir quiero el pesar:
comenzaré de cantar,
mientras me debroca el sueño.

(*Canta.*)

Menga Gil me quita el sueño
que no duermo.

Bras.

Di, Gil Terron, tú que has,
que siempre andas apartado?

Gil.

Miefé, cuido, mal pecado,
que no se te entiende mas.
Tú, que andas siempre en bodas
corriendo toros y vacas,
qué ganas tú ó qué sacas
dellas todas?
Asmo, asmo, que te enlodas.

Solo quiero canticar
repastando mis cabritas:
por estas sierras benditas
no me acuerdo del lugar.
Cuando cara el cielo oteo
y veo tan buena cosa,
no me parece hermosa
ni de aseo
zagala de cuantas veo.

Andando solo magino,
que la soldada que gano
se me pierde de la mano
soncas, en cualquier camino.
Nesta soledad me enseño
que el ganado, con que ando,
no sabré como ni cuando
segun sueño
quizá será de otro dueño.

Véte tú, Bras, al respingo;
que yo desclucio del terruño.

Bras.

El crego de Vico Nuño

te enseñó eso el domingo.
Anda, anda acompañado
canta y huelga en lás majadas,
que este mundo, Gil, aosadas
mal pecado!
se debroca muy priado.

Gil.

Aunque huyo la compañía,
no quiero mal á pastor,
mas yo aprisco mejor
apartado en la montaña.
De contino siempre oteo
ingrillando los oidos,
si darán, soncas, gemidos
de deseo
los corderos que careo.

Lucas.

Hao! carillos!

Gil.

Á quien hablas?

Lucas.

Á vosotros digo yo,
si alguno de vos me vió
perdidas unas dos cabras?

Gil.

Yo no!

Bras.

Ni yo!

Lucas.

Á Dios pliega!

Gil.

Cómo las perdiste? dí.

Lucas.

Perdiéronse por ahí
por la vega,
ó algun me las soniega.
Nel hato de Bras Picado
andaba Marta bailando:
yo estúvela oteando
bocabierto, traesportado,
y al son batiendo él pie
estuve dos horas valientes:
el ganado en tan amientes
alahé
no sé para donde fue.

Gil.

Aun por eso que sospecho
me aparto de saltijones,
que vanas conversaciones
no traen ningun provecho.
Siempre pienso en cosas buenas,
yo me hablo, yo me digo:
tengo paz siempre comigo,
sin las penas
que dan las cosas agenas.

Lucas.

No me quiero estar tras tras,
ya perdido es lo perdido:
qué gano en tomar sentido?
Qué dices, Gil, y tú, Bras?

Gil.

Tú muy perezoso estás,

busca, busca las cabritas:
tras que tienes muy poquitas
no te das
de perder cada vez mas.
Encomiéndalas á Dios!

Lucas.

Qué podrá eso prestar?

Gil.

Él te las irá buscar
que siempre mira por nos.

Lucas.

Si los lobos las comieron
hámelas Dios de traer?
harto terná que hacer:
y si murieron
mucho mas que yo perdieron.
Quiero llamar los zagales
tengamos todos majada.

Bras.

Sube naquella asomada
y dales gritos mortales.

Lucas.

Hace escuro, quién verá!
caeré nun barrancon.

Gil.

Toma, lleva este tizon.

Lucas.

Dalo acá,
este bien me ayudará.

Ha Silvestre, ha Vicente,
ha Pedruelo, ha Bastian,
ha Jarrete, ha Bras Juan,
ha Pasival, ha Clemente!

Silvestre.

Lucas, que nos quieres? dí.

Lucas.

Que vengais acá priado
tomaremos gasajado,
que Gil Terron está aqui
en abrigado,
alegre y bien asombrado.

Silvestre.

Ora terrible placer
teneis vosotros acá.

Bras.

Si tenemos, soncas há!
Pues qué habemos de hacer?
Quien al cordojo se dió,
mas cordojo se le pega.

Silvestre.

Bailemos una borrega.

Bras.

Micfé no,
que tú bailas mas que yo.

Gil.

Juri á nos que estás chapado!
Qué es esto, Silvestre hermano?

Silvestre.

No ves que viene el verano?
y soy recien desposado.

Gil.

Jesus, que galan que vienes!
quién te trajo al matrimuño?

Silvestre.

Mi tio Valasco Nuño.

Gil.

Chapados parientes tienes.
Quién es la esposa que hubiste?

Silvestre.

Teresuela mi damada.

Bras.

Sé que es moza bien chapada
y aun es de buen natío,
mas honrada del lugar.

Gil.

Neso no hay que dudar,
porque el herrero es su tio
y el jurado es ahijado
del avuelo de su madre,
y de parte de su padre
es prima de Bras Pelado.
Saquituerto, Rodelludo,
Papiharto y Bodonales
son sus primos coronales
de parte de Brisco Mudo.
Es nieta de Gil Llorente,
sobrina del Crespellon;
Cascaollas Mamilon
pienso que es tambien pariente.

Lucas.

Cierto es casta bien honrada
esta que habes rellatado.

Bras.

Pero mas del bien honrado
no te dan con ella nada?

Silvestre.

Danme una burra preñada,
un vasar, una espetera,
una cama de madera;
la ropa no está ahilada.
Danme la moza vestida
de hatillos dominguejos,
con sus manguitos vermejos
y alfarda muy lucida.
Danme una puerca parida,
mas anda muy triste y flaca.

Bras.

No te quieren dar la vaca?

Silvestre.

Ha tres años que es vendida.

Lucas.

Sus, alto, toste priado,
respinguemos la majada:
viénese la madrugada
dejemos el desposado.

Bras.

Démonos á gasajado,
tomemos todos placer,
que ya no quiere llover.

Gil.

Ya no, Dios sea loado!

Lucas.

Tengamos algun remedio:
qué jugamos, Gil Terron?

Gil.

Juguemos al abejon;
mas tengo de estar en medio.
(*Juegan.*)

Bras.

Bien será de se acostar,
que ya me debroca el sueño:
santiguaos del dimuño.

Silvestre.

Yo no me sé santiguar.

Bras.

Decid todos como yo:
en el mes del padre,
en el mes del fijo;
ellotro mes se me olvidó.
(*Duermen y se oyen los Angeles cantando.*)
Ha, pastor!
que es nacido el Redentor.

Gil.

Zagales, levantar de ahí;
que grande nueva es venida,
que es la Vírgen parida:
á los Ángeles lo oí.
Oh, que tónica acordada
de tan fuertes caramillos!

Bras.

Cata que serian grillos.

Gil.

Juri á nos,
que eran Ángeles de Dios.

Lucas.

He nos aqui levantados;
qué le habemos de hacer?

Gil.

Miefé, vamos lo á ver.

Bras.

Ver ansi despelluzados?

Gil.

Pardiez que es para notar,
pues el Rey de los Señores
se sirve de los pastores:
nueva cosa
es esta y tan espantosa.
Id vosotros al lugar
muy presto, carillos mios,
y no vamos tan vacíos,
traed algo que le dar:
el rabel de Juan Javato
y la gaita de Pablillos,
y todos los caramillos
que hay en el hato
y para el niño un silvato.

(*Cantan todos.*)

Aburremos la majada
y todos con devocion
vamos ver aquel garzon.
Veremos aquel niñito
de agora recien nacido:
asmo que es el prometido
nnestro Mejía bendito.
Cantemos á voz en grito
con hemencia y devocion
veremos aquel garzon.

Gil.

Dios mantenga á vuestra gloria!
Ya veis que estamos acá
muy alegres, soncas, ha
de vuestra noble victoria!

Lucas.

Qué casa tan pobrecita
escogió para nacer!

Bras.

Ya comienza á padecer
dende su niñez chiquita.

Silvestre.

Dc paja es su camazita.

Lucas.

Un establo su posada.

Bras.

Loada sea y adorada
y bendita
la su clemencia infinita.

Gil.

Señora, con estos hielos
el niño se está temblando!
de frio veo llorando
el criador de los cielos
por falta de pañizuelos.
Juri á san si tal pensara,
ó por dicha tal supiera,
un zamarrote le trujera
de una vara
que ahotas que el callara.
Ora vosotros qué haceis?
con muy chapada hemencia
y con mucha reverencia,
dalde deso que traeis.
(*Cantando y bailando ofrecen los pastores sus dones.*)

Chanzoneta.

Norabuena quedes, Menga,
á la fe quc Dios mantenga.
Zagala santa bendita,
graciosa y morenita,
nucstro ganado visita
que nengun mal no le venga.
Norabuena quedes, Menga,
á la fe que Dios mantcnga

Gil.

Qué decis de la doncella,
no es harto prellocida?

Silvestre.

Nunca otra fue nacida

que fuese muger y estrella
sino ella.

Gil.

Pues no sabes que es aquella
la zagala tan hermosa,
que Salomon dice esposa
cuando canticaba de ella.
Con su voz muy deseosa
en su canticar decia:
levántate, amiga mia,
columba mea formosa:
amiga mia olorosa
tu voz suene en mis oidos,
que es muy dulce á mis sentidos
y tu cara muy graciosa.
Como el lilio plantada
florecido entre espinos,
como los olores finos
muy suave eres hallada:
tú eres huerta cerrada
en quien Dios venir desea:
tota pulchra amica mea,
flor de virginidad sagrada.

Silvestre.

Ha, Dios plaga con el roin!
mudando vas la pelleja,
sabes de achaque de ygreja.

Gil.

Agora lo deprendí.

Silvestre.

Con esto hablas llatin
tan á punto que es placer:
mas lo preciase saber
que me daren un florin.

Lucas.

De niñito tan bonito
hablaban, soncas, letrados.

Gil.

Los Profetas alumbrados
no tiraban á otro hito:
con muy ahincado espirto
y con gozoso placer
todos deseaban ver
su nacimiento bendito.
Porque este es el cordero
qui tollit peccata mundo,
el nuestro Adan segundo
y remedio del primero:
este es el hijo heredero
de nuestro eterno Dios,
el cual fue dado á nos
por Mejías verdadero.
Este ansi descendió
quedando siempre en el padre,
y aunque vino á tomar madre,
del padre no se apartó.

Bras.

Gil Terron, lletrudo estás,
muy hondo te encaramillas.

Gil.

Dios hace estas maravillas.

Bras.

Ya lo veo, soncas há!
quien te viere no dirá
que naciste en serranía.

Lucas.

Cantemos con alegría,
que en eso despues se hablará.

---

8. Auto de los Reyes Magos entre dos pastores, un hermitaño y un caballero.

Gregorio.

Asmo, asmo, soncas há!
que me da
la fortuna trasguilon:
he dejado mi zurron
y eslabon,
y no sé que haga acá.
Plega Dios, quien me dirá
adó está
este niño que es nacido,
que ando bobo perdido
sin sentido,
trece dias habrá,
que no sé que haga ya.
No sé parte ni recado
del ganado,
y los perros son perdidos:
mis corderos dan gemidos
muy sentidos
por entrar en lo poblado.
Todo mi hato he dejado
desmedrado
por buscar este niñito:
dicen que es tan bonito
que me aflito
por no habello topado,
y ando desesperado.
Despepito mi sentido,
que en olvido
tengo los memoriales
saltando por robredales
y encinales,
que gota no he dormido
de aterido.
De todo no me doy nada
si topase la posada
muy loada,
donde está recien nacido
este niño esclarecido.

Valerio.

De donde eres, pecador?
dí, pastor!

Gregorio.

Pastor y bien desdichado,

que ando descarriado,
hambreado
por ver nuestro Redentor.
Dijo el Ángel del Señor:
pastor, pastor,
ve y deja tus cabritas.
Yo dejélas solecitas
muy marchitas,
y no sé ser sabidor
adó nació el Salvador.
Trece dias son pasados
bien contados,
que ando perdido el tino
sin hallar nengun camino,
ni soy dino
de lo ver por mis pecados.

Valerio.

Ora tienes bien librados
tus cuidados:
este padre fray Alberto
que topé naquel desierto,
sabrá cierto
eso, porque los lletrados
son guia de los errados.

Gregorio.

Há flaire, sabes do vais,
ó andais
á desuso como yo?
El niño que nos crió
do nació?
qué es la nueva que me dais?
Por Dios, que me lo digais:
no hagais
que me muera de cordojos.

Ermitaño.

Pastor, no tomes enojos,
que tus ojos
verán quien todos buscais.

Gregorio.

He miedo que me burlais.
Traeis á ende breviario
ó calandario,
ó sois flaire comoquiera?
Si aliño aqui hubiera
bien quisiera
si sabeis bien de vicario,
que digais un trintanario
al rosario,
porqué Dios me deje ver,
sin tener
al dimuño por contrario,
aquel precioso sagrario.

Ermitaño.

O bendito y alabado
y exalzado
sea nuestro Redentor,
que un rústico pastor
con amor
lo busca con gran cuidado:
desampara á su ganado
muy de grado,
por ver al niño glorioso!
qué haré yo religioso
perezoso,
que ando tan sin cuidado
por aqueste despoblado?
Destos pobres labradores
y pastores

quiso ser oferecido,
adorado, conocido,
y servido
con cantares y loores,
escuchando sus primores
y clamores.
La Vírgen nuestra señora
y la vaquilla lo adora,
en la hora
que el señor de los señores
nació de la flor de flores.
Qué descanso y qué placer
fuera ver
el resplandor glorioso
de aquel verbo gracioso,
tan lloroso
acabando de nacer!

Valerio.

Buldas debais de traer
á vender
que os estais chacorneando.

Ermitaño.

Harto es eso de desmando,
pues veis que estoy hablando,
contemplando
lo que nos es menester,
si suyos queremos ser.

Valerio.

Decidnos, padre bendito,
hallais scrito
si es pecado estrañudar?
Mas os quiero preguntar
y notar
si os esperais un poquito:
digo que escondo el cabrito
por hacer berrar la cabra,
y remojo la palabra
á cada habla:
es gran pecado infinito
ó es medio pecadito?

Gregorio.

Si el hombre de ira pura
por ventura
adrede despierna un grillo
por no vello ni oillo,
encobrillo
es pecar contra natura?

Valerio.

Otra cosa mas escura
y mas dura
quiérole yo proponer,
en la cual hemos de ver
su saber,
que segun su gestadura
es lletrado en la scritura.
Decid, padre, és gran pecado
deñodado
andar tras las zagalejas
y henchirles las orejas
de consejas
por metellas en cuidado?
dejar entrar el ganado
en lo vedado
por andallas namorando:
si estálo Dios oteando
y asechando

y desto tiene cuidado,
ni punto estará parado!
Que todos en mi lugar
á la par
andan transidos de amores,
los jurados, labradores
y pastores,
y aun el crego á mas andar
le veo resquebrajar
y sospirar
por Turibia del corral.
Decidme, flaire, es gran mal
desigual,
ó se debe perdonar
pues no se puede escusar?

Ermitaño.

Este mundo peligroso,
sin reposo
nos trae á todos burlados,
ciegos, mal aconsejados,
desviados
de aquel reino glorioso.
Quién puede ser mas dichoso
ni gozoso,
que él que pone su querer
con todo, todo su poder
sin torcer
neste niño muy gracioso,
puerto de nuestro reposo.
Quien se viere sojuzgado
y apretado
de mundano pensamiento,
contemple su nacimiento:
qué portento
verlo desnudo echado,
de los frios traspasado,
y adorado
de los brutos animales!
huirán los gustos carnales
tan fatales
que le presenta el pecado.

Gregorio.

Pecado es ser namorado?

Valerio.

Crió Dios por la ventura
hermosura
para nunca ser amada?
crióla tan demasiada
para nada?
Amar decis es locura,
mirad, mirad la scritura,
que en cordura
hallaréisla amadora
dende Andran hasta agora:
ni en esta hora
fue discreta criatura,
que no siga esta ventura.
Si á Dios desto pesara,
no criara
zagalas tan relucientes:
fueran prietas y sin dientes,
y las frentes
mas angostas que la cara:
las narices le ensanchara
y achicara
los ojos como hurones:
nunca nuestros corazones
de pasiones

hácia ellas rellenara,
mas dellas nos apartara.
Esmeróse su poder
en hacer
tan graciosas sus hechuras,
que entre todas hermosuras
son mas puras
mas dinas de obedecer.
Quien dejara de querer
su valer?
pues son de nuestra costilla
que natura nos ensilla:
maravilla
que no podemos torcer
de sujetos suyos ser.

Caballero.

Mantenga Dios los señores!

Ermitaño.

Dios loores!

Valerio.

Soncas, vengais norabuena.
Tú, abaja la melena.

Gregorio.

No me pena.

Caballero.

Decidme, amigos pastores,
sois sabidores
si iré por aqui bien
para el lugar de Belen?

Gregorio.

Yo allá vo adó vais,
y ando, asmo, como andais.

Valerio.

Andad, señor, por aqui
ó por allí.

Caballero.

Mira bien, pastor, que dices.

Valerio.

En frente de las narices
á perdices
andareis, prometo á mí.

Caballero.

Qué linage tan bestial
animal
este bruto pastoriego!

Valerio.

Doy á rabia el palaciego
por Sanpego,
y quizás por vuestro mal.

Ermitaño.

Toda la descortesía
es villanía.
Señor, de dónde sois vos?

Caballero.

De Arabia.

Ermitaño.

Bendígaos Dios!

Gregorio.

Arabio sos?

Caballero.

Sí, y perdí la compañía
de una gran caballería
que venia
á tino tras una estrella,
y ellos van enpos della
sin perdella:
yo alcanzarlos queria,
y fortuna me lo desvía.

Ermitaño.

Y adonde van, si sabeis?

Caballero.

Van tres Reis
adorar con sentimiento
y muy grande acatamiento
el nacimiento
del señor de todas greis.
En nuestra tierra sabreis
si quereis,
que desde Balan se velaba
la señal que se esperaba
y mostraba
el nacimiento que veis
del señor de nuestras leis.

Gregorio.

Decid, señor, qué estrella era?

Ermitaño.

Quien la viera!

Caballero.

Es muy reluciente estrella
y un niño en medio della
muy mas que ella
reluciente en gran manera:
una cruz en su cimera
por bandera.

Gregorio.

Donde se vió tal señal?

Caballero.

Del monte victorial.

Ermitaño.

O divinal
victoria muy verdadera
de nuestra culpa primera!

Caballero.

De oro llevan gran presente,
encenso, mirra excelente
humilmente.

Gregorio.

Mira bien, Valerio, atenta
este señor que recuenta.

Valerio.

Caballero relator,
yo pecador
villano, necio, bestial,
no pensé que érades tal,
y hablé mal
de que tengo gran dolor.

Caballero.

Yo te perdono, pastor,
que el señor

por cualquier culpa mortal
no pide al pecador al.

(*Aparécense los tres Reyes Magos y cantan el Villancico siguiente.*)

Villancico.

Cuando la Vírgen bendita
lo parió
todo el mundo se alegró.
Los coros angelicales
cantaron la nueva gloria,
los tres reyes la victoria
de las almas humanales,
en bajos y principales
se sonó
cuando nuestro Dios nació.

9. Auto de la Sibila Casandra.

Casandra, pastora — Salamon, pastor — Erutea, Peresica y Cimeria, tias de Casandra — Esaías, Mosen y Abrahan, tios de Casandra.

Casandra.

Quién mete á ninguno andar
ni porfiar
en casamientos comigo!
pues séame Dios testigo
que yo digo,
que no me quiero casar.
Cual será pastor nacido
tan polido
ahotas, que me merezca!
no hay quien se me parezca
en cuerpo, vista y sentido.
Cual es la dama polida
que su vida
la quiere perder casando,
su libertad cautivando,
otorgando
que sea siempre vencida,
desterrada en mano agena,
siempre en pena,
abatida y sojuzgada?
y piensan que ser casada
que es alguna buena estrena!

Salamon.

Casandra, Dios te mantenga,
y yo venga
tambien mucho norabuena.
Pues te veo tan serena,
nuestra estrena

ya por mí no se detenga,
y pues ya que estoy acá,
bien será
que diga á qué soy venido,
y tanto estoy de tí vencido
que en tí mi vida está.

Casandra.

No te entiendo.

Salamon.

Anda, ven!
que por tu bien
te envían á llamar tus tias,
y luego de aqui tres dias
alegrías
ternás tú y yo tambien.

Casandra.

Qué me quieren?

Salamon.

Que me veas,
y me creas
para hecho de casar.

Casandra.

Lo que de ahí puedo pensar
que ellas ó tu devaneas.

Salamon.

Pues soy bien aparentado
y abastado,
zagal valiente y polido,
y aun estoy medio corrido
de haber acá llegado.
Anda, si quieres venir!

Casandra.

Sin mentir
tú estás fuera de tí:
lo que dije hasta aqui
será ansi,
aunque sepa de morir.

Salamon.

Qué me dices?

Casandra.

Yo te digo
que comigo
no hables en casamiento,
que no quiero ni consiento
ni con otro, ni contigo.

Salamon.

Tu tia misma me habló,
y prometió
muy chapado casamiento.

Casandra.

Otro es mi pensamiento.

Salamon.

Pues yo siento
que bien te merezco yo,
y por eso vine acá.

Casandra.

Bien está.

Salamon.

Segun el tu no querer
á mi ver
otro amor tienes allá.

Casandra.

No quiero ser desposada
ni casada,
ni monja, ni hermitaña.

Salamon.

Dime, qué es lo que te engaña,
que esa saña
la gastas mal empleada.

Casandra.

No pierdas tiempo comigo:
yo te digo
bien clára mi intencion.

Salamon.

Quien te viese el corazon!
por mirar mi enemigo
y conocer tu razon.

Casandra.

No tomes desto pasion
ni alteracion,
pues que no desprecio á tí:
mas nació cuando nací
comigo esta opinion,
y nunca mas la perdí.

Salamon.

Qué te hizo el casamiento?
es tormento
que se da por algun hurto?

Casandra.

Yo no por eso le surto,
pero es curto
su triste contentamiento.
Muchos dellos es notorio
purgatorio,
sin concierto ni templanza,
y si algun bueno se alcanza
no es medio placentorio.
Veo quejar las vecinas
de malinas
condiciones de maridos:
unos de ensoberbecidos
y aborridos,
otros de medio gallinas,
otros llenos de mil zelos
y rezelos,
siempre aguzando cuchillos,
sospechosos, amarillos,
y malditos de los cielos.
Otros á garzonear
por el lugar
pavonando tras garcetas,
sin dejar blancas ni prietas
y reprietas:
y la muger sospirar:
despues en casa reñir
y gruñir,
y la triste allí cautiva:
nunca la vida me viva,
yo tal cosa consentir?
Y pues eres cuerdo y sientes
para mientes:
muger es decir molleja,
es ansi como una oveja
en pelleja,
sin armas, fuerzas ni dientes,
y si le falta sentido
al marido

de la razon y virtud,
ay, de niña juventud
que en tales manos se vido!

Salamon.

No soy desos ni seré
por mi fe,
que te tengo en velloritas.

Casandra.

Y con floritas
piensas que me engañaré?
no quiero verme perdida,
entristecida
de zelosa ó ser zelada.
Tirte afuera! no es nada,
pues antes no ser nacida.

Salamon.

Do seso hay no hay zeluras
sino holguras,
que el seso todo bien da.

Casandra.

El seso es no ir allá.

Salamon.

Calla ya
que te rezelas á escuras.

Casandra.

Allende desto, sudores
y dolores
de partos, llorar de hijos:
no quiero verme en letijos
por mas que tú me namores.

Salamon.

Yo voy llamar al aldea
Erutea
y Peresica tu tia,
y Cimeria, y tu porfia
delante dellas se vea.

Casandra.

Y á mí que se me da?
quién será
que me case á mi pesar?
si yo no quiero casar
á mí quien me forzará?

(*Canta.*)

Dicen que me case yo,
no quiero marido, no!
Mas quiero vivir segura
nesta sierra á mi soltura,
que no estar en ventura
si casaré bien ó no:
dicen que me case yo,
no quiero marido, no!
Madre no seré casada
por no ver vida cansada,
ó quizá mal empleada
la gracia que Dios me dió:
dicen que me case yo,
no quiero marido, no!
No será ni es nacido
tal para ser mi marido,
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la só,
dicen que me case yo,
no quiero marido, no!
(*Entran las tias y dice Cimeria:*)
Qué te parece el zagal?

Casandra.

Ni bien, ni mal,
que no quiero casar, no.
Vosotras quién os metió
que case yo?
pues sabed que pienso en al.

Cimeria.

Tu madre en su testamento
(no te miento)
manda que cases, que es bueno.

Casandra.

Otro casamiento ordeno
en mi seno:
que no quiero ni consiento.

Erutea.

Escucha, sobrina mia,
todavia
no puedes sino casar,
y este debes tomar
sin porfiar,
que es muy bueno en demasía.

Casandra.

Como ansi?

Erutea.

Es generoso
y virtuoso,
cuerdo y bien asombrado:
tiene tierras y ganado
y es loado
de músico muy gracioso.

Salamon.

Tengo pomares y viñas
y mil piñas
de rosas para holgares:
tengo villas y lugares,
y mas treinta y dos gallinas.

Erutea.

Sobrina, este zagal
es real,
y para tí está escogido.

Casandra.

No lo quiero, ni lo pido
por marido:
guárdeme el Señor de mal!

Cimeria.

Tú no ves como es honrado
y sosegado
mas que otro lo será.

Casandra.

Qué sé yo si mudará,
ó qué hará
cuando se vea casado!
Oh, y cuantos hay solteros
placenteros
de muy blandas condiciones,
y casados son leones
y dragones,
y diablos verdaderos.
Si la muger es sesuda
y se hace muda,
dicen que es boba perdida:
si habla, es escarnecida

y ferida,
y esto uunca se muda.

Erutea.

Muy entirrada está:
bien será
que no le digamos mas.
Pues tú te arrepentirás
y querrás
cuando el otro no querrá.

Peresica.

Si sus tios allegasen
y le hablasen,
que son hombres entendidos.

Cimeria.

Pardiez son y bien validos
y sentidos,
que pienso que lo acabasen.

Salamon.

Quiérolos ir á llamar
al lugar.
Veremos esto en que para,
aunque ella se declara
por tan cara
que dura será de ganar.
(*Trae Salamon á los tios Esaías, Moisen y Abrahan, y todos vienen cantando.*)
Sañosa está la niña:
ay, Dios! quién le hablaria!
En la sierra anda la niña
su ganado á repastar,
hermosa como las flores,
sañosa como la mar.
Sañosa está la niña:
ay Dios! quien le hablaria!

Abrahan.

Digo que estes norabuena!
por estrena
toma estas dos manijas.

Moisen.

Yo te doy estas sortijas
de mis hijas.

Esaías.

Yo te doy esta cadena.

Casandra.

Téngome de captivar
por el dar?
no me engañan no ansi!
Digo yo que prometí,
que por mí
no me tengo de casar.

Moisen.

Blasfemas! que el casamiento
es sacramento,
y el primero que fue.
Yo, Moisen, te lo diré
y contaré
cuando hubo fundamento.
En el principio crió
y formó
Dios el cielo y la tierra,
con cuanto en ello se encierra:
mar y sierra
de nada lo edificó.

Era vacua y vacía,
y no habia
cosa por quien fuese amado:
el spírito no criado
sobre las aguas movía.
Hagamos, dijo el Señor
Criador,
hombre á nuestra semejanza,
angélico en la esperanza
y semblanza,
de lo terrestre señor.
Luego le dió compañera
en tal manera
dos en una carne amados
y de igual gracia dotados,
como si ambos uno fuera.
El mismo que los crió
los casó,
ordenando el casamiento,
y por este ordenamiento
es sacramento
que al mundo stableció:
y pues fue casamentero
Dios primero
y es ley determinada,
como estás tú entirrada
diciendo que es captivero?

Casandra.

De cuando Dios los hacía
y componía,
en esos tales no hablo:
mas en aquellos que el diablo
en su retablo
hace y ordena cada dia,
que por codicia los junta
y no pregunta
por otra virtud alguna,
y despues que la fortuna
los auna,
mas valiera ser defunta.
Si yo me casase agora,
dende á una hora
no querria ser nacida!
habia de ser mi vida
sometida
al: Casandra, tirte afora!
Yo marido? ni soñado,
ni pintado:
no cureis de porfiar,
porque para yo casar
no es tiempo concertado.

Abrahan.

Y si cobras buen marido
comedido
y nunca apasionado?

Casandra.

Nunca? estais muy errado,
padre honrado,
porque esto jamas se vido.
No se puede sin pasion
y alteracion
conservar el casamiento:
múdase el contentamiento
nun momento
en contraria division.
Solo Dios es perfeccion
en razon,
si verdad quereis que hable,
que el hombre todo es mudable

y variable
por humanal complision.
Pero ya quiero decir
y descubrir
por que vírgen quiero estar:
sé que Dios ha de encarnar
sin dudar,
y una vírgen lo ha de parir.

Erutea.

Eso bien me lo sé yo,
y cierta so
que en un presepe ha de estar,
y la madre ha de quedar
tan vírgen como nació.
Tambien sé que de pastores
labradores
será visto y de la gente
que le traerán presente
del Oriente,
grandes Reis y sabedores.

Cimeria.

Yo dias ha que he soñado
y barruntado,
que veia una vírgen dar
á su hijo de mamar,
y que era Dios humanado:
y aun despues me parecia
que la veia
entre mas de mil doncellas:
con su corona de estrellas
mucho bellas
como el sol resplandecia.

Casandra.

Yo tengo en mi fantasía
y juraria
que de mí ha de nacer,
que otra de mi merecer
no puede haber
en bondad ni en hidalguía.

Salamon.

Ya Casandra desvaría.

Moisen.

Yo diria
que está muy cerca de loca,
y su cordura es muy poca,
pues que toca
tan alta descortesía.

Esaias.

Tú eres della al reves,
si bien ves,
porque tú eres humosa,
soberbia y presuntuosa,
que es la cosa
que della mas desviada es.
La madre de Dios sin par
es de notar,
que humildosa ha de nacer
y humildosa concebir,
y humildosa ha de criar.
(*Ábrense unas cortinas y aparece un nacimiento y cantan cuatro ángeles:*)

Ro, ro, ro,
nuestro Dios y Redentor,
no lloreis, que dais dolor
á la Vírgen que os parió.
Ro, ro, ro,
no le deis vos pena, no.

Moisen.

Naquel cantar siento yo
y cierto so,
que nuestro Dios es nacido,
y llora por ser sabido
y conocido,
que es de carne como yo.

Cimeria.

Yo ansi lo afirmaria
y juraria
que lo deben estar brizando,
y los ángeles cantando
lo adorando
con divinal melodía.

Esaias.

Pues vámoslo á visitar,
y adorar
el recien nacido á nos:
verán nuestros ojos dos
nuestro Dios
venido por nos salvar.

Peresica.

Erutea, ves allí
lo que ví,
la cerrada flor parida.

Abrahan.

Oh, vida de nuestra vida,
guarecida
y remediada por tí!
á tí adoro, Redentor
mi señor!
Dios y hombre verdadero!
santo y divino cordero,
postrimero,
sacrificio mayor.

Moisen.

Oh, pastorcico nacido
muy sabido,
de tu ganado cuidoso,
contra los lobos sañoso,
y piadoso
al rebaño enflaquecido!
por la tierna carne humana
nuestra hermana
que en ese brizo sospira,
que nos libres de tu ira
y las ánimas nos sana!

Esaias.

Adórote, santo Mejías!
en mis dias
y para siempre te creo,
pues con mis ojos te veo
en tal arreo,
que cumples las profecías.

Casandra.

Niño, adoro tu grandeza
con firmeza:
á tus pies digo mi culpa,
y pues no tengo desculpa,
duélete de mi flaqueza!

Cimeria.

Espejo de generaciones
y naciones!
de Dios hija, madre y esposa!

eres reina gloriosa
especiosa,
cumbre de las perfecciones.

Peresica.

Oh, estrada en campos llanos
de humanos
sospiros á tí corrientes!
oidora de las gentes,
encomiéndome en tus manos!

Erutea.

Ave, estrella matutina!
bella y dina
ave, rosa, blanca flor!
tú pariste el Redentor,
y tu color
del parto quedó mas fina.

(*Acabada la adoracion se cantó la siguiente cancion.*)

Muy graciosa es la doncella
como es bella y hermosa.
Digas tú el marinero
que en las naves vivias,
si la nave ó la vela ó la estrella
es tan bella.
Digas tú el caballero
que las armas vestias,
si el caballo ó las armas ó la guerra
es tan bella.
Digas tú el pastorcico
que el ganadico guardas,
si el ganado ó los valles ó la sierra
es tan bella.

10. Auto de los cuatro tiempos.

(*Sale el Invierno en figura de pastor cantando.*)

Mal haya quien los envuelve
los mis amores:
mal haya quien los envuelve.
Ora pues sus á rabiar
con tamaño temporal,
que no hay pedernal
ni apareje de callentar:
vienta mas recio que un fuele
de parte del regañon,
enfríame el corazon
que no brinca como suele.
Mal haya quien los envuelve
los mis amores:

mal haya quien los en-
vuelve.

La lluvia como desgrana!
doy á rabia el mal tempero:
aquesto no lleva apero
para llegar á mañana.
Mal grado haya la nieve,
que mis amores triste yo
cuando mas firme me estó,
no los hallo como suele.
Mal haya quien los envuelve
los mis amores,
mal haya quien los envuel-
ve.

Las manos trayo perdidas,
los dedos llenos de frieras,
mil rabias de mil maneras
trayo en el cuerpo metidas:
tengo el hielo en los huesos,
muérenseme los corderos.
Los mis amores primeros
en Sevilla quedan presos:
los mis amores
mal haya quien los en-
vuelve.

Oh, que friasca neblina,
granizo, lluvia, ventisco,
todo me pierdo abarrisco:
el cierzo me desatina,
mis ovejas y carneros
de niebla no sé qué es dellos.
En Sevilla quedan presos
por cordon de mis cabellos
los mis amores:
mal haya quien los en-
vuelve.

Quiérome echar á dormir
ver si puedo callentar,
ora pues eya rabiar
que no tengo de morir:
por mal trato que me des
no me ha de matar desmayo:
quién me extirará el sayo
para cubrirme estos pies.
(*Sale el Verano en figura de hortelano cantando.*)
En la huerta nace la rosa
quiérome ir allá,
por mirar al ruiseñor
como cantaba.

Afuera, afuera nubrados
neblinas y ventisqueros!
reverdezcan los oteros,
los valles, sierras y prados!
Reventado sea el frio
y su natío:
salgan los blandos vapores,
píntese el campo de flores
hasta que venga el estío.
Por las riberas del rio
limones coge la virgo:
quiérome ir allá
por mirar al ruiseñor
como cantaba.

Suso, suso los garzones!
anden todos repicados
namorados, requebrados,
conquistar los corazones.
Agora reina Cupido
desque vido
la nueva calor venida:
agora da nueva vida

al namorado perdido.
Limones cogia la virgo
para dar al su amigo:
quiérome ir allá
por mirar al ruiseñor
como cantaba.

Como me extiendo á placer
afuer de bravo zagal!
qué tiempo tan natural
para no adolecer!
Cuantas veces que me miro
y remiro,
véome tan quillotrado,
tan lucio y bien asombrado,
que del gran placer me tiro.
Para dar al su amigo
en un sombrero de sirgo:
quiérome ir allá
por mirar al ruiseñor
como cantaba.

(Sale el Estío en figura muy larga, flaca y enferma, con una capellina de paja.)

Terrible febre efímera,
ética y fiel podrida
me traen seca la vida,
acosándome que muera.
Dolor de mala manera
trayo en las narices mias:
no duermo noches ni dias,
ardo de dentro y de fuera.

La boca tengo amargosa,
los ojos trayo amarillos,
sumidos son los carrillos
y no puedo comer cosa.
La sed es cosa espantosa,
la lengua blanca y sedienta,
la cabeza me atormenta
con callentura rabiosa.

En calma perseverada
mis dias duran mil años:
los calores son tamaños
que es cosa descompasada:
el agua toda ensecada,
polvorosos los caminos,
los melones y pepinos
hacen dolencia doblada.

Verano.

Oh, hideputa! que aseo!
á qué veniste, mortaja?
siempre vienes hacer paja
todo cuanto yo verdeo.
Como vienes luengo y feo
y chamuscado el carrillo,
seco, flaco y amarillo,
vestido de mal arreo.

Oh, malogrado de estío,
á qué vienes? véte, véte,
no estío, mas hastío.

Estio.

Calla, calla, verdolete!
que bueno es el tiempo mio,
porque asesa tus locuras
tus vanas flores y rosas,
y otras cosas curiosas
que en tí no son seguras.

Verano.

Este que viene quién es

Estío.

El Otoño, por mi vida.

Otoño.

Mucho norabuena esteis.

Verano.

Buena sea tu venida.

Otoño.

Los dos juntos qué haceis?

Verano.

Yo bien tengo trabajado,
y este cara de ahorcado
me secó cuanto aqui veis.

Otoño.

Todo está ya madurado:
yo vengo á coger el fructo.

Verano.

Si no hallas mas producto,
este estío lo ha cstragado.

Otoño.

Basta y sobra, Dios loado!
(*Sale Júpiter con gran boato y estrépito.*)
Qué haceis, oh tiempos hermanos!
descuidados del amor
del que nació?
Levantad todos las manos:
vamos ver aquel señor
que nos crió.
(*Aqui se descubre un nacimiento.*)

Júpiter.

Alto niño en excelencia!
yo vengo de las alturas
á te adorar,
y traerte obediencia
de todas las criaturas
sin faltar.
De toda la redondeza
sin faltar digo ninguna
se ayuntaron,
y á adorar tu grandeza
tu divinidad sola una
me enviaron.
Diana y Febo lumbroso,
Mars, Mercurio, Venus, Juno,
donde moran,
y Saturno riguroso,
todos juntos de consuno
te adoran.
Castor y Polux unidas
y todo el círculo galajo
y cristalino,
y las Pleyadas lucidas
te adoran en este bajo
de contino.
Planetas, fijas estrellas,
las que ciñe Orion
y la canina
(la mayor y menor dellas)
con inmensa devocion
se te inclina.
El tu cielo etereo,

círculos y zodiaco
y cada sino,
reconocen tu aseo,
y dentro del cuerpo flaco
lo divino.

Invierno.

Señor, yo triste nací
y sin ventura ninguna:
pues me criaste en fortuna
cual me soy véisme aqui.
Con todo esto que lloro
os adoro
con mi mísero temblar,
y creo habeis de juzgar
este mundo do yo moro.

Verano.

Yo verano tu vasallo,
pues me das mejor estrena,
quiero darte cuenta buena
de las cosas quc en mí hallo.
Todo con calor y fresco
reverdezco:
engendro á yerbas y flores
con encendidos amores,
que hoy al niño Dios ofrezco.

Estío.

Señor, yo con mi dolencia,
mis fiebres y mi flaqueza,
me humillo á tu alteza
y adoro tu clemencia:
de la mia triste vida
dolorida,
pues que te plazco con ella,
quicro callar mi querella
loándote noche y dia.

Otoño.

Yo otoño tu favorido
con humilde acatamiento,
la fruta y mieses presento
que á tu bondad he debido:
mas, oh Redentor sagrado
y adorado,
qué feble es cste tributo,
cuando contemplo en el fruto
de haberte tú encarnado!

---

11. Escena primera de la Comedia de Rubena.

Argumento.

En tierra de Campos allá en Castilla
habia un abad que allí se moraba:
tenia una hija que mucho prcciaba,

bonita, hermosa á gran maravilla.
Un clérigo mozo, que era su criado,
enamoróse de aquella doncella:
la conversacion acabó con ella
lo que no debiera haber comenzado.

Llamaban á ella por nombre Rubena,
hallóse preñada: el mozo ahuyó:
todos su meses arreo encubrió,
que viva persona sabia su pena.
Su padre era fuerte, cruel por nacion,
zeloso, muy bravo sin templa ninguna:
lloraba Rubena su triste fortuna,
rompiendo las telas de su corazon.

Estando una noche sin mas compañía
que sola tristeza sin partirse della,
saltan dolores de parto con ella
su padre acostado pero no dormia.
Sin esperanza de algun abrigo
viéndose asida de tanta tristura,
sufriendo sus penas con mucha cordura
empieza diciendo entre sí consigo:

Ay de mí! de mí robada,
y no de otros robadores,
ay de mí! desventurada:
yo que no puedo, cuitada,
decir ay á mis dolores.
Ay! que no oso quejar,
ay! que no oso decir,
ay! que no oso querellar,
ni me puedo ya vengar
del consentir.

Oh, triste de mí Rubena!
á quien me descubriré?
á quien contaré mi pena?
como porné en mano agena
mi vida, mi honra y fe?
Oh, mocedad desdichada,
de falso amor engañada,
engañada sin sentido:
qué haré desamparada?
qué haré triste preñada
sin marido?

Escuro parto escogí
en peligroso secreto,
qué será triste de mí!
oh Dios, porqué me salí
de mi camino discreto!

Quien tuviera, quien hallara
una preciosa vara,
que tuviera condicion
que improviso me llevara
á alguno que me sacara
el corazon!

Oh, tristes nubes escuras
que tan recias caminais,
sacadme destas tristuras
y llevadme á las honduras
de la mar adonde vais.
Duélanvos mis tristes hadas,
y llevadme apresuradas
á aquel valle de tristura,
donde estan las malhadadas,
donde estan las sin ventura
sepultadas.

Yo misma quiero el morir
porqué me apretais, dolores?
mas duele el arrepentir
dos mil veces que el parir.
Angustias paso mayores
en pensar cuanto preciada
desde niña fui criada,
y por cuan vil paso amaro
á tal punto soy llegada,
tan desierta y alongada
del amparo.

Siempre de mi padre amada,
siempre de todos querida,
siempre tan ataviada,
siempre señora llamada,
siempre adorada y servida.
Siempre horra y muy esenta,
siempre en puerto sin tormenta,
mas mirada que la luna
siempre leda bien contenta;
mas ora me toma cuenta
la fortuna.

Si acaso me descubriere
á Benita hablarlohia:
pero si sola pariere
y pariendo me muriere
oh, cuanto mejor seria!
sin ventura qué haré?
que me cercan los dolores.
Oh Rubena! dí porqué
creiste la falsa fe
de los amores!

Benita (su criada).

Señora, con quien hablais?
Vos veis alguna vision,
no sé de qué os quejais.

Rubena.

Del mal de mi corazon.

Benita.

Las quijadas
teneis tan descarilladas
y la barriga rellena,
las espaldas empandadas,
que no sois vos, aosadas!
con quien trocastes, Rubena?

Rubena.

Con nadie, no sé que dices.

Benita.

Teneis los ojos sumidos
y delgadas las narices.

Rubena.

Tu no ves que son lombrices.

Benita.

Poco entiendo estos partidos:
sí será,
y eso mismo os causará
tener ojeras y paño.

Rubena.

Ay, que gran dolor me da!

Benita.

Será de la frialdad
que cogistes ora un año.

Rubena.

Ay dolores de pesar!

Benita.

Bien entiendo á mi señora
y ella quiéreme cegar.
Digo que no sé pensar
que remedio os busque ágora.

Rubena.

Oh, Benita!

Benita.

Estábades tan bonita
nueve meses que habrá,
tan blanca y coloradita,
no sé que dolor maldita
ó que cosa esta será.
Parece que os salta el bazo
en derecho del ombligo
como si fuera embarazo.

Rubena.

Corrimiento es desto brazo,
que nunca acaba comigo.

Benita.

Bien está!
andais de acá para allá
descalza por las heladas:
de corrimientos será.

Rubena.

Llámame Genebra acá
que te haden buenas hadas,
que me venga bendecir
del quebranto mucho presto:
presto que me he de morir.

Benita.

Paréceme esto parir.
Digo que me pesa desto
en gran manera.

Rubena.

Pues aguija antes que muera.

Benita.

Si teneis sufrimiento,
descansáredes siquiera.

Rubena.

Ve por la bendicidera.

Benita.

Primero os diré un cuento.
Diz que se era un escudero,
tenia la muger tiñosa,
y subiendo en un otero
encontró con un vaquero
desollando una raposa.
El escudero cuitado
andaba desarrapado,
las nalgas todas de fuera
y el haz desamparado,
el cogote trasquilado
sin osar decir quien era,
como persona sentida
yendo ansi por las montañas.

Rubena.

Oh quien no fuera nacida!
viéndome salir la vida,
páraste á contar patrañas.

Benita.

Pues otra sé de un carnero.

Rubena.

Anda, corre, que me muero!
no me irás por el vivir?

Benita.

Dejadme cantar primero:
tiempo es el caballero,
que se me acorta el vestir.
Mas mal hay de lo que suena
no se puede esto atapar:
bien ví yo en hora buena,
que las risas de Rubena
nesto habian de parar.
Tanto burlar y reir
con tanto de ir y venir,
el ojo al clérigo nuevo:
húbola de bendecir,
y ella lo quiere encubrir
estando ya al rabo el huevo.

Rubena.

No te entiendo.

Benita.

Vó rezando.

Rubena.

Oh, dulce Vírgen gloriosa
á tí pido sospirando
que te pases deste bando
de Rubena desdichosa.
Tú, que tuviste encubierto
aquel divino secreto,
encubre mi triste suerte
no mires mi desconcierto,
que sin tí me espera cierto
mala muerte.

12. La Comedia del Viudo.

El Viudo
Paula } sus hijas,
Melicia }
Un clérigo
Un compadre del Viudo
D. Rosbel, príncipe disfrazado
D. Gilberto, su hermano.

Viudo.

Esta desastrada vida
qué perdiera yo en perdella
desque al mundo fue venida?
pues amara y dolorida
es toda mi parte della,
que perdí muger tan bella
como estrella,
y pues triste me dejó,
muriera mezquino yo
y no ella!

Pluguiera á Dios que cupiera
la suerte suya por mia:
pues quedé, que no debiera,
robada mi compañera,
consumida mi alegría.
Vida sin tal compañía
noche y dia
me da tan triste cuidado,
que jamas seré, cuitado,
el que solia.

Acordarme su nobleza,
su beldad, su perfeccion,
sus mañas, su gentileza,
su tan medida franqueza,
quebrántame el corazon.
Oh, que humilde condicion
á la razon!
cuan callada, cuan sufrida!
toda plantada y engerida
en discrecion.

Alegre con mi alegría
con mi tristeza lloraba:
pronta á cuanto yo decia
queria lo que yo queria,
amaba lo que yo amaba:
toda su casa mandaba
y castigaba
sin de nadie ser oida,
ni de persona nacida
profazaba.

Amiga de mis amigos,
amparo de mis parientes,
humilde á mis castigos:
cruel á mis enemigos,
placentera á sus sirvientes,
tal que con fieras serpientes
inclementes

hiciera vida paciente:
no fue muger mas prudente
en las prudentes.
Enemiga de zelosas,
de las castas compañera:
contraria á las maliciosas,
callada con porfiosas,
para virtud la primera:
muy honesta y placentera
de manera
que nunca se desmedia:
sublimada en cortesía
verdadera.
En el punto que partiste
no debiera quedar yo,
porque la vida que es triste
mas muere quien la resiste
que el muerto que la dejó.
Á aquel Dios que la llevó
pido yo
muerte luego por finida,
pues la gloria de mi vida
ya pasó.

Clérigo.

La gloria y consolacion
de aquel padre eternal
sea en vuestro corazon,
porque teneis gran razon
de llorar en vuestro mal.

Viudo.

Oh, mi padre espiritual!
cuan mortal
halláreis á vuestro amigo.
Por amparo y por abrigo
lloro tal,
tal que nacer no debiera,
pues sabeis como perdí
muger tanto á mi manera.

Clérigo.

Quien perdió tal compañera
que llore digo que sí.

Viudo.

Oh cuan amiga de mí!

Clérigo.

Bien lo ví.

Viudo.

Oh mi vida trabajada!
ay de mi alma penada!
ay de tí!

Clérigo.

Tomad un consejo, hermano,
deste amigo singular:
pensad como lo humano
unos tarde, otros templano
nacimos para acabar,
y todo nuestro tardar
á buen juzgar
por mas trabajo se cuenta,
pues no se escusa tormenta
neste mar.
Quitad el luto de vos
y esos paños negregosos,
que cierto sabemos nos
negar los hechos de Dios

todos los que están lutosos:
pues se muestran soberbiosos
de quejosos
cargados de paños prietos,
repugnando los secretos
mas gloriosos.
Los que mueren tan honrados
como acá vuestra muger
contritos y confesados,
qué hace luto menester?
Lo que vos habeis de hacer
ha de ser
á aquel dador de las vidas
dalle gracias infinidas
con placer.
Quedad con nuestro Señor!

Viudo.

Padre, quedo consolado.

Clérigo.

El vero consolador
Cristo nuestro Redentor
esfuerze vuestro cuidado.

Viudo.

Oh que padre tan honrado!
descansado
algun poquito me siento,
que parte del pensamiento
me ha quitado.
Ora oidme, hijas mias,
la muerte por desventura
me llevó mis alegrías,
porque no fuesen mis dias
sino llenos de tristura.
Lo que mas desasegura
mi holgura,
es el daño que se os siga:
esto hace mi fatiga
mas escura.
Porque esta vida engañosa
en la tierna mocedad
es tan peligrosa cosa
que harto bien temerosa,
miro mi seguridad.
Acordad la honestidad
y bondad
de vuestra madre defunta,
y en tanta virtud junta
contemplad.

Compadre.

Qué haces, compadre amigo?

Viudo.

Lo que manda la tristura
sin muger y sin abrigo.

Compadre.

Bien trocara yo contigo.
Quien tuviera tu ventura!
yo tengo muger tan dura
de natura,
que se da la vida en ella
mejor que en Sierra de Estrella
la verdura.

Paula.

Mirad vos que cosa aquella!

Compadre.

Digo verdad por mi vida!

Melicia.

Pues muy noble dueña es ella.

Compadre.

Ansi me goze yo en vella
no con vida tan cumplida:
alma que no tiene salida,
siempre metida
en danza cuadre ó no cuadre,
gran envidia te he, compadre,
sin medida.
Á la fe, dígote, amigo,
que te vino buena estrena!
Eso haga Dios comigo.

Viudo.

Oh, calla! que yo soy testigo
que es gran mal perder la buena.

Compadre.

Mas cadena
quieres tú que el hombre tenga
que muger con vida luenga
aun rebuena?
No estés, compadre, triste
por salirte de prision:
cuando tu muger perdiste
entonces remaneciste,
mas te falta el corazon.

Viudo.

Segun va sin reflexion
tu razon,
has de estar fuera de tí,
y aumentas mas en mí
la pasion.

Paula.

Oh, que mala condicion!

Compadre.

No es sino muy real,
y lo que hablo es en razon.

Paula.

Mas bien habla en tí Neron,
y paréceme muy mal.

Compadre.

Si yo tengo un animal
pese á tal!
y una sierpe por muger,
y por mas mi daño ser
es inmortal.
Tanto monta dar en ella
como dar nesa pared:
cuanto mas riño con ella
tanto mas se goza ella,
por hacerme Dios merced.
No tiene hambre ni sed
mas que una red,
siempre harta y aborrida:
si esta vida tal es vida
me sabed!
Cuando con ella casé
hallé, norabuena sea,
en ella lo que os diré.
Cuando bien bien la miré,
víle un rostro de lamprea,
un habla á fuer de aldea,
y de Guinea
el aire de su meneo:

cuanto mas se pon de arreo
está mas fea.

Paula.

Oh calla, no digais eso,
que es mucho gentil muger.

Compadre.

No le vistes el avieso:
si pone el blanco tan grueso
qué diablo habeis de ver?
dejemos su parecer
ya caer
y vengamos á lo al.
No estará sin decir mal
ó lo hacer.

Ella por dame esa paja
mete la calle en revuelta:
seso, ni sola migaja:
dueña que se volvió graja
y anda en el aire suelta,
siempre pronta y desenvuelta
en dar vuelta
dende lo bueno á lo malo,
por mas que lleve de palo
en la envuelta.

Si algo estó de placer
dice que yerba he pisado:
si triste, quiéreme comer:
yo no me puedo valer
asi me trae asombrado.
Si trayo á mi cuñado
convidado,
muéstrame un ceño tamaño
que me hace andar un año
renegado.

Miente que es cosa espantosa,
á todos escarnios pega:
es porfiada y es temosa,
soberbia, envidiosa,
siempre urde, siempre trafiega,
su lengua siempre navega:
como pega
para todo mal ardida,
si en algo se halla cogida
luego niega.

Paula.

Porqué deshonrais ansi
vuestra muger?

Compadre.

Porque es plaga
que desque la recibí
bien pueden decir por mí
el marido de la draga.
No hay quien me deshaga
tan gran llaga,
de toda paz enemiga:
por Dios, no sé que me diga
ni que me haga.

Yo no la puedo trocar,
yo no la puedo vender,
yo no la puedo amansar,
yo no la puedo dejar,
yo no la puedo esconder.
Yo no le puedo hacer
entender
sino que es ella una rosa,
y que está muy desdichosa
en mi poder.

Y con todas sus traviesas

está tan llena de vida,
que con dos bombardas gruesas
ni con lanzadas espesas
será en vano combatida.

Viudo.

Oh, mi muger tan querida
fallecida,
toda paz sin nunca guerra,
no debieras de la tierra
ser comida!
Agora me voy á rezar
sobre aquella tierra dura,
pues no lo puedo olvidar
hasta mi muerte acabar
este dolor sin ventura.

Compadre.

No quiso mi desventura
tan escura
que estotra fuera tras della,
que yo le hiciera una bella
sepultura.
Y le hiciera rezar
las horas de los dragones,
y le hiciera cantar
las misas so el altar
alumbradas con tizones,
ofertadas con melones
badeones
todos llenos de cenada,
por enciensо una ahumada
de granzones.

Melicia.

Oh Paula, hermana mia,
quien habia de pensar
cuando mi madre vivia,
que la vida que tenia
estaba para acabar.

Paula.

Nunca hay que confiar
ni descansar
el que por reposo puna,
pues no se escusa fortuna
al navegar.
Ora que mi madre estaba
mas alegre y descansada,
cuando mucho sana andaba
y mas recia se hallaba
cuan presto fue salteada!

Melicia.

Yo triste desamparada!

Paula.

Y yo, cuitada,
á quien tanto bien queria,
que su ánima partia
yo nombrada.

Melicia.

Gran secreto es el morir.

Paula.

Para mí bien declarado:
mas secreto es el vivir,
siendo cierto de partir
nunca estar aparejado.

Cada cual es engañado
y confiado
en que tiene luenga via.

Melicia.

Ansi fue la madre mia,
mal pecado!
(*Entra D. Rosbel en disfraz de villano.*)

Paula.

Qué buscas?

Rosbel.

Véngome acá.

Paula.

Á qué?

Rosbel.

Vengo á quequiera.

Paula.

De do eres?

Rosbel.

Soy de acullá,
del Villar de la Cabrera.
Llámome Juan de las Brozas
de en cabito del llugal
natural,
hermano de las dos mozas:
sé hacer 'priscos y chozas
y un corral.

Paula.

Ora pues véte en buenhora.

Rosbel.

Si yo soy Juan de las Brozas, gaitero.

Paula.

Eso es menester agora,
como están ledas las mozas.

Melicia.

Vé, cabrero!

Rosbel.

No tengo ora donde ir.

Melicia.

Tienes padre ó madre tú?

Rosbel.

Eso haa
pláceme, lo vo decir:
ya mi padre se ha morir,
nel limbo está.

Paula.

Y tu madre?

Rosbel.

Acá quedó:
con un flaire está á soldada
muy valiente:
luego la vestió y le dió
una faja colorada
de presente.
Cuando retozan la fiesta
es mi madre tan aguda
y tan garrida,

que siempre ella urde la siesta,
por descansar de sesuda
la fatiga.

Paula.

Qué vida era la tuya?

Rosbel.

Rascaba la bestia al fraile
acá y allá,
y dila al diablo por suya,
y aprendí hacer un baile
y estoyme acá.
Yo quisiera me casar,
la nobia, mi fe, no quiso:
pues ni yo
antes quiero acá morar.

Viudo.

Que haces acá, porquero?

Rosbel.

No soy, no.

Viudo.

Pues qué eres?

Rosbel.

Llámome Juan de las Brozas
á mas soy medio gaitero:
hago notas y placeres.

Viudo.

De do eres? dí, amigo.

Rosbel.

De mi tierra.

Viudo.

Qué lugar
es el tuyo?

Rosbel.

No es mio, que es de un crigo,
y no tengo de negar
que es suyo.

Viudo.

Y agora qué querias?

Rosbel.

Acogíme en un rabasco
nigromante
que me hizo ñiférías:
quien le quebrara aquel casco
fuertemente!
sacudióme un torniscon
y sacóme un rajanazo
de la greña:
corralóme en un rincon,
y dióme con un palazo
de la leña.

Viudo.

Algo le harias tú.

Rosbel.

Nada, nada, juri á san,
fuile haciendo:
solo hacia tu ru ru
viene el hideputa can
me firiendo.

Viudo.

Quieres comigo vivir?

Rosbel.

Si me dais buena soldada
por trabajar,
yo bien tengo de servir
en ganado y en sembrada
y en cavar.
Ir por leña y al molino,
traer mato para el horno
y aun cocer,
vendimiar y coger lino,
hacer vino y poner torno
si es menester.
Digo en cuanto á servicial
no vendrá un diablo acá
que mas haga:
en nada os haré un corral,
do el ganado no habrá
miedo de plaga.
Hagamos luego aveneneia.

Viudo.

Estáte comigo un año.

Rosbel.

Bien será
lo dejo á vuestra conciencia,
como vierdes que me amaño
me pagá.

Viudo.

Vé por leña!

Rosbel.

Que me place
y vereis cuan presto vengo,
cuan corriendo.

Viudo.

Trae muy valiente haze,
y lleva el atijo luengo.

Rosbel.

Bien lo entiendo.

Viudo.

Habémoslo menester
como el pan que nos mantiene.

Paula.

Es bien mandado.

Melicia.

Servicial parece ser.

Viudo.

Ahotas, cuan presto viene
y cuan cargado!
tenedle ya aparejado
el zurron con unos ajos
y su pan,
y luego vaya al ganado:
pues han de ser los trabajos
con afan.
Oh que norabuena vengas!

Rosbel.

Qué mozo Juan de las Brozas!
ya yo vengo.

Viudo.

Antes que mas te detengas,
dalde el zurron luego, mozas:
vé corriendo!

Lleva los puercos contigo
y mamenta las cabritas
mas recientes,
y mira lo que te digo,
las vacas y becerritas
paramentes.
Y á la noche de camino
trae leña para el horno.

Rosbel.

Que me place.

Viudo.

Muy buena dicha nos vino.

Paula.

Viénenos como hecho al torno.

Melicia.

Bien lo hace.

Viudo.

Sabed que el buen servidor,
que lo pesen á oro fino
es merecido.

Paula.

Segun que fuere el señor,
asi abrirá el camino
á ser servido.

(*Sale D. Rosbel cantando.*)
Arrimárame á tí, rosa,
no me diste solombra.

Melicia.

Oh como es tan placentero
este nuestro mozo Juán!

Viudo.

Y el rebaño?

Rosbel.

Esperad, diré primero
que anduve tras un gavilan
tamaño.
Ora, nuestramo, hablad vos.

Viudo.

Queda todo en el corral
el ganado?

Rosbel.

Bueno está, bendito Dios,
no se me perdió ni tal:
él sea loado!

Viudo.

Dalde luego de cenar.

Rosbel.

Que no tengo gana yo
de comida.
Mi placer es trabajar,
afanar doquer que estó
es mi vida.

Viudo.

Cena, cena! dalde pan
y migas á gran hartura
con del ajo:

comerás, buen hijo Juan,
que el comer es la holgura
del trabajo.
Voyme á cas del sacristan
á pagalle las campanas
que tañió:
quédate, buen hijo Juan!

Rosbel.

Ambas á dos sois hermanas?

Melicia.

Porqué no?

Rosbel.

Bien lo sé por mi ventura,
que si yo no lo supiera
no penara:
ambas ví por mi tristura,
antes no nacido fuera
que os mirara!

Paula.

Ay Jesu! Jesu! Jesu!
mas es esto que pastor.

Melicia.

Como hay Dios!
y llamámosle de tú.
Decidnos por Dios, señor,
quien sois vos?

Rosbel.

Soy quien arde en vivas llamas,
pastor muy bien empleado
en tal poder,
siendo de tan bellas damas,
hermanas en dar cuidado
á mi querer.
Don Rosbel soy, generoso
hijo de Duque y Duquesa
muy preciado:
amor es tan poderoso,
que me trujo á la dehesa
con cayado.
Mándame ser alquilado,
ansi lo tengo por gloria
y lo quiero,
sin ser de vos remediado,
ni querer nunca victoria
ni la espero.
No quiero sino miraros,
no quiero sino serviros
desta suerte,
y si os ofendo en amaros,
bien lo pagan los sospiros
de mi muerte.

Melicia.

Hermana, no sé que diga.

Paula.

Nunca tal acaeció
por mi fe:
tal señor en tal fatiga!

Rosbel.

No lo quiero ser yo, no:
me troqué
desde el dia que os miré:

de tal suerte me prendistes
improviso,
que mi muerte la hallé
(siendo pues vos me la distes)
paraiso.
Soy vueso trabajador
como son los alquilados:
mas no soy....
dejadme morir pastor
llorando por los collados
dende hoy!
No sepan parte de mí:
Don Rosbel no quiero ser
ni por sueño,
que esclavo soy desque os ví,
y por vos es mi placer
tener dueño.

Paula.

La merced que nos hareis,
siendo huérfanas, señor,
y sin madre,
que os vais y nos dejeis:
no mateis al pecador
de mi padre.
Abatís de vueso estado,
siendo noble en señoría
por derecho,
y quereis ser deshonrado
por tan pequeña contía
sin provecho.

Rosbel.

No me deja ir amor:
de señorías tamañas
soy bien harto,
y es tan vivo mi dolor,
que me abrasa las entrañas
si me parto.

Paula.

Ora, eso qué aprovecha
sino para daros pena
y á nos temor?

Rosbel.

No tengais de mí sospecha,
porque eso mas pena ordena
á mi dolor.

Viudo.

Qué te haces, Juan, comiste?

Rosbel.

Harto estó repautigado
de comer.

Viudo.

Paréceme que estás triste?

Rosbel.

Bien contento, Dios loado,
con placer.
Mirad, nuestramo, yo estaba
acá á mis amas hablando,
del deseo
y gana que me tomaba
de mi tierra, que mirando
no la veo.
Suso, qué tengo de hacer?

Viudo.

Tómate aquel azadon
y la azada.

Rosbel.

Todo eso es mi placer,
no faltando el galardon
y soldada.

Viudo.

Muy bien te será pagada:
vé, cava la viña luego
sin reproche
bien cabada y adobada,
y trae cepas para el fuego
á la noche.
Al aldea quiero ir
y veré nuestro montado
como está,
tarde tengo de venir.
Vosotras tened cuidado
en lo de acá:
estas puertas bien cerradas,
y no esteis ociosas
en estrado,
que las mozas ocupadas
escusan causas dañosas
al cuidado.

Paula.

Qué consejo tomaremos?
nosotras si nos callamos,
consentimos:
estamos en dos extremos,
porque á él tambien faltamos,
si decimos.

Melicia.

Pues nos que lo publiquemos
á mi padre ó otro alguien
es niñería.

Paula.

Ningun favor no le demos.

Melicia.

Á quien nos sirve tan bien,
será falsía.

(*Sale Rosbel cantando.*)
Mal herido me ha la niña
no me hacen justicia.
Ha, nuestramo!

Paula.

Fuera es ido.

Rosbel.

Estrella de mi alegría,
como estais?
mi gloria, mi bien cumplido,
que la muerte y vida mia
vos la dais.

Paula.

Señor, porqué os matais
y nos dais vida cuidosa?
sin porque,
pues en vano trabajais.

Rosbel.

Oh, esmeralda preciosa!
bien lo sé.
Pero este mi sudor
amata las vivas llamas
que amor quiso,
y el afan de mi labor
por vos tan hermosas damas
es paraiso.
Y el ganado que apaciento,
como ángeles del cielo
los adoro
por vuestro merecimiento,
al que no pido consuelo
sino lloro.
Otra gloria no atiento
sino desesperar della
y desespero:
con mis trabajos contento,
de nadie tengo querella
aunque muero.
Y sé muy cierto que no
con servicios os enamore
ya en mis dias,
porque no soy dino yo
ni de lejos que os adore,
ídolas mias!

Paula.

Y cual de nos quereis vos?

Rosbel.

Dos amores se ayuntaron
contra mí:
los males de dos en dos
mi cuerpo y alma cercaron,
cuando os ví.
Tengo doblados dolores:
dos saetas en mí siento
que me hirieron:
ay! que juntos dos amores
en un solo pensamiento
no se vieron!
(Sale el Viudo y dice Rosbel:)
Nuestramo, venis cansado?

Viudo.

Mas antes mucho contento
del casal,
porque dejo concertado
para Paula un casamiento
muy real.
Aun Melicia esta semana
le espero de dar marido
de hazaña.
Lloras?

Rosbel.

Lloro una hermana
que poco ha se ha morido
supitaña.
Quiero llevar el ganado
á unos valles sombríos
y tristoños,
donde se harte el cuitado
de oir los gritos mios
muy medoños.

Viudo.

Limpia el establo primero,

y lleva el estércol luego
al linar.

Rosbel.

Que me place, que eso quiero:
acábeme ya mi fuego
de matar.

Viudo.

Qué hablas?

Rosbel.

Qué he de hablar?
digo que voy soñoliento
y carcomido.

Viudo.

Yo me voy ora á rezar
que Dios haga á tu contento
aquel marido.

Paula.

Oh, como va lastimado
el triste de Don Rosbel!

Melicia.

Es de doler.

Paula.

De veras es namorado.

Melicia.

Luego pareció en él
su buen querer.

Paula.

Pues no es de los fingidos,
dame tú la fe, hermana,
yo doy la mia,
que no tomemos maridos
hasta que él á su gana
haya alegría.

Rosbel.

Á todos das sepultura,
muerte, díme que es de tí,
tú que amo?
y por mi gran desventura
tú te haces sorda á mí,
que te llamo.

Y pues mi ánima se enoja
con las tristes ansias mias
tan penada,
rasgada sea la foja
do están escritos mis dias
y quemada.

Oh, por Dios, lindas señoras,
en este trance penado
tan mortal,
no os mostreis consentidoras,
ni vea yo desdichado
tanto mal.

Paula.

No os mateis sin saber
que bien lejos nos estamos
de casar.

Melicia.

Nadie nos ha de mover

que á marido suframos
sin amar.

Rosbel.

Oh, preciosa mercé!
quien te pudo merecer
en sus dias!
Ya crece tanto mi fe,
que se muestra su querer
en mil vias.
Y pues que no puede ser
casar con ambas, lo sabeis,
echad suertes:
pues quiero satisfacer
la mercé que me haceis
sin mas muertes.

Melicia.

Burlais os de nos, señor?
ó será sueño aquesto?

Paula.

Sí, lo es.

Rosbel.

Ya no mas seré pastor:
echad vuestras suertes presto,
vello heis.

Melicia.

En Paula cayó la suerte.
Yo te digo buena pro
sin codicia.

Rosbel.

Héme aqui en otra muerte.
Cual por Paula, peno yo
por Melicia.
(*Sale D. Gilberto que andaba buscando su hermano por el mundo.*)

Gilberto.

El señor sea loado
y toda la corte del cielo,
pues mi hermano y mi consuelo
tengo hallado.
Todo el mundo he buscado
por hallarte muerto ó vivo,
ó si eras libre ó cautivo,
ó desterrado.

Rosbel.

Mi padre y madre son vivos?

Gilberto.

Vivos, aunque muy dolientes.
Diéronles mil accidentes
tus motivos:
estan tristes pensativos,
no sabiendo qué es de tí,
y salen fuera de sí
con gemidos.
Dijéronles hechiceras:
puercos guarda Don Rosbel,
y dos mozas contra él
son guerreras.
Ámalas tanto de veras
que otra cosa no adora:
de noche y de dia llora
por las eras.

Rosbel.

Contártehe mi venida
en dos palabras no mas,
porque luego sentirás
mi fatiga.
Estas diosas de la vida,
reinas de la fuerza humana,
me prendieron de mi gana
ofrecida.
No digo ser su vaquero,
pues merece su valor
ser un grande emperador
su porquero.
Hermano, yo te requiero
por la mucha virtud dellas,
que nos casemos con ellas
yo primero.
Amparemos y honremos
huérfanas tan preciosas,
que en las cosas virtuosas
son extremos.
Villas y tierras tenemos:
hagamos esta hazaña,
que quede ejemplo en España
y no tardemos.
Toma esta por muger:
á mí me darás la vida,
y ternás muger nacida
á tu placer.
Quien casa por solo haber
casamiento es temporal.

Gilberto.

Como á hermano especial
lo quiero hacer.

Viudo.

Señores, qué modos estos?
qué haceis en mi posada
dolorida y quebrantada
descompuestos?
Qué usos tan deshonestos
para señores reales,
tratar á huérfanas tales
con denuestos!
Vos las debeis amparar,
vos las debeis defender,
de vuestro oficio valer
y ayudar:
y viéndolas maltratar
socorrer á su flaqueza:
esta es ley de nobleza
y de loar.

Paula.

No riñais, padre, no!
mas debeis mucho holgar,
que Dios nos quiso amparar
y nos casó.

Gilberto.

Señor, vuestro yerno só.

Rosbel.

Y yo vuestro yerno é hijo:
Dios y la ventura quiso,
ni menos yo.

Viudo.

Loado y glorificado
sea nuestro Dios poderoso,
que me hizo tan dichoso
y descansado:

caso bien aventurado
por mi consuelo acaecido,
sin tenello merecido
ni soñado.
Voy á hacello saber
á mis amados amigos,
porque sean los testigos
del placer:
y tambien es menester
que busquen mil alegrías,
y bailen las canas mias
al tañer.
(*Vanse á vestir las mozas, mientras cantan unos cantores.*)

Estánse dos hermanas
doliéndose de sí,
hermosas son entrambas
lo mas que nunca ví.
Hufa! hufa!
á la fiesta, á la fiesta,
que las bodas son aqui.
Namorado fue dellas
Don Rosbel Tenori:
tan sentidos amores
jamas contar oí.
Hufa! hufa!
á la fiesta, á la fiesta,
que las bodas son aqui.

---

13. Un paso de la Tragicomedia Triunfo del Invierno.

Invierno — Brisco Pelayo y Juan Guijarro, pastores.

Invierno.
Sepan todos abarrisco
que yo soy Juan de la Greña,
estragador de la leña,
y sembrador del pedrisco:
cocinero de las papas,
asador mayor de patos,
alcahuete de los gatos
y partero de las gatas.
Ojeador de las cigüeñas,
destierro de golondrinas,
voz de las aguas marinas,
agravio de viejas dueñas,
Dios de los frios vapores
y señor de los ñublados,
peligro de los ganados,
tormento de los pastores.
Soy portero de los vientos,
galan de las tempestades,
ayo de las frialdades,
page de los elementos:
maestresala de la luna,
de los hielos corretor,
y soy capitan mayor
de la marina fortuna.
Aunque veais mi figura

hecha un salvage bruto,
yo cubro el aire de luto
y las sierras de blancura.
Quito las sombras graciosas
debajo de los castaños,
y hago á los ermitaños
encovar como raposas.
Hago mustios los perales,
los bosques frescos medoños:
hago alegres los madroños
y llorosos los rosales.
Hago sonar las campanas
muy lejos con mis primores,
y callar los ruiseñores,
y los grillos y las ranas:
hago á buenos y á ruines
cerrar ventanas y puertas,
y hago llorar las huertas
la muerte de los jardines.
Las viñas hago marchitas
y los arroyos riberas:
hago lagunas las eras
y cisternas las ermitas.
Afuera, afuera, calores,
y locuras del verano,
y traiga el viento solano
otras potencias mayores:
y será de tal manera
que se hielen las riberas,
los tanques y las carreras
y pozos que el sol no quiera.
Luego el cierzo regañado
traya nieves y ñublados,
qui ni valgan abrigados
ni corrales al ganado.
Los pastores con desmayo
crizan ya los cabellos:
aqui viene uno dellos
que llaman Brisco Pelayo.

Brisco (cantando).

Quien malora ca mi sayo,
cuitado!
quien malora ca mi sayo.
Bendito seas, verano,
y el padre que te engendró,
aquel, aquel digo yo
que Dios hizo por su mano,
mas invierno, juraria
por la crisma del bautizo,
que Satañé se lo hizo
sin saber lo que hacia.

(*canta.*)

El mozo y la moza
van en romería:
tómales la noche
naquella montina.
Cuitado!
quien malora ca mi sayo.
Buen verano, que es de tí?
amparo de los pastores:
sácame destos temblores
si has mancilla de mí,
que este invierno determina
segun veo maltratarme,
y solo por acabarme
es su pelea contina.

(*canta.*)

Tómales la noche
naquella montina:
la moza cantaba,
el mozo decia:

cuitado!
quien malora ca mi sayo.

Invierno.

Pues del ganado te alejas
y tiemblas con cuitas tantas,
díme, pastor, porqué cantas
y al mismo tiempo te quejas?
no dicen, hermano mio,
quien canta no tien tormento?

Brisco.

No te oigo con el viento,
ni te entiendo con el frio.

Invierno.

Cantas ó lloras, vaquero?
no tienes orejas creo.

Brisco.

Con la niebla no te veo,
derreniego del tempero:
ya no sé lo que me hablo
ay, que me fino, cuitado:
si no fuera desposado
muriérame con el diablo.
Mas la mi bezos de mona,
hija de Giraldo Gil,
si me muero antes de Abril
que será de la soplona?
que segun le cayó en suerte
condicion de mata perros,
comerá trecientos puerros
con rabia de la mi muerte.
Digo yo á la voz que suena
no sé si es aqui, si allin,
que el invierno no es tan ruin
que no tenga cosa buena.

Invierno.

Blasfemas de mí, pastor,
como si yo fuese el infierno.

Brisco.

Si tú eres el invierno,
aun te tengo por peor.
Mal gozo veas de tí!
para qué es tanto bufar?

Invierno.

Prosigue el tu cantar,
y déjame hacer á mí.

Brisco.

Tú te pensarás que el canto
no sirve sino al placer,
pues yo te hago saber
que en los mas tristes es planto.

Invierno.

Porqué no buscas abrigo
deste cierzo, hombre cuitado?

Brisco.

Porque el mal perseverado
al fin trae el bien consigo.

Invierno.

No hay remedio en el corral?

Brisco.

Dó al diabro el dolor,

cuando el remedio es peor
que no el daño principal.
Mi coral es agua hecho
y el agua vuelta regelo,
y el regelo es muy mal lecho:
mal te haga Dios del cielo!

Invierno.

Con todo tu querellar
cuanto hablas todo es rosas,
y dices tan buenas cosas
que huelgo de te escuchar.
Si tu sabes repastar
nesta sierra tu manada
como tú sabes hablar,
bien te puedes alabar
que mereces la soldada.

Brisco.

Á pesar de esas razones
mala pascua te dé Dios,
pues me llevas dos á dos
las mis cabras y cabrones.
Pero cata á Juan Guijarro
muy perdido á maravilla
que gastó con Torobilla
con que no compró zamarro:
hízole muy cruda guerra
todo el verano el amor,
y agora al pecador
esta friura lo atierra.

Juan (cantando).

Por do pasaré la sierra,
gentil serrana morena?
Gran remedio es para el frio
al que viste poca lana,
bailar recio de mañana
al son deste cantar mio:
y si mi magin no yerra
á segun quedé en faldetas,
si no diese zapatetas
caeria muerto en tierra.

(*canta.*)

Por do pasaré la sierra,
gentil serrana morena?
Tururu turulá
quien la pasará?
tururu turulú
no la pases tú:
tururu turulé
yo la pasaré.
Dí, serrana, por tu fe
si naciste en esta tierra?
por do pasaré la sierra,
gentil serrana morena?
Todas las cosas á ratos
tienen su remedio cierto:
para pulgas el desierto,
para ratones los gatos:
para la muerte enterrar,
para el amor zabullir,
para la fambre dormir
y para el frio bailar.

(*canta.*)

Tiriri tirilí
queda tú aqui.
Tururu turulú
que me quieres tú?
Tororo toroló
que yo sola estó.
Serrana, no puedo no,

que otro amor me da guer-
ra:
por do pasaré la sierra,
gentil serrana morena?
El amor ha de ir al infierno,
esto es ya canto llano,
porque me hizo en verano
olvidarme del invierno.
Mi vida no fue acordada
cuando serví el amorío,
que el amor no mata frio,
ni paga nunca soldada.

Brisco.

Con bien vengas, Juan Guijarro.

Juan.

Mejor estás tú, hermano,
que guardaste del verano
con que comprarte zamarro,
y no yo que gasté en flores
mi soldada sin mas tiento,
y agora me pide el viento
la razon de mis amores.
El cierzo me toma cuentas
de mis cuidados vacíos,
de mis suspiros los frios,
de mi querer las tormentas:
los aires de mi bonanza,
las nieves de mi franqueza,
los nublos de mi firmeza,
la fambre de mi esperanza.

Brisco.

No tienes tú otro hato;
zamarron ó zamarrilla?

Juan.

Ni capote, ni capilla,
ni tengo mas de un zapato:
yo saqué en santintin
este sayo en hora mala,
solo para la zagala
verme y pagarse de mí.
Y compréle una sortija
y una saya verde escura,
por do sé que la locura
es muy mala sabandija.
Yo te juro, Pelayo amigo,
que el que sigue tras zagalas,
terná tantas hadas malas
como yo traigo comigo.
Que juro al cuerpo de mí
que gasté en agujetas
mis cabras blancas y prietas,
y agora ándome asi,
sin zamarro, sin calzon
perdido, manguispanado,
el diablo llevó el cayado
y su madre el mi zurron.

Brisco.

Mal estás, carillo mio,
que este invierno es harto crudo.

Juan.

De que yo no fui sesudo,
qué culpa se tiene el frio?

Invierno.

Pastores, idos del frio,
acógedos al aldea,
porque quiero que se vea

el segundo triunfo mio
sobre la mar de Guinea.
(*Vanse cantando.*)

Brisco.

Quien maora ca mi sayo,
cuitado!
quien maora ca mi sayo.

Juan.

Por do pasaré la sierra,
gentil serrana morena?

---

14. Última Escena del Auto de los Físicos.

Clérigo — Confesor.

Clérigo.

Á llamaros envié,
padre, padre, confesion!
porque me voy de pasion:
de aqui poco moriré
de dolor del corazon,
porque el humor radical
de humor volvióse amor,
de amor grave dolor:
de dolor estoy mortal
solo por buen amador.
Padre, digo á Dios mi culpa
que amo á una doncella
tan graciosa y tan bella,
que su gracia me disculpa,
aunque me muero por ella.
Y, padre, confieso mas
que otra cosa no adoro:
ay de mí! que ya me muero,
y tú, señora, quedarás
satisfecha con mi lloro.
Digo mas mi culpa á vos,
que me pesa ser nacido,
y con todo mi sentido
estoy tan fuera de Dios
como en este amor metido.
Digo mi culpa, señor,
que aunque me veo partir,
no me puedo arrepentir:
porque es tan dulce el dolor
que no me amarga el morir.
Padre, no soy quien solia:
yo os confieso mi pena,
no tengo contricion buena,
ni tengo el ánima mia
que este mal la hizo agena:
padre, que tengo de hacer?

Confesor.

La parte hizo os engaño?

Clérigo.

No padre, mas desengaño,
que no quiere oir ni ver
la disculpa de mi daño.

Confesor.

Ha mucho que os enamoró?

Clérigo.

Dos años.

Confesor.

Santa Maria!
esto es penar un dia!
oh triste mezquino yo
cuan luenga pena es la mia!
Decid vuestra culpa á Dios,
que muy aina os matais:
ante omnia os congojais,
decid que no estais en vos
pues tan sin tiempo os quejais.
Dos años y aun diez y medio
dos dias son en amores
para merecer favores,
y el que pide remedio
es muy flaco en sus dolores.
Ah, cuerpo de Dios, agora!
ansi se hizo Roma luego?
ha quince años que ardo en fuego
sin hablalle solo un hora,
ni sentiste allá frai Diego.
Vos pensareis que amores
son como buñuelos entiendo,
no mas que friendo y comiendo:
pues no se cogen las flores
si no espinas sufriendo.
No mereces penitencia
por ser namorado, no:
porque Dios lo ordenó,
mas antes mala conciencia
es de aquel que nunca amó.
Dijo Dios por la hermosa
la cual Eva habia nombrado,
por esta dejará el hombre
padre y madre y toda cosa,
luego amar es su renombre.
Y aunque diga algun letrado
que es solo por muger dada,
Eva no era aun casada
cuando por Dios fue mandado
que la muger fuese amada.
Y cuando dijo por ella
deje el hombre toda cosa,
entiéndese por la hermosa
(porque tal estaba ella)
y no por cualquier tiñosa.
Quede asi este misterio
suspenso hasta el verano:
sobre vos pongo la mano
como dice el Evangelio,
y haced cuenta que sois sano.
Voyme á la huerta de amores
y traeré una ensalada
por Gil Vicente guisada,
y diz que otra de mas flores
para Pascua tien sembrada.
(*Vienen cuatro cantores y cantan la ensalada siguiente.*)
En el mes era de Mayo
víspera de Navidad
cuando canta la cigarra:
Quem ora soubesse

onde o amor nasce
que a o adorasse.
Media noche con lunar
al tiempo que el sol salia
recordé que no dormia
con cuidado de cantar:
Hervas do amor, hervas,
hervas do amor!
Á las puertas de la villa
en medio de la ciudad,
dijo el abad á Teresa:
tan buen molinero sodes,
Martin Gomez!
tan buen molinero sodes.
Era la Pascua florida
en el mes de san Juan,
cuando la mona parida
perguntó al sacristan:
Teresica del robledo
que te guarde Dios de mal.
Respondió Pero Pinam:
estay quedo co a mão
frey Joam, frey Joam,
estay quedo co a mão.
Padre, pois soes meu amigo
quando falardes comigo,
frey Joam,
estay vos quedo
mas estay vos quedo
co a mão, frey Joam,
estay vos quedo co a mão.
Perguntaban qual abad,
qual Pinam ou qual frey Joam
nam diria qual la moza,
nam diria quem ou quam.
Yendo yo mas adelante
dijo Francia en su latin:
si volem la guerra
si volem la guerra
bonc huí, si volem la guerra,
si volem la guerra, bone huí.
Dijo la vieja en Portugues:
palombas, sede amigas!
ánades, no riñades!
paz in coelis
paz na terra y paz no mar.
Tan garridica la ví cantar:
ficade, amor, ficade!
ficade, amor!

C U A T R O

COMEDIAS

D E

BARTOLOMÉ TORRES NAHARRO.

Bartolomé Torres Naharro escribió sus comedias en Italia á principios del siglo XVI. La primera impresion de Nápoles 1517 es libro rarísimo: no son menos raras las impresiones de Sevilla 1520 y 1533 y una de Anveres s. a. La que se halla alguna vez es la corregida de Madrid 1573. La primera impresion contiene solo seis comedias: en la última se encuentran ademas la Calamita y la Aquilana.

15. Comedia Imenea.

Imeneo, galan.
Boreas, } sus siervos.
Eliso, }
Febea, dama.
El Marques, su hermano.
Doresta, criada.
Turpedio, page.
Cantores.

Jornada primera.

Imeneo.

Guarde Dios, señora mia,
vuestra graciosa presencia,
mi sola felicidad,
aunque es sobrada osadía
sin tomar vuestra licencia
daros yo mi libertad:
pero en mi primer miraros
tan ciego de amor me ví,
que cuando miré por mí
fue tarde para hablaros
hasta agora,
que de mí sois ya señora.
Habéisme muerto de amores,
y dejáisme aqui en la plaza
donde publique mis yerros,
como aquellos cazadores,
que desque matan la caza
la dejan para los perros.
Dondequiera que me halle
diré siempre que es mal hecho,
pues yo vos guardo en mi pecho,
vos me dejeis en la calle:
bien me viene
que sin culpa muera y pene.

Boreas.

Aun agora comenzamos
y tantos duelos tenemos!

Imeneo.

Qué hablas allá, villano?

Boreas.

Digo, señor, que nos vamos,
que mañana tornaremos
y quizá con mejor mano.

Imeneo.

No: vame por la vihuela,
quizá diré una cancion
tan envuelta en mi pasion,
que todo el mundo se duela,

sino aquella
que dolor no cabe en ella.

Boreas.

No podrás, señor, tañer,
porque le falta la prima
y están las voces gastadas.

Imeneo.

No cures! hazla traer,
que el dolor que me lastima
las tiene bien concertadas.

Boreas.

Aunque te sepa enojar
harémos bien de nos ir.

Imeneo.

Es tiempo de ir á dormir?

Boreas.

Y aun hora de levantar,

Imeneo.

Calla loco!
que en mis males sabes poco.

Boreas.

Sepas que estás en error
si tan grosero me hallas
como tú me certificas,
pues de cierto sé, señor,
que con la pena que callas
es nada cuanto publicas:
y si mueres por tal dama
tienes muy justa querella:
pues otros mueren sin vella,
que se ahogan en su fama
con decir
que es la vida bien morir.

Eliso.

Díle deso y medraremos.

Imeneo.

Qué hablas allá entre dientes
almacen de negligencia?

Eliso.

Que presto lo llevaremos
con los otros inocentes
á la casa de Valencia.

Imeneo.

No medre quien te vistió!
Y á quien tienes de llevar?
tú de mí debes hablar.

Eliso.

Vos decislo, que no yo.

Imeneo.

Oh borracho,
mal criado y sin empacho!

Eliso.

Mas, señor, pues que ansi es,
tu señoría provea
que ninguno aqui te halle,
porque su hermano el Marques
de la señora Febea,
visita mucho esta calle.

trae muy buenos criados
y tú los tienes mejores:
reniega de los amores,
no vamos descalabrados.

Imeneo.

Yo me quedo,
váyase quien les ha miedo.

Eliso.

Si quieres, señor, probar
cuanto miedo les tenemos
y saber cuanto nos tienen,
anda véte á reposar:
nosotros nos quedaremos
á respondelles si vienen.

Imeneo.

Pues catad que esteis velando,
porque vernán mas de dos.

Eliso.

Vengan diez, cuerpo de Dios,
que no se irán alabando.

Boreas.

Ya viniesen,
con tal que no nos huyesen.

Imeneo.

Mientra que no os enojaren
no los corrais por agora,
que seria inconveniente:
sino que si bravearen,
por amor de mi señora
los espanteis solamente.

Eliso.

Vé con Dios y deja hacer,
que de lodo los pornemos.

Boreas.

Habla paso y acordemos
lo que mas es menester.

Imeneo.

Digo Eliso,
haz que estes sobre el aviso.

Eliso.

Muy modorro sois, amigo,
porque yo me sé guardar
de los peligros mundanos.

Boreas.

Á la fe, que estás comigo:
hagamos por nos salvar
como dos buenos hermanos.
Huigamos desta congoja
y apartémosnos del mal,
que á la fe todo lo al
es andar de mula coja.

Eliso.

Pues sabrás
que agora te quiero mas.

Boreas.

Bien tengo que te decir
de una cierta amiga mia
que se deshace por mí,

pero por no te mentir,
yo tengo en la fantasía
que no estamos bien aqui.

Eliso.

Pues no temamos por Dios
aunque en tus cosas hablemos,
que si nada sentiremos
bien corremos todos dos.

Boreas.

No sé nada:
mas si la calle es tomada?

Eliso.

No temas aunque esto sea,
que por las casas caidas
nos iremos con la luna,
y sin que nadie nos vea
salvaremos nuestras vidas
y sin deshonra ninguna.

Boreas.

Voto á Dios que has dicho bien
y que alabo tu razon:
pero mira aquel canton
que parece no sé quien.

Eliso.

Ven seguro
que era la sombra del muro.

Boreas.

Mira bien á cada parte.

Eliso.

Ya lo tengo bien mirado
y es ansi como te digo.

Boreas.

Pues de mí puedo jurarte,
que no me habia quedado
gota de sangre comigo.

Eliso.

Pierde agora esos temores
sino has perdido el correr,
y hazme tanto placer
que me cuentes tus amores,
mientra vemos
que partir no nos debemos.

Boreas.

Pues que, hermano, tu deseo
mis cosas saber desea,
la verdad dellas es esta:
cuando nuestro amo Imeneo
se enamoró de Febea
yo de su sierva Doresta,
y es tan hermosa doncella,
tanto gentil criatura,
que su ama en hermosura
puede bien vivir con ella,
la que es tal
que la juzgan sin igual.

Eliso.

Hasle hablado algun dia?
como sabes que te quiere?
guarda no pises abrojos.

Boreas.

Sin hablalle juraria
que por verme pena y muere,
si no me mienten los ojos.

Eliso.

Yo no creo enamorada
que me quiera bien jamas,
si como santo Tomas
no le toco en la lanzada.

Boreas.

Yo confio
que es su querer cual el mio.

Eliso.

Y no has leido aquel testo
que maldito debe ser
hombre que en hombre se fia:
pues si verdad es aquesto,
quien se fiase en muger
muy mas maldito seria.
Á la fe, para gozallas
y no perderse tras ellas,
oillas y no creellas,
sacudillas y dejallas:
no lo digo
porque les soy enemigo.

Boreas.

Mucho tienes de grosero:
bien parece, Eliso hermano,
que aun no te conoce amor,
pues pensarias primero
que nada está en su mano
del verdadero amador.
Porque aquel que pena y muere
si bien ama y es ansi,
no puede hacer de sí
sino lo que amor quisiere,
desque dió
su libertad á quien vió.
Por ende no hables mas
en juzgar vidas agenas,
pues das en esto molestia,
que si no quieres, querrás,
y penarás, si no penas,
y caerás de tu bestia:
pornás en amor tu fe
y alabarás sus fatigas,
por mucho que agora digas
desta agua no beberé:
que por damas
honramos vidas y famas.

Eliso.

Boreas, hermano mio!
recia cosa es la razon
contra lenguas desarmadas,
y dicen que es desvarío
dar coces al aguijon
y á la carreta pernadas.
Acuerda si nos iremos
que será bien que nos vamos,
y tambien que proveamos
en buscar que almorzaremos.

Boreas.

Nunca he gana
de almorzar por la mañana.

Turpedio.

Quien va? jugais de pies?
tornad un poco, galanes,
y llevareis que contar.

Marques.

Turpedio!

Turpedio.

Señor!

Marques.

Quien es?

Turpedio.

No sé cuantos rufianes
que andaban á capear.

Marques.

Mas si los has conocido,
guarda no fuese Imeneo.

Turpedio.

Por Dios, señor, no lo creo,
porque no hubieran huido.

Marques.

Antes, cierto,
huye de ser descubierto.

Turpedio.

Puede ser, mas aqui viene
cada noche y cada dia
con músicas y alboradas.

Marques.

Si esa presuncion él tiene,
voto á la Vírgen María
yo le ataje las pisadas.

Turpedio.

Déjalo, señor, hacer
que es usanza del palacio
y es un modo de solacio
festejar y dar placer,
y un deporte
sin el cual no hay buena corte.

Marques.

Bien me place el festejar,
mas no en mi casa, par Dios
la verdad agora hablando,
porque tras deste cantar
yo sé bien que mas de dos
se quedan despues llorando.

Turpedio.

Bien siento do van tus flechas:
no temas aunque eso sea,
que la señora Febea
no es desas que tú sospechas,
no es doncella
para burlarse con ella.

Marques.

Tocaremos á la puerta
por ver que hace siquiera,
no nos vamos sin hablalle.

Turpedio.

No estará, señor, dispierta:
sería cosa grosera
dar voces ora en la calle.

Marques.

Pues donde iremos agora?

Turpedio.

Vamos por la sillería
que presto será de dia
y abrirá aquella señora,
y aun haremos
que nos dará que almorzemos.

Marques.

No nos debemos partir,
que á esta hora suelen dar
las músicas y alboradas,
y si aquel ha de venir
no puede mucho tardar:
oigamos sus badajadas.

Turpedio.

Sé que no vienen campanas
en las músicas que ordenan.

Marques.

Vernán badajos, que suenan
maitines por las mañanas.

Turpedio.

Sin mentir
por nos se puede decir;
porque ha diez horas, señor,
que andamos por la ciudad
sonando como badajos,
y cogemos poco honor
(á decirte la verdad)
de aquestos vanos trabajos.
Bien es un poco por ende
pasear sobre la cena,
y es usanza justa y buena
para mancebos se entiende
lo demas
va muy fuera de compas.

Marques.

Pues yo te diré que sea.
Vamos nos ora á dormir
lo que queda hasta el dia,
quédese con Dios Febea:
mañana podré venir
á tentar su fantasía.
Dame un poco ese laud
iré tañendo quequiera:
fuerza aquella escupitera
que querrá hacer virtud.

Turpedio.

Si hará
aunque en ella nunca está.

Jornada segunda.

Boreas.

No hay nadie.

Imeneo.

Habla callando,

mira que tengo sospecha
que aun están por ahí.

Boreas.

Yo los ví, señor, cantando
por esta calle derecha
buen rato lejos de aqui.

Imeneo.

Pues sus! buen hora es aquesta
si no duermen mis amóres.
Haz llegar esos cantores
y demos tras nuestra fiesta.

Eliso.

Aqui vienen.

Imeneo.

Llámalos: qué se detienen?

Eliso.

Caminad! qué estais parados?

Imeneo.

Callando, cuerpo de Dios!
que voces son ora aquestas.

Eliso.

Pues si los tengo llamados
una vez y mas de dos,
hélos de traèr á cuestas?

Imeneo.

No corrompas mis placeres,
por tu fe que nos oigamos:
aqui solo no riñamos
y en casa cuanto quisieres.

Cantor primero.

Qué haremos?

Imeneo.

Señores, que comenzemos.

Cantor primero.

Acaba con estos trastes.

Cantor segundo.

Calla pues tú, majadero!

Cantor primero.

Como sobras de cortes!

Cantor tercero.

Diremos lo que ordenastes?

Imeneo.

Sea la cancion primero
y el villancico despues:
pero vos ruego por tanto,
que vaya la cosa tal
que se descubra mi mal
en vuestras voces y canto:
por ventura
se aliviará mi tristura.

Cancion.

Tan ufano está el querer
con cuantos males padece,
que el corazon enloquece
de placer
con tan justo padecer.
La pena con que fatigo

es de mí tan favorida,
que de envidiosa la vida
ya no quiere estar comigo:
clla se quiere perder,
vuestra merced lo merece,
y el corazon enloquece
de placer
con tan justo padccer.

Villancico.

Es mas preciosa ventura
vuestra pena,
quc cual quiera gloria aje-
na.
La pena que vos causais
los sospiros y el tormento,
con vuestro merecimiento
todo lo glorificais:
mas codiciosa dejais
vucstra pena,
que cualquiera gloria aje-
na.
Los que nunca os cono-
cieron
penarán por conoceros,
y los que gozan de veros
porque antes no os vieron:
todos por mas bien tuvie-
ron
vuestra pena,
que cualquiera gloria ajc-
na.

Imeneo.

No mas, señores, agora,
dejemos para otro dia:
poco y bueno es lo que place.
Tambien porque esta señora
se paró á la celosía,
quiero saber lo que hace.

Cantores.

Vamos, vamos.

Imeneo.

Id con Dios.

Boreas.

Ce, señor, buen tiempo tienes.

Imeneo.

Oh mayor bien de los bienes!
es mi bicn?

Febea.

Mas quien sois vos?

Imeneo.

Quien no fuese,
ni mas de una hora viviese!

Febea.

No os cntiendo, caballero:
si merced quereis hacerme
mas claro habeis de hablarme.

Imeneo.

Y aun deso solo muero
que no quereis entenderme,
sino cntender en matarme.

Febea.

Como os llamais os demando.

Imeneo.

Por las llamas que me dais
del fuego que me causais,
lo podeis ir trasladando.

Febea.

Gentilhombre!
quiero saber vuestro nombre.

Imeneo.

Soy el que en veros me veo,
devoto para adoraros,
contrito para quereros.
Soy aquel triste Imeneo,
que si no espera gozaros
no quisiera conoceros:
porque en ser desconocida
me matais con pena fuerte,
sabiendo que de mi muerte
no podeis ser bien servida:
pero sea
pues por vos tan bien se emplea.

Febea.

Bien me podeis perdonar,
que cierto no os conocia.

Imeneo.

Porque estoy en vuestro olvido.

Febea.

En otro mejor lugar
os tengo yo todavía,
aunque pierdo en el partido.

Imeneo.

Yo gano tanto cuidado
que jamas pienso perdello,
sino que con merecello
me parece estar pagado:
pues padezco
menos mal del que merezco.

Febea.

Gran compasion y dolor
he, de ver tanto quejaros,
aunque me place de oiros,
y por mi vida, señor,
querria poder sanaros
por tener en que serviros.

Imeneo.

Ojalá pluguiese á Dios
que querais como podeis,
porque mis males saneis
que esperan en sola vos.

Febea.

Dios quisiese,
que en mí tal gracia cupiese.

Imeneo.

Esa y todas juntamente
caben en vuestra bondad,
pues os hizo Dios tan bella:
pero desta solamente
tengo yo necesidad,
aunque soy indino della.

Febea.

Mas mereceis que pedis,

aunque lo que es no lo sé,
mas de grado lo haré
si puedo como decis:
pero he miedo
que sin dañarme no puedo.

Imeneo.

Pláceme, señora mia,
que me habeis bien entendido,
no os quiero mas detener.
Vuestra misma fantasía
vos dirá què lo que pido
lo compra bien mi querer,
y las mercedes pesadas
que con fatiga se hacen,
son las que alegran y placen
y las que son estimadas,
de las cuales
todas las vuestras son tales.

Febea.

Pues si puedo complaceros
aclaradme en que manera,
vereis mi voluntad cierta.

Imeneo.

Que cuando viniere á veros
en la noche venidera,
me mandeis abrir la puerta.

Febea.

Dios me guarde!

Imeneo.

Qué, señora,
revocáisme ya el favor?

Febea.

Sí, porque no me es honor
abrir la puerta á tal hora.

Imeneo.

No son esas
vuestras pasadas promesas.

Febea.

Pues como quereis que os abra,
que en aquellas horas tales
los hombres sois descorteses.

Imeneo.

Señora, no tal palabra:
si quereis sanar mis males
no busqueis esos reveses.
Ya sabeis que mis pasiones
no me mandan enojaros,
y no debeis escusaros
con escusadas razones,
de tal suerte
que me causais nueva muerte.

Febea.

No puedo mas resistir
á la guerra que me dais,
ni quiero ya me la deis:
si concertais de venir
yo haré lo que mandais,
siendo vos el que debeis.

Imeneo.

Debo ser siervo y cautivo
de vuestro merecimiento,

y ansi me parto contento
con la merced que recibo.

Febea.

Id con Dios.

Imeneo.

Señora, quede con vos.

Boreas.

Señor, pues has conseguido
la merced que deseaste
tan conforme á tu querer,
cúmplenos lo prometido,
pues sabes que nos mandaste
las albricias del placer.

Imeneo.

Hermanos, de muy buen grado
que es razon én todo caso:
toma tú el sayon de raso,
y tú el jubon de brocado,
que otro dia
yo os daré mayor valía.

Boreas.

Dios haya de tí memoria
y acreciente tu vivir
con honra y fama sin par,
y te dé tanta vitoria
que no tengas que pedir,
pues no te falta que dar.

Eliso.

Yo no quiero tus brocados.
Ni consiento, ni es honesto
que quedes tú descompuesto
por componer tus criados:
ten cordura,
que tu largueza es locura.

Boreas.

Bien dices.

Imeneo.

No quiero yo
sino daros esto y mas.

Eliso.

No queremos un cabello.

Imeneo.

Porqué?

Eliso.

Señor, porque no:
sino aquello que nos das,
te debes honrar con ello.

Imeneo.

Pues callad, hermanos mios,
sed los que sois por entero:
que yo os daré si no muero
mas que ropas y atavíos,
que el amor
es de hermano y no señor.

Eliso.

Por eso, señor, tomamos
la voluntad por el hecho
de tu mucha cortesía,

mas si quieres que nos vamos
sernos ha mayor provecho
porque se hace ya de dia.
Esta tarde tornaremos
yo y Boreas pascando,
para ver disimulando
con que esperanza vernemos.

Imeneo.

Ansi sea,
quede Dios con mi Febea.

Turpedio.

Ce, señor! oyes que digo?
veslos allá do han pasado?
que agora parten de aqui.

Marques.

Pese al diablo comigo!
porqué nos hemos tardado
que no se fueran ansi.

Turpedio.

Déjalos, señor, andar,
tu señoría no pene,
porque la noche que viene
no nos pueden escapar,
pues haremos
de modo que los tomemos.

Marques.

Como se podrá hacer,
que si yo la noche vengo
pueda ver toda la fiesta?
porque aunque sepa perder
la persona y cuanto tengo
yo sabré que cosa es esta:
y si lo tomo con ella
prometo á Dios verdadero
y á fe de buen caballero,
de matar á el y ella;
que la vida
por la fama es bien perdida.

Turpedio.

Pues, señor, en conclusion
á nos nos cumple venir
antes de ser prevenidos,
y detras de aquel canton
estaremos á sentir
sin que seamos sentidos:
y de allí si estás alerta
lo podrás ver bien entrar,
y ansi podemos saltar
para tomalle la puerta:
lo demas
se hará como querrás.

Marques.

Pues luego bueno seria
sin que mas aqui tardemos,
que nos vamos á comer
y que durmamos el dia,
pues la noche velaremos
como será menester.
Aun venir acompañados
nos será cosa muy sana,
quizá vernemos por lana
no tornemos trasquilados,

y por ende
vengamos como se entiende.

Turpedio.

Antes, señor, te prometo
que con ayuda de Dios
tú y yo podemos bastar,
y tambien porque el secreto
despues que sale de dos
es una cosa vulgar.
Pues si no recibes pena
solos nos cumple venir,
porque no des á sentir
si tu hermana es mala ó buena:
ten buen seso,
que su honra está en tu peso.

Marques.

Aun por eso yo procuro,
que aunque venga acompañado
me la pague todavía.

Turpedio.

De aqueso yo te aseguro,
que ningun enamorado
se pagó de compañía,
y cuando bien la trajera
traerá sus dos criados,
que de sombras de tejados
huirán cual mas pudiere.

Marques.

Ya se alcanza
hasta do llega su lanza.

Turpedio.

Pues, señor, no nos curemos
ni de sus armas temamos,
pues que no son Hanibales:
vengamos como debemos,
que nosotros dos bastamos
para cuatro lanzas tales.

Marques.

Bien me consejas por cierto,
yo me confío de tí:
pero vámosnos de aqui
no sientan nuestro concierto,
que en consejas
las paredes han orejas.

Jornada tercera.

Boreas.

Pues, Eliso, hermano mio,
no te quiero ser muy luengo,
ni sé si te enojarás:
mas por lo que en tí confío
y el gran amor que te tengo
te diré lo que oirás.
Por eso no te receles,
que los buenos servidores
han de ser á sus señores
muy leales y fieles,
mas no tanto
que se pongan del quebranto.
Bien te debes acordar

desde ayer á lo que creo
(nota bien lo que diré)
que no quisiste tomar
lo que te daba Imeneo,
ni yo por tí lo tomé.
No me hagas entender
que aquella fue lealtad;
sino la mayor necedad
que nunca te ví hacer,
pues perdiste
lo que en diez años serviste.

Eliso.

No tengas á maravilla
si no quise á dos por tres
lo que nuestro amo nos dió,
que cierto tengo mancilla
de verle para quien es
mas pobre que tú ni yo.
Si cuando rico se viere
no se acordare de nos,
allá contará con Dios
cuando del mundo se fuere:
pues vivamos
que no falta que vistamos.

Boreas.

No das en todo el terrero,
ni por ahí te me escapas,
ni tienes razon ninguna:
porque es un necio grosero
quien puede tener dos capas
y se contenta con una.
Toca hablar á los criados
de la pobreza del amo?
Rico se llama y le llamo
quien puede haber mil ducados,
como veo
que le sobran á Imeneo.
Y pues me haces hablar
(y de tus cosas me espanto
siendo discreto y sabido)
debrias considerar,
que no nos puede dar tanto
como le habemos servido.
Á quien le roba y le sisa
cuanto le viene en soslayo,
le da la capa y el sayo
hasta quedarse en camisa,
porque veas
do tus servicios empleas.

Eliso.

Boreas, segun te veo
no busques otro señor,
porque hablas con enojo,
que por ruin que es Imeneo
si hallas otro mejor
yo quiero perder un ojo.
Todos hacen padecer
los servidores leales,
y van á ser liberales
con quien no lo ha menester:
dan entradas
á quien no tiene quijadas.

Boreas.

Aun porque son tan tiranos
que de nuestro largo afan
se retienen la moneda,
debemos con ambas manos
recibir lo que nos dan,

y aun pedir lo que les queda.
Lo que somos obligados
es servir cuanto podemos,
y tambien que trabajemos
en que seamos pagados:
de otra suerte
nuestra vida es nuestra muerte.

Eliso.

Hermano, ya te he entendido,
por lo cual á tu mandado
me ternás contínuamente.
Cierto tengo por perdido
todo el tiempo que he dejado
de te ser muy obediente:
y pues ya tan claras son
mi mentira y tu verdad,
confieso mi necedad
y alabo tu discrecion,
y de hoy mas
yo haré lo que verás.

Boreas.

Mucho huelgo, hermano Eliso,
pues que repruebas el mal
como de buenos se espera.
Vivamos sobre el aviso,
que sin duda el hospital
á la vejez nos espera:
por lo cual te cumple, hermano,
que sin vergüenza ni miedo,
cuando te dieren el dedo
que abarques toda la mano.
Haz, si puedes,
que puedas hacer mercedes.

Eliso.

Hermano, deja hacer
que no quiero mas laceria
de la que tengo pasada,
y aun si recibes placer
dejemos esta materia
pues que está bien disputada.
Buen tiempo se nos ofrece
y es cosa justa y honesta,
hablemos á tu Doresta
que á la ventana parece.

Boreas.

Ya la veo
y es cumplido mi deseo.

Eliso.

Pues anda véle á hablar:
yo quedaré desta parte
y escucharé desde aqui:
que me conviene notar
como sabes requebrarte,
para que aprenda de tí.

Boreas.

No te burles aunque callo
ni me tengas por grosero,
que en manos está el pandero
de quien bien sabrá sonallo.

Eliso.

Vé callando
que ya nos está mirando.

Boreas.

Doresta, señora mia,

guarde Dios vuestra beldad
y vuestra gentil manera.

Doresta.

Si no por la compañía,
yo os hablara de verdad
de modo que no os pluguiera.

Boreas.

Porqué, señora Doresta?

Doresta.

Por que no me motejeis,
que si otravez lo haceis
no os placerá la respuesta,
que aunque fea
no tengo envidia á Febea.

Boreas.

Señora, no os deis fatiga
por yo decir una cosa
que dirá cualquier que os viere.

Doresta.

Boreas, dejad que os diga,
cual me veis, fea ó hermosa,
tal no falta quien me quiere.

Boreas.

Pluguiera, señora, á Dios
en aquel punto que os ví,
que quisiera tanto á mí
como luego quise á vos.

Doresta.

Bueno es eso,
á otro can con ese hueso.

Boreas.

Ensayad vos de mandarme
cuanto yo podré hacer,
pues os deseo servir:
siquiera porque en probarme
conozcais si mi querer
concierta con mi decir.

Doresta.

Si mis ganas fuesen ciertas
de quereros yo mandar,
quizá de vuestro hablar
saldrian menos ofertas.

Boreas.

Si mirais,
señora, mal me tratais.

Doresta.

Como puedo maltrataros
con palabras tan honestas
y por tan corteses mañas?

Boreas.

Como ya no oso hablaros,
que teneis ciertas respuestas
que lastiman las entrañas.

Doresta.

Por mi fe, tengo mancilla
de veros asi mortal:
morireis de aquese mal?

Boreas.

No sería maravilla.

Doresta.

Pues galan,
ya las toman do las dan.

Boreas.

Por mi fe que holgaría,
si como otros mis iguales
pudiese dar y tomar:
mas veo, señora mia,
que recibo dos mil males
y ninguno puedo dar.

Doresta.

Que sabeis vos si los dais?
aunque no se dé á entender
como vos soleis hacer,
que sin dolor os quejais.

Boreas.

Plega á Dios,
que mi pena pene á vos!

Doresta.

Vos andeis tras que publique
lo que está mejor secreto
para mi fama y la vuestra:
ansi sin que mas suplique
no querais, pues sois discreto,
que haga tan loca muestra.

Boreas.

No os quiero mas deservir
pues algo pienso entenderos,
y terné que agradeceros
si me mandardes venir
hora cierta,
que no me negueis la puerta.

Doresta.

Tal cosa no me mandeis,
que modo ninguno veo
de poder hacello ansi.

Boreas.

Esta noche, si quereis
cuando abrireis á Imeneo
me podeis abrir á mí.

Doresta.

Mejor vivan ella y él,
por eso perded cuidado,
que mi ama ha concertado
que ninguno entre con él.

Boreas.

Pues haced
que me cumplais la merced.

Elisò.

Ha de ser para mañana?
vámonos, que eres prolijo.

Boreas.

Consentis, señora, vos?

Doresta.

Sí, señor, de buena gana,
y pues que el otro lo dijo,
id con la gracia de Dios.

Boreas.

Y en la vuestra quede yo
para mi consolacion.

Doresta.

Estad de buen corazon,
que Dios por todos murió.

Boreas.

Pues señora,
vos quedad mucho en buenora.

Eliso.

Boreas, nunca creyera
que tanto bien alcanzabas
en este penado oficio,
si por mis ojos no viera
cuando á Doresta hablabas
cuanto queda á tu servicio.

Boreas.

Vámonos, no nos tardemos
que nuestro amo está esperando.

Eliso.

Bien podemos ir hablando,
que harto tiempo tenemos.

Boreas.

Pues si escuchas,
te diré otras cosas muchas.

Turpedio.

Beso las manos, señora,
de mis secretos, por tanto
la muy hermosa Doresta.

Doresta.

Señor, vengais en buenora:
paraqué de chico santo
quereis hacer tanta fiesta?

Turpedio.

Sois ansi gran santo vos
y en vos tal gracia hallaron,
que de cuantos os miraron
los mas os tienen por Dios,
y no digo
lo que sois para comigo.

Doresta.

Oh, que gracioso venis!
nuestro señor os bendiga:
sabeis mas que me decir?

Turpedio.

Si á mí, señora, decis
sé que me sois enemiga,
porque os deseo servir.

Doresta.

Mal lo hago todavía?

Turpedio.

No podeis peor hacello.

Doresta.

Pues de hoy mas si pienso en ello
lo haré sin cortesía.

Turpedio.

Qué hareis?

Doresta.

Rogaros que me dejeis.

Turpedio.

Algun enamoradillo
sé que esperais agora.

Doresta.

Mas hombre que vos en todo.

Turpedio.

Cierto no me maravillo,
porque sois merecedora
del mayor que pisa lodo.

Doresta.

No seriades mochacho.

Turpedio.

Y aun hombre os pareceré.

Doresta.

Dejadme por vuestra fe,
que no quiero vuestro empacho.

Turpedio.

Ni querais,
ni de Dios salud hayais!

Doresta.

Ora por vida de Dios,
que yo lo diga al Marques,
y quizá por vuestro daño.

Turpedio.

Pues si tal sale de vos,
yo os daré tanto mal mes,
que nunca os falte mal año.

Doresta.

Veis qué rapaz sin mesura,
como tiene presuncion!

Turpedio.

Pues voto al fuerte Sanson
de daros mala ventura,
que aqui está
quien de vos me pagará.

Doresta.

Pues no te tomes comigo,
que no me espantan tus motes
por mucho que me amenazes:
que si á tu amo lo digo
te hará dar mil azotes
que es castigo de rapaces.

Turpedio.

Si alcanzarte yo pudiera
por eso que agora dices,
te cortara las narices,
doña puerca escopetera.

Doresta.

Para vos.

Turpedio.

Oh, reniego no de Dios.

Jornada cuarta.

Imeneo.

Pues agora, mis hermanos,
tú Boreas y tú Eliso,
lo hablado se os refiere:
yo me pongo en vuestras manos:
ved que esteis sobre el aviso
mientras yo dentro estuviere.

Boreas.

Señor, asi lo haremos:
entra tú con mano diestra,
que por tu fama y la nuestra
si conviene moriremos.

Imeneo.

Yo lo creo.

Eliso.

Tal es, señor, el deseo.

Imeneo.

Será tiempo de llamar.

Eliso.

Es temprano cuanto quiera,
dejemos dormir la gente.

Boreas.

Digo yo en tal lugar
quien tras tiempo tiempo espera
tiempo vien que se arrepiente.

Imeneo.

Pues luego dad acá, vamos:
llegad comigo y veremos.

Boreas.

Quieres, señor, que gastemos
lo que nos no concertamos?
que Febea
solo á tí verte desea.

Imeneo.

Pues solo voy.

Eliso.

Vé con Dios!

Boreas.

Mas que vaya con el diablo.

Eliso.

No, que se va santiguando.

Boreas.

Calla tú, cuerpo de Dios:
cuanto yo concierto y hablo
tanto tú me vas gastando.

Eliso.

No hago, par Dios, hermano.

Boreas.

Pues cuando llamar queria,
porqué de gran bobería
dijiste que era temprano?
que es locura
esperar mala ventura.
Porque en aquestos conciertos
si fuesemos afrentados

demorando aqui con él,
si esperamos somos muertos,
si huimos deshonrados,
y no sé que fuera dél:
mas solos desta manera
si quisiéremos huir,
podemos despues decir
una mentira cualquiera.
Mi consejo
será guardar el pellejo.

Eliso.

Dejemos esta cuestion
y mira que ya es entrado.

Boreas.

Pues qué tienes en la mente?

Eliso.

Que me hables sin pasion,
y dejando lo pasado
hablemos en lo presente.

Boreas.

Tengo tan poco sentido
y estoy tan fuera de mí,
que por no me ver aqui
no quisiera ser nacido.

Eliso.

Calla, hermano,
que te quejas muy temprano.

Boreas.

Oh, que haga mal viaje
quien en tan fuerte jornada
y en tal congoja me mete!
pues hombre de mi linage
nunca supo que era espada,
ni broquel, ni coselete.
Yo tambien soy mas que loco
por venir en tal lugar,
pues que no quiero matar
ni que me maten tampoco.

Eliso.

Cuerdo eres,
hagamos lo que quisieres.

Boreas.

Que no esperemos batalla,
sino que luego nos vamos
por no ser muertos aqui.

Eliso.

Y si sale y no nos halla?

Boreas.

No faltará que digamos
si dejas hablar á mí.

Eliso.

Pues para todo hay remedio
sin porqué no nos andemos:
cuando nada sentiremos
meteremos tierra en medio.

Boreas.

Qué placer
á quien no puede correr!

Eliso.

Como no?

Boreas.

Porque no puedo,
que son las armas pesadas
y dejallas no osaré:
tambien porque con el miedo
tengo las piernas cortadas,
que moverme no podré.

Eliso.

Pues deja, hermano Boreas,
las armas con que te hallas,
porque quizá por salvallas
perderás cuero y correas,
y verás
cuan sin pena correrás.

Boreas.

Pues si las armas perdiese,
nuestro amo qué me diría
de cobarde y de judío?
que si escusa no tuviese
para dar como cumplía
me echaria en aquel rio.

Eliso.

Ya que no puedes con ellas,
dámelas para que huyas,
que las mias y las tuyas
yo daré mal cabo dellas.

Boreas.

Y la capa,
qué dirán si se me escapa?

Eliso.

Para la capa ternás
dos mil escusas sobradas
para no poder salvalla,
que si quisieres dirás
que jugando á cuchilladas
te fue forzoso dejalla:
porque los hombres de guerra
para poderse valer,
primero de acometer
dejan la capa por tierra.

Boreas.

Pues espera,
tendréla desta manera.

Turpedio.

Quién anda ahi?

Marques.

Mueran! mueran!
Por do van?

Turpedio.

Allá han traspuesto,
mas la capa irá comigo.

Marques.

Pese á tal! si no huyeran
que por ventura de presto
llevaran un buen castigo.

Turpedio.

Mas, señor, sabes que creo?
que sabrás lo que deseas:

esta capa es de Boreas
un criado de Imeneo.

Marques.

Di que fué.

Turpedio.

Sí, señor, en buena fe.

Marques.

Cuantos eran?

Turpedio.

Solos dos,
y por la capa, señor,
son sus criados de aquel.

Marques.

Pues voto al cuerpo de Dios
que queda dentro el traidor.

Turpedio.

Si tal es doblen por él.

Marques.

Ven acá, que es de pensar
de que manera haremos.

Turpedio.

Señor, que luego llamemos
puesque nos conviene entrar.

Marques.

Ciertamente
se nos irá si nos siente.

Turpedio.

Pues quieres cosa mas cierta
por quitar este recelo
y acertar esta jornada,
da tú una coz á la puerta
que des con ella en el suelo;
jugaremos de antuviada:
ningun temor se reciba
si entramos apercibidos,
que aun no seremos sentidos
cuando seremos arriba.

Marques.

Sus pues, vamos,
que ya sobrado tardamos.
Dame esa capa tú á mí.

Turpedio.

Toma la rodela aosadas.

Marques.

Dala acá, que bien te entiendo.

Turpedio.

Pues si quieres sea ansi,
y arrancadas las espadas
vamos diciendo y haciendo.

Marques.

Pues si viniere en tus manos
y lo pudieres coger,
haz que no haya menester
médicos ni cirujanos.

Turpedio.

Entra presto,
deja á mi hacer el resto.

Jornada quinta.

Marques.

Oh mala muger traidora!
donde vais?

Turpedio.

Paso, señor!

Febea.

Ay de mí desventurada!

Marques.

Pues que os parece, señora?
para tan gran deshonor
habeis sido tan guardada?
Confesaos con este paje
que conviene que murais,
pues con la vida ensuciais
un tan antiguo linage:
quiero daros,
que os dó la vida en mataros.

Febea.

Vos me sois señor y hermano:
maldigo mi mala suerte
y el dia en que fui nacida:
yo me pongo en vuestra mano
y antes os pido la muerte
que no que me deis la vida.
Quiero morir, pues que veo
que naci tan sin ventura:
gozará la sepultura
lo que no pudo Imeneo.

Marques.

Fue herido?

Turpedio.

No, que los pies le han valido.

Febea.

Señor, despues de rogaros
que en la muerte que me dais
no os mostreis todo cruel,
quiero tambien suplicaros,
pues que á mí me matais,
que dejeis vivir á él:
porque contra vos arguyo
que si se muere desta arte,
dejaré mi mal aparte
por mejor llorar el suyo.

Marques.

Toca á vos
poner vuestra alma con Dios.

Febea.

No me querais congojar
con pasion sobre pasion
en mis razones finales:
dejadme, señor, llorar,
que descansa el corazon
cuando revesa sus males.

Marques.

Pues contadme en que manera
pasa todo vuestro afan.

Febea.

Pláceme, porque sabrán
como muero sin que muera

por amores
de aquesto merecedores.
Doresta!

Doresta.

Ya voy, señora.

Febea.

Ven acá, serás testigo
de mi bien y de mi mal.

Turpedio.

Señor, es una traidora!

Doresta.

Tú, de bondad enemigo!

Marques.

Callad! hablemos en al.

Febea.

Hablemos como mi suerte
me ha traido en este punto,
do yo y mi bien todo junto
moriremos de una muerte:
mas primero
quiero contar como muero.
Yo muero por un amor
que por su mucho querer
fue mi querido y amado:
gentil y noble señor,
tal que por su merecer
es mi mal bien empleado.
No me queda otro pesar
de la triste vida mia,
sino que cuando podia
nunca fui para gozar,
ni gozé
lo que tanto deseé.

Marques.

Sobre todos mis enojos
me quereis hacer creer
que en vos no cupo mal hecho?
que he visto yo por mis ojos
lo que no quisiera ver
por vuestra fama y provecho.

Febea.

Creed, hermano, como hay Dios
que yo no pasé la raya:
mas mi padre, que Dios haya,
me dejó sujeta á vos,
y podeis
cuanto en mí hacer quereis.
No me quejo de que muero
pues soy mortal como creo,
mas de la muerte traidora:
que si viuiera primero
que conociera á Imeneo,
viniera mucho en buenora.
Mas viniendo desta suerte
tan sin sazon á mi ver,
cual será el hombre ó muger
que no le duela mi muerte,
contemplando
porqué, donde, como y cuando!
Yo nunca hice traicion.
Si maté no sé á quien,
si robé no lo he sabido:
mi querer fue con razon,
y si quise hice bien

en querer á mi marido:
cuanto mas que las doncellas
mientra que tiempo tuvieren
harán mal si no murieren
por los que mueren por ellas,
pues muriendo,
ganan su dicha viviendo.
Ven, muerte, ya cuandoquiera,
que yo te quiero atender
con rostro alegre y jocundo:
que el morir desta manera,
á mí me debe placer
y pesar á todo el mundo.
Sientan las gentes mi mal
por mayor mal de los males,
y todos los animales
hagan hoy nueva señal,
y las aves
pierdan sus cantos suaves.

Marques.

En este mar de miseria,
el viejo y el desbarbado
todos afanan á una;
los pobres con la laceria,
los ricos con el cuidado,
los otros con la fortuna:
esta vida con dolor
no sé porque la quereis,
pues muriendo vivireis
en otra vida mejor:
mas empero,
confesaos aqui primero.

Febea.

Confieso que sin ser buena
mayor pecado no veo
que hice desque nací:
sí, merezco toda pena
por dar pasion á Imeneo
y en tomalla para mí.
Confieso que peca y yerra
la que suele procurar,
que no gozen ni gozar
lo que ha de comer la tierra,
y ante vos
digo esta culpa á Dios.

Marques.

No es esta la confision
que vuestra alma ha menester:
confesaos por otra via.

Febea.

Pues á Dios pido perdon,
si no fue tal mi querer
como él de quien me queria:
que si fuera verdadero
mi querer como debiera,
por lo que dél sucediera
no muriera como muero.

Marques.

Pues, señora,
ya me parece que es hora.

Imeneo.

Caballero, no os movais!

Marques.

Como no? mozo!

Turpedio.

Señor.

Marques.

Llega presto.

Turpedio.

Vesme aqui.

Imeneo.

No braveeis, si gustais:
callad y será mejor
si quereis creer a mí.

Marques.

Pues quien sois vos, gentil-
hombre?

Imeneo.

Soy aquel que mas desea
la honra y bien de Febea:
es Imeneo mi nombre,
y ha de ser
ella sola mi muger.

Marques.

Catad, pues sois caballero,
no querais forzosamente
tomaros tal presuncion.

Imeneo.

No quiera Dios! ni yo quiero,
sino muy humanamente
lo que me da la razon.
Y porque con la verdad
se conforme mi querella,
hagamos luego con ella
que diga su voluntad:
deste modo
en razon harásc todo.
Que si Febea dijere
que me quiere por marido,
cual dijo (testigo Dios),
fuerza es y razon requiere,
no perdiendo en el partido,
lo tengais por bueno vos.
Bien sabeis pues que en linage
y en cualquier cosa que sea,
la condicion de Febea
me tiene poco ventaje,
y esto digo
porque vos sois buen testigo.

Marques.

Bien veo que sois iguales
para poderos casar
y lo saben dondequiera,
pero digo que los tales
lo debrian negociar
por otra mejor manera.

Imeneo.

Ya sé yo poner tercero
donde fuere menester:
pero si tomo muger,
buscármela solo quiero,
pues ansi
quise engañarme por mí.

Marques.

Señora, vos que haceis,
que no decis, ni hablais
lo que pasa entre él y vos?

Febea.

Yo digo que pues que veis
cuan mal camino llevais,
que podeis iros con Dios.

Marques.

Porqué?

Febea.

Debeis parar mientes
que me quesistes matar,
porque me supe casar
sin ayuda de parientes
y muy bien.

Marques.

Pues gracias á Dios!

Febea.

Amen!

Imeneo.

Señora, si os place, ordeno
que se olvide lo pasado
si bien mataros quisiera:
él hacia como bueno,
y le fuera mal contado
si de otro modo hiciera.

Marques.

No haya mas, pues que es ya hecho.
Plega al divino Mesías,
que lo gozeis muchos dias
y que os haga buen provecho,
pues casastes
mejor de lo que pensastes.

Imeneo.

Yo digo pues que ansi es
que vos os tomeis las manos
por quitar estas zozobras,
y si quisierdes despues
seamos buenos hermanos
en palabras y en las obras.

Marques.

Quereislo vos?

Febea.

Soy contenta.

Marques.

Dad acá.

Eliso.

Gracias á Dios!

Boreas.

Sí, pues que hace por nos
en sacarnos desta afrenta.

Marques.

Pues veamos
qué será bien que ora hagamos.

Imeneo.

Si vuestra merced gustare
vámonos á mi posada,
do diré mis ganas todas:
y segun allí ordenare

nombraremos la jornada
para el dia de las bodas.

Eliso.

Pues antes que aqueso sea
Boreas y yo, señores,
nos damos por servidores
á la señora Febea.

Febea.

Por hermanos.

Boreas.

Besamos sus pies y manos.

Eliso.

Tambien al señor Marques
ofrecemos el deseo
con perdon de lo pasado.

Turpedio.

Yo tambien pues que ansi es,
me dó al señor Imeneo
por servidor y criado.

Febea.

Mas porque nuestros afanes
nos causen cumplida fiesta,
casemos á mi Doresta
con uno destos galanes.

Marques.

Y con quien?

Febea.

Con el mas hombre de bien.

Imeneo.

Cada cual lo piensa ser.

Febea.

Por cierto todos lo son.

Marques.

Pues, señora, qué remedio?

Febea.

Que le demos á escoger,
porque ella tiene aficion
á Boreas ó á Turpedio.

Turpedio.

Yo, señores, no la quiero.

Doresta.

Malos años para vos!

Turpedio.

Pues voto al cuerpo de Dios...

Marques.

Calla, rapaz! majadero!

Febea.

No haya mas,
toma tú cual mas querras.

Imeneo.

Yo tomo el cargo, señora,
de casaros á Doresta
si se confia de mí;
dejémoslo por agora.

Vámonos que es cosa honesta,
no nos tome el sol aqui.

Marques.

Pues á Dios.

Imeneo.

No escuchas nada?

Marques.

Sí, señor.

Imeneo.

Por Dios, no vais.

Marques.

Porqué no?

Imeneo.

Porque vengais
á conocer mi posada:
holgaremos
que cantando nos iremos.

Marques.

Pláceme por vuestro amor,
y mi hermana vuestra esposa
nos dará su compañía.

Febea.

Soy contenta.

Imeneo.

Pues, señor,
cantemos alguna cosa
solamente por la via.

Marques.

Qué diremos?

Imeneo.

De la gloria
que siente mi corazon,
desque venció su pasion.

Marques.

Decid: victoria, victoria,
vencedores
cantad victoria en amores.

Villancico.

Victoria, victoria,
los mis vencedores!
victoria en amores!
Victoria, mis ojos,
cantad si llorastes,
pues os escapastes
de tantos enojos:
de ricos despojos
sereis gozadores,
victoria en amores!

16. Comedia Jacinta.

Divina, dama.
Jacinto, *Precioso*, *Fenicio*, galanes.
Pagano, rústico.

Jornada primera.

Jacinto.

Quiero huir de poblado
y alongarme de placer,
por mejor satisfacer
á mi pasion y cuidado.
Quiero buscar algun vado
con cualquier dificultad,
y salir á pie ó á nado
de tanta necesidad,
y con esta voluntad
voy huyendo de alegría,
sin buscar mas compañía
sino sola soledad.

Por aqui podré quejar
mis males, penas y enojos,
y podrán llorar mis ojos
y el corazon sospirar:
si pudiese descansar
aqui siquiera un momento,
ya que no puedo hallar
remedio del mal que siento:
porque tengo en pensamiento
que viniéndome la muerte,
no me puede venir suerte
que me haga mas contento.

Y ansi procuro huir
desta vida y de su nombre,
pues un pobre gentilhombre
no puede en ella vivir:
porque están hoy sin mentir
de maldad los pueblos llenos,
y vemos por bien servir
de lo mas venir á menos.
Los nuestros y los agenos
acatan con mas regalos,
los enveces de los malos
que las faces de los buenos.

Hoy en las cortes reales
no vemos usar virtud,
mas con gran solicitud
ensayar cuentos de males:
por tabernas y hospitales
valientes hombres guerreros,
y en lugar de los leales
suceder hoy los parleros:
que los grandes caballeros
estiman en sus secretos,
los traidores por discretos
y los buenos por groseros.

Por lo cual quiero llorar

todo el tiempo que serví,
pues veo que lo perdí
para nunca lo cobrar.
No sé como de pesar
mi corazon no revienta!
ni sé quien pueda pensar
que no con justicia sienta,
que he perdido en esta cuenta
los mis años mas floridos,
que fueron como escogidos
desde los quince á los treinta.

Pagano.

Digo, hey hombre de pro!
si sois algun caminante
no paseis mas adelante.

Jacinto.

Quien lo dice?

Pagano.

Solo yo.

Jacinto.

Vé con Dios.

Pagano.

Aqueso no:
no os pongais en debatillo,
pues ansi me lo mandó
la dueña de aquel castillo.

Jacinto.

Qué quiere?

Pagano.

No sé, carilló:
por tu bien se me figura.

Jacinto.

Segun me cabe en ventura
tampoco me maravillo.

Pagano.

No te pongas en cuidado,
que me duele tu dolencia;
porque veo en tu presencia
que debes ser hombre honrado.
Tú vienes muy congojado,
yo te seré buen amigo
si me cuentas de tu grado
donde vas sin tí contigo:
que esta señora que digo
la virtud tanto le plugo,
que á los malos es verdugo
y á los buenos es abrigo.

Jacinto.

Quieres saber mi fortuna?
Yo te la quiero decir,
que por morir ni vivir
no me do cosa ninguna.
Sabrás que desde la cuna
sin un punto de reposo,
no me acuerdo vez alguna
poderme llamar dichoso:
de servir muy codicioso,
no de vivir vagabundo,
mas ir al cabo del mundo
tras un señor virtuoso.

Sabe Dios y cuanto holgara
de saber algun oficio,
porque en tan ruin ejercicio
tan buen tiempo no gastara:
pero quien jamas pensara
donde son tantos señores,
que un señor no se hallara
para buenos servidores.
Aquellos somos traidores
que decimos las verdades,
y los que ensayan maldades
suceden en los favores.

Todos están concertados
de traer todas sus vidas
las bestias muy guarnecidas
y los siervos despojados.
Tienen puestos sus cuidados
en contino atesorar:
solo sacan los ducados
por gastarlos en cazar,
y si quieren algo dar
no lo dan á pobrecicos,
sino á aquellos que son ricos,
que es echar agua en la mar.

Pagano.

Bien conozco ya tu mal
no digas mas por agora,
que esta dueña mi señora
te dará remedio y tal,
por que es persona real
y de excelente valor,
sobre todo liberal
como el aguila señor,
que comiendo al mas sabor
suelta las presas suaves,
para que coman las aves
que le están en derredor.

Es dueña tan acabada
que bondad no le fallece,
y en sus cosas me parece
Semiramis la nombrada:
mas que Judit esforzada,
segunda Dido africana,
Pentesilea estimada,
y Amazona muy lozana:
la poncela que de gana
con ingleses fue cruel:
la muy famosa Isabel
nuestra Reina Castellana.
Y si muchas mas subieron
en favor de la fortuna,
no debe nada á ninguna
de todas cuantas nacieron:
con esos que la siguieron
tales cosas ha sembrado,
que á contallas como fueron
quedarias espantado.

Jacinto.

No estoy yo maravillado
de famas que hay de mugeres,
sino que para quien eres
me pareces muy letrado.

Pagano.

No te engaño si te engañas,
que si tengo algun saber
primero fui bachiller
que pastor de las montañas.
Me he quemado las pestañas
mejor que tú por ventura,

de donde sé mil hazañas
que no están en escritura,
mil secretos de natura
y otras cosas anfenitas.

Jacinto.

Dílas ora, que me quitas
gran parte de mi tristura.

Pagano.

La señora nos espera,
por tu fe no nos tardemos.

Jacinto.

Luego luego nos iremos:
díme una cosa siquiera,
yo que nacer no debiera
para tanto mal pasar,
dí, por que modo y manera
le podré mejor hablar?

Pagano.

Tú la debes saludar
entrando primeramente,
lo demas como á prudente
no te quiero consejar.

Jacinto.

Por mis continuas fatigas
y por mi gran negligencia
no sé que cosa es prudencia,
lo cual te ruego me digas.

Pagano.

Aprende de las hormigas,
que guardan en el estío
los granos de las espigas
para los tiempos del frio,
y con prudente alvedrío
les roen el corazon,
porque con nueva sazon
no cobren nuevo natío.

Jacinto.

Digo yo que estoy dudoso
de saber hablar agora
con una tan gran señora
y aute quien voy temeroso.

Pagano.

Aprende tú del raposo
que supo al cuervo hablar,
diciendo que era hermoso
si sabia bien cantar:
él comenzó de gritar
y el queso se le cayó,
y el raposo lo tomó
por su buen lisonjear.

Jacinto.

Desde aqui con mucho amor
yo haré cuanto querrás,
porque me pareces mas
filósofo que pastor.

Pagano.

Dejemos esa labor:
ayudadme luego vos
que allá viene otro señor
y llevalle hemos con nos.

Hablando viene por Dios
con sí mismo como loco:
desviémonos un poco
y escucharemos los dos.

Jornada segunda.

Precioso.

Donde voy con tanto afan?
desdichado, donde iré?
que por do los pies porné
las yerbas se secarán:
las piedras se partirán
con la carga de mis pies,
segun el mar y el Jordan
por mandado de Moises:
ansi que pues que tal es
cuanto la muerte me olvida,
tanto la halla mi vida
negligente y descortés.

Quien con tanta lealtad
ha sido amigo de amigos,
encuentra mas enemigos
por usar de mas bondad!
En toda prosperidad
yo me hallé acompañado,
y en cualquier necesidad
siempre á solas me he hallado,
y si amigos he probado
cuando Dios mejor me escapa,
uno me lleva la capa
y otro me deja empeñado.

Mas aun que desta manera
me burlan y destos modos,
si no me burlasen todos
ninguna queja tuviera.
Nada mas que justo fuera
pues todos me hallan tal,
yo hallase uno siquiera
que me fuese tan leal:
ó por gracia divinal
que topase ya con quien,
cuando no me trate bien
tampoco me trate mal.

Pagano.

Vos tambien, el escudero,
con nosotros tornareis.

Precioso.

Como qué?

Pagano.

No porfieis!

Precioso.

Tira, villano! grosero!

Pagano.

Cata, señor, que os requiero
que calleis en hora buena,
no quedeis por el garguero
colgado de alguna almena.

Precioso.

Úsase eso en tierra agena
con los que van en camino?

Pagano.

No con todos ni contino,
mas con quien se desordena.

Precioso.

Oh, qué bien para mi mal
y cuanto me satisface
la fuerza que se me hace
por el camino real!

Pagano.

Pareceisme muy bestial
habrando con reverencia:
estotro no es vuestro igual?
y ha por bien de haber paciencia.
No os pongais en resistencia,
haceyme tanto pracer,
porque á tan nobre muger
bien podeis dar la obediencia.

Precioso.

Qué muger dices que agora
suele usar esa nobleza?

Pagano.

La de aquella fortaleza
que es desta tierra señora,
y es la mas merecedora
que hay de levante á poniente.

Precioso.

Cierto mucho se desdora
forzando la pobre gente.

Pagano.

Digo, si fueses prudente
mas cuerdamente habraras,
hasta saber en que paras
con dueña tan excelente.

Jacinto.

Gentilhombre, yo querria
lo que haremos forzado,
que lo hagamos de grado
dejando cualquier porfía:
cuanto mas que ser podria
siendo dueña tan honrada,
que vuestra dicha y la mia
hiciesen buena jornada.

Precioso.

Yo, señor, no temo nada,
y tambien yendo con vos
esperanza tengo en Dios
que es mi ventura llegada.

Pagano.

No cureis si me escuchais,
que todo se hará bien.
Allá viene no sé quien,
mas seremos que pensais:
atendamos si mandais
y sus razones notemos,
mas ningun remor hagais
mientra sentirle podremos,
que despues lo pescaremos
como sus cosas oyamos,
y asido que lo tengamos
todos cuatro nos iremos.

Jornada tercera.

Fenicio.

Como pude dilatar
camino tan necesario,
sin haber algun contrario
que me quisiese estorbar!
Mucho se debe culpar
quien presume de saber,
y pudiéndose ganar
ha por bien de se perder.
Aquel no sabe entender
y lo tengo por grosero,
que trueca lo duradero
por lo que ha de perecer.

Los cielos altos suaves,
fuego y aire tan gentil,
la tierra gruesa cevil,
mar y rios con sus naves,
ligeras cosas y graves,
las bestias y los pescados,
y las yerbas y las aves,
hasta los cantos pesados,
cualesquier elementados,
tanto el bueno cuanto el ruin,
procuran siempre aquel fin
para que fueron criados.

Solo el hombre pecador
huye del mando divino,
buscando siempre camino
de perdurable dolor.
Solo el hombre sin amor
rompe la santa ordenanza,
sabiendo que el hacedor
lo hizo á su semejanza,
porque con razon que alcanza
lo conociese y amase,
y para siempre gozase
de la bienaventuranza.

Pues, oh ciega criatura!
que con este mundo vives,
y en cabo dél no recibes
sino sola sepultura,
no miras que es gran locura
si deja tu pensamiento,
lo que para siempre dura
por lo que dura un momento?
que este mundo es viento,
pues de pobres ni de ricos,
ni de grandes ni de chicos,
ninguno vive contento.

Oh loco el hombre ó muger
con cuanto puede afanarse,
que piensa de contentarse
por mas haberes haber:
que si bien por carecer
se duele la pobre gente,
no veo que por tener
algun rico se contente:
porque en el tiempo presente,
mucho mas grande á ser viene
el temor que el rico tiene,
que el dolor que el pobre siente.

Vista pues la perdicion
que este mundo nos procura,
no será poco cordura
procurar nuevo patron.
Quiero entrarme en religion
y acabar mi vida allí,
do daré cuenta y razon

de cuanto á Dios ofendí,
y al mundo que trata ansi
los que se honran con él,
quiero yo dejalle á él,
antes que él me deje á mí.

Pagano.

Dí, cuitado, pan perdido,
con quien hablas? do te alejas?
que dices? de quien te quejas
con palabras de aborrido?
Ó tu pierdes el sentido,
ó huyes de la hermandad,
ó tu vas enpercutido
de secreta enfermedad,
ó llevas necesidad
de aquello que has menester,
ó hallaste á tu muger
en casa de algun abad.

Fenicio.

Ya mis dias han pasado:
ya no es como solia,
que burlaba por la via
con los hombres del ganado.

Pagano.

Hazme agora tan pagado
(ternéte por buen amigo)
que en placer y gasajado
burles un poco comigo.

Fenicio.

Por mi fe como te digo,
no me tomas de buen modo.

Pagano.

No cures, que para todo
te sabremos dar abrigo.

Fenicio.

Ciertamente á lo que siento
sería nueva primor,
saber un pobre pastor
abrigar mi gran tormento.

Pagano.

No pongais en ese cuento
mis razones mal discretas,
y mi pobre ofrecimiento
no lo paseis en burletas,
que de las gentes pobretas
no deben burlar las ricas,
pues suelen las piedras chicas
mover las grandes carretas.

Fenicio.

Dejemos esta porfía,
cuanto dices tanto creo:
yo agradezco tu deseo,
déjame seguir mi via.

Pagano.

Dadnos vuestra compañía
cenareis tambien con nos,
y mañana ú otro dia
podeis partiros con Dios:
que aquestos señores dos
van tambien vuestro camino:
daroshe pan y buen vino
que lleveis ellos y vos.

Fenicio.

No curés de porfiar
que no lo quiero hacer.

Pagano.

Ora, juro á Llocifer,
de aqui no habeis de pasar.

Fenicio.

No me hagas enojar
con tus groseras respuestas.

Pagano.

Mas mandadme sorabar,
ó siquiera echadme á cuestas.

Fenicio.

Tú mucho te deshonestas:
pues guarte no lleves algo.

Pagano.

Por vuestra vida, hidalgo,
que tomeis una de aquestas.

Fenicio.

Tira, villano pastor!
no me saques de sentido,
que ya te hubiera hundido
si pensase serme honor.

Pagano.

Brava oveja estais, señor!
pues juro á la percundencia,
que os majase yo mejor
sino me fuese conciencia.

Fenicio.

Qué pasion y qué dolencia
tratar con gente salvage!
por tu fe que seas sage,
no me tientes de paciencia.

Pagano.

Hideputa fanfarron!
tú piensas que no te entiendo,
dóme á Dios que vas huyendo
de la santa enquisicion.
Pues juro á la condicion
de aqui no pases agora,
sono que has de ir en prision
delante de mi señora.

Jacinto.

No pase mas en buen hora,
por aquel Dios en que adoro.

Pagano.

Que bravea comò un toro,
y es de aquellos de la tora.

Precioso.

Decidme por gentileza,
como os llamais, gentilhombre?

Fenicio.

Señor, Fenicio es mi nombre
si place á vuestra nobleza.

Precioso.

Pues dejad esa tristeza:
procurad de os alegrar,
que de aquella fortaleza

nos ha mandado llamar
una dueña tan sin par
y en virtudes tan entera,
que presumo aunque quiera
no nos puede mal tratar.

Fenicio.

Quien es, señor, esa dama
de tau grande merecer?

Precioso.

Este lo debe saber.

Pagano,

Divina, señor, se llama.

Jacinto.

Por cierto segun su fama
y en lo que della parece,
sé que á los malos desama
y á los buenos favorece.

Precioso.

Pues tal bien se nos ofrece
grande dicha fue, Fenicio,
venir á verse en servicio
de una que tanto merece.

Pagano.

Bien podeis sin recelar
ir á besalle la mano.

Jacinto.

Como te llaman?

Pagano.

Pagano.

Jacinto.

Quieres nos tú asegurar?

Pagano.

Y aun si recibis pesar
en llegaros hasta allí,
yo le quiero suplicar
que se llegue hasta aqui.

Jacinto.

Eso no.

Pagano.

Mas antes sí:
yo sé bien sus aquestotros.
No os partais de aqui vosotros
y dejad hacerme á mí.

Jornada cuarta.

Fenicio.

Señores, pues qué haremos?
por vuestra fe que veamos
si os parece que atendamos
ó decid si nos iremos.

Precioso.

Irnos no, que no podemos
y sería gran locura:
muy mejor es que esperemos
con Dios á nuestra ventura.

Jacinto.

Cierto á mí se me figura
segun razon determina,
que desta dueña Divina
su fama nos asegura.

Precioso.

Y qué nos puede hacer
cuando mas mal nos hiciese?
digamos que nos prendiese,
no nos dará de comer?

Jacinto.

Sin duda no puede ser
que nos haga sinrazon.
Solamente en ser muger
le tengo gran devocion,
porque veo á la sazon
cuanto mas virtud se espera
de una muger cualesquiera
que del mas alto varon.

Precioso.

Yo soy deso buen testigo,
que en muger hallé mas fe
que en padre nunca hallé,
ni en hermano ni en amigo.
Yo me acuerdo (como digo)
viéndome necesitado,
mugeres cumplir comigo
cuando amigos han faltado:
amigos me han estragado
lo que no me han gradecido,
mugeres me han socorrido
lo que no les he pagado.

Fenicio.

Oh cuanto peca en simpleza
quien dice mal de mugeres,
que son minas de placeres
y fuentes de gentileza.
Ay Dios! con cuanta nobleza
una dama á quien servia,
todo mi mal y tristeza
me tornaba en alegría:
jamas pagarle podria
sin mucha dificultad
lo que en una enfermedad
me sirvió una amiga mia.

Jacinto.

Oh señor! y en qué lugar
me refrescais mis enojos,
que el corazon y los ojos
no podrán sino llorar!
Habeisme hecho acordar
de una dama que perdí,
que me debiera ahorcar
cuando sin ella me ví:
que si yo quisiera allí
verificar mi querella,
ó no quedara sin ella,
ó no se fuera sin mí.

Mueran en malas batallas
los puercos, sacos de menguas,
que en mugeres ponen lenguas
debiendo en antes cortallas.
Á las mugeres loallas
dentro y fuera de poblados,
y subillas y ensalzallas
sobre todos los estados.
Los bellacos deslenguados

maldicientes detratores,
debrian los traidores
ser dellas apedreados.
Quien las suele importunar?
nosotros con mil locuras,
que aunque fuesen piedras duras
las haríamos quebrar.
Nosotros por las burlar
mil esperanzas les damos,
nosotros sin las dejar
por el mundo las llevamos:
nuestras virtudes hallamos
ser las que aprendemos dellas,
sus maldades ser aquellas
que nosotros les mostramos.
Nos somos muy alabados
por mugeres y señoras,
y ellas por nos, pecadoras
puestas en grandes cuidados.
Nos por ellas esforzados,
y ellas por nos amenguadas:
nos por ellas muy honrados,
y ellas por nos deshonradas:
nos por ellas mil vegados
en grandes rentas y prezes,
y ellas por nos muchas veces
candeleras alquiladas.
Esto lo digo en favor
de las que corren fortuna:
digamos hora de alguna
que tiene por vos amor.
Con cuanta pena y dolor
por poco mal que sintais,
anda y torna en derredor
demandándoos como estais,
diciéndoos que le mandais,
consolándoos como suele,
preguntándoos donde os duele,
porfiándoos que comais.
Héla va muy afligida
á decir misas por vos,
y á rogar contino á Dios
os mande salud y vida.
Su comer y su bebida
sospiros, lágrimas son:
llora, gime, plañe y grida
de todo su corazon.
No puede ningun varon
pagalle cumplidamente
las lágrimas solamente,
que deja en cada rincon.
Pues desto bien informados
y otro bien no hubiese en ellas,
á todas y cualquier dellas
somos todos obligados:
cuanto mas que sus cuidados,
sus grandezas, sus hazañas,
son servir á sus amados
con obras y lindas mañas,
y en los tiempos de sus sañas
cuando os partis ellas lloran,
cuando tornais os adoran
con el alma y las entrañas.
Y al yantar y á la cena
con unos besos zumosos,
y unos abrazos preciosos
y un señor á boca llena,
qué gloria de nuestra pena,
qué alivio de nuestro afan!
Sin duda no hay cosa buena
donde mugeres no van:
la gente sin capitan

es la casa sin muger,
y sin ella es el placer
como la mesa sin pan.

Fenicio.

Por cierto cualquier muger
os debe cuanto pidais:
como, señor, os llamais?

Jacinto.

Jacinto, á vuestro placer.

Fenicio.

Podeisme de hoy mas tener
por amigo verdadero:
tambien querria saber
el nombre del compañero.

Precioso.

Yo, señor, aunque grosero,
tengo por nombre Precioso.

Fenicio.

Dios os haga tan dichoso
como semblais caballero.

Jacinto.

Segun, señor, he notado
debeis os llamar Fenicio.

Fenicio.

Señor, á vuestro servicio.

Jacinto.

Y yo á vuestro mandado.

Fenicio.

Yo, señores, he pensado
si os parece cosa tal,
que pues Dios nos ha juntado
nos juntemos por igual:
dejando todo lo al
démonos la fe y las manos
de sernos buenos hermanos
para bien y para mal.

Jacinto.

Muy bien es.

Precioso.

Que lo hagamos!

Fenicio.

Dad acá.

Precioso.

Dad acá vos!

Jacinto.

Mis señores, plega á Dios
que buena ventura hayamos.

Fenicio.

Menester es que atendamos
viniendo su señoría,
que todos la recibamos
con toda la cortesía.

Precioso.

Mas, señores, cual haria
que fortuna lo guiase
y de alguno se agradase!

Fenicio.

Poco mal, cierto, sería.

Pagano.

Hallados seis en buenhora:
nuestrama viene á hablaros
con ganas de motejaros,
porque es muy gran decidora.
Sabeldc hablar agora
pues presumis de sciiores,
á tan honrada señora,
que viene como las flores.
Haceros ha mil favores
ora que vicne de gana,
chapada, linda, lozana,
para mataros de amores.

Jacinto.

Mal hablais, señor Pagano,
mas pase por mote viejo.

Pagano.

Si quijerdes mi conscjo,
tomaldo y scros ha sano.

Fenicio.

No se hable mas en vano,
tú nos haccs buen servicio:
Precioso tome la mano
que es hombre de buen judicio.

Precioso.

Mas antes, señor Fenicio,
le debe hablar Jacinto:
que le tengo y os le pinto
por cosario en el oficio.

Jacinto.

Pues, señores, que ansi es
quicro hacello todavía,
mas tampoco no querria
que os quejasedes despucs.
Yo sin otro interes
como sé le hablaré:
lo que cumple á todos tres
esto lo procuraré.
En csto me esforzaré
con cuanto Dios me ayudarc:
lo demas como cantare
asi le responderé.

Jornada quinta.

Divina.

Qué buena vista de prados!
qué yerbas tan cxcelentes,
qué hcrmosura dc fuentes,
qué bellcza de ganados:
qué montañas, qué collados,
qué pastura, qué labranza,
qué barbcchos, qué sembrados,
qué jardines, qué holganza!
Cuan cumplida buenandanza
por aqui tenemos nos:
cuan obligada es á Dios
la que tanto bien alcanza.

Jacinto.

Sciiora muy excelente!

uneva fragua de virtud,
á quien la vida y salud
nuestro señor acreciente,
á quien suplico humilmente
con debida reverencia
para hablar al presente
me dé graciosa licencia:
con fe, amor y obediencia
todos tres buenos hermanos,
besamos los pies y las manos
de vuestra gran excelencia.

Divina.

Por cierto la gentileza
bien parece donde mora:
yo, señores, soy señora
desa buena fortaleza,
y en mí no cabe tristeza
sino placer y alegría,
virtud, amor y nobleza,
caridad y cortesía.
Estando allí todavía
por tal de nuevas saber,
hago á veces detener
los que pasan por la via.
Por tanto os quiero rogar
si pena no recibis,
que me digais do venis
y adonde quereis andar:
que me podeis alegrar
y en merced os lo tendré,
si me quisierdes contar
las nuevas que yo no sé.
Del resto sobre mi fe
podeis bien aseguraros,
que en antès quiero ayudaros
con aquello que podré.

Jacinto.

Plega á Dios de nos oir,
y darnos orden y via
como á vuestra señoría
podamos siempre servir:
y pues nos manda decir
do venimos sin demora,
cada cual á mi sentir
lo puede decir agora:
por tanto sepa, señora,
que yo vengo de Alemaña.

Precioso.

Yo de Roma.

Fenicio.

Yo de España.

Divina.

De Roma sepamos ora.

Precioso.

De Roma no sé que diga
sino que por mar y tierra
cada dia hay nueva guerra,
nueva paz y nueva liga.
La corte tiene fatiga,
el Papa se está á sus vicios,
y el quo tiene linda amiga
le hace lindos servicios:
los ricos con sus oficios
triunfan hasta que mueran,

y los pobres desesperan
esperando beneficios.
En Roma los sin señor
son almas que van en pena:
no se hace cosa buena
sin dineros y favor.
Cual vive muy á sabor,
cual no tiene que comer,
unos con mucho dolor,
otros con mucho placer.
Dos cosas no pueden ser
de placeres y dolores
ni peores ni mejores,
que son Roma y la muger.

Pagano.

Quien la viera, mal pecado!
plega á Dios, amen, amen!
Porqué dejaste tal bien,
ya que habras tan ahotado?

Precioso.

Sabe Dios que me ha pesado
por no ser marrano fino,
que por faltarme un costado
vivo pobre de contino.

Pagano.

Pues no te burles hacino,
que muchos y muy ufanos
dicen mal de los marranos,
y ellos no comen tocino.

Jacinto.

Señora, no puede ser
que sea quien diz Pagano,
porque no son de villano
su argüir y responder.

Divina.

Nunca vistes tal saber
para grosero pastor,
que puede dar que hacer
á cualquier predicador.

Jacinto.

Téngole por tan doctor
y que entiende y sabe tanto,
que no ví so tan ruin manto
yacer tan buen bebedor.

Divina.

Ponelde cualquier cuestion
y algunas dudas dudosas,
y vereis á todas cosas
como os da buena razon.

Pagano.

Nuestrama, por ese son
bien cumpliré de mi parte,
que sé mas que Salomon
si me preciase del arte.

Jacinto.

Por tu fe, sin enojarte,
que nos digas si querrás
de què cosa sabes mas,
para mejor preguntarte.

Pagano.

Sé mil cosas aspeciales
de achaque de Astrología,

sé como el Ave María
las siete artes liberales,
y en regras merdicinales
sobejos son mis cuidados.
Sé sanar llagas y males,
enjalmar descalabrados,
y en lo de miembros cortados
hago curas de hombre macho,
que en Dios Padre los despacho
porque no queden lisiados.
Item mas, sé conocer
las yerbas mas señaladas:
sé cosas muy aprobadas
para hacerse bien querer,
y tambien si es menester
sé tornar del agua vino,
y aun haceros trasponer
en un hora gran camino.
Muchas cosas adevino,
descubro cualquier hurto:
sé mas que supo Basurto,
aunque era astrólogo fino.
En una sala muy bella
sé hacer con las mis piezas,
que parezcan sin cabezas
todos cuantos son en ella:
y aun haré que toda ella
llena de uvas la veais,
y sé hacer una estrella
que os guie donde querais.

Fenicio.

Pagano, si vos mandais,
de las cosas de vuestra arte,
la de ir presto á cualquier parte
queremos que nos digais.

Pagano.

Pues cuando quiera tomad
dos yerbas en la memoria,
son serpilo y lucitoria
de muy gran autoridad.
Sebo de toro buscad
y el del ciervo si podeis,
y para mayor verdad
ojos de gatos habreis.
Desto un ungüento hareis,
con el que habeis de untaros
cuando quijerdes hallaros
donde mas gana terneis.

Fenicio.

Esas yerbas y ese sebo
puédese haber entre nos?

Pagano.

Sí.

Fenicio.

Pues no me ayude Dios
si muy presto no lo pruebo.

Pagano.

Pues á mas y mas me atrevo:
con mis gritos papillenos
heis de ver un mundo nuevo
con mil nuevos platos llenos,
y en poco rato á lo menos
con una yerba que yo sé,
si quijerdes os haré
que tireis doscientos truenos.

Divina.

Villano, y osas decir
tamaña descortesía!

Jacinto.

Oiga vuestra señoría,
que son sus cosas de oir.

Divina.

Sí, mas le siento salir
de lo que es mi voluntad.
Yo te haré sin mentir
que me mires de verdad.

Pagano.

Oh, qué nueva honestidad!
Dios os bendiga, señora.

Divina.

No callarás en malhora?

Pagano.

Sea pues para el abad.

Divina.

Oh, grosero, mal criado,
te estás burlando de mí?
llégate acá.

Pagano.

Héme aqui.

Divina.

Toma, villano ahorcado.

Pagano.

Oh, mezquino desdichado,
como estoy sin me matar,
pues que cuanto he trabajado
asi me lo han de pagar.

Divina.

Pues si no quieres callar
te daré otra bofetada.

Pagano.

Mas bien pagad mi soldada
y dejad el castigar.

Divina.

En casa te pagaré
por cuenta de tus bondades.

Pagano.

No os dirán ya las verdades,
señora, por vuestra fe.

Divina.

Me parece y bien se ve,
que tú me tienes por loca.

Pagano.

Pues quiere vuestra mercé
que el hombre cosa la boca?

Jacinto.

Pagano, ved que á vos toca
hablar con mas reverencia.

Pagano.

Yo tengo mucha paciencia.

Jacinto.

No teneis sino muy poca.

Divina.

Caballero, si mandais,
dejalde para quien es:
y vosotros todos tres
un servicio me hagais,
que, señores, me digais
sin ninguna fantasía,
qué pensamiento llevais
y adonde haceis la via:
mas no me digais falsía
por lo que á buenos debeis,
pues en mí no encontrareis
sino toda cortesía.

Jacinto.

Yo, señora, por servir
algunos grandes señores,
heredé tantos dolores
que no los querreis oir:
por lo cual quiero decir
sin dudar que bien acierte,
que es con ellos el vivir
mucho peor que la muerte;
y ansi voy con pena fuerte
por salir de aquesta fragua,
como corcho sobre el agua
donde me lleve la suerte.

Precioso.

Yo (que nunca se me olvida)
voy, señora, desterrado,
porque amigos me han dejado
on esta capa raida,
y con pasion aborrida
quejoso mucho de mí,
quiero tirar esta vida
tras el tiempo que perdí:
de modo que soy ansi
como aquel de quien se note,
que perdido el un virote
tira el otro por allí.

Fenicio.

Yo, señora, con pesar
voy del mundo muy quejoso,
porque un poco de reposo
nunca en él pude hallar.
No hago sino andar
mas no me aprovecho nada,
que cuando pienso acortar
se me dobla la jornada:
como el ave desdichada
que en el lazo está segura,
y si soltarse procura
se halla muy mas ligada.

Divina.

Señores, pues es ansi,
do vais camino tan luengo?
partamos cuanto yo tengo
que mejor dia no ví.
No paseis ora de aqui,
pues que Dios me ha proveido
para vos y para mí,
mas que yo lo he merecido.
Desde aqui os quiero y pido
si quereis dadme las manos,
á vosotros por hermanos,
á Jacinto por marido.

Pagano.

Ora pues todos hablemos,
yo me quedo por mojon?

Jacinto.

Vos sereis nuestro patron.

Precioso.

Por cierto ansi lo queremos.

Pagano.

Pues sus, señores, cantemos
por el bien que nos asoma.

Fenicio.

Qué villancico diremos?

Divina.

Del placer que aqui se toma.

Jacinto.

Una tierra sola Roma,
y un señor un solo Dios,
y una dama sola vos.

Pagano.

Á ello, juro á Mahoma!

Villancico.

Una tierra sola Roma,
y un señor un solo Dios,
y una dama sola vos.
Holgaba Dios aquel dia
cuando á vos os hizo tal
de tan precioso metal,
que el mundo no os merecia:
mayor bien ser no podria,
que tener acá entre nos
una dama tal cual vos.
Hízoos Dios tan gran señora
y en las damas tan sin par,
que no debria culpar
á quien por tal os adora:
y asi ni antaño ni agora
no se hallan tales dos,
ni otra Roma, ni otra vos.

17. Comedia Calamita.

Calamita, doncella noble.
Floribundo, galan.
Enticio, su padre.
Jusquino, su criado.
Fileo, criado de Enticio.
Torcazo, rústico.
Libina, su muger.
Trapaneo, su padre.
Un escolar.

Jornada primera.

Jusquino.

Conjugando mi miseria
poco á poco hallo yo,
que quien no se aventuró
nunca salió de laceria.
Tornando á nuestra materia,
lo primero
yo quiero ser buen tercero
á mi señor Floribundo,
no olvidando lo segundo
que es buen amigo el dinero.
Promesa de caballero
no fallece:
recia cosa me parece
salir de tal confusion,
sino que al buen corazon
fortuna le favorece.
Ora pues tornar no empece,
bien sería
con destreza y osadía
dar un tiento á esta muger,
pues entiendo de hacer
dos mandados de una via.
Mas como se atreveria
la pobreta
(caso que es moza y discreta)
á tomar tanta fatiga
de servirme á mí de amiga
y á mi señor de alcahueta?
Bien será que le prometa
largamente
de su parte algun presente,
pues me lo ha prometido.
Al asno de su marido
yo me haré su pariente.
Héle aqui el inocente!
bien me vino:
quiero salille al camino
no se me vaya del lazo.
Ce, buenos dias, Torcazo!

Torcazo.

Oh buenos dias, Jusquino!

Jusquino.

Donde vas?

Torcazo.

Hasta el molino
voy á ver,
si me querrán hoy moler
medio cuartillo de trigo.

Jusquino.

Pardiez que fuera contigo,
pero tengo que hacer.

Torcazo.

Ah, pardiez, no es menester.

Jusquino.

Nada has oido?

Torcazo.

No mi fe.

Jusquino.

Como he sabido
que somos yo y tú parientes?

Torcazo.

Oh que bien, si no me mientes.

Jusquino.

Mal me tienes conocido.

Torcazo.

Pues como lo has entreoido?

Jusquino.

Juan Garcia
su marido de tu tia,
jugando ayer al mojon
me ha dado muy gran razon
de nuestra genealogía.

Torcazo.

Y aun yo sabella querria.

Jusquino.

Me ha contado
que tu avuelo Juan Parrado
era padre de tu padre
y era suegro de tu madre,
padrino de su ahijado.
Mi padre y él se han hallado
monacillos,
mas por ciertos homecillos
quedaron en un desvío:
enfin tu padre y el mio
tuvieron ocho tobillos.

Torcazo.

Muéstrame acá esos carrillos
y veremos,
que cro que nos parecemos.

Jusquino.

No sabes cuanto lo estimo.

Torcazo.

Juri á diez que eres mi primo:
desde hoy mas nos abrazemos.

Jusquino.

Ora, primo, qué haremos?

Torcazo.

De pracer
quiero contigo volver
hasta mi casa no mas,
porque quiero, si querrás,
que abrazes á mi muger.

Jusquino.

Eso me place hacer
tan de grado,
que allende del abrazado
haré cualquier diligencia.

Torcazo.

En cargo de mi conciencia
que te quedaré obrigado.

Jusquino.

Ya lo tengo enalbardado.

Torcazo.

No te entiendo.

Jusquino.

Yo digo que Dios queriendo
tus hijos ternán en mí
tanta parte como en tí.

Torcazo.

Aun eso mas te encomiendo.

Jusquino.

Anda allá: vámonos yendo
sin ruido,
que gran ventura has tenido
en hallar tan buen pariente,
que puedes seguramente
fiarme tu casa y nido.

Torcazo.

Yo de merced te lo pido.

Jusquino.

No haya mas:
solamente le dirás
á Libina tu muger
que me haga algun placer.

Torcazo.

Mas que tú le pedirás:
es de tal casta y compas
y manera,
tan devota y limosnera,
tan cogida y amorosa,
tan risueña y bulliciosa
que haz pracer á quienquiera.
Es del cura toda entera
tan querida,
y al sacristan no lo olvida
cuando los bollos amasa:
por la puerta no le pasa
que luego no le convida.

Jusquino.

Agora me das la vida.

Torcazo.

Quies oir?
cada vez que tiene de ir
los disantos al igreja,
ofrendazas le apareja
que les da bien que heñir.

Jusquino.

De allí te puede venir
poca renta.

Torcazo.

Mas porqué?

Jusquino.

Porque á mi cuenta
poco de abades me fio.

Torcazo.

Pardiez nunca allá la envio
que no torne recontenta.

Jusquino.

Pues quiera Dios que yo mienta.

Torcazo.

Sé que es tal
que no le hará mas mal
que si fuese muger suya:
avézale el aleluya,
muéstrale el ciri pascual.

Jusquino.

Qué ciervo está el animal!

Torcazo.

Vuelve acá,
que mil cosas sabe ya
de las que el cura le muestra.

Jusquino.

Yo la tengo por maestra.

Torcazo.

No creas que en valde va.

Jusquino.

Llama sus! ve si allí está.

Torcazo.

Ha! muger!
ha, Libina!

Libina.

Qué há de ser?
como no vas al molino?

Torcazo.

Porque mi primo Jusquino
te viene aqui á conocer:
hazme tamaño pracer
sengular,
que lo quieras abrazar.

Jusquino.

Sí, querrá, por su virtud.

Libina.

Mejor me dé Dios salud.

Torcazo.

Ea, boba, á bobear.

Jusquino.

No os hagais tan de rogar
por mi amor,
que un pariente y servidor
no se desechan asi.

Libina.

Este animal que está aqui
os podrá abrazar mejor.

Torcazo.

Por mi vida!

Libina.

No, señor.

Torcazo.

Qué porrada!
hazlo, bestia enalbardada:
llega tú y acaba ya.

Libina.

Todavía mas valdrá
ser necia que porfiada.

Torcazo.

Tú no la apretaste nada.

Jusquino.

Ni es razon.

Torcazo.

Dote á huego, mazmordon!
has miedo que es de manteca?

Jusquino.

Si me diera con la rueca?

Torcazo.

Ganáraste un coscorron.

Libina.

En casa hay otra cuestion.

Torcazo.

Qué, Libina?

Libina.

Que no hay polvo de arina,
ni una corteza de pan.

Jusquino.

Pues á tí toca este afan
corre, primo, y torna aina.

Torcazo.

Que me place.

Jusquino.

Sus camina.
Ya, señora,
me figuro que es hora
de haber audiencia de vos.

Libina.

Pensad en habella de Dios,
no de aquesta pecadora.

Jusquino.

Vos sois reina, en quien adora
mi deseo.

Libina.

Mejor viva que te creo.

Jusquino.

Pues muera yo si te miento.

Libina.

Si no hay otro fundamento
muy mal fundado lo veo.

Asomas por jubileo
de pasada
sin acordarte de nada:
mas bien piensas amenguar
si te vuelves á mirar
esta mi pobre posada.

Jusquino.

Por cierto estás engañada.

Libina.

Mas me empece
que te busco y me acontece
no hallar rastro ni ley.

Jusquino.

Tengo las mañas del Rey,
que do no está no parece.

Libina.

Pensais que no se engrandece?

Jusquino.

Mas porqué?

Libina.

Por decir que te busqué.

Jusquino.

No creo nueva tan buena.

Libina.

Porqué?

Jusquino.

Porque no consuena
ni es artículo de fe.

Libina.

Si como no te hallé
te hallara,
por ventura te afrentara
mejor que muger del mundo,
y á tu señor Floribundo
que su parte le alcanzara.
Tenga vergüenza en la cara:
sepa asi
no ande mucho por aqui
festejando á Calamita,
que por esta cruz bendita
verá mal gozo de sí.

Jusquino.

Cómo es eso? dime, di!

Libina.

Ay, malvado!
que se lo has tú consejado
y hora te haces de nuevas.

Jusquino.

Señora, si tal me pruebas
que de tí me vea ahorcado.

Libina.

Búrlate bien, deslenguado,
red de engaños!
que los que buscan sus daños
vanse en flor como las rosas,
y de no estimar las cosas
vienen los casos estraños.

Jusquino.

Vivasme tú cien mil años

ni uno menos,
que tus consejos tan buenos
siempre son de agradecer:
agora me da á placer
lo que te queda en los senos.

Libina.

Tus hechos y los agenos
sin provecho,
que por hacernos despecho
Floribundo nos persigue,
mas como no se castigue
lo harán andar derecho.

Jusquino.

Pues qué mal te hemos hecho?

Libina.

Vé si quieres,
ni que él espere, ni esperes
de tan ruin manjar la salsa.

Jusquino.

Sé que no es moneda falsa
querer bien á las mugeres.

Libina.

Como en la cuenta cayeres
del amar,
hallarás que su ganar
siempre sale al gallarin.

Jusquino.

Cualquier mal de amor en fin
halla en los bienes su par.

Libina.

Con ese lisonjear
de tacaño
engañais tantas cada año,
que no os caben en las redes.

Jusquino.

Gran merced á sus mercedes
porque les place el engaño.

Libina.

Qué testimonio tamaño
que echas fuera!
No las forzeis dondequiera
y no habrá muger errada:
porque las piedras horada
cualquier continua gotera.

Jusquino.

Por cierto mucho quisiera
concluir:
porque si quieres oir,
ni con las colas las cabras,
ni mugeres con palabras
no os podeis jamas cubrir.
Tú me qnieres inferir
sin conciencia
y pronuncias por sentencia
que nosotros os forzamos,
cuando delante os pasamos
y os hacemos reverencia.
Sin duda mas diligencia
vos la usais,
y mucho mas nos forzais
vosotras cuando vos place:
sino ved el mal que hace

una ojeada que dais.
De claro en claro pasais
las entrañas
con cien mil modos y mañas
que teneis en el mirar,
bastantes á derribar
las mas soberbias montañas:
sin las maneras estrañas
de afeitaros,
aunque querais disculparos
porque cubiertas vivis,
y á nosotros argüiis
porque vivimos mas claros.

Libina.

No vos queda por armaros
ni hevilla:
solo que tengo mancilla
por tenerte gran ventaja,
con una lanza de paja
te echara de la silla.
Y aun me hago maravilla
que has osado
de salir tan mal armado
donde tanto honor te va,
pero tu culpa será
si fueres descalabrado.

Jusquino.

Vanilocua te has mostrado
de tal suerte,
que dejo de responderte,
no por faltarme razon.

Libina.

Decid, decid, don ladron!
que hablar no es crímen de muerte.

Jusquino.

Mejor harás de esconderte
por mi amor,
porque veo á mi señor,
no sienta que estoy contigo.

Libina.

Dile mas bien lo que digo,
que á la fe harás mejor.

Jusquino.

Dile tú pierda temor
esa dama,
que su honra ni su fama
no valdrá menos por nos.

Libina.

Dios lo quiera.

Jusquino.

Vé con Dios!
Bien se va urdiendo esta trama.

Floribundo.

Ah Jusquino?

Jusquino.

Quien me llama?

Floribundo.

Quien preguntas?
de las ánimas difuntas
una que en afan verás,

y en quien sola hallarás
todas las miserias juntas.

Jusquino.

Temprano, señor, barruntas
tu pasion.

Floribundo.

Barrunto mi perdicion
la cual no puedo huir.
Dios me dé para sufrir
otro nuevo corazon.

Jusquino.

Yo tengo tal provision
hecha ya,
que presto si Dios querrá
quedará el campo por nos.

Floribundo.

Cosa de si place á Dios
sabe Dios cuando será.

Jusquino.

Pues en mis manos está:
solamente
dame, señor, al presente
dos ó tres dias de plazo,
que tengo asido á Toreazo
y me he hecho su pariente.
Hoy le hablé largamente
y á placer,
y visité á su muger,
y aun me la hizo abrazar:
ternemos en fin lugar
mas que habemos menester.

Floribundo.

Qué modo podrás tener
tan secreto,
para poner en efeto
una carta que le escribo
á aquella que muerto y vivo
me terná siempre sujeto?

Jusquino.

Pues yo, señor, te prometo
que lo habré:
pero muestra por tu fe,
hazme merced que la vea.

Floribundo.

Atiende que yo la lea,
que mas contento seré.

Jusquino.

Sea asi.

Floribundo.

Pero no sé
si sabrás
entender lo que oirás,
que son palabras estrañas
salidas de las entrañas,
que no has oido jamas.

Jusquino.

Di, señor, cuanto querrás:
comoquiera
por mayor cosa que fuera
lo que no quiero no entiendo.

Floribundo.

Pues mi vida te encomiendo
que de tus manos se espera.
Comienza desta manera:
»Reina mia!
»salud y paz y alegría,
»con la servil reverencia
»que á tu divina presencia
»deben los hombres hoy dia.

Jusquino.

Muy mejor comenzaría
ciertamente
si dijeses: la presente
es para haceros saber...

Floribundo.

Oh, que necio bachiller
para alcalde de gran gente!
Oye y calla solamente.

Jusquino.

Di adelante.

Floribundo.

»Tu mucha virtud mediante
»tu bondad por protectora,
»oso escribirte, señora,
con inclinado semblante.
»Tu magestad no se espante
»ni se altere,
»pues á mi costa Dios quiere
»que por tu gran hermosura
»te cuente su desventura
»quien enojarte no quiere.
»Pues oye si te pluguiere,
»flor bendita,
»mi preciosa Calamita,
»mi nueva Vénus gentil,
»tesoro de gracias mil
»y de beldad infinita:
»por tí mi vida no es quita,
»por tí (si bien con razon)
»tengo este mundo en despecho,
»por tí, señora, soy hecho
»de los nacidos baldon,
»un caos de turbacion,
»ciega esfera,
»una confusa quimera,
»una materia sin forma,
»un accidente sin norma
»y una sustancia no vera.

Jusquino.

Dudo si de tal manera
lo procuras
con palabras tan escuras
que efectúes tus amores:
yo las tengo por mejores
para quitar calenturas.

Floribundo.

Tienes hoy mas locuras
por decir?
aprende, necio, á sentir!
Nota las cosas que hablo,
que por su propio vocablo
las conviene proferir.

Jusquino.

Ya comienza á definir.

Floribundo.

Como es eso?

Jusquino.

Digo, señor, que confieso
conocer tu enfermedad,
y digo que la verdad
no quiere largo proceso.
Yo cierto soy mas travieso
que discreto
y asi, señor, te prometo,
que no con tantos rodeos
manifiesto mis deseos
si quiero tengan efeto.
Al enfermo en gran aprieto
mal contento,
bástale el regimiento
y una purga solo presto:
cuando no sana con esto
haga luego testamento.

Floribundo.

Quien regirá mi tormento
cual está?

Jusquino.

El regimiento será
no enojalla lo primero:
la purga, purgar dinero
para quien negociará.

Floribundo.

Quien tal cargo tomará?

Jusquino.

Quien, señor?
este tu buen servidor
juntamente con Libina:
pagases tu tan aina
como saldrás de dolor.

Floribundo.

Haz, Jusquino, por mi amor
tu poder,
que yo haré mi deber.
Si esa es persona segura,
sereis de buena ventura
si la llego á conocer.

Jusquino.

Déjame, señor, hacer
libremente.
Haz lo dicho solamente
de modo que sin siniestro,
siendo yo médico diestro,
seas tú enfermo obediente.
Ya me hice su pariente
del villano:
tengo á Libina en la mano
y ella el mozo en las entrañas:
usaré de tales mañas
que presto te daré sano.

Floribundo.

Pues agora como á hermano
verdadero
lo poco fiarte quiero,
pues que lo mucho te fio:
por tuyo ternás lo mio,
ten la llave del dinero.

Jusquino.

Todo bien, señor, espero
que se habrá:
déjame tornar allá.

Floribundo.

Que no entrarás te aviso.

Jusquino.

Asi entrase en paraiso,
que el portero es mio ya.

Floribundo.

Pues la carta?

Jusquino.

Dala acá.
Voto á mares,
tú, mi llave, si mandares
desde hoy mas cuando quisieres
has de abrir á mis placeres
y cerrar á mis pesares.
Mientras comigo durares
so la luna
no temo cosa ninguna,
ni hambre, ni enfermedad,
deshonra ni enemistad,
ni otra adversidad alguna.
Dos higas á la fortuna
desde agora:
yo le haré á la traidora
que mas á mí no se atreva:
quiero entrar con esta nueva
á Libina mi señora.

Jornada segunda.

Jusquino.

No sabes la causa entera
porque te hice del ojo,
porque sé que hubiera enojo
nuestramo si nos oyera.
Hablemos por acá fuera:
dártehe cuenta
sin que palabra te mienta
de todas nuestras haciendas:
mas cumple porque me entiendas
que me estes un poco atenta.
Ya sabes en cuanta afrenta
y agonía
viven los hombres hoy dia
en mundo tan sin bondad:
que no hay en él caridad,
ni hay amor, ni cortesía.
La malicia que los guia
han por fuero,
tanto que un pobre escudero
como le sienten ruin capa,
aunque merezca ser Papa
no le harán cocinero.
Quien es rico de dinero
aparece
que es el que mucho merece:
es hidalgo y es honrado
y el mejor acompañado,
y el que ningun mal padece.
Dígolo porque se ofrece
tiempo tal,
en que dejando lo al
nos podemos desta vez
ordenar que á la vejez
no vamos al hospital.
Si te quiero bien ó mal

no lo digo,
mas soyte tan buen amigo,
que cuando á Dios le pluguiese
que tu marido muriese,
yo me casara contigo.

Libina.

Cuerpo y alma me maldigo
noche y dia,
que apenas verme querria
por verme tan mal casada:
he estado determinada
de me ir á la putería.

Jusquino.

Oh, calla, señora mia!
haz asi:
ruega á Dios solo por mí,
que aunque viva ese ignorante
yo haré de hoy en delante
que goze poco de ti.
Ya sabes que hoy vine aqui
como viste,
y mi señor, si sentiste,
del rabo no se me quita,
que muere por Calamita
y está difunto de triste.

Libina.

Cuanto mas si le dijiste
la embajada,
y como ella está enojada
de su pasion deshonesta.

Jusquino.

Yo por no aguar la fiesta
no le quise decir nada.
Si quieres ser avisada
(pues conviene)
fia de mí y no te pene
que ahorquen á todo el mundo,
pues mi señor Floribundo
nos quiere dar cuanto tiene:
y aunque bocado no cene,
desque fuere
he de asir lo que pudiere
y apañar algun ducado,
pues ves la llave me ha dado
que tome lo que quisiere.

Libina.

Mas Calamita no quiere
me escuchar:
no hay quien le ose hablar
que es muy terrible muger,
y entraremos á perder
donde pensamos ganar.

Jusquino.

Quieres conmigo apostar
por mi vida,
que aunque una vez te despida
que á las dos sea cortes?
Sino á las dos, á las tres
dicen que va la vencida.

Libina.

Ay, que es muger tan sabida,
que á quienquiera
hará ablandar como cera.

Jusquino.

No es muger?

Libina.

Sí, mas es casta.

Jusquino.

No es muger?

Libina.

Sí, mas no basta.

Jusquino.

Si es muger no es la primera.

Libina.

No es cosa en sí hacedera
como digo.

Jusquino.

Dos brazos llevas contigo
que son dinero y amor,
que bastaria el menor
á prender al enemigo.
Conséjate ora comigo
si te place,
y en lugar que satisface
donde ella sola se aparta,
deja caer esta carta
y verás que obra hace.
Aunque despues te amenaze
no te cures:
á dos veces que le jures
que no sabes donde vino,
yo sé, si mal no adivino,
que despues tú la madures.
Por mi amor que te asegures
desde agora:
usa el seso que en tí mora
en una cosa como esta
que hayamos hoy su respuesta.

Escolar.

Dios salve!

Libina.

Vaya en buenhora.

Jusquino.

Quien es el galan, señora?

Libina.

Es mal año
un escolar que hora un año
solia en casa venir,
que mostraba de escribir
á nuestrama.

Jusquino.

Gran tacaño!
voto al cielo si lo apaño...

Libina.

Que te va?

Jusquino.

Tres veces ha vuelto acá
la cual cosa no me agrada.

Libina.

No te dé del pobre nada,
que es un necio dias ha.

Jusquino.

Yo sé quien lo asesará.

Libina.

Deja andar,
que con un simple escolar
no te es honra contender.
Quies hacerme un placer?
en al nos cumple pensar,
mira si te he de esperar
ó sino?

Jusquino.

Quien menos sabe so yo.

Libina.

Ven con tiempo: no haya mas.

Jusquino.

Sí, haré.

Libina.

Sañudo vas.

Pláceme que le escoció.
Y aquel necio no paró?
donde iria?
Helo ahí por vida mia,
otro que nunca se enoja,
sino que si se le antoja
volará de fantasía.

Escolar.

Dios te dé tanta alegría
por mi grado,
como este punto me has dado:
traidora, falsa, cruel!
no dices quien es aquel?

Libina.

Un mi nuevo enamorado.

Escolar.

Nuevo dolor de costado
que hoy te dé!

Libina.

Mi duelo, decid porqué?
quereis ser mi rufian?
Veis que negro sacristan
no me enoje en buena fe.

Escolar.

Pues quien era?

Libina.

No lo sé.

Escolar.

Veis aqui.

Libina.

Anda, véteme de ahí!

Escolar.

Dilo ya, no hayas vergüenza

Libina.

Veis por donde comienza:
y he de dar yo cuenta á tí?

Escolar.

Señora, pienso que sí.

Libina.

Ay que duelo!

Escolar.

Tienes debajo del cielo
á quien debas acatar
sino á tu dulce escolar,
que es tu honra y tu consuelo?

Libina.

No se le entiende al mozuelo:
sacristanes
con los largos balandranes
que les sirven de alcahuetes,
y traen so los bonetes
casquillos de rufianes.

Escolar.

Fáltanos para galanes
por ventura,
cabello, garbo, cintura?

Libina.

Mas os falta.

Escolar.

Qué, la espada?

Libina.

Una horca de tablada.

Escolar.

Eso no cabe en mesura.

Libina.

Medida está vuestra altura
para allí.

Escolar.

No haya mas burlas aqui,
hablemos en lo de ayer.

Libina.

Ven vestido de muger
y deja hacer á mí.

Escolar.

Podréme fiar de tí?

Libina.

Largamente:
yo le haré al inocente
entender que eres mi prima.

Escolar.

Dese modo hago estima
que habrá poco inconveniente:
pero la noche siguiente
que verná
podremos dormir allá?

Libina.

Haciéndome enferma yo,
Torcazo, que quiera ó no
sobre el árcaz dormirá.

Escolar.

Mira bien cuanto te va;
que es razon
que quien tiene discrecion

piense las cosas temprano:
no te busques por tu mano
alguna mala cuestion.

Libina.

Déjame tú al asnejon
cejijunto,
que en las horas que barrunto
que se sale de medida,
yo me hago amortecida
y él me deja en ese punto.

Escolar.

Otra cosa te pregunto,
que es de ver
si me podria conocer.

Libina.

Á eso rebózate, loco,
y muda la voz un poco:
no será mas menester.

Escolar.

Cierto con tal parecer
no hay que errar.

Fileo.

Quien pudiese escuchar
lo que hablan estos dos.

Libina.

Véte, véte.

Escolar.

Pues á Dios.

Libina.

Él te me quiera guardar.

Fileo.

No me supe acomodar
y podia:
poco valgo para espía
comoquier que no es mi oficio.
Sé que mi señor Enticio
no será alegre este dia:
por cierto en gran fantasía
se ha metido.
No ganará el partido
pues quiere entrar en litijo
con Floribundo su hijo,
mancebo tan bien sabido.
Cuando niño le ha sufrido
de su grado.
y mas libertad le ha dado
que él se queria tomar,
y piensa de lo domar
agora que es madrigado.
La juventud, bien notado,
es metal
como el hierro por igual,
que cumple para pulillo
recio fuego y gran martillo
y una fatiga bestial.
La niñez es de panal
blanda cera,
que se la amasa quienquiera
con los dedos de las manos,
por lo que salen lozanos
de crianza y de manera.
Que si hijos Dios me diera
yo tomara
y en niñez los castigara,
no en juventud, que es muy malo,
que el mozo tiene ya el palo

cuando vos tomais la vara.
Bien yo le veo á la clara
todo el juego:
él se mete en este fuego
porque le dicen traidores,
que á su hijo los amores
han privado de sosiego.
Y cierto que palaciego
se es tornado:
siempre tan ataviado,
puesto en tanta cortesía,
no en la cama á mediodia
segun era acostumbrado.
Y el ciego viejo tomado
de avaricia,
con esta negra codicia
de lo que el hijo le gasta,
ciertas cosas le contrasta
que no debiera en justicia.
Mas quiero tomar noticia
sin tardar,
y á aqueste le preguntar
que se asoma por aqui.
Hablando viene entre sí
no lo quisiera estorbar,
pero es fuerza le hablar.
Á quien digo!

Torcazo.

Ah, no praga á san Rodrigo
que soñaba no sé qué.

Fileo.

Y dormias?

Torcazo.

No, á la fe,
mas soñaba allá comigo.

Fileo.

Majadero sois, amigo!

Torcazo.

No te entiendo.

Fileo.

Yo digo que no durmiendo
ningun soñar se vió.

Torcazo.

Aun deso me espanto yo.

Fileo.

Al albarda te encomiendo.

Torcazo.

La otra noche amaneciendo
cara el dia,
no pensando que dormia
coceaba una retama.
Nesto me hallé en la cama
que á Libina sacudia.

Fileo.

Y ella entonces que decia?

Torcazo.

Quien, Libina?
Levantóse tan aina
rabiando medio enojada,
y asentóme una nalgada
como una perra malina.

Fileo.

Do traes esta gallina?

Torcazo.

Del molino
y aun media arroba de vino
cro que me habrá de costar,
porque quiero convidar
allá á mi primo Jusquino.

Fileo.

Creo que vamos camino:
ven acá,
do es tu casa?

Torcazo.

Ves la allá
la de la puerta frontera.

Fileo.

Eres Torcazo siquiera?

Torcazo.

Al cuerpo de mí que ha.

Fileo.

Y en tu casa quien está?

Torcazo.

Quies saber?
estamos yo y mi muger
la mi Libina maldita,
y mi hermana Calamita.

Fileo.

Que es hermana?

Torcazo.

Qué placer,
pues quien diabro lo ha de ser?

Fileo.

Veldo vos.

Torcazo.

Juri al cuerpo de nos
que es mi hermana y remi hermana,
y aun como huevo á manzana
nos parecemos los dos.

Fileo.

Yo lo creo, si place á Dios.

Torcazo.

No te agrada?

Fileo.

Sí, mas diz que es namorada
de aquel galan Floribundo.

Torcazo.

Di que miente todo el mundo,
que ella está muy bien guardada.

Fileo.

Pues que es honesta y honrada
y es doncella,
cumple que mires por ella.
Si me cres nota y calla,
que él anda por difamalla
no por casarse con ella.

Torcazo.

Noramala para ella
si os la apaño,
y aun para esotro mal año
si lo cojo juri á Diego:

piensan que el hombre cstá ciego
y no sabe armar redaño?

Fileo.

En fin yo te desengaño
como amigo.

Torcazo.

Aun por eso yo te digo
çon la gromancia que hablo,
que Torcazo es el diablo
muy peor que el enemigo:
que entrando tras el postigo
siendo asina,
rapo una tranca de encina
si me entirrio con alguien,
lo cual ya saben muy bien
las costillas de Libina.

Fileó.

Préstame hora esa gallina
por tu fe.

Torcazo.

No me dirás para qué,
si no te soy importuno?

Fileo.

Para hacer burla de uno
como despues te diré.

Torcazo.

Juri á mí quc holgaré
Dios queriendo.

Libina.

Al diablo te encomiendo!
la harina és para hoy?

Fileo.

Es Libina?

Torcazo.

Sí, ya voy.

Fileo.

Pues anda véte corriendo
que te estarán atendiendo.
Dios loado
bien habemos negociado:
esta prestada gallina
pasará por mi cocina
no la goze el convidado.
Qué lance tan acertado
me ha venido!
qué de cosas he sabido!
héme ganado la cena
en toparme norabuena
con àquel palo vestido.
Gran guardian se han habido
singular:
quien le osase cncomendar
los cargos de Argus y Jano,
que lo que trae en la mano
no es hombre para guardar.
Fácil que está de tumbar
por mi vida,
si en virtud no es muy sabida
y aun entiendo que no basta,
porque sola aquella es casta
que nunca fuc requerida.

La cosa va muy perdida
y en mal son:
casarse han tras un canton
y el viejo que pene y muera.
Él esperaba por nuera
la princesa de Aragon,
y estotra segun razon
es tan pura
y su hermano de figura,
que el cabello se me eriza:
porque los mas que bautiza
diz que son hijos del cura.
Mi señor con su locura
de logrero,
piensa segar en Enero
y pescar tras las paredes,
y sacar aire con redes
y coger agua en harnero.

Jornada tercera.

Calamita.

Libina, mi buena hermana,
no sé que se es desde ayer
que no podrias creer
cuanto estoy de mala gana.

Jusquino.

Bien urde quien bien devana.

Calamita.

Vamos hora
á Misa á Nuestra Señora
madre de consolacion,
que me alivie el corazon
aunque le soy pecadora.

Libina.

No te congojes agora,
cree á mí.

Jusquino.

(La carta va por allí.)

Libina.

Que cuando ayer te enojaste
con la carta que hallaste,
yo me espantaba de tí.

Calamita.

Y porqué?

Libinà.

Porque te ví
demudada,
temblando como azogada.

Jusquino.

(Qué mas azogue que amor.)

Libina.

Y de una cierta color
que parecias finada.

Jusquino.

(Y aquello que no me agrada.)

Calamita.

Qué sería
si aquel mal hombre porfía
me echase en cualque vergüenza?

Libina.

No acabar quien tal comienza
muy para poco sería.

Jusquino.

(Voto á diez, esa es la via.)

Calamita.

Tu hablar
me da mil veces pesar.
No sabes como te digo
que es imposible comigo
tales cosas acabar?

Jusquino.

(Mándote yo fatigar?)

Libina.

No haya mas:
hoy espero que mudarás
de parecer si vivimos.

Calamita.

Si no fueramos donde imos
luego me tornara atras.

Libina.

Y porqué?

Calamita.

Porque jamas
determino
hacer contigo camino
segun te hallo enojosa:
mas pagarme ha esta cosa
el bellaco de Jusquino.

Jusquino.

(Oh, reniego!)

Calamita.

Que es malino
y aun traidor.

Jusquino.

(Oh, descreo!)

Libina.

Por su señor
cada cual es obligado.

Calamita.

Calla, que es un ahorcado.

Jusquino.

(Tú, hija de..)

Libina.

Por mi amor
que del no tengas temor.

Calamita.

Como no?

Libina.

Porque nunca me habló
cosa que mal te estuviese.

Calamita.

Como si yo no supiese
quien es y donde nació.

Jusquino.

(La borracha que os parió.)

Calamita.

Pero sea,
la primera vez que vea
sazon, tiempo y lugar,
á su señor quiero dar
una leccion en que lea.

Jusquino.

(Esto es lo que mas desea.)

Calamita.

Vamos presto
que el tardar no me es honesto:
haré siquiera oracion,
ya que el triste corazon
para mas no va dispuesto.

Jusquino.

Tratais al hombre de cesto,
mala espina!
y aun la puerca de Libina
cuan flojamente se ha habido,
pues si veo á su marido
amargárleha la cocina.
Mentad al ruin, mas aina
vedlo aqui.
Ce, Torcazo!

Torcazo.

Quien va ahí?

Jusquino.

Otro norabuena venga.

Torcazo.

Oh, mi primo, Dios mantenga.

Jusquino.

En busca vengo de tí.

Torcazo.

Pues mira que quies de mí.

Jusquino.

No otra cosa
mas que Libina tu esposa
no asienta bien el tobillo,
que tras un escolarcillo
diz que va muy bulliciosa.

Torcazo.

Juri á diez si á la tiñosa
la arrebato,
que le sacuda aquel hato
y aun aqui si te parece,
son que luego se amortece
y he mancilla dende á rato.

Jusquino.

Por mi vida, gentil acto!
Desos eres?
mal conoces de mugeres
y lo que su ingenio puede,

que se hace muerta adrede
porque tú te desesperes.

Torcazo.

No ha poder.

Jusquino.

Nota si quieres
que el probar
es cosa muy singular.
Riñe con ella en viniendo.

Torcazo.

Juri á mí muy bien te entiendo,
que mas no me ha de engañar:
yo la haré levantar.

Jusquino.

Bien harás
grande honra ganarás.

Torcazo.

Deja tú hacer á mí.

Jusquino.

Quiérome esconder aqui
por ver la fiesta no mas,
que ellas segun su compas
y do van
sé que poco tardarán.
Veré que hace este necio:
que para mí mas lo precio
que ser Duque de Milan,
que castigue este patan
á quien toca.
Y si amor no me revoca
les pienso hacer tal mengua,
que les valdrá mas la lengua
en el rabo que en la boca.
Deshonraisme, doña loca!
pues aosadas
que yo os siga las pisadas
y ponga en todo recado.
Cosqueais del otro lado
y echaisme á mí las pedradas?
Hora tornan muy calladas:
santas son,
mas que negra devocion!
cuan presto se les cayó:
oracion me torne yo
si ellas han dicho oracion.
En la mano es la cuestion
si place á Dios.

Torcazo.

Ha juri al cuerpo de nos!

Calamita.

Tente allá si Dios te vala.

Torcazo.

Toma mucho noramala,
y entraos en casa vos.

Jusquino.

(Para las señoras dos.)

Torcazo.

Do venis?

Libina.

De la iglesia.

Torcazo.

Vos mentis.
Hoy os tengo de achocar:
quien es aquel escolar?

Libina.

Cual escolar?

Torcazo.

No decis?

Libina.

Ay, mezquina!

Torcazo.

Ya groñis?

Jusquino.

(Y rebida:
bien le hinche la medida.)

Libina.

Que me mata!

Jusquino.

(Ya es en tierrra.)

Torcazo.

Ea, hija de la perra,
haceis os amortecida?
esperad!

Jusquino.

Dios déte vida.
Donde va?
aqui es de ver que hará.
Mas cual se está la bellaca:
voto á tal que paja saca
querrá que coma quizá.
No, que por mas tornará
mi pariente,
que la cubre el inocente
y la bestia se está queda:
guárdese no le suceda
cosa que no la contente.
Mas como anda diligente
medio ciego!
vereis, vereis el matiego
que hará alguna simpleza,
tal que á la necia le escueza
y la saque del sosiego.
Voto á tal que trae fuego!

Torcazo.

Sus, Libina!
yérguete presto, malina:
de parte de Dios te habro
y aun de Dios y del diabro
que tú te yergas aina,
sono haré chamuzquina.

Jusquino.

Oh galante!

Torcazo.

El demonio te levante
pues no quieres.

Jusquino.

Sopla, hermano,
que prisa se da el villano:

no ha de pasar adelante
el animal ignorante.

Torcazo.

Rebollis?
ha, noramala, salis?

Jusquino.

Que es esto, primo Torcazo?

Torcazo.

Pardiez, toméla en el lazo:
agora ya revivis?
de engañarme presumis?

Jusquino.

Quien te engaña?

Torcazo.

Aquesta falsa alimaña
que se hace amortecida.

Libina.

Poco me queda de vida.

Jusquino.

No ves, necio, que regaña?

Libina.

No me tengan en España
por muger
sobrina de bachiller,
hija de Pero García,
si la injuria deste dia
no te la doy á beber.

Torcazo.

Qué me puedes tú hacer,
res maldita?
si no fuera Calamita...

Jusquino.

Esto ya es mas que conviene.

Torcazo.

La presumida no tiene
mas fuerza que una ovejita,
son que luego llora y grita
por nonada.

Jusquino.

Baste la fiesta pasada:
sed amigos por mi amor.

Libina.

Antes me hiera un dolor
que me vea reventada.

Torcazo.

Como morcilla espetada.

Jusquino.

Primo honrado,
hazme un placer señalado:
éntrate en tu casa y calla
déjame á mí halagalla,
pues que tú la has enojado.

Torcazo.

Que me place.

Jusquino.

Ya es entrado:
á quien digo!

Libina.

No terné mas fè contigo
sino me llevas un dia
no digo á la putería
mas á cas del enemigo.

Jusquino.

Si á servirte me obligo,
á eso no:
mas siguiendo en lo que vo
yo atajaré sus enojos.

Libina.

Quebrados tenga los ojos
quien tal marido me dió.
Cierto, muger no era yo
tan astrosa,
que me dieran por esposa
á aqueste cara del diablo.

Jusquino.

Entiende acá lo que hablo
que mas te va en otra cosa,
y siendo fresca y hermosa
haces mal,
que siempre te fui leal.
Mas fuera de consistorio,
no quiero por lo accesorio
perder hoy lo principal:
de la carta hay buen señal?

Libina.

Sí señor.

Jusquino.

Hubo señales de amor?
de las que el hombre esperaba?

Libina.

Un poquito estuvo brava,
mas luego mudó el colór.

Jusquino.

Y la miró con favor?

Libina.

Sí por cierto,
y aun quedamos de concierto
que quiere luego hablalle.

Jusquino.

En qué lugar?

Libina.

En la calle
porque es el mas descubierto.

Jusquino.

Si salimos á buen puerto
como creo,
yo cumpliré tu deseo.
Métete en casa callando,
que aquel me viene buscando
por los indicios que veo.
Do vas, hermano Fileo?

Fileo.

Jusquino,
pardiez que para adevino
valgo mas que pesar puedo.

Jusquino.

Por otro tanto en Toledo
quemaron un mi vecino,
enemigo del tocino
capital.

Fileo.

No moriré dese mal.

Jusquino.

Quien lo sabe?

Fileo.

Yo que basta.

Jusquino.

Quizá te viene de casta.

Fileo.

No hayas miedo.

Jusquino.

Mas que tal.

Fileo.

Sus, sus, hablemos en' al
largamente.

Jusquino.

Breve habla el que es prudente
como tú presumes ya.

Fileo.

Largas sentencias habrá,
que esta vez es conveniente.

Jusquino.

Tú debes venir caliente
sobre cena.

Fileo.

Harto emborracha una pena
contra razon recibida.

Jusquino.

Díme, díme, por tu vida,
traes ya la saca llena?

Fileo.

Traigo una nueva no buena
para tí.

Jusquino.

Qué me dices?

Fileo.

Pasa asi:
es que mi señor Euticio
se queja de tu servicio:
mil grandes quejas le oí.

Jusquino.

Díme qué dice de mí?

Fileo.

Puedes ver:
dice que echas á perder
á tu señor Floribundo.

Jusquino.

El contrario á todo el mundo
puedo hacer conocer.

Fileo.

Pardiez, que osases perder
una mano!

Jusquino.

Yo te tengo por hermano.

Fileo.

Dí lo que quieres decir.

Jusquino.

Quiéreslo tú combatir?

Fileo.

He aqui Hector el Troyano.

Jusquino.

Sabed que soy hombre llano,
y sabe Dios
que á uno ni aun á dos
nunca volví las espaldas:
no voy royendo las haldas
como sé que haceis vos.

Fileo.

Aun con eso vemos nos
mas de tres
caer de rabo despues:
pero tú no caerás,
que traes siempre jamas
el corazon en los pies.

Jusquino.

No seas tan descortes
por mi amor,
pues servimos á un señor
y que comemos un pan.

Fileo.

Siempre tú buscas afan
donde ganas poco honor,
porque eres un pecador
mal hablado.
Sabes que me has mal pagado
aquellos servicios viejos,
y muchos buenos consejos
que en poco tiempo te he dado.
Tan al contrario has usado
hasta aqui,
que siempre falso te ví:
pero vaya por do fuere,
si algun mal te sucediere
no te quejarás de mí.

Jusquino.

Por cierto nunca de tí
me quejé:
menos he hecho porque
me deba mal suceder.

Fileo.

Mal te sabria el comer
si supieses lo que sé.

Jusquino.

Dímelo ya, por tu fe.

Fileo.

Que fatiga!
mas quieres oir lo que diga
sino que dé mi consejo.

Te debes guardar del viejo
antes que mal se te siga.

Jusquino.

Tan grande es esta enemiga?

Fileo.

Ya te digo:
piensa tú un poco contigo,
si te fuese un servidor
enemigo de tu honor
si le serías amigo.

Jusquino.

Como le soy enemigo?

Fileo.

Mira cuanto,
que pones en gran quebranto
y en gran afan y litijo
asi al padre como al hijo
con oficios de buen santo.

Jusquino.

Sin duda de puro espanto
soy turbado:
pues que el padre me ha encargado
que solo al hijo sirviese,
no sé que mal mereciese
por hacer bien su mandado:
yo le soy leal criado
con verdad.

Fileo.

Por cierto la lealtad
que el siervo debe á su señor,
mas está en mirar su honor
que en hacer su voluntad.

Jusquino.

Nunca le hize maldad,
Dios lo sabe.

Fileo.

Mas en cual lealtad cabe
si un señor con la pasion
procura su perdicion,
que el siervo se la alabe?

Jusquino.

Mis dias en breve acabe
malamente,
si en pasado ni en presente
nunca su mal alabé.

Fileo.

Peor es, en buena fe,
buscárselo diligente.
Tus escùsas ciertamente
son de viento,
y quieres sin fundamento
edificar hasta el cielo:
darás contigo en el suelo.
Enticio de mal contento
procura tu perdimiento:
noche y dia
anda tras tí hecho espía:
sabe do vas y do vienes
y las maneras que tienes
y toda tu fantasía:
no le queda putería
por mover. (*Pasa el escolar.*)

Quien es aquella muger
si te recuerdas el nombre?

Jusquino.

Cual?

Fileo.

Aquella pasos de hombre
que entra allá.

Jusquino.

Quien puede ser?

Fileo.

Tú la debes conocer.

Jusquino.

No sé tal.

Fileo.

Veis aqui do está el mal;
pues de casa dicen que eres.

Jusquino.

Conozco otras dos mugeres,
mas no tan grande animal.

Fileo.

En fin hablemos en al
que va mas:
digo agora que sabrás
que el viejo me ha cometido.

Jusquino.

Sobre qué?

Fileo.

Sobre un partido
con que tú no holgarás.

Jusquino.

Dílo ya.

Fileo.

Lo oirás
sin tardar.
Él me quiere bien pagar
porque siga tus pisadas,
y que te dé de estocadas
aunque estés cabe el altar:
mas yo te quise avisar,
que es razon
no seguir tras la pasion
de quien te manda ofender,
que por dejallo de hacer
sé no hago traicion.

Jusquino.

Oh cuanta consolacion
que me has dado!
cuanto me has obligado!
cuanto vale un buen amigo.
Desde agora te me obligo
por esclavo aherrojado:
mas para el viejo enojado
que es severo,
que remedio hay, compañero,
para hacer paces con él?

Fileo.

Hacer del ladron fiel
y avisarlo tú primero.

Jusquino.

Voto á tal, hacello quiero
sin torcer:
quieres hacerme un placer?

Fileo.

Si es cosa hacedera.

Jusquino.

Que en la taberna primera
nos entremos á beber.

Fileo.

Anda que no es menester.

Jusquino.

Pese á tal,
hazme tú otro tanto mal
la primera vez que puedas.

Fileo.

Cómente algunas monedas?

Jusquino.

Antes me rasca un real.

Fileo.

Arre allá.

Jusquino.

Sabes á cual?
á la Rosa,
que es casa muy gloriosa:
tiene recaudo por dos,
y unos vinitos de Dios
y la huéspeda hermosa.

Jornada cuarta.

Enticio.

Es proverbio señalado
do Salomon nos corrige,
que quien los padres aflige
será malaventurado!
pues, hijo, muy fatigado
y afligido
me tienes y me has tenido
al cabo de mi vejez,
lo que ya mas de una vez
con amor te he prevenido,
despues acá que he sabido
tus errores
y tus locuras y amores
y el mal camino que llevas:
que cierto ningunas nuevas
me podrian ser peores,
ni darme tantos temores.
Cuanto siento
que pensé morir contento
dejando á tí por memoria,
y en lugar de serme gloria
tratas de ser mi tormento.
Si tienes el pensamiento
cual debrias,
á todas palabras mias
no cerraras las orejas,
pues las abres y aparejas
para oir bellaquerías.
Al menos ya que querias

desmandarte
supieras bien emplearte
y escogieras noble amiga:
buscaras honrosa liga,
no carbon para tiznarte.
Que hoy me han dicho en cierta parte
por verdad,
que es hija de un mal abad
esa joya que escogiste.
Mira que tiro hiziste!
donde dió tu liviandad!
y segun en ceguedad
vas fundado,
ya harás del desposado.

Floribundo.

Dios me guarde.

Enticio.

Yo lo sé.

Floribundo.

Antes, señor, moriré
que tal haga sin tu grado.

Enticio.

Mejor yo tengo pensado,
desde hoy mas
que vayas por do querrás
y tornes por do quisieres:
miémbrate que hijo eres
y que al fin padre serás.

Floribundo.

Padre mio, bien harás
de me oir,
ues que me has dado á sentir
lo que no podré olvidar.
Á todo quiero callar:
solo te quiero decir
que Dios y tú sin mentir
me habeis hecho
hombre cumplido y derecho,
con todas sus condiciones
y sujeto á sus pasiones
y de sus leyes estrecho.
Sembróme amor en el pecho
tal simiente,
que á otro muy mas valiente
lo mismo que á mí rindiera.
De mala muerte me muera
si he vivido torpemente!
Suplícote solamente
cerca desto,
que aunque veas mal dispuesto
mi vivir y en tanta guerra,
aunque se hunda la tierra
verás dél un fin honesto.
Sepas, señor, que del resto
con verdad,
no hay hombre en esta ciudad
que pueda, ni en todo el mundo
decirte que Floribundo
ha hecho tal liviandad.
No me muestres voluntad
tan extraña:
no me castigues con saña
ni me arguyas con furor,
que poco á poco, señor,
yo me daré buena maña.

Enticio.

Plega á Dios que por España

no se diga,
que por tu negra amiga
borraste fama en una hora,
que me cuesta hasta agora
muchos años de fatiga.

Floribundo.

Bien conozco que me obliga
gran razon,
y mi propia condicion
sin la vergüenza de tí.

Enticio.

No se haga mas aqui
de tus errores pregon.

Torcazo.

Como me da el corazon
no ha poder,
son que juri á Llocifer
y á la grulla,
que cuido que va cachonda
la prima de mi muger.
Dola á huego desde ayer
que ha venido,
si no ha hecho mas roido
que una mortal rugidera.
Toda aquesta noche entera
que con Libina ha dormido,
de sobre el arcaz he sentido
desde allá
los resoplidos que da,
y engarrafa de su prima
héla abajo y héla encima,
héla acá y héla acullá.
Cogerla fácil será
al salir,
pues por gritar ni gruñir
juri á diez que no me asombre,
ni aunque tiene patas de hombre
que no se me ha de huir;
son que la tengo de asir
como alano,
y si una vez le echo mano
no se me vaya por piés,
y dar con ella despues
rodando por ese llano.
Dejad hacer al hermano
si no acierta
en os dejalla por muerta
que se acuerde de Torcazo.
No le quiero dar de plazo
mas de salir de la puerta:
héla aqui sale cubierta
la señora:
juri á mí que es tiempo agora,
comiéndate á Dios, zagal.

Escolar.

Tente, tente allá, bestial!
hayas vergüenza en malhora.

Torcazo.

Asi perraza, traidora,
cachiprieta!
ay, ay que tiene bragueta!

Escolar.

Jesus, milagro! Libina!

Libina.

Que es eso? que diz, mesquina?

Torcazo.

Do á huego la craqueta,
mira porque nonadeta
grita y grita.

Escolar.

Vírgen Maria bendita!
que me ha querido forzar,
y ha querido Dios mostrar
milagro.

Libina.

Ce, Calamita.

Torcazo.

Porqué la llamas, maldita?

Libina.

Porque quiero.

Torcazo.

Yo me iré.

Libina.

Vé, carnicero!
véte tú, mi bien, agora.

Calamita.

Libina.

Libina.

Jesus, señora.

Calamita.

Qué fue?

Libina.

Decírtelo quiero:
este villano grosero
que porfia
por me enterrar cada dia.

Calamita.

Pues qué te ha hecho me dí?

Libina.

Quiso deshonrar aqui
una dueña amiga mia.

Calamita.

Ay, que torpe fantasía!

Libina.

Puedes ver?

Calamita.

Déjalo en casa volver
yo lo espantaré si puedo.

Libina.

Cual otro para haber miedo
de palabras de muger.

Calamita.

En al nos cumple entender
al presente,
que vi pasar por la puente
á Floribundo y Jusquino.
Hácia acá traen camino
si la vista no me miente,
y antes que sienta la gente
esta cosa,

quiero mostrarme animosa
y al gentilhombre aclaralle,
pues me es forzado hablalle,
todo el texto con la glosa.
No seas tú perezosa
si hay lugar,
para forzar y esforzar
la feminil condicion,
que por mi honra es razon
me haga yo de rogar.

Libina.

Yo sabré muy bien terciar.
Dime agora
la voluntad que en tí mora
y lo que quieres hacer.

Calamita.

Que me tome por muger,
sino que vaya en malhora.

Libina.

La Vírgen Nuestra Señora
que lo ordene,
pues él te cumple y conviene
tan rico y emparentado
con aquel padre honrado,
que no sabe lo que tiene.

Calamita.

Cátalo aqui donde viene:
que alegría!

Libina.

Tente que es descortesía:
muéstrale mas entereza.

Floribundo.

Guarde Dios mi gran princesa,
señora del alma mia:
aciago fue este dia
para mí.

Calamita.

Pues á qué vienes aqui?

Floribundo.

Es la virtud infinita
de mi vera calamita
que me tira hácia sí.

Calamita.

Cierto me duelo de tí.

Floribundo.

No lo creo.

Calamita.

Sí hago, porque te veo
tras lo que no te aprovecha,
lo que asi tu vida estrecha
como alarga tu deseo.

Floribundo.

El mayor bien que poseó
sabes cual?
es esa guerra mortal
en que lidio por tu amor,
y sería el bien mayor
cuanto mas creciese el mal.

Calamita.

Por el fruto un árbol tal
vos agrada:

esa tu intencion dañada
no alegra tuyos, ni agenos:
á tí poco y á mí menos,
y vendrá á parar en nada.

Floribundo.

Pues por cosa averiguada
se razona,
que del mal de la persona
siempre nace el bien del alma:
de la fatiga la palma,
del martirio la corona.

Calamita.

Sí, á quien el mundo abandona
por el cielo:
no por las cosas del suelo
caducas, frágiles, vanas.

Floribundo.

Tus gracias son sobrehumanas.

Calamita.

Y no de menos un pelo?
pescarás con ese anzuelo,
mas no á mí!
Pues soy libre hasta aqui
no esperes que viva lengua
turbe mis dias con mengua,
ya que sin ella nací.
Haz nuevo acuerdo de tí
pecador!
que no obstante tu valor
no daria, Floribundo,
por todo el haber del mundo
un cabello de mi honor:
quien al piensa está en error
y es grosero.
Sepa cualquier caballero
que si Dios me da salud,
quiero crecer en virtud
lo que me falta en dinero:
aunque esteis puestos en fuero
los honrados,
de veros en fin casados
hidalgos y mercaderes
no con las buenas mugeres,
mas con los buenos ducados.

Floribundo.

Esos tengo yo sobrados
Dios loado,
y todos á tu mandado,
y muchos mas que tuviese:
que si mi padre no fuese
ya te habria contentado.
Bendigo á Dios que me ha dado
bien sin cuenta,
para tenerte contenta
y en mucha felicidad:
tengo en fin necesidad
de muger y no de renta.

Jusquino.

Qué gastar de herramienta!
pues espere.

Libina.

Señor, pues que Dios lo quiere
cásate con la señora,
y estése secreto agora
hasta que bien te estuviere.

Floribundo.

Si á ella asi le pluguiere.

Libina.

Sí, hará.

Jusquino.

Perdido va todo ya.

Libina.

Señora, plácete á tí?

Calamita.

Él que dice?

Floribundo.

Yo, que sí.

Calamita.

Yo tambien.

Libina.

Pues bien está:
esas manos dadme acá.

Jusquino.

Guay, que siento!
yo me escapo en el momento.

Libina.

Plega á Dios que bien hayais
y que mil años vivais
en mucho contentamiento.
Abrazadla.

Floribundo.

Soy contento.

Jusquino.

Guay de mí!
como puedo estar aqui?

Libina.

Sus, entrémonos.

Floribundo.

Entremos.

Libina.

Pues sin Torcazo estaremos,
hablareis.

Calamita.

Que sea asi.

Jusquino.

Pobre viejo, guay de tí!
mal estamos
si presto no remediamos.
Yo sé que deste camino
no falten para Jusquino
mala pascua y malos años.
Para quien sirve dos amos
como yo,
nunca en fin menos se vió.
Si con Fileo no hablo
todo irá con el diablo,
yo con todo y otro no.
Como el alma me lo dió
fue á parar,
y el padre en él predicar
todo ayer juntos los dos:

mas hombre que niega á Dios
qué le queda por negar?
Tambien soy loco de atar,
sin saber
que no me cumple entender
sino en buscar á Fileo.
Por aqui no habrá rodeo
si presto quiero hacer..
si será mejor volver?..
no será...
mas sí, mas no, arre allá:
iremos á ver si merca,
por aqui será mas cerca
mas no sino por acá.

Fileo.

Ea, bestia! acaba ya
de acertar.

Jusquino.

Hasme hecho andar y andar.

Fileo.

Y en fin fin, no me hallaste?

Jusquino.

Á buena fe que no baste
la carta de navegar.

Fileo.

Qué me tienes de contar?

Jusquino.

Una guerra
que si mi seso no yerra
haráme dado al diablo,
que no me valdrá san Pablo
si me metiese so tierra.

Fileo.

Dí.

Jusquino.

La boca se me cierra.

Fileo.

Lo digo,
con lodo venis, amigo.

Jusquino.

Agora conozco, hermano,
que soy el mayor villano
que comiese pan de trigo.

Fileo.

Pues consétaje comigo
y abre el ojo,
no pises algun abrojo:
puedes fiarte de mí.

Jusquino.

Á la fe sino por tí
me puedo echar en remojo.

Fileo.

Acaba ya que me enojo
de escucharte.

Jusquino.

No tengo mas que contarte
de que es hecho el mal recado.
Floribundo se es casado

por un modo y por un arte
que podrás maravillarte.

Fileo.

Solamente
te puedo hacer presente
de un real pues eres diestro:
vé compra dél un cabestro
y ahórcate encontinente.

Jusquino.

Que consuelo de pariente
tan sabroso!

Fileo.

Mas que necio tan donoso,
que le tengo prevenido
cuanto Enticio está sentido
de caso tan odioso.

Jusquino.

Válame Dios poderoso!
bien lo veo:
por eso, hermano Fileo,
consultemos lo pasado,
no sea yo el sentenciado
pues que su hijo es el reo:
que por el Dios en que creo
veramente,
que no me hallé presente
mas de estar tras un canton
á notar la conclusion
y quitar inconveniente.
Fuéle á hablar solamente:
quien creyera
que siendo la vez primera
se casara luego allí?

Fileo.

Por tu fe, pasóse asi?

Jusquino.

De aquesta misma manera.

Fileo.

Oh, que mala muerte muera
y este dia
hombre que tal villanía
hizo á sí y á su linage:
váyase agora mal viaje
manchada su hidalguía.
Si su padre me creia
por mi grado,
no le daria un cornado,
sino que luego de rota
se me fuese á la picota
para malaventurado.

Jusquino.

Pongamos en mí recado.

Fileo.

Ven comigo
que desde agora me obligo
para con el viejo Enticio
de te hacer un servició
mas de hermano que de amigo.

Jornada quinta.

Floribundo.

Cuantos males puede haber
pasados y por venir,
todos son de bendecir
por un tan alto placer.
Oh, qué preciosa muger
toda entera!
oh, de cuan dulce manera!
qué linda conversacion!
Toda ella es perficion,
es como hecha de cera:
oh, quien antes conociera
tanto bien!
Que no me encuentre con quien
comunique mi alegría!
que contándosela iria
de aqui á Jerusalen.
Hora me acuerdo tambien
del cantar.
Cierto fue corto hablar
(con perdon de mis mayores)
que los yerros por amores
son dignos de perdonar.
Yerros no se han de llamar
en sus cuentos,
mas grandes acertamientos,
dignos de gran galardon.
Solo tengo de pension
en mis tan justos contentos
de mi padre los tormentos.
Ciegamente
ninguna razon consiente
segun está resoluto,
lo que con él no disputo
por no salir de obediente:
pero veo claramente
sin torcer,
que yerra en su parecer,
pues que no puede ser justo
que se tome por su gusto
lo que yo debo comer.
Quien ha de tomar muger
por su vida
tome la mas escondida
para su seguridad,
la que en virtud y bondad
fuere criada y nacida.
La siempre en mucho tenida
por hermosa,
esta diz que es peligrosa:
la muy sabida mudable,
la muy rica intolerable,
soberbia la generosa.
La cumplida en cualquier cosa
y acabada,
menos que todas me agrada,
porque segun mi pensar
mala cosa es de guardar
la de todos deseada.
Para vida reposada
(y otra no
es la que Dios nos mandó)
basta muger de tal traza
que me traiga paz en casa,
todo el resto tengo yo.
Quien la humildad escogió
por su lumbre,
púsolo Dios en la cumbre

y al soberbio en el profundo.
No le plugo en este mundo
cosa mas que mansedumbre.
Los que humillan su costumbre
mas florecen.
Las cosas pequeñas crecen
con la bendita concordia:
con la maldita discordia
todas las grandes perecen:
pues las pasiones que empecen
en verdad
preciallas es liviandad,
sino pensar entre nos
que en fin acorre Dios
á la buena voluntad.
Yo confío en su bondad
ser ganado,
pues mi esposa me ha contado
(lo que yo sin duda creo)
que le ha dicho Trapaneo
que es hija de padre honrado.
Yo me hallo consolado
de esta via,
y espero en quien todo guia
y en su gloriosa Madre,
que el enojo de mi padre
se mudará en alegría.
Tres vienen de compañía
los que veo:
si es mi padre? no lo creo.
Quiero huir de sospecha,
que aquel de la manderecha
yo conozco que es Fileo.

Enticio.

Hoy ponemos mi deseo
en efeto:
à todos dos os prometo
que por hijos os terné,
y en obras os mostraré
teneros amor perfeto.
Cada cual sea discreto
y avisado,
pues vengo determinado
de matallo sino muero,
que al mal hijo mas lo quiero
so tierra que mal casado.
Como habemos acordado
se hará:
yo me pasaré de allá,
no salga por la otra puerta.
Estad vosotros alerta
si saliere por acá,
y el primero que podrá
con su espada,
pasalle de una estocada
y sacalle el corazon:
no tenga dél compasion
que será mal empleada.

Fileo.

Vé con Dios, no temas nada.

Jusquino.

Digo, hermano,
no me hallo poco ufano
en quedar bien con el viejo.

Fileo.

Aunque en salvar el pellejo

hiziste un hecho romano:
pero tócame esa mano.

Jusquino.

Héla aqui.

Fileo.

Que si no fuera por mí
no compraras tan barato.

Jusquinò.

No te podré ser ingrato,
ni jamas vivir sin tí.

Fileo.

Pues agora tú me dí
qué haremos?

Jusquino.

En saliendo que le demos
pero, hermano, no de agudo.

Fileo.

Hora hablas de sesudo,
sé que bien nos avernemos:
conviene que trabajemos
cuerdamente
de apaciguar esta gente,
templando con la cordura
mientra que al viejo le dura
una pasion tan ardiente.

Jusquino.

Tú lo dices de prudente.

Fileo.

Ven acá:
por do piensas que saldrá?

Jusquino.

Por aqui?

Fileo.

Cierto?

Jusquino.

Sin duda.

Fileo.

La fortuna nos ayuda:
mas si sale por allá
piensas tú que le dará?

Jusquino.

Mi fe, no.

Fileo.

Tampoco lo creo yò,
ni es posible que le cuadre.

Jusquino.

Gran amor es el de padre.

Fileo.

Es el mayor que se vió.

Jusquino.

Viste cuanto lo sintió.

Fileo.

Vílo tanto,
que de una parte me espanto
d' otra parte le he mancilla.

Jusquino.

Yo tambien por maravilla
me duelo de su quebranto.

Fileo.

Hora pienso cuanto y cuanto
de razon
somos en obligacion
hijos á padres contino.

Jusquino.

Es segun yo imagino
deuda sin comparacion.

Fileo.

Plega á Dios por su pasion
de volver
este pesar en placer.

Jusquino.

Pese á quien tal ha movido,
que allá viene su marido.

Fileo.

Sí que sé que es su muger.

Jusquino.

Deja á mí, hermano, hacer
de manera,
que á la puerca hechicera
porque los ha desposado
mal le huela el adobado.

Fileo.

Corre pues y haz quequiera.

Jusquino.

Ce, Torcazo, espera, espera!

Torcazo.

Quien nos ce?

Jusquino.

Tu primo.

Torcazo.

Ha, en buena fe
do vas, mi primo Jusquino?

Jusquino.

Vengo á salirte al camino
por nuevas que te diré.

Torcazo.

Pues díme presto porque.

Jusquino.

Por hablarte
y como primo aclararte
cualquier cosa que supiere.
Tu muger ya no te quiere,
y anda muerta por dejarte.

Torcazo.

Pues ayer, sin mas jurarte,
naquel dia
me dijo que me queria
y rabiaba por me ver.

Jusquino.

Algo habria menester.

Torcazo.

Un mantillo me pedia.

Jusquino.

Por eso te lo decia
la traidora:
pues quieres probar agora
como te quiere de veras,
por tu vida que te mueras
y verás como te llora.

Torcazo.

Guárdeme Nuestra Señora!
sin mentir
mala cosa es el morir.

Jusquino.

Cuantas veces has tú muerto?

Torcazo.

No se me miembra por cierto,
mas helo oido decir.

Jusquino.

Pues no quieras presumir
de prudente,
porque el morir de la gente
es una cosa gentil:
como el morir del candil
que se apaga suavemente,
y despues incontinente
con sosiego
si el hombre se acerca al fuego
sacando un poco la mecha
y del soplar se aprovecha,
el candil se enciende luego.

Torcazo.

Verdad es, juri á Sanpego.

Jusquino.

Pues verás
como tu muerto estarás:
saca la lengua de un geme
y luego que soples, creme,
de pronto revivirás.

Torcazo.

Muy buen consejo me das
á la fe,
mas como me moriré?

Jusquino.

Cerrar los ojos y echarte
sin bullir ni menearte
por gritos que hombre te dé.

Torcazo.

Y que no peligraré?

Jusquino.

Oh, maduro!
no ves que yo te aseguro?

Torcazo.

Pues luego quiero morirme.

Jusquino.

Tiéndete ahí en tierra firme
y estes yerto como un muro.

Torcazo.

Aqueso yo te lo juro.

Jusquino.

Quiero ver
si te llora tu muger
y conocer sus antojos.
Sus, primo, cierra esos ojos
que nonada puedas ver:
ves este? que gran placer!
cuan bien muere!
cualquier hombre que te viere
dirá perdónete Dios.
Y aun callará, vereis vos,
mas que grite quien viniere.
Torcazo! Dios se lo quiere,
muerto está.
Ha, Torcazo! muy bien va.
Torcazacho! muerto es:
quiero llamar y á los pies.
Ola! ola!

Libina.

Ya vo, ya.

Jusquino.

Estáte muerto, que verná.
Ce, Fileo,
ven á ver.

Fileo.

Todo lo veo
bien estamos desde aqui.

Libina.

Jesus, amarga de mí!
ay triste.

Jusquino.

No te las creo
con la gala y el arreo.

Libina.

Que haré?
con quien me consolaré?

Escolar.

Señora, que desconcierto?

Libina.

Ay, que es mi marido muerto.

Escolar.

De qué murió?

Libina.

Ay, no sé.

Escolar.

Callarte cumple á la fe
por mi amor:
muérase, que es un traidor
de tu placer enemigo.
Yo me casaré contigo
y aun te serviré mejor.
De un asno tienes dolor
porque muera?

Torcazo.

Juri á mí si vivo fuera
como me ves muerto y mudo,
don hideputa cornudo,
que los cascos te hendiera.

Libina.

Ay mal dolor que te hiera
de costado!

Escolar.

Yo me voy.

Libina.

Que me has turbado!
levanta, Jesus, que mengua!

Torcazo.

Déjame sacar la lengua
y soplar.

Libina.

Ay, ahorcado!

Jusquino.

Voto á tal galan ha andado.

Torcazo.

Ah, muger!
como me has hecho creer
que me quières mucho bien?

Libina.

Mala gatada te den!
entra en casa.

Jusquino.

Qué placer
es un necio sin saber
tan entero.

Fileo.

Nunca pensé, compañero,
que tan gran asno sería.

Jusquino.

Albardado no podria
servirse dél un recuero.

Fileo.

Sí, voto á Dios verdadero.

Jusquino.

No es afan
que aquel asno coma pan?

Fileo.

Acabemos de reir:
díme que querrá decir
que no sale ya el galan?

Jusquino.

Porque prisa no le dan.

Fileo.

Ni saldrá
si no lo echasen de allá.

Jusquino.

Eso podeis jurar vos.

Fileo.

Disimulemos los dos,
que el viejo viene ya.

Enticio.

Qué se hace por acá.

Fileo.

Ya lo ves.

Enticio.

Qué, no ha salidó despues?

Fileo.

Ni persona se ha asomado.

Enticio.

Sus grillos y su recado
debe tener á los pies.

Fileo.

Vámonos pues que asi es.

Enticio.

Ir! á qué?
de aqui no me partiré
que no le quite la vida.

Fileo.

Por hoy es cosa perdida,
que no saldrá en buena fe.

Enticio.

Si él no sale yo entraré
tan de hecho,
que dentro ó fuera del lecho
pintaré tales labores
con que sus negros amores
no les sirvan de provecho.

Fileo.

Usa, señor, como has hecho
hasta aqui
la prudencia que hay en tí.

Enticio.

Bueno estás en mi conciencia:
quieres meter en prudencia
al que está fuera de sí.

Fileo.

Confia, señor, de mí
sin desden,
pues siempre quise tu bien
mas que todos los haberes.

Jusquino.

Habla paso si quisieres
que viene aqui no sé quien.

Trapaneo.

Oh, que norabuena esten.

Enticio.

Dí, Fileo,
quien es?

Fileo.

Señor, Trapaneo.

Trapaneo.

No me conoces agora?

Enticio.

Vengas, amigo, en buena hora.

Trapaneo.

De mal semblante te veo.

Enticio.

Debo estarlo, ya lo creo
que de ayer
nunca he podido comer,
y el no comer enflaquece.

Trapaneo.

De tal modo en tí parece
que no lo podrás creer:
mayor mal debe de ser
sin mentir
que lo quieres encubrir.

Enticio.

Véte, amigo, á reposar,
que del largo caminar
cansado debes venir.

Trapaneo.

No me quisiera partir
hasta ver
si me habias menester.

Enticio.

Véte en paz.

Trapaneo.

Dios te la dé.

Fileo.

Díme, señor, por tu fe,
has perdido el conocer?

Enticio.

Como?

Fileo.

Hágote saber
vesle allá?
aquel viejo que alií va
dícele padre la dama.

Enticio.

Por tu vida, llama, llama.

Fileo.

Ce, buen hombre, torna acá.

Enticio.

No se me acordaba ya
bien de tí.

Trapaneo.

Pues yo sé que te serví
diez sementeras al menos:
hoy hace veinte años buenos
que tu casa conocí.

Enticio.

Y donde vienes me dí?

Trapaneo.

De segar:
cada año paso la mar.
Voyme á Trapana el verano,
y á segar alli me gano
para aqui me sustentar.

Enticio.

Quiérote mas preguntar
como amigo,

pues que mi casa te obligo:
cual es la tuya siquiera?

Trapaneo.

Señor, aquella frontera.

Enticio.

Por tu fe?

Trapaneo.

Como te digo.

Enticio.

Quien tienes alli contigo?

Trapaneo.

Solamente
mi hijo, aquel inocente
con su muger tan bonita,
y mi hija Calamita.

Enticio.

Tu hija?

Trapaneo.

Sí, ciertamente.

Enticio.

La razon no lo consiente.

Trapaneo.

Mas, señor,
díme agora por mi amor
quien te pone esos cuidados?

Enticio.

Hánme puesto mis pecados
donde acabe con dolor.

Trapaneo.

Hora me pones temor,
y aun que tal
que hay en mi casa algun mal
con que tenga negro dia.

Enticio.

Todo el mal está en la mia,
y yo soy el principal.

Trapaneo.

Le veo mala señal,
y es forzado
que vaya á poner recado.

Enticio.

Sola esta duda me quita,
cuya hija es Calamita?

Trapaneo.

Valme Dios santificado!
ya te lo he dicho y jurado.

Enticio.

Tu veuida
me hará ser homicida.
Dí la verdad, no haya mas,
sino no te partirás
que aqui no dejes la vida.

Trapaneo.

Oh vejez siempre afligida!
viejo triste,

que en fuerte punto naciste,
anegáraste en la mar!

Enticio.

Aqui no cumple llorar
la planeta en que naciste,
pues vergüenza no tuviste
de mentir.

Fileo.

Bien se lo puedes decir
á él siquiera en secreto,
que nosotros te prometo
no lo queremos oir.

Trapaneo.

Antes quiero descubrir
y entender
porqué lo quieres saber?

Enticio.

En esto tienes razon,
y asi en breve conclusion
digo sin mas detener
que mi hijo por se perder...

Trapaneo.

Floribundo?

Enticio.

Ese traidor vagabundo
te ha burlado esa doncella
y hase casado con ella.

Trapaneo.

No hay tal caso en todo el mundo!
Este es un bien sin segundo
nunca oido!
Oh, que ventura has tenido!
no puedo menos hacer
sino llorar de placer
por el bien que te ha venido.

Enticio.

Vienes tú loco perdido
por ventura?

Trapaneo.

Señor, en tal coyuntura
mayor locura sería
no trocar por alegría
todo el seso y la cordura,
que no se vió en escritura
tan gran suerte.

Enticio.

Hazme que pueda entenderte:
no me alargues mi penar.

Trapaneo.

No sé por do comenzar
que no crea enloqueecrte.

Enticio.

Dí pues si no quies mi muerte.

Trapaneo.

Es razon,
pero con tal condicion
te diré lo que codicias
que me des buenas albricias.

Enticio.

Oh, que prolijo sermon!

Trapaneo.

Reposa tu corazon,
y oirás
como no te falta mas
sino dar gracias á Dios,
y hacernos bien á nos
como creo que harás.

Enticio.

Has de acabar?

Trapaneo.

Tu sabrás
por verdad
que en Trapana, ciudad
del reino siciliano,
yendo allí cada verano
tomé una vieja amistad
con un varon de bondad
tan cumplido,
que en todo el reino es tenido
por el rey de los varones.
Tiene ricas posesiones
y es del Rey muy favorido,
y es de una dueña marido
tan honrada,
que no le falta puntada
de la gran doña Isabel.
Romulio se llama él
y ella madona Preciada:
la cual estando preñada
ya de dias,
fuera en unas caserías
que tienen para placer,
como marido y muger
vinieron en mil porfías.
En estas sus vocerías
(yo á escuchar)
él comenzó de jurar,
que si hija le paria
porque ya cinco tenia,
que la habia de matar.
Ella que supo callar
y sufrir
cerca el tiempo de parir
muy secreta se metió,
y como una hija parió
llamóme por me decir,
si queria á Dios servir
en aquesto,
que le trajese de presto
un niño recien nacido,
para alegrar el marido
que se estaba de mal gesto.
Yo que siempre fui dispuesto
á servilla,
di de correr á la villa:
hallo una pobre pastora
que paria naquella hora
un niño por maravilla.
Tuve no poca mancilla
de los ver,
pero la pobre muger
sabiendo para quien era
no aquel mas mil que tuviera
me los diera con placer.
Yo sin persona me ver
luego entré
do la señora hallé

muy suspirando por mí:
llegando el niño le dí
y la niña le quité,
la cual despues yo crié
con cuidado.

Enticio.

Jesus, que me has espantado.

Fileo.

Oyes, hermano Jusquino?

Jusquino.

Oh, que misterio divino!

Trapaneo.

Pues oid en que ha parado.
Ninguno jamas ha ganado
ni ganó
quien contra Dios se enojó,
siendo tan justo señor:
y asi ni este pecador
de su justicia escapó,
pues en breve le mandó
por sentencia
una brava pestilencia,
que las hijas no en mediaño
hasta el hijo del engaño
le quitó de su presencia.

Enticio.

Oh bendita su potencia
poderosa!

Trapaneo.

Hora sabrás otra cosa:
por ella vengo te digo.

Enticio.

Abrazarte quiero, amigo,
por nueva tan gloriosa:
á mi hijo y á su esposa
dí, Fileo,
que es comigo Trapaneo,
y que lo ha traido Dios.

Jusquino.

Y yo no?

Enticio.

Corred los dos.

Trapaneo.

Oh cuanto verlos deseo!

Enticio.

Con gran razon te lo creo.

Trapaneo.

Pues allí
me dieron cuando partí
por llevarla honradamente
mil ducados sin mis veinte.

Enticio.

Todos serán para tí:
abrázala, vesla aqui.

Trapaneo.

Hija mia,
traígote tanta alegría.

Calamita.

Dios alegre tu persona!

Enticio.

Hijo, pues tú me perdona.

Floribundo.

Padre, razon te movia.

Jusquino.

Sus, sus, noble compañía:
sé que á vos
vence el sueño como á nos:
ya estareis de mala gana
las bodas serán mañana:
id con la gracia de Dios.

---

18. Comedia Aquilana.

Bermudo, Rey.
Felicina, Infanta, su hija.
Dileta, criada de Felicina.
Aquilano, príncipe encubierto.
Faceto, su criado.
Dandario, *Galterio* } hortelanos.
Esculapio, *Galieno*, *Polidario* } médicos.

Jornada primera.

Aquilano.

Hermano mio, Faceto,
pues que me fio de tí,
haz que seas tan discreto
como has sido hasta aqui.

Faceto.

Mas, señor,
díme que nuevo temor
te hace de mí dudoso?

Aquilano.

Habla paso por mi amor,
que el lugar es sospechoso,
y á placer
(aunque sé que me has de ser

muy leal hasta que muera)
todavía es menester
recordártelo siquiera.

Faceto.

Eso bien.

Aquilano.

Ven acá: díme tú quien
te fuera tan buen amigo?

Faceto.

Díme tú, señor, tambien
si en ello pierdes comigo?

Aquilano.

No, en verdad!

Faceto.

Díme pues en brevedad
tu principal intencion,
ya que no hay necesidad
para tanta ocultacion.

Aquilano.

No haya mas:
todos mis hados sabrás
antes que de tí me parta,
aunque no sé si verás
para leer aquesta carta.

Faceto.

Oh, fortuna!
no te acuerdas vez alguna
los mozos de las escuelas,
irse estudiar á la luna
por no gastar las candelas?

Aquilano.

No lo sé.

Faceto.

Pues yo te la leeré
sin errar ni dos razones,
aunque fuera en buena fe
letra de suplicaciones.

Aquilano.

Pues aina.

Faceto.

Por mi fe, Dios te encamina
si te sabes gobernar:
ya te escribe Felicina?

Aquilano.

Dí si quieres acabar.

Faceto.

Sí haria,
sino que ser no podria
mas ruin letra de muger:
ella está de fantasía
de no dejarse entender.

Aquilano.

Tú traspones.

Faceto.

Asi Dios te dé mil dones
y á mí saque de trabajos,
que fue escrita con carbones
ó con pies de escarabajos.

Aquilano.

Oh, villano!
descortés y mal cristiano!
no conoces ser escrita
de aquella admirable mano
que seso y vida me quita?

Faceto.

No consiento
que con ese pensamiento
pongas tu vida al tablero,
y á tu honra en detrimento
y en peligro al compañero.
Si quisieres
mira bien, señor, quien eres,
y acuérdate de tu padre:
cata por locos placeres
no quieras salir de madre.

Aquilano.

Yo te ruego
que me busques mi sosiego
notando bien mi querella,
que una olla con gran fuego
revierte cuanto hay en ella.

Faceto.

No traspases,
que cuando tú te empleases
en que á tal dama sirvieses,
yo holgaria que amases,
pero no que enloquecieses:
mayormente
si pusieses en la mente
que de ningun bien careces,
y aunque ella es dama excelente
mas que fuese la mereces.
Qué mas quieres?
fáltate estado ó haberes
porque esta dama te niegue?
Si tú le dices quien eres,
yo salgo que ella te ruegue.

Aquilano.

Dí, salvage!
que gloria sin que trabaje
merece ningun nacido
de lo que por su linage
se ha hallado revestido?
Ya yo sé
que es gran bien el que heredé,
pero querria probar
á ver si por mí podré
merecer mejor lugar.
Yo no niego
ser amor cruel y ciego,
pero con cuanto baraja
quiero yo ganalle el juego,
dándole aquesta ventaja.

Faceto.

Tu concierto
no lo alabo al descubierto,
porque á veces es dañoso
tentar el peligro cierto
por el remedio dudoso.
Mas, señor,
consejarte un servidor
es echar seso en la calle,
porque al encendido amor
diz que peor es urgalle.
Si ha de ser
por demas es contender
en cual lugar y á cual hora:
quiero acabar de saber
lo que escribe esta señora.
»Aquilano,
»porque no es mas en mi mano
»yo te escurro burramente.

Aquilano.

Mira que dice, villano,
»yo te escribo brevemente.

Faceto.

Asi está.
»Si esta noche ser podrá
»ten perro por do sorrabes.

Aquilano.

Mira, bestia, que dirá:
»te espero por donde sabes.

Faceto.

Sin reñir.
»y en el entrar y salir
»las piernas se te rompiesen.

Aquilano.

Cata, que debe decir
»las piedras no te sintiesen.

Faceto.

Es verdad.
»Mira en fin mi culidad,
»no me des higa en el ojo.

Aquilano.

Dí, necio: »mi calidad,
»no me des algun enojo.

Faceto.

Hora espera,
asi está desta manera:
»haz que no quede preñada.

Aquilano.

Dote al diablo siquiera
pues claro dice« penada:
tú estás ciego.

Faceto.

»Y sobre todo te niego
»lo que sabes por mi amor.

Aquilano.

No miras que dice« ruego?

Faceto.

Aun yo decia mejor:
»y al entrar
»porque te pudras salar
»tinaja de sopas hechas.

Aquilano.

»porque te puedas salvar
»ten ojo adonde sospechas.

Faceto.

Si me das,
por mi fe no ganarás
un cuento y trecientas mil.

Aquilano.

Acaba ya si querrás
sino, por Dios, don cevil...

Faceto.

Oh, qué arengas!
»diez huevos mando que tengas
»estrellados á la luna.

Aquilano.

»De nuevo mando que vengas
»entre las doce y la una.

Faceto.

Pues, señor,
no lo dejaras mejor
y la des por acabada?

Aquilano.

Decí, villano traidor,
no quiero que quede nada.

Faceto.

Do llegamos?
»Yo y Dileta te espetamos
»por el hueco sendas barras.

Aquilano.

Dí, grosero: »te esperamos
»por el huerto so las parras.
Has leido?
daca acá, palo vestido,
que no sabes donde te eres:
pon á la calle el oido
y el ojo donde á mí vieres.

Faceto.

De buen grado!
Hora Dios sea loado
que mi amo dió en amar
el seso se le ha mudado
de la frente al calcañar.
Mal cruel
es ser el hombre fiel
con quien pierde la razon:
yo me estoy burlando dél
y él no siente el aguijon.
Por mi honor
le seré buen servidor
mientra tengo la pelleja,
sin saber desta labor
cual premio se me apareja.
Pero andar!
qué se gana en procurar
de llegar á la vejez?
pues que no puede escusar
de morir hombre una vez.
Mas valdria
buscar placer y alegría,
cueste la frente ó el asa:
pardiez si veo el buen dia
que yo lo meta en mi casa.
Por fatiga
no consiento que se diga,
que se va mi tiempo en vano:
quiero buscar una amiga
y hacer como Aquilano.
Hora ver!
Dileta me dijo ayer:
no pareces como sueles.
Aqui no es mas menester,
ella ha gana de manteles.
No es hermosa,
pero basta que es graciosa
y aun gentil para en la cama,
y talvez tiene otra cosa
mejor que lo tiene su ama.
No soy viejo,
ni me fallece consejo,
ni otras cosas que hombre calla:
basta que tengo aparejo

para poder contentalla.
Pues callar,
dejadme tener lugar:
vereis como urdo y tramo.
Qué hace de pasear
aquel loco de mi amo?
Quiero oir,
que ella debia salir
y no saldrá por ventura:
él algo debe decir
con su fiebre y calentura.

Aquilano.

Sin parar
la fama tenga que andar,
sus mil oidos que oir,
sus mil ojos que mirar,
sus mil lenguas que decir
de Aquilano
mas que de Paris troyano
por muchas venturas mias,
pues que muero mas ufano
que el glorioso Macias,
por amores
los mas altos y mejores
que en el mundo son y han sido,
y los mas merecedores
que pudo formar Cupido.
Sin medida
oh, que merced tan cumplida
para jamas olvidalla,
fue darme Dios esta vida
para tan bien emplealla!
Qué mas quiero?
qué mas hay? á cuando espero?
quiero darme en esta hora!
Mas no vale sino muero
por mano de mi señora
Felicina.
Ven, señora, pues aina:
haz tus manos carniceras,
y desta carne mezquina
cortarás por donde quieras.
Si me entiendes
como luego no desciendes
á mis voces inhumanas,
y me sueltas ó me prendes,
ó me matas ó me sanas?
Dí, cruel!
sientes tú deste vergel
ningun árbol menear?
cuantas yerbas hay en él
todas estan á escuchar.
Pues las fuentes
detuvieron sus corrientes
porque pudieses oirme.
Las aves que son presentes
no cantan por no impedirme:
hasta el cielo
todo respira consuelo:
las gentes todas reposan,
las aves no hacen vuelo,
los canes ladrar no osan.

Felicina.

Ah, señor!

Aquilano.

Tu siervo por tu valor:
qué mandas hacer de mí?

Felicina.

Que me digas por mi amor
si ha mucho que estás ahí?

Aquilano.

No lo sé,
sino que estoy y estaré
con fatiga y pena harta,
donde partir no podré
sin que del mundo me parta.

Felicina.

Mas de veras
há gran rato que me esperas?
que cierto no te he entendido.

Aquilano.

Señora, si tú quisieras
bien sé me hubieras oido,
mas soy cierto
que llamarte con concierto
y amarte con fe tan buena,
son dar voces en desierto
y edificar sobre arena.

Felicina.

Pues no llores
pusilánimo en amores,
que aunque no me lo agradeces,
el menor de mis favores
te paga mas que mereces.
Piensa agora
que siendo yo tu señora
por amar un tal cual eres,
me hallo merecedora
de todo cuanto dijeres.
Y en verdad
si mi libre voluntad
está puesta en tal terneza,
mas fue por mi ceguedad
que no por tu gentileza.
De tal arte
debrias tú mesurarte
no queriéndote hablar,
que habias de contentarte
con quererte yo mirar.
Tu denuedo
me pone temor y miedo,
por donde creo, Aquilano,
que desque tienes el dedo
querrias toda la mano.
Pues ingrato
cuanto yo mejor te trato,
tú me muestras á la clara,
que es hacer fiestas al gato
para que salte á la cara.
Á mi ver
los hombres en el querer
sois raposos par á par:
halagais para prender
y prendeis para matar.
Guay de aquella,
mas que sea linda y bella,
que os muestra un tanto de amor,
no haceis mas caso della
que el Papa de un labrador.
Vil traidor!
si tú no tienes amor
á mi honra (que es la tuya)
tuviéseslo á tu señor
en honrar la hija suya,
pues que sabes
en cuanta gracia le cabes
y en cuanto favor estás,
de lo que dudo te alabes
si tan ruin pago le das.

Aquilano.

Ya, señora,
basta y sobra por agora:
yo me rindo y pues que muero,
quedas tú por vencedora
y yo por tu prisionero
con razon.
Mas quiero tambien un don
si he caido en tanta mengua,
que no pague el corazon
por las faltas de la lengua:
pues es cierto
que con tanta ansia y concierto
te deseo contentar,
que jamas vivo ni muerto
no te querria enojar.

Felicina.

Ciertamente!
No hagas del inocente,
ni me tengas por tan loca,
que sobre ese antecedente
te meta el dedo en la boca.

Aquilano.

Puede ser,
pero hágote saber
porque pierdas ese miedo,
que antes tengo de morder
á mi lengua que á tu dedo:
pero andar,
yo me torno á mi callar:
mi vida pongo en tu mano:
sé que no podrás negar
que soy tu siervo Aquilano.

Felicina.

Oh, cuan cierto
te finges raposo muerto
y echas la lengua de fuera,
quedando vivo y despierto
para burlar á cualquiera.
Pero va,
tornarás mañana acá
por tus secretas escalas,
que el cuervo no puede ya
ser mas negro que sus alas:
y te pido
que vengas bien proveido,
no te fies de tus manos:
guarda no fueses sentido
destos nuestros hortelanos.

Aquilano.

Ya, señora,
lo proveí sin agora:
con tu licencia me vo,
quedes tú tan en buenhora
como en la que te ví yo.

Faceto.

Oh, gran Dios!
de acuerdo quedan los dos:
los amores van calientes.
Que me maten, vereis vos,
si miran inconvenientes!

Aquilano.

Faceto,
si tú me tienes secreto
qué nuevas te contaré!

Faceto.

Ten á tu fama respeto,
que el resto todo lo sé.

Aquilano.

Por qué via?

Faceto.

Porque yo, señor, oía
casi todo desde aqui.

Aquilano.

Bien me place, mas querria
que me lo oyeses á mí.

Faceto.

Norabuena!
salgamos de casa agena,
despues me cuenta la historia.

Aquilano.

Oh, bendita aquella pena
que acarrea tanta gloria!
Oh, pesar,
que me traes á parar
en placer tan glorioso!
Oh, cuantos por no afanar
nunca tuvieron reposo!
Mundo ciego!
de aquel hombre derreniego
que no sabe el mal de coro,
y no se echa en un gran fuego
por afinarse como oro.
Que si escuchas
no se ganan rentas muchas
sin sentir algunas plagas,
ni vemos que toma truchas
quien no se moja las bragas.
Oye, loco,
que en la causa que toco
quisiste ser tú el alcalde,
que mucho no costó poco
ni se dan perlas de valde.

Faceto.

Bien está:
vámonos que es hora ya
y estar aqui no es honesto.

Aquilano.

Vé delante! voy allá:
en casa te diré el resto.

Jornada segunda.

Galterio.

Hao, collazo! dormilon!
apaña tus arrapiezos,
que del sol el relumbron
va ya por esos cabezos:
abre el ojo!

Dandario.

Carillo, no hayas enojo,
que miafé ya me levanto,
mas mira tu martilojo,
que entiendo que es hoy disanto.

Galterio.

Mas de veras?
Si tú no me lo dijeras
do al diabro el que guardara.

Dandario.

Busca pues las disanteras,
que cuido que es santa Clara.

Galterio.

Puede ser,
mas en cosas de leer
no sé mas que una borrica,
sino me das á entender
en que anda la Dominica
deste mes.

Dandario.

Debe de andar en sus pies
mientras no va cabalgando.

Galterio.

Dote á huego, mala res,
siempre me hablas burlando.
Voto á Dios
si no buscamos los dos
no hallo disanto alguno.

Dandario.

Muestra acá cuerpo de nos,
que aun valdremos dos por uno.

Galterio.

Compañero,
de mañana estás puntero:
cómante malas hormigas.

Dandario.

Más dígote, majadero,
y te arrojo un par de higas.

Galterio.

Guarda huera!
cortalla tan ruin higuera
y aun quemar el higueral.

Dandario.

Apúntote á la mollera,
que Dios te dé mucho mal.

Galterio.

La pepita
naquesa lengua maldita,
y que mueras malogrado!

Dandario.

Con aquesta agua bendita
te batizo, lacerado!

Galterio.

Mataviejas!
abarróncote las cejas,
y encomiéndote al diabro.

Dandario.

Santíguote las orejas
y el ojo te descalabro.

Galterio.

De mal modo
te cubras de roña todo:
lobado malo que te entre.

Dandario.

Escántote á piedra lodo
la chimenea del vientre.

Galterio.

Buen garrote
que te ahirmase el cogote
y esos cascos pues no callas.

Dandario.

Véte ya para virote,
que písote las agallas.

Galterio.

No harás.

Dandario.

Sí, haré, si tú querrás.

Galterio.

Dejemos esta contienda:
miremos que nos va mas
en la ordinaria hacienda.

Dandario.

Pues veamos
que será bien que hagamos
denantes que almorzemos?

Galterio.

Tan quillotrados estamos
que no sé por do empezemos.

Dandario.

Quieres buena?
reguemos el azucena,
los jasmines y el rosal,
y despues la berengena,
los garbanzos y el habal.

Galterio.

Sí, requiero:
pero reguemos primero
las coles y las cebollas,
pues que sabes, compañero,
cuanto nos honran las ollas.

Dandario.

No te mates,
dejemos estos debates
que el regar no es cosa cierta:
reguemos nuestros gaznates,
cáguese el Rey en su huerta.

Galterio.

Cavaremos
despues que bien almorzemos
y tengamos las azadas:
mas digo, de acá! miremos
de quien son estas pisadas?

Dandario.

Díme, cuales?

Galterio.

Mira cuantas y que tales:
hoy quedamos deshonrados.

Dandario.

Que diabros de zagales
han sido tan ahotados
que han entrado,
donde bien han negociado
pues con las vidas volvieron.

Galterio.

Dome á Dios que estó espantado
pensando como subieron.

Dandario.

Escalaron.

Galterio.

Pues veamos á qué entraron
no tengamos que pagar.

Dandario.

Por algo se aventuraron,
mas qué podrian llevar?

Galterio.

Las ciruelas.

Dandario.

Calla, hermano, no las duelas
y si tornaren al trato,
quedarán por las pihuelas,
y pagarnos han el pato.

Galterio.

Pecador!
no lo pagues tú mejor
si nuestro señor lo sabe.

Dandario.

Miafé no tengo temor:
vé, díle que me sorabe!

Galterio.

No prosigas,
porque sino te castigas
yo diré tus ruines talles.

Dandario.

Una me da que lo digas,
otra me da que lo calles.

Galterio.

Bobarron!
con el Rey buscas cuestion?
perdido tienes el tino.

Dandario.

Que no tengo cuantos son
en un cántar bizcaino.
Dí, bestial:
en lo que es mas principal,
cuanta ventaja me lleva?
ambos somos de un metal,
hijos de Adan y de Eva.
No te pene,
que si reinar le conviene
con aquesto me consuelo,
que quien más del mundo tiene
menos espera del cielo.
Más te fundo,
que los bienes deste mundo
son recueros del infierno,
que acarrean al profundo
las almas de mal gobierno.

No has notado
que vivió Dios despojado
con pobreza y amargura,
y aun quiso ser enterrado
en agena sepultura?
Á mi ver
nos quiso dar á entender,
que de razon muy notoria
nos conviene padecer
por que entremos en su gloria.

Galterio.

Pues, Dandario,
yo no te digo el contrario,
sino que temo y sospecho
que nos quiten el salario
por el mal que otros han hechó.

Dandario.

No harán,
y si hacello querrán
en Dios, hermano, confío,
que á nadie marra del pan
y del agua dese rio.

Galterio.

Bien atinas:
hasta las rancias sardinas
nos saben á nos mejores,
que las muy gordas gallinas
á los Reyes y señores.

Dandario.

Mal se avienen
los que mas pompa mantienen,
y ricos contino veo
mas tristes por lo que tienen
que yo por lo que deseo.

Galterio.

Miafé sí:
yo tambien siempre los ví
metidos en gran tristeza,
lo que no dirán de mí
ni de quien tiene pobreza.
Pues aosadas,
que á pesar de malas hadas
nunca yo tema en mis dias,
perder las naos cargadas
de grandes mercaderías.
Mis cuidados
no detendrán los bocados
entre la boca y el plato,
ni temo que mis ganados
se me mueran cada rato.
Paro mientes,
que las perdidas simientes
ni las duelo ni las lloro:
ni temo que mis sirvientes
me hurten la plata y oro
ni dineros:
ni que los mis ganaderos
hagan sala de mi lana:
ni que los mis herederos
me busquen muerte temprana.
Vo holgando,
por los caminos cantando
sin temor de los ladrones,
dos mil solazes tomando
con mis iguales garzones:
por pinares
hallando nidos á pares,

comiendo migas tostadas,
durmiendo en buenos pajares
y llueva Dios á manadas.

Dandario.

Calla, hermano:
da gracias al soberano
que te dió contentamiento,
que en este mundo villano
ese es rico el que es contento.

Galterio.

Sé decir
que si viniese el morir,
nos puede siempre hallar
tan alegres para ir
y mas, que para quedar.

Dandario.

Sus, tornemos
á pensar lo que harémos,
habrando agora en buen seso.

Galterio.

Que si quieres almorzemos,
pues tengo aqui pan y queso.

Dileta.

Ah, ortelano!

Galterio.

Quien llama?

Dileta.

Yo soy, hermano.

Dandario.

Es Dileta?

Galterio.

Creo que sí.

Dileta.

Faceto, el de Aquilano,
es ido agora de aqui?

Galterio.

No, señora.

Dileta.

Por fruta venia agora,
si bien lo supe entender.

Galterio.

Nunca viene á tal hora,
mas cuando quieren comer.

Dileta.

Si viniere,
decilde que aqui me espere,
que le tengo que hablar.

Galterio.

En buenhora. — Qué le quiere?

Dandario.

Véselo tú á pescudar.

Galterio.

Fuerte empresa!
juria diez que es mala pieza,
y que no me maravillo

si le come en la cabeza
porque se rasque el tobillo.

Dandario.

Yo querria
que le habrases un dia,
tú que enfinges de garzon.

Galterio.

Juria dobre bien seria
dille una buena razon.

Dandario.

Si la vias,
por tu fe qué le dirias
de presto en arremetiendo?

Galterio.

Diríale buenos dias
si fuese en amaneciendo.

Dandario.

Pecador,
que enfinges de decedor
y de echar mucho la chuza,
pues no ves que era mejor
quitalle la caperuza?

Galterio.

Majadero,
sé que eso es lo primero,
no te pienses que lo olvido.

Dandario.

Mas qué le dirias empero
cuando fuese el sol salido?

Galterio.

Pára ahí:
menester es juriamí
mucho bien estrologar.

Dandario.

Hora quiero verte á tí.

Galterio.

Déjame un poco pensar:
sabes qué?
juria diez que le diré,
Dios mantenga y remantenga.

Dandario.

No lo digas, por tu fe,
que es palabra un poco luenga.

Galterio.

Al diabro!
diréle como horas habro:
Dios os guarde acá, nuestrama.

Dandario.

Mal encaja ese vocabro,
que es muy gofo para dama.

Galterio.

Quieres oir?
á la fe le he de decir:
mi corazon espetado.

Dandario.

Para hacella reir
nunca mejor has habrado.

Faceto.

Ah, hortelanos!

Dandario.

Quien llama?

Faceto.

Yo soy, hermanos.
La cestica venga llena:
haced que os anden las manos
y que me deis cosa buena.

Dandario.

Juriamí
Dileta vino tras tí,
y ha dicho de la ventana
que la esperases allí.

Faceto.

Eso haré de buena gana.

Galterio.

Pues si quieres
coge tú lo que quisieres
que estarás mas de vagar,
y por tu fe que la esperes,
que nos imos á almorzar.

Faceto.

En buen hora.
Oh, que tiempo tengo agora
y como me viene hecho
para ver si esta traidora
me quiere como sospecho.
Todavía
sé que su ama la envia
como no asienta el pie llano,
con cualquie mensagería
para mi amo Aquilano:
mas si puedo
quiero contalle sin miedo
lo que de mí determino,
y aun mostralle con el dedo
por do va el agua al molino.
Mi señora!
vos esteis mucho en buen hora,
Dios os haga muy dichosa.

Dileta.

Deja las burlas agora,
que mas nos va en otra cosa.

Faceto.

Si mirais,
las burlas que vos usais
son las que dejar debeis,
que de burla me mirais
y por burla me teneis.

Dileta.

Oh, gracioso!
nunca te ví tan donoso,
ni en tus hablas tan galan.

Faceto.

Ni tan fuera de reposo,
ni tan metido en afan.

Dileta.

Porqué?

Faceto.

Porque me mata la fe
que me tiene á tu mandado,
y muero porque no sé
como estoy allá en tu grado.

Dileta.

Que querer!
ya el mundo se va á perder
pues hora tú me motejas,
y que no puedo creer
que de verdad me festejas.

Faceto.

Guay de mí!
pues del dia que te ví
que contra mí te encarabas,
en aquel punto creí
que de veras me tirabas.

Dileta.

Faceto,
como te haces discreto
con enforrados denuedos!
pues de mí yo te prometo
que no me mamo los dedos,
ni hay razon
sin salir yo de un rincon
que á nadie cause fatiga:
mas tú tras cada canton
quieres tener una amiga.
No cureis,
que en lo que todos quereis
dos mil maldades se encierran:
morisos por cuantas veis
y maldito aquel que entierran.

Faceto.

Sé contar
que los muertos por amar
vencidos en esta guerra,
estamos por enterrar
por no consentir la tierra.
Es locura
procurar yo sepultura,
sino que por gran vitoria
alcanze de mi ventura
que me entierre en tu memoria.

Dileta.

Hora siento
que buscas buen monumento:
no pensaba que eras de esos.

Faceto.

Dígolo con pensamiento
que no me duelan los huesos.

Dileta.

Si es asi
me cumple mirar por mí;
fatiga se me apareja.
Mas que lobo estaba en tí
metido so piel de oveja!

Faceto.

Pues, amiga,
si tu belleza me obliga
que yerro hago en amarte?

Dileta.

No mas de tomar fatiga
para nunca aprovecharte.

Faceto.

Los amores
cuando traen mas dolores
nos dejan mas satisfechos,
que los veros amadores
no buscan esos provechos.

Dileta.

Tú querrias
con esas chocarrerías
que yo te hablase á tu guisa,
y despues ensayarias
trocar tus penas en risa.

Faceto.

No hayas miedo
y ábreme.

Dileta.

Pues alza el dedo.

Faceto.

Veslo aqui: ya estás segura.

Dileta.

Yo me guardaré si puedo
de hacer tal travesura.

Faceto.

Qué rabiar!
quiéresme un dia escuchar
pues no tengo otro remedio?

Dileta.

Siempre me puedes hablar
habiendo tierra por medio.
Por agora
te puedes ir en buen hora
y has de decir á Aquilano,
como dice mi señora
que venga solo y temprano.

Faceto.

Sí diré:
pero díme por tu fe
que te acordarás de mí.

Dileta.

Vé con Dios, que si haré.

Faceto.

Ledo voy pues es asi.

Jornada tercera.

Felicina.

Dileta!

Dileta.

Señora mia?

Felicina.

Sabrias tú me decir
quien vive sin alegría
si puede mucho vivir?

Dileta.

Como asi?

Felicina.

Porque despues que me ví
herida de aqueste mal,
no reina placer en mí
ni cosa de su metal.
En su lugar
cuando me pienso alegrar
procurando algun deleite,
hallo un querer amatar
el fuego con el azeite:
de tal suerte
que se hace tanto fuerte
cualquier linage de vida,
que si viniese la muerte
seria la bienvenida.

Dileta.

Ay, señora!
y si tal oyese agora
tu servidor Aquilano.

Felicina.

No me lo mientes, traidora,
que lo tengo por villano.

Dileta.

Quien creyese
que si yo tal digese
que tú me lo concedieras,
y aun que no te despluguiese
si hora verlo pudieras.

Felicina.

Verlo, qué?
mála pascua Dios me dé
si tengo tal pensamiento,
y lo que ayer te hablé
muy fuera va dese cuento.

Dileta.

Guay de mí!
pues á qué vienes aqui
á tal hora en el vergel?

Felicina.

Porque ayer le prometí
de me ver aqui con él.

Dileta.

Qué moler!
pues si no lo quieres ver
donde vas agora á escuras?

Felicina.

Calla, que tomo placer
en oille sus locuras.

Dileta.

Tú dirás
cuanto y mas cuanto querrás
que yo, señora, te digo
que lo quieres tanto y mas
que al alma que está contigo.

Felicina.

No te pene!
que asi Dios mi alma ordene,
que poco ruido me da:

ni me place cuando viene,
ni me duele cuando va.

Dileta.

No lo sé:
mas de grado juraré
que segun siento tus bascas,
no cozqueas dese pie,
ni te come do te rascas.

Felicina.

No haya mas,
siente y calla si querrás:
haz oficio de discreta,
ya que no supe jamas
tenerte cosa secreta.
Pues, hermana,
no me culpes de liviana
ni me lo achaques á vicio,
que siendo muger humana
el amor haga su oficio.
Á mi ver,
pues que el amar y querer
cosa comun aparece,
harto hace la muger
que quiere do se merece.
Sin mentir,
de mí no podrás decir
que sin mucha causa afano,
porque no hay mas que pedir
en el valor de Aquilano.
Cuan hermoso,
cuan gentil y cuan gracioso,
cuan cortés, cuan bien hablado,
cuan honesto, cuan virtuoso,
cuan bien acondicionado!

Dileta.

Dentro estás:
Dios sabe cuando saldrás.

Felicina.

Qué dices?

Dileta.

Digo, señora,
que lo alabarias mas
si yo fuese que él agora.

Felicina.

Como asi?

Dileta.

Porque teniendo de tí
la promesa tal como esta,
no estarias ya sin mí
ni quizá tan bien compuesta.

Felicina.

Que razon?

Dileta.

Porque le es dado al varon
y puede bien desmandarse,
cuando le dan ocasion
como aquesta de emplearse.

Felicina.

Asi es,
mas sobre tal interes
y en cosa que tanto cuesta,
cuando él no fuere cortés
tengo yo de ser honesta.

Dileta.

Dios lo acuerde!
mas con rabia quien no muerde?
con amor quien tiene rienda?
nunca ví leña tan verde
que en el fuego no se encienda.

Felicina.

Calla agora.

Aquilano.

Cállense todos, señora,
menos yo, porque me avezas
á decir en cada hora
nuevo loor de tus grandezas.

Felicina.

Dí, traidor!
y como tan sin temor
has osado entrar aqui,
ofendiendo á tu señor
y deshonrándome á mí?

Aquilano.

Por querer
á mas se debe poner
quien tan alto bien desea,
que amor no puede temer
ningun peligro que sea:
antes digo
que quien deja sin abrigo
al corazon por la vida,
que es de sí propio enemigo
y de sí mismo homicida.
Mas, señora,
si tú me mandas agora
que me torne con mi daño,
mas quiero servirte un hora
que vivir contento un año.

Felicina.

Por mi grado
ya debrías ser tomado,
y aun dejar de ser venido.

Aquilano.

Hágase con tu mandado
la voluntad de Cupido.
Por tu amor
dejo la prenda mejor
que en mi casa yo tenia,
y del mundo la menor
que á tí dársete podria.
He placer
de que quede en tu poder
la cosa que me es mas cara,
y ojalá pudiera ser
que el resto tambien quedara.

Felicina.

En buen hora,
pues como te ibas agora
y tornas en ese punto?

Aquilano.

Porque en tí veo, señora,
mi mal y bien todo junto.

Felicina.

He creido
por mi fe que tu sentido,

tus cosas y tu cuidado,
mas son de loco perdido
que de amador concertado.

Aquilano.

Tu figura
de mayor mal que locura
me hace merecedor:
mas téngola por ventura
que no pudo ser mayor.
Ves aqui,
tan ledo peno por tí
que por mas mostrar mi fe,
muero de amores de mí
porque tan bien me empleé.
Ora andar,
yo te quiero suplicar
las rodillas por el suelo,
no me mandases tornar
tan ageno de consuelo.

Felicina.

Bravo cuento!
Mas ay! si por mi tormento
han sabido mi salida!
sálte fuera en un momento,
corre, vé, que soy sentida.

Aquilano.

Eso no!
donde el amor me faltó
la vida me falte agora:
ay, ay, ay! que muerto so,
socórreme tú, señora.

Dandario.

Hora ver,
hi de Dios y su poder,
qué es esto que aqui resuena?
mal pecado! debe ser
algun alma que anda en pena.
Por Saupego
porné la mano en un fuego
y á mi salvo juraria,
que es el alma de aquel crego
que se ahoreó el otro dia.
Ciertamente
ya se me eriza la frente,
no puede ser sin misterio:
por menos inconveniente
quiero llamar á Galterio.
Dormilon!
no te levantas aon?

Galterio.

Qué diabros quieres ya?

Dandario.

Yergue, yergue, bobarron!
no te arrepientes quizá.

Galterio.

Vocinero!
madrugada de herrero
me parece esta mañana.

Dandario.

Si supieses, compañero,
tú vernias mas de gana.

Galterio.

Como asi?

Dandario.

Que agora agora sentí
los gemidos de un finado,
y aun entiendo juriamí
que de medio estoy eiscado.

Galterio.

Qué tal era?

Dandario.

No le sé, que si lo viera..

Galterio.

Pues luego no es imposible
sino que es la candelera
que va de noche envisible.

Dandario.

Quieres buena?
quizá no es cosa terrena
como otras veces se halla,
y si es alma, que anda en pena
será muy bien conjuralla.

Galterio.

Miafé, sí.

Dandario.

Comienza, que juriamí
de ayudarte con mis mañas:
yo te do la mano á tí
pues sabes muchas marañas.

Galterio.

Soy contento:
con el tronido y el viento
y con la paparasolla,
con los nabos en aviento
que hacen sabrosa la olla,
te conjuro.
Con la gula de Epicuro
y con las ondas del mar,
y el alma de Palinuro
y con Gil el escolar:
y tambien
con el caldero y sarten
que me hurtaron del hato,
con el cuerpo de Sanquien
y las siete almas del gato,
por los sones
de los grillos y abejones
que aburren los valladares,
por los grandes zancarrones
de los buenos doce pares,
por el ajo
que da sabor al tasajo
y á las morcillas olor,
por la cigüeña y el grajo
y el banco del herrador,
por el arrope,
por las colmenas de Lope,
por el collar del jubon,
por mi burro que te tope
por que no hablas aon,
por las migas
que nos hinchen las barrigas
con el unto del borrego,
te conjuro que me digas
si eres el alma del crego?

Dandario.

Júrianos,

allleguémonos los dos,
quizá que nos hablará.

Galterio.

Vamos en nombre de Dios:
sé que no nos comerá.

Dandario.

Vente, hermano:
por la fe del soberano,
no sé quien bulle los pies
allá de cara el manzano
debajo del aciprés.

Galterio.

Responder!
más no praga á Lucifer
sea el crego allí echado.

Dandario.

Quien diabros puede ser?
pardiez parece finado.

Galterio.

Quien diria!
valme la Vírgen María,
que Aquilano me parece.

Dandario.

Cosa emposible sería,
mas á veces acontece.

Galterio.

Pasa allá!
que estará vivo quizá:
tentémosle las narices.

Dandario.

Juria diobre bien será
hacerlo, pues tú lo dices.

Aquilano.

Oh, villanos!
no me toquen vuestras manos,
que vivireis pocos dias:
dejad comer de gusanos
estas tristes carnes mias:
ay, que muero!

Dandario.

Válate Dios verdadero
que desdicha te siguió?

Galterio.

Dí nos luego por entero
quien de suerte te paró?

Aquilano.

Es mi mal
una herida mortal
que yo mismo me la dí,
y una ponzoña real
que por los ojos bebí,
y una pena
que la tengo por tan buena
que me es un paraiso,
y un morir que Dios me ordena
cual mi ventura lo quiso.
Y una llaga
que me dió amor con su daga
siendo á los brazos comigo,
y un fuego que no se apaga,
y una pasion sin abrigo.

Y una fé
que otra tal jamas no fue,
y un amor sin apetito,
y un servir no sé porqué,
y un desear infinito.
Y un tormento
con el cual peno contento,
y aun moriria pagado:
un ciego conocimiento
y un bendito cuidado.
Finalmente,
no me pidas al presente
mas nuevas de mi tristura,
y apareja incontinente
la vecina sepultura.

Galterio.

Oh, mezquino,
como lleva mal camino!
y se muere el pecador.
Corre, vé presto, hacino:
dílo al Rey nuestro señor
mientras le estoy conhortando.

Dandario.

Yo haré cuanto conviene.

Galterio.

Parece que va expirando:
quiero ver que pulso tiene.
Oh, cuitado
como mueres malogrado!
en hora mala naciste
para morir desdichado
cuando en mas favor te viste.
Qué harán
cuando tu muerte sabrán
tus parientes donde son?
cuando á mí, pobre gañan,
me llegas al corazon.
Dios quisiera
que en tu nombre yo muriera
una vez y dos y tres,
ó me costara siquiera
la soldada deste mes.
Dios bendito,
de aqui te mando un cabrito
si no muere en este dia,
y á la iglesia de Sanpito
prometo un Ave María,
y aun de andar
al santo de mi lugar
que quita dolor de muelas,
y le prometo llevar
una branca de candelas.

Aquilano.

Calla ya:
llégate por Dios acá
que un placer quiero de tí.
Si mi ventura querrá
que yo muera luego aqui,
tomarás
lo poco que hallarás
en esta bolsa mezquina,
y de mi parte dirás
á la Infanta Felicina,
que el tormento
hizo con el pensamiento
visto mis dias postreros,
que hiciese testamento
aunque no dejo herederos.

Asi quiero
que lleve Dios lo primero
el alma como es razon,
y la tierra el cuerpo mero
y ella el triste corazon,
que de grado
quiso estar á su mandado:
pero díle por tu fe,
que le sea encomendado
pues tan suyo siempre fue.

Galterio.

Pues, señor,
júrote á mi pecador,
qué nada no te he entendido.

Aquilano.

Asi cumple á mi dolor:
todo me viene torcido.

Galterio.

Pese al ciego!
pues que tanto te lo ruego
díme claro porque mueres?

Aquilano.

No me atizes mas mi fuego
déjame estar si quisieres.

Galterio.

Qué pesar
es de haber de razonar
con esas gentes de villas,
que nunca saben habrar
sino por retartalillas.
Hora ver,
para pedir de comer
el hidalgo y el gañan,
qué diabro es menester
son decir daca el pan.
Esos tales
que son de casas reales,
si desean ser perfetos,
mas cumple ser liberales
que sabidos ni discretos.
Asi es
que presumiendo por tres
esta gente palaciega,
no saben todos despues
desollar una borrega.
Ya verás
que en el punto en cual estás
mejor será aclararte,
que si mueres nunca mas
habrarás arte ni parte.
Sus; andar!
tú no me quieres habrar,
Dandario tarda en venir:
vóme pues á descansar
y echar un rato á dormir.

Jornada cuarta.

Bermúdo.

Oh, fortuna descortés,
traidora, gastaplaceres!
por cuan poco interes
tan mucho dañarme quieres!
Baratera,
despues que por tu manera
todo el mundo te deprava,

pesábate ya siquiera
porque yo no me quejaba?
Son tus dones
pagar en tribulaciones
á los que das esperanzas:
terrero de maldiciones,
saco roto de alabanzas!
Sé yo triste
que ningun bien me hiziste,
antes porque era yo bueno
hijo propio no me diste,
mas me quitas el ageno.
Oh, Aquilano!
quedases tú vivo y sano,
muera yo que lo deseo!
Ven acá, díme, villano,
donde está que no lo veo?

Dandario.

Helo allí.

Bermudo.

Hijo mio, qué es de tí?
qué cosa es esta del diablo?
díme como estás aqui,
háblame, pues que te hablo.

Aquilano.

Mi señor!
es tan grande mi dolor
que no me deja hablar,
y se me hace mayor
en causarte á tí pesar.
Háine dado
tan recio en este costado
desde ayer á mediodía,
que de mí estoy espantado
como vivo todavía.
Sin sentido,
habiendo el dolor crecido
esta noche tanto, en fin
á fuer de loco perdido
me soy bajado al jardin.

Bermudo.

No haya mas:
yo quiero si tú querrás
que te suban á mi lecho.

Aquilano.

No, señor, que peno mas,
y el moverme no es provecho.

Bermudo.

Hora pues,
Galterio, que alzes los pies,
dí que mis médicos vengan:
partan luego todos tres
que punto no se detengan.

Galterio.

Mas, señor,
quieres sanallo mejor?
yo conozco un buen físico
Perogil el herrador,
que me sanó mi borrico,
y ha sanado
la burra de Anton Machado
y el asno del mesonero:
basta que es mas aprobado
que dos veces el barbero.

Bermudo.

Tiempo fuera

que holgara y me riera
de tus cosas y de tí:
pero asi nunca Dios quiera
que placer se llegue á mí,
mientra dura
tamaña desaventura
cual me vino en este dia:
solo dolor y tristura
han de serme compañía.
Muero en verte
y remaldigo la muerte,
que asi lo quiero decir,
porque á un hombre de tu suerte
no deja mucho vivir.
Quien te vido
de largas tierras venido
con gracias que Dios te dió,
y asi tan presto querido
y estimado mas que yo!
sin dudar
bien eras tú de estimar,
capaz de gran señorío,
suficiente á gobernar
muchos mas reinos que el mio.
Yo creyera,
segun la gracia y manera
que mostrabas á la clara,
si la virtud se perdiera
que solo en tí se hallara.
Ciertamente,
si yo veo que al presente
la muerte no te perdona,
yo prometo encontinente
de renunciar mi corona.

(*Vienen los médicos.*)

Galieno.

Aqui estamos:
qué nos mandas que hagamos
y á qué fue nuestra venida?

Bermudo.

Á que sepais y sepamos
si Aquilano tiene vida.
No dudeis
de pedir cuanto querreis
si aprovechalle pensais,
que si á él le guareceis,
tambien á mí me sanais.

Galieno.

Por mi fe
yo, señor, esperaré
que cada uno lo vea,
que por mi parte no sé
hasta aqui que mal sea.

Polidario.

Veramente
hasta en el punto presente
que ví señor Aquilano,
no ví cara de doliente
tener el pulso de sano.

Esculapio.

Yo, señor,
en todo soy el menor,
mas para que satisfaga
deciros quiero un primor
si os parece que se haga.

Á mi ver
se debe luego hacer,
si mandare vuestra alteza,
que segun puedo entender
su mayor mal es tristeza,
y conviene
por ser su mal donde viene
buscalle algunos placeres.
Tu magestad pues ordene,
que vengan aqui mugeres
bien compuestas,
tanto hermosas como honestas,
con lo que se alegrará,
y por medio destas fiestas
natura se esforzará,
y sabremos
todo aquello que queremos
cerca de su enfermedad,
y entonces ordenaremos
de buscalle sanidad.

Bermudo.

He placer.

Esculapio.

Pues las damas deben ser
Felicina y sus doncellas,
y aun quiero que mi muger
venga aqui tambien con ellas,
que es hermosa
y tan gentil y graciosa
cuanto se puede pedir.

Bermudo.

Pues hagase aquesta cosa:
vé, paje, y hazlas venir.

Galterio.

Mas, señor,
quies que vaya por tu amor
en dos saltos á llamar
la hija del tejedor
que sabe tan bien arar?
y á Llocía
la nieta de Anton Garcia
que tiene mil perficiones,
y aun diz que ciega en un dia
mas que dos buenos peones.

Dandario.

Guay de tí!
llama, llama, juriamí
la hija de Juan Frontino,
que se maja en hendo asi
media carreta de lino.

Bermudo.

Tal placer
no lo habemos menester.
Vosotros hareis mejor
de estudiar y proveer
en mitigalle el dolor.

Esculapio.

Será bueno
un emplasto para el seno
donde mas siente la pena,
segun lo manda el Galieno,
Averroes y Avicena.

Galterio.

Juri al heno
se levante como un trueno

sano y bueno en hora buena,
si yanta gallo relleno
y ave roe y ave cena.

Polidario.

Bestial!
no miras que entiendes mal!
por mi fe que estás donoso,
que de los tres cada cual
era un médico famoso.

Galterio.

Concruir,
si por méficos ha de ir
que sanen sin llevar nada:
Dandario sabrá decir
de otra gente mas chapada.

Dandario.

Malogrado
de Juan Burro mi cuñado,
que anduvo noche y dia
la mitad deste condado
aun hasta la Andalusía.
Cuál bailaba!
no sé como se arrojaba
el puto la zapateta:
mal año! que asi sonaba
como cruje una carreta.
Más tenia:
que le prestaron un dia
una capa de florete:
do al diabro que habia
que nol' quitase el bonete.
Juri al ciego
siempre fue gran palaciego,
y aun mas de dos os dirán
que igualaba al nuestro crego
y aun pasaba al sacristan.
Pues aosadas
que cualquier danza de espadas
que os la sabía de coro,
y en un año dos vegadas
fue mayordomo del toro.
No es nadilla!
y á luchar de zancadilla
y á saltar salto de mata?
no se ganó una vegilla
buen medio real de prata?

Galterio.

Sí, mal año!
allí estaba yo tamaño
como hora y aun mas grande:
mas llevólo por engaño.

Dandario.

Nunca Dios se lo demande!
lacerado,
no lo hubiera confesado
la cuaresma que pasó?

Galterio.

Hideputa de ahotado,
que nunca se confesó.

Dandario.

Do al dimoño
tan horribre testimoño
como hora decirte dejas:
derribóte so el madroño
y ya que es muerto te quejas.

Galterio.

Miafé mientes,
salvonor de los oyentes.

Dandario.

Mas mentis vos como puto.

Polidario.

Villanos, no parais mientes
que hablais muy disolutos.

Esculapio.

Dios loado
que nos habeis alegrado,
y os digo que es cosa sana
ir á comer un bocado
y beber por la mañana.

Dandario.

Allá vamos.

Polidario.

Las damas vienen, veamos
lo que se debe hacer.

Esculapio.

Yo diré como hagamos
si sois de mi parecer.
Por no errar
vos las debeis ordenar,
yo notaré su semblante,
que una á una ha de pasar
todas ellas por delante.

Polidario.

En buen hora.

Esculapio.

Vengan por orden agora.

Bermudo.

Andad vos, hija, primero.

Polidario.

Ea vos andad, señora,
pues venis al prendedero.
(*Pasan todas las damas.*)

Esculapio.

Prestamente
váyase toda esta gente
si manda tu magestad,
y diréte brevemente
su mayor enfermedad.

Bermudo.

Sea asi,
no quede ninguno aqui:
hablemos hora los dos,
y que sepa yo de tí
el saber que dióte Dios.

Esculapio.

Un saber
cual no quisiera tener
por mostrar mi poca vida,
que suele mucho doler
la muerte de antes plañida.

Bermudo.

Tú de muerte?

Esculapio.

Soylo por mi mala suerte,
pues que es mi honra mortal.

Bermudo.

Haz que pueda yo entenderte:
dí, qué sientes de su mal?

Esculapio.

Siento tanto,
que me veo en gran quebranto
por lo que no merecí.

Bermudo.

Cata, por Dios, que me espanto
de tus cosas y de tí.

Esculapio.

No lo dudo,
que mejor fuera ser mudo
que no saberme quejar,
ya que la fortuna pudo
darme tanto que pasar.
Has de oir
(pues mas no debo encubrir
lo que en fin has de saber)
que él está para morir
de amores de mi muger.

Bermudo.

Por tu fe?

Esculapio.

Agora te contaré
(pues has de saberlo todo)
de que manera lo sé,
por que via y por que modo.

Bermudo.

Dílo luego.

Esculapio.

Tú sabrás que él iba ciego
dias ha por me llevalla:
yo de entonces vide el juego
y he sabido guardalla.
Es verdad
que viendo su enfermedad
sospeché nacer de allí,
y por mas seguridad
la hize venir aqui.
Tanto afano,
teniendo el pulso á Aquilano
mientra mi muger pasaba,
que sentí luego en la mano
como por ella penaba.

Bermudo.

Soy pasmado
de pensar como has usado
de primor tan grande y tal,
y alegre porque me has dado
buenas nuevas de su mal.
Á mi ver
tú lo puedes guarecer,
que otro no creo que pueda:
que lo sane tu muger
y páguelo mi moneda.

Esculapio.

Oh, señor!
que te soy buen servidor

y me hieres sin porque!
pues yo no vendo el honor,
ni la muger, ni la fe.

Bermudo.

Tú eres necio,
que aunque en ál seas Boecio
poco de esto se te entiende,
que do no se hace precio
no se compra ni se vende.
Del pagar
no habemos de hablar,
que no hace ni deshace:
lo que yo te quiero dar
dótelo porque me place.

Esculapio.

Todavía
yo, señor, saber querria
porque mas presto concluya,
tu Magestad qué haria
si mi muger fuese suya?

Bermudo.

Quieres ver?
recibiria placer
cuando por gracia divina
asi como es tu muger
fuese la mi Felicina.

Esculapio.

Dentro estás!
no se gaste tiempo mas
que hay periculum in mora:
á la fe paciencia habrás,
que ella misma es la señora.

Bermudo.

Triste yo!

Esculapio.

Parece que le escoció.
Pensaba burlar de mí?
los consejos que me dió
tome agora para sí.

Bermudo.

Traidor!
vias padecer mi honor
y has tratado que muriese.

Esculapio.

Antes buscaba, señor,
como menos te doliese.

Bermudo.

Dí, Aquilano!
no te he dado por mi mano
mas que osaste demandarme?
y agora como villano
me pagas en disfamarme?
sin dudar
hoy las mercedes sin par,
el amor y la virtud,
ya no se suelen pagar
sino con ingratitud.
Díme, dí!
por ventura pasa asi
como este propio me cuenta?

Aquilano.

Matarme puedes aqui
mas no esperes que te mienta.

En verdad,
si amando la voluntad
te ofendió por mi pecado,
otra ninguna maldad
por mis hechos no ha pasado.
Del mirar
(que nadie puede escusar)
procede mi fin temprano:
amar, padecer, penar,
nada desto fue en mi mano.
Combatía
la lealtad que te debía
contra el amor que en mí estaba:
la razon los despartía,
pero amor la desechaba.
Dios quisiera
que Aquilano no naciera
para tan amargas bodas,
ó que mil vidas tuviera
para pagarte con todas.

Bermudo.

Ciego amor!
que do inprime su dolor
no quiere que otro se inprima:
vereis cualquier amador
que dos mil muertes no estima.
Oh, Aquilano!
tú mueres ledò y ufano
que murieses de mil modos:
triste de mí, viejo cano,
que tiro del carro por todos.
Morirás,
mas luego descansarás:
tu buena suerte te guia,
que tú mueres hoy no mas,
yo moriré cada dia.
Felicina,
fueses muerta mas aina!
pues no se halla en el suelo
ni á deshonra medicina,
ni á mal pago consuelo.

Aquilano.

Mi señor,
por tu servicio y amor
me quiero un poco esforzar,
y ese tu mucho dolor
ayudártelo á pasar.
Solo el verte
me obliga á socorrerte,
y será de aqueste modo:
ya ves como con mi muerte
se remedia casi todo,
pues que aqui
tu hija queda de mí
salva y limpia por entero:
no perderás sino á mí
que en fin soy un estrangero.
Sin tardar
vé si puedes remediar
el caso que es ya venido,
que es locura desear
no sea lo que ha sido.
Ten prudencia!
haz de mi vida sentencia
con entrañas animosas:
cata que la diligencia
resplandece en todas cosas.
Bien le viene
al que cetro y reino tiene
que sea de todo ser,

un cordero si conviene,
y un leon si es menester.
Pues osado
pon hoy remedio á tu estado,
que yo me ofrezco á sufrillo:
dáme el fin que yo he buscado,
yo quiero darte el cuchillo.

Esculapio.

Bien compone:
mas tu alteza me perdone
y no sea tan diligente,
que quien á prisa dispone
muy despacio se arrepiente.

Faceto.

Oh, señor!
no muera de tal dolor
ni le mates sin me oir.

Bermudo.

Tira, villano traidor!
qué me puedes tú decir?

Faceto.

Te prometo
si me escuchas en secreto,
de muy bien consolarte.

Esculapio.

Mira, señor, que Faceto
sabe desto bien su parte.

Bermudo.

Venga acá:
quedad vosotros allá,
dí qué sabes?

Faceto.

Bien querria,
pero veo que será
mi lengua la muerte mia.

Bermudo.

Oh, maduro!
comigo no estás seguro?

Faceto.

No sé, señor, que me diga.

Bermudo.

Por mi corona te juro,
que ningun mal se te siga.

Faceto.

Mas, qué bien?

Bermudo.

Yo mandaré que te den
mil doblas.

Faceto.

Aunque me pierdo,
Aquilano es hi..

Bermudo.

De quien?

Faceto.

Del Rey de.. ya no me acuerdo.

Bermudo.

Ea dí:
no estés burlando de mí,
que no estoy de tu apetito.

Faceto.

No sé si lo traigo aqui
en este papel escrito.

Bermudo.

Neciarron!
si no das otra razon
qué puedo de aqui entender?

Faceto.

Ay, que es esa una cancion
que habia compuesto ayer.

Bermudo.

Mal villano!

Faceto.

Quieres sabello temprano?
págame, no estés dudando,
que mas val pájaro en mano
que cuatrocientos volando.

Bermudo.

Gran fatiga!
no sé cierto que me diga:
toma si quieres la capa.

Faceto.

Á la fe, voto al amiga
que estó hora como un Papa
bien pomposo.
Con esta voy glorioso
sin que mas nada me den:
con loco y menesteroso
siempre se negocia bien.
Sin tardar
hora te quiero alegrar,
pues me alegraron tus paños.
Con quien quisiste casar
á tu hija hoy ha seis años?

Bermudo.

Yo queria
por nuevas que dél tenía,
darle entonces por marido
un hijo del Rey de Ungría:
mas diz que es muerto ó perdido.

Faceto.

Sepa yo
porque no se concertó
ese tan buen casamiento?

Bermudo.

El padre no consintió,
que el hijo bien fue contento.

Faceto.

Sí, señor,
que entonce tu embajador
tales nuevas le dió della,
que luego preso de amor
pensó de venir á vella:
y en efeto
solos yo y él de secreto
partimos, como se hace.

Bermudo.

Qué me cuentas, mi Faceto?

Faceto.

Lo que pienso que te place.
No estés triste,

que buena suerte tuviste:
porque creas lo que digo
lo que entonces le escribiste
lo trae siempre consigo.

Bermudo.

Dios loado!
que me libró de cuidado,
y asi cumplió mi deseo.
Por señas que otros me han dado
cuanto me dices te creo:
tanto mas
sin las señas que me das,
que de la frente á los pies
en seso, vida y compas
siempre mostró ser quien es.
Oh, Aquilano!
gracias hago al soberano
que de mí te hizo esquivo,
en un punto enfermo y sano,
en un hora muerto y vivo.
Tú, camina!
dá la nueva á Felicina.

Faceto.

No sabré por donde hallalla.

Bermudo.

Pues vamos todos aina
con diligencia á buscalla.

Jornada quinta.

Felicina.

Ten, fortuna, mi enemiga
que agora yo te convido:
sácame de una fatiga
pues en tantas me has mètido.
Gran pecado!
dos cuerpos en tal estado
que la tierra los gozase!
Que un amor tan estimado
tan en breve se acabase!
Cuan sin arte
te dí, amor, tan gran parte
y en mis entrañas cabida:
ya no me queda por darte
sino aquesta pobre vida!
Tiempo es ya:
mas qué árbol me tendrá?
que es mi cuerpo sospechoso,
cual cuerda no quebrará
por dilatar mi reposo.

Dileta.

Mi señora,
por allí llevan agora
tu bien todo engarrafado.

Felicina.

Qué me cuentas? dí, traidora,
ya debrá ser degollado:
corre á ver,

mira si puedes saber
donde muere mi señor.

Dileta.

No hay lugar do deba ser
sino en el patin mayor.

Felicina.

Ay, hermana!
como iria tan de gana
por morir toda fiel,
á echarme de una ventana
que cayese encima dél.

Dileta.

No podrás,
que por doquiera que irás
las gentes te estorbarán.

Felicina.

Pues corre presto y verás
en que términos estan.
Hora siento
que para mi pensamiento
tengo buen tiempo entre manos,
si de mí no han sentimiento
estos nuestros hortelanos.
Esta rama
se me antoja que me llama,
conveniente me parece:
quiero coger nueva fama
por quien todo lo merece.
Bien va asi:
mas triste qué hago aqui?
que ingenio tan torpe y rudo
desventurada de mí,
que no sé hacer un ñudo!

Dileta.

Mi señora,
buscándote van agora
tu señor y mas de cien.

Felicina.

Vé, mala hembra, traidora,
no me burles tú tambien.

Dileta.

Reina mia!
qué presente de alegría
te traigo si me lo pagas:
yo te hago en este dia
libre de todas tus llagas.

Felicina.

Por tu vida,
que seas mas comedida:
véte por amor de mí.

Dileta.

Si supieses mi venida
no me echarias asi.

Felicina.

Porfiar!
pues no te quiero escuchar,
ni he menester tus blandicias.

Dileta.

Si te deja Dios reinar
ya me darás en albricias
esa saya,
y estaré como una maya
y alegre mas que la flor.

Felicina.

Yo le digo que se vaya
y ella peor que peor!
Por mi fe,
si porfias, te daré
dos puños y no otra cosa.

Dileta.

Cualquier cosa tomaré
de una reina tan dichosa.
Oh, señora!
cuan rica quedas agora!
qué buena suerte tuviste!
cuan bendita fue la hora
que á Aquilano conociste!

Felicina.

Por ventura
tienes ramo de locura?
por mi fe que desvaría.

Dileta.

Siempre falta la cordura
donde sobra el alegría.

Felicina.

Bien está:
descarga si quieres ya
tu embajada ó badajada.

Dileta.

No pienses que asi será
antes que sea pagada.

Felicina.

Á mi ver,
yo no sé que pueda ser
con que huelgue Felicina:
querrásme dar á entender
que á deshonra hay medicina?

Dileta.

Tanto y mas:
dígote que hoy te verás
mas alegre que el coral.
Sepa yo que me darás,
no debatamos en ál.

Felicina.

Tú me aclaras:
con el coral me comparas,
sangriento será este dia.

Dileta.

Ay, Jesus! y cual te paras!
Oyeme, señora mia,
que si vieras
por palacio las carreras
que dan en busca de tí,
las fiestas de mil maneras,
cosa que nunca tal ví.
Que mas ver!
ningun hombre ni muger
hallarás que esté despacio.
Tu padre el Rey, de placer

ha dado á saco el palacio.
Lo primero
mandó echar al repostero
la plata por las ventanas
y llamar luego un barbero
para quitarse las canas.
Los arreos
salen ya por mil rodeos
con sus banderas tamañas:
ya se conciertan torneos,
ya se arman juegos de cañas.
Qué mas dudas?
con esas entrañas rudas
no sé en el dar de quien vienes:
como hora no te desnudas
para darme cuanto tienes?

Felicina.

Sí haré,
cuando digas por tu fe
do nacen tantos placeres.

Dileta.

Primero veré porque.

Felicina.

Demanda lo que quisieres.

Dileta.

Con razon
te merezco cualquier don,
pero todos los desecho
si me demandas perdon
de cuantos males me has hecho.

Felicina.

Dí, bestial,
cuando yo te hize mal
ni desguisado tamaño?

Dileta.

Pues aqui tengo el señal
del chapinazo de antaño.

Felicina.

Ay, amarga
que disciplina tan larga
para tan flaca muger:
líbrame desta carga
que mas no puedo atender.

Dileta.

Soy contenta,
que el corazon me revienta
hasta sacarte de triste:
puedes hacer una cuenta
que morias y hoy naciste.
Te prometo
que debes hoy á Faceto
cuantas mercedes te pida,
que él descubrió este secreto
y ha dado á todos la vida.

Felicina.

De turbada
toda estoy medio finada,
los sentidos agenados,
la sangre toda cuajada,
los cabellos levantados:
de afligidas

las carnes adormecidas,
y el alma como en fortuna:
si me diesen mil heridas
no sentiria ninguna.

Dileta.

Por tu fe,
Aquilano dí porqué
nunca te dijo quien era?

Felicina.

Nunca se lo pregunté
porque no me lo dijera.

Dileta.

Reina mia!
pues sabrás por esta via
que aqueste tu amor primero,
es hijo del Rey de Ungría
primogénito heredero.

Faceto.

Oh, señora!
á la fe mas ha de un hora
que te buscan en palacio:
tu padre el Rey viene agora
sin perdonar el cansacio.

Dileta.

Hélo aqui!

Bermudo.

Hija mia, que por tí
gran afan era comigo.

Faceto.

Pues abrázame tú á mí.

Dileta.

Abrázete el enemigo.

Bermudo.

Tal cuidado
tan en punto remediado
mala vez pensarlo puedo.

Faceto.

Yo soy el mejor librado
si con la capa me quedo.

Esculapio.

Pues, señor,
yo lo tengo por mejor
no se dilate esta cosa.

Bermudo.

Llega, hijo, por mi amor
y abraza tu nueva esposa.

Faceto.

Hay alano
que asiese como Aquilano?
no se hizo de rogar.

Dileta.

Tú, señor, dáme la mano,
que te la quiero besar.

Faceto.

Ea, aina!
tú, señora Felicina,
dáme la tuya tambien.

Esculapio.

Lo que con Dios se encamina
siempre todo acaba en bien.

Faceto.

Buena gente!
diz que allá secretamente
serán las bodas mañana:
válete por el presente
que no hay mas de la Aquilana.

LAS

CUATRO COMEDIAS

DE

LOPE DE RUEDA

Y EXTRACTOS DE SUS DOS COLOQUIOS.

Lope de Rueda parece haber compuesto sus comedias á mediados del siglo XVI, sin conocimiento aparente de los que le precedieron en la carrera. Pocos han logrado manejar la sola impresion que se conoce dellas de Sevilla 1576, pero se encuentran copias de aquella impresion una de las cuales ha servido de texto á esta reimpresion. Ninguna diligencia ha bastado para adquirir los pasos cómicos del mismo autor impresos bajo el título del Deleitoso.

19. Comedia Eufemia.

Escena primera.

Leonardo, gentilhombre.
Melchor Ortiz, simple.
Eufemia, dama.
Jimena de Peñalosa, vieja.
Cristina, moza.

Leonardo.

Larga y en demasiada manera me ha parecido la pasada noche. No sé si fue la ocasion el cuidado con que de madrugar me acosté. Sin duda debe ser ansi, porque buen rato ha que Eufemia, mi querida hermana, con sus criadas siento hablar, que con el mismo pensamiento se fue á dormir, entendiendo de mí que no me pudo apartar de hacer esta jornada. Vereis que no sé si habrá tampoco hecho Melchor lo que anoche le dejé encomendado. Melchor! ah Melchor!

Melchor.

Apriesa, apriesa, que se entran los Moros por la villa! henchí en mal punto el ringlon si quereis que responda.

Leonardo.

Melchor! Válgale el diablo á este asno y donde está que no me oye?

Melchor.

Dizque que no oigo: par diez que si yo quisiese, antes que me llamase tengo oido. Mas que monta, que tambien trato yo de mis intereses como cualquier hombre de honra. Á ese Melchor échele un soportativo, y verá cuan recio só con él.

Leonardo.

Superlativo quieres decir, badajo.

Melchor.

Sí, señor: pues porqué nos barajamos ellotro dia Jimena de Peñalosa y yo?

Leonardo.

No me acuerdo.

Melchor.

No se acuerda que nos medio apuñeteamos, porque me dijo en mis barbas, que era mejor alcurnia la de los Peñalosas que los Ortices?

Leonardo.

Parece que me voy acordando ya.

Melchor.

Ah, groria á Dios! Pues aquese Melchor, águatele con alguna cosita al prencipio porque no vaya á secas y verá lo que pasa.

Leonardo.

Ah, señor Melchor Ortiz!

Melchor.

Agora soy contento. Qué manda vuesa merced?

Leonardo.

Oh, mal os haga Dios que tantos términos habemos de tener para que salgais.

Melchor.

Que no lo hago en mi ánima, sino porque sienta esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuesa merced, que para mi contento con un oyes me sobra tanto como la mar.

Leonardo.

Pues qué se le da á ella de todo aqueso?

Melchor.

Que dice ella que es mejor que mi madre, con no haber hombre ni muger en todo mi pueblo, quien abriendo la boca no diga mas bien della que las abejas del oso.

Leonardo.

Aqueso de bienquista debe ser.

Melchor.

Pues que no! En verdad, señor, que no se ha hallado tras della tan solo una macula.

Leonardo.

Mácula querrás decir.

Melchor.

Muger que todo el mundo la alaba, no es harto, señor?

Leonardo.

Pues no sé qué se dice por ahí de sus tramas.

Melchor.

No hay que decir. Qué pueden decir? que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe y algo deshonesta de su cuerpo: lo demas no fuera ella.... Como llaman aquestas de cuero que hinchen de vino, señor?

Leonardo.

Bota.

Melchor.

No le sabe vuesa merced otro nombre?

Leonardo.

Borracha.

Melchor.

Aqueso tenia tambien, que en esotro asi podian fiar della oro sin cuento, como á una gata parida una vara de longanizas, ó de mí una olla de puchas, que todo lo ponia en cobro.

Leonardo.

Eso es cuanto á la madre, y tu padre era oficial?

Melchor.

Señor, miembro dizque era de justicia en Constantina de la Sierra.

Leonardo.

Qué fue?

Melchor.

Miente vuesa merced los cargos de un pueblo.

Leonardo.

Corregidor?

Melchor.

Mas bajo un poquito.

Leonardo.

Alguacil?

Melchor.

No era para alguacil que era tuerto.

Leonardo.

Porqueron?

Melchor.

No valia nada para correr, que le habian cortado un pie por justicia.

Leonardo.

Escribano?

Melchor.

En todo nuestro linage no hubo hombre que supiese leer.

Leonardo.

Pues qué oficio era el suyo?

Melchor.

Como los llaman á aquesos que de un hombre hacen cuatro?

Leonardo.

Bochines.

Melchor.

Asi, asi, bochin, bochin y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

Leonardo.

Por cierto que sois hijo de honrado padre.

Melchor.

Pues como dice la señora Peñalosa que pueda ella vivir con mi zapato, siendo todos hijos de Adrian y Esteban?

Leonardo.

Calla un poco que tu señora sale, y éntrate.

Eufemia.

Qué madrugada ha sido esta, Leonardo, mi querido hermano?

Leonardo.

Carísima Eufemia: querria, si Dios dello fuere servido, comenzar hoy mi viaje y encaminar á aquellas partes que servido fuere.

Eufemia.

Qué? todavía estás determinado de caminar sin saber adó? Cruel cosa es esta! Mi hermano eres, pero no te entiendo. Ay,

sin ventura! que cuando á pensar me pongo tu determinacion y firme propósito, la muerte de nuestros carísimos padres se me representa. Ay hermano! acordarte debrias que al tiempo que tu padre y mio murió, cuanto á tí dél quedé encomendada, por ser muger y menor que tú. No hagas tal, hermano Leonardo: ten piedad de aquesta hermana desconsolada, que á tí con justísimas plegarias se enconmienda.

Leonardo.

Cara y amada Eufemia, no procures de estorbar con tus piadosas lágrimas lo que tantos dias ha que tengo determinado, de lo cual sola la muerte seria parte para estorballo. Lo que suplicarte se me ofrece es lo que las virtuosas y sabias doncellas, que del amparo paternal han sido desposeidas y apartadas, suelen hacer. No tengo mas que avisarte, sino que doquiera que me hallare, serás á menudo con mis letras visitada, y por agora en tanto que yo me llego á oir Misa, harás á ese mozo que entienda en lo que anoche le dejé mandado.

Eufemia.

Vé, hermano, en buenhora, y en tus oraciones pide á Dios que me preste aquel sufrimiento que para soportar tu ausencia me será conveniente.

Leonardo.

Asi lo haré: queda con Dios.

Eufemia.

Ortiz! Ah Melchor Ortiz!

Melchor.

Señora. Tomádolo han á destajo esta mañana.

Eufemia.

Sal aqui, que eres de menester.

Melchor.

Ya, ya: no me digais mas, que ya voy atinando lo que me quiere.

Eufemia.

Pues si lo sabeis haceldo y despachá, que vuestro señor es ido á oir Misa y será presto de vuelta.

Melchor.

No sé por donde me lo comienze.

Eufemia.

Con tal que se haga todo, comenzá por do querreis.

Melchor.

Ora sus! Ya voy en el nombre de Dios: mas sabe vuesa merced qué querria yo?

Eufemia.

No, sino lo dices.

Melchor.

Saber adonde vó, ó á qué.

Eufemia.

Qué te mandó tu señor anoche antes que se fuese á acostar? Oislo, Jimena de Peñalosa!

Jimena.

Mi ánima, entrañas de quien bien os quiere: ay! si he podido dormir una hora en toda esta noche.

Eufemia.

Y de qué, ama?

Jimena.

Mosquitos, que en mi conciencia unas herronadas pegan, que mal año para abejon.

Melchor.

Debe dormir la señora abierta la boca.

Jimena.

Si duermo ó no, qué le va al gesto de renacuajo?

Melchor.

Como quiere la señora que no se peguen á ella los mosquitos, si de ocho dias que tiene la semana, se echa los nueve hecha cuba.

Jimena.

Ay señora! parécele á vuesa merced que se ha dejado decir ese cucharon de comer gachas en mitad de mi cara? Ay! plegue á Dios que en agraz te vayas!

Melchor.

En agraz? Al menos no la podrán comprender á la señora esas maldiciones, aunque me perdone.

Jimena.

Porqué no, molde de bodoques!

Melchor.

Como se puede la señora chapa de palmito ir en agraz, si á la contina está hecha uva?

Jimena.

Aosadas, don mostrenco, sino me lo pagáredes.

Melchor.

Pase adelante la cara de mula que tiene torozon.

Jimena.

Ay señora! déjeme llegar vuesa merced á ese pailon de cocer meloja! Qué le parece cual me para el aguja de ensartar matalates.

Melchor.

Paramento de bodegon! allega, allega, canton de encrucijada! aparejo para cazar abejarucos!

Eufemia.

Paso, paso, qué es esto? No ha de haber mas crianza, siquiera por quien teneis delante?

Cristina.

Ay, señora mia! No hay un palo para este leconchazo? Por mi salud si no parece que anda acá fuera algun juego de cañas segun el gran estruendo.

Eufemia.

En verdad que parecen contino, estando juntos, gato y perro.

Cristina.

Haria mejor á buena fe, señor Melchor Ortiz, de mirar por aquel cuartago, que tres dias ha no se le cae la silla de encima.

Melchor.

Mas me maravillo, hermana Cristina, de lo que dices. Como demonio se le ha de caer si está con la gurrupera y con entrambas á dos las cinchas engarrotada?

Eufemia.

Librada sea yo del que arriedro vaya. Parécete que es bien dejar el cuartago sin quitar la silla tres dias ha? Ved con que alientos estará para hacer jornada.

Jimena.

Los recados del señor.

Melchor.

Qué recados! si yo no le tuviera tan buena voluntad, dejáralo estar ansi?

Cristina.

Y parécete á tí que procede de buen querer dejalle con la silla tres noches?

Melchor.

Pardiez, hermana Cristina, que la verdad que te diga, yo no le dejé dormir vestido sino porque se alegrase con la silla y freno nuevo que tiene: otro peor mal no tuviese, que este bien lo pasaria.

Eufemia.

Ay amarga! y qué?

Melchor.

Que dende que señor vino antier del alqueria, maldito el grano de cebada él ha probado de todos cuantos piensos le he puesto.

Eufemia.

Jesus! Dios sea conmigo! pues agora lo dices? Corre, Cristina, mira si es verdad lo que este dice.

Melchor.

Verdad, señora, asi como yo soy hijo de Gabriel Ortiz y Arías Carrasco, verdugo y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

Jimena.

Honrados ditados tenia el señor vuestro padre.

Melchor.

Tal me haga Dios á mí, amen.

Eufemia.

Harto bien te deseas por cierto.

Melchor.

Señora, no se engañe vuesa merced, que en ahorcando mi

padre á cualquiera, no hablaba mas el juez en ello que si nunca hubiera tocado en él.

Cristina.

Ay, señora! que desventura tan grande! mire vuesa merced como habia de comer el rocin con freno y todo en la boca.

Eufemia.

El freno?

Melchor.

Sí, señora! el freno, el freno.

Eufemia.

Pues con el freno lo has dejado, traidor?

Melchor.

Pues he yo de ser adevinador ó vengo yo de casta para ser tan mal criado como aqueso?

Eufemia.

Pues qué mala crianza era desenfrenar un rocin?

Melchor.

Si le enfrenó nostramo, parécele que era límite de buena crianza y diera buena cuenta de mí en deshacer lo que señor habia hecho?

Jimena.

La retórica como la quisiéredes, que respuesta no ha de faltar.

Melchor.

Retórica, sabé que la mamé en la leche.

Eufemia.

Tan sabia era su madre del señor?

Melchor.

Pardiez, señora, las noches por la mayor parte en levantándose de la mesa, no habia pega ni tordo en gavia que tanto chirlase.

Cristina.

Ay, señora, éntrese vuesa merced: remediarse ha lo que se pudiere, que ya mi señor dará vuelta y querrá luego partir.

Eufemia.

Bien has dicho: entremos.

Jimena.

Pase delante el de los buenos recados.

Melchor.

Vaya ella la de las buenas veces.

Escena segunda.

Polo, lacayo.
Vallejo, lacayo.
Grimaldo, page.

Polo.

Á buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado. Pero qué aprovecha si yo, por cumplir con la honra deste desesperado de Vallejo, he madrugado antes de la hora que limitamos. Catá que es cosa hazañosa la deste hombre, que ningun dia hay en toda la semana que no pone los lacayos de la casa, ó parte dellos, en revuelta. Mirá ora porqué diablos se envolvió con Grimaldicos el page del capiscol, siendo uno de los honrados mozos que hay en este pueblo. Agora yo tengo de ver cuanto tira su barra, y á cuanto alcanza su ánimo, pues presume de tan valiente.

Vallejo.

Tal se ha de sufrir en el mundo? Como se puede pasar una cosa como esta y mas estando á la puerta de la seo, donde tanta gente de lustre se suele llegar? Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nació, se me quiera venir á las barbas, y que me digan á mí los lacayos de mi amo que calle, por ser el capiscol (su señor) amigo de quien á mí me da de comer? Asi podria yo andar desnudo, é ir de aqui á Jerusalen los pies descalzos y con un sapo en la boca atrevasado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Acá está mi compañero: ah, mi señor Polo! acaso ha venido alguno de aquellos hombrecillos?

Polo.

No he visto ninguno.

Vallejo.

Bien está, señor Polo: la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobleis vuestra capa y os asenteis encima y tengais cuenta en los términos que llevo mis pendencias, y si viéredes algunos muertos á mis pies (que no podrá ser menos, placiendo á la Magestad Divina) el ojo á la justicia en tanto que yo me doy escape.

Polo.

Como? qué tanto pecó aquel pobre mozo, que os habeis querido poner en necesidad á vos y á vuestros amigos?

Vallejo.

Mas quiere vuesa merced, señor Polo, sino que llevando el rapaz la falda al capiscol su amo, al dar la vuelta tocarme con la contera en la faja de la capa de la librea? Á quien se le hubiera hecho semejante afrenta que no tuviera ya dozena y media de hombres puestos á hacer carne momia?

Polo.

Por tan poca ocasion? válame Dios!

Vallejo.

Poca ocasion os parece reírseme despues en la cara, como quien hace escarnio?

Polo.

Pues de verdad que es Grimaldicos un honrado mozo y que me maravillo hacer tal cosa: pero él vendrá y dará su descargo y vos, señor, le perdonareis.

Vallejo.

Tal decis, señor Polo? mas me pesa que me sois amigo por dejaros decir semejante palabra. Si aquese negocio yo agora perdonase, decíme vos cual quereis que esecute?

Polo.

Hablad paso, que veisle aqui do viene.

Grimaldo.

Ea, gentiles hombres, tiempo es agora que se eche este negocio á una banda.

Polo.

Aqui estaba rogando al señor Vallejo que no pasase adelante este negocio y hálo tomado tan á pechos, que no basta razon con él.

Grimaldo.

Hágase vuesa merced á una parte y veamos para cuanto es esa galinilla.

Polo.

Ora, señores, oíganme una razon y es que yo me quiero poner de por medio: veamos si me harán tan señalada merced los dos que no riñan por agora.

Vallejo.

Asi me podrian poner delante todas las piezas de artillería que estan por defensa en todas las fronteras de Asia, África y

Europa, con el serpentino de bronce que en Cartagena está desterrado por su demasiada soberbia, y que volviesen ahora á resucitar las lombardas de hierro colado con que aquel cristianísimo Rey Don Fernando ganó á Baza, y finalmente aquel tan nombrado galeon de Portugal con toda la canalla que lo rige viniese, que todo lo que tengo dicho y mentado fuese bastante para mudarme de mi propósito.

Polo.

Por Dios, señor, que me habeis asombrado, y que no estaba aguardando sino cuando habíades de mezclar las galeras del gran Turco, con todas las demas que van de levante á poniente.

Vallejo.

Qué no las he mezclado? pues yo las doy por emburulladas, vengan.

Grimaldo.

Señor Polo, para qué tanto almacen? Hágase á una banda y déjeme con ese ladron.

Vallejo.

Quien es ladron, babosillo?

Grimaldo.

Tú lo eres, hablo yo con otro alguno?

Vallejo.

Tal se ha de sufrir? que se ponga este desbarbadillo conmigo á tú por tú?

Grimaldo.

Yo, liebre, no he menester barbas para una gallina como tú: antes con las tuyas delante del señor Polo pienso limpiar las suelas destos mis estivales.

Vallejo.

Las suelas, señor Polo! Qué mas podia decir aquel valerosísimo español Diego García de Paredes?

Grimaldo.

Conocístele tú, palabrero?

Vallejo.

Yo, rapagon? El campo de once á once que se hizo en el Piamonte, quien le acabó sino él y yo.

Polo.

Vuesa merced? Y es cierto eso del campo?

Vallejo.

Buena está la pregunta, y aun unos pocos de hombres que á él le sobraron por estar cansado, quien les acabó las vidas sino este que veis.

Polo.

Pardiez, que me parece aquello una cosa señaladísima.

Grimaldo.

Que miente, señor Polo. Un hombre como Diego García se habia de acompañar con un ladron como tú.

Vallejo.

Ladron era yo entonces, palominillo?

Grimaldo.

Si entonces no, agora lo eres.

Vallejo.

Como lo sabes tú, ansarino nuevo?

Grimaldo.

Como? Qué fue aquello que te pasó en Benavente, que está la tierra mas llena dello que de simiente mala?

Vallejo.

Ya, ya sé qué es eso. Á vuesa merced que sabe de negocios de honra, señor Polo, quiero contárselo, que á semejantes pulgas

no acostumbro dar satisfecho. Yo, señor, fui á Benavente á un caso de poca estofa, que no era mas que á matar cinco lacayos del Conde, porque quiero que lo sepa, y fue porque habian revelado una mugercilla que estaba por mí en casa del padre en Medina del Campo.

Polo.

Toda aquella tierra sé muy bien.

Vallejo.

Despues que ellos fueron enterrados y yo por mi retraimiento me viese en alguna necesidad, acodiciéme á un manto de un clérigo y á unos manteles de casa de un bodegonero donde yo solia comer, y cogióme la justicia, y en justo y en creyente et cetera. Y esto es lo que aqueste rapaz está diciendo. Pero agora, fáltame á mí de comer en casa de mi amo para que use yo de aquesos tratos?

Grimaldo.

Suso, que estoy de priesa.

Vallejo.

Señor Polo, aflójeme vuesa merced un poco aquestas ligagambas.

Polo.

Aguarde un poco, señor Grimaldo.

Vallejo.

Agora apriéteme aquesta estringa del lado de la espada.

Polo.

Está agora bien?

Vallejo.

Agora métame una nómina que hallará aqui al lado del corazon.

Polo.

No hallo ninguna.

Vallejo.

Qué, no traigo una nómina?

Polo.

No por cierto.

Vallejo.

Lo mejor me he olvidado en casa debajo de la cabecera del almohada y no puedo reñir sin ella. Espérame aqui, ratoncillo.

Grimaldo.

Vuelve acá, cobarde!

Vallejo.

Ora pues sois porfiado sabed que os dejara un poco mas con vida, sino por ello fuera. Déjeme, señor Polo, hacer á ese hombrecillo las preguntas que soy obligado por el descargo de mi conciencia. Qué tanto ha, golondrinillo, que no te has confesado?

Grimaldo.

Qué parte eres tú para pedirme aqueso, cortabolsas?

Vallejo.

Señor Polo, vea vuesa merced si quiere aquese pobrete mozo que le digan algo á su padre, ó qué Misas manda que le digan por su alma.

Polo.

Yo, hermano Vallejo, bien conozco á su padre y madre cuando algo sucediese y sé su posada.

Vallejo.

Y como se llama su padre?

Grimaldo.

Qué os va en saber su nombre?

Vallejo.

Para saber despues quien me querrá pedir tu muerte.

Grimaldo.

Ea, acabá ya, que es vergüenza. No sabeis que se llama Luis de Grimaldo?

Vallejo.

Luis de Grimaldo?

Polo.

Sí, Luis de Grimaldo.

Vallejo.

Qué me cuenta vuesa merced?

Polo.

No mas que aquesto.

Vallejo.

Pues, señor Polo, tomad aquesta espada y por el lado derecho apretá cuando pudiéredes, que despues que sea ejecutada en mí aquesta sentencia os diré el porqué.

Polo.

Yo, señor? Guárdeme Dios que tal faga: no quite la vida á quien nunca me ha ofendido.

Vallejo.

Pues, señor, si vos por serme amigo rehusais, vayan á llamar á un cierto hombre de Piedrahita á quien yo he muerto por mis propias manos casi la tercera parte de su generacion, y aquese como capital enemigo mio vengará en mí propio su saña.

Polo.

Á qué efecto?

Vallejo.

Á qué efecto me preguntais? No decis que ese es hijo de Luis de Grimaldo alguacil mayor de Lorca?

Polo.

Y no de otro.

Vallejo.

Desventurado de mí! Quien es el que me ha librado tantas veces de la horca sino el padre de aquese caballero. Señor Grimaldo, tomad vuestra daga y vos mismo abrid aqueste pecho y sacadme el corazon y abrilde por medio, y hallareis en él escrito el nombre de vuestro padre Luis de Grimaldo.

Grimaldo.

Como qué? no entiendo esto.

Vallejo.

No quisiera haberos muerto por los santos de Dios por toda la soldada que me da mi amo. Vamos de aqui, que yo quiero gastar lo que de la vida me resta en servicio deste gentilhombre, en recompensa de las palabras que sin le conocer he dicho.

Grimaldo.

Dejemos aqueso, que yo quedo, hermano Vallejo, para todo lo que os cumpliere.

Vallejo.

Sus vamos, que por el nuevo conocimiento nos entraremos por casa de Malata el tabernero, que aqui traigo cuatro reales: no quede solo un dinero que no se gaste en servicio de mí mas que señor Grimaldo.

Grimaldo.

Muchas gracias, hermano. Vuestros reales guardaldos para lo que os convenga, que el capiscol mi señor querrá dar la vuelta á casa y yo estoy siempre para vuestra honra.

Vallejo.

Señor, como criado menor me puede mandar, vaya con Dios. Ha visto vuesa merced, señor Polo, el rapaz como es entonado?

Polo.

Á fe que parece mozo de honra. Pero vamos que es tarde: quien quedó en guarda de la mula?

Vallejo.

El lacayuelo quedó. Ah Grimaldico! Grimaldico! Como te has escapado de la muerte por dárteme á conocer, pero guárdate no vuelvas á dar el menor tropezoncillo del mundo, que toda la parentela de los Grimaldos no será parte, para que á mis manos ese pobrete espiritillo, que aun está con la leche en los labios, no me lo rindas.

Escena tercera.

Leonardo, gentilhombre.
Melchor Ortiz, simple.
Polo, lacayo.

Melchor.

Oh! gracias á Dios, que me le deparó! Parécele que ha sido buena la burla? Esta es la compañía que me prometió de hacer antes que saliésemos de nuestra tierra y lo que mi señora le rogó?

Leonardo.

Qué fue lo que me rogó? que no me acuerdo.

Melchor.

No le rogó que me hiciese buena compañía?

Leonardo.

Pues que mala compañía has tú de mí recibido en esta jornada?

Melchor.

Fíase un hombre en él pensando luego daremos la vuelta, y á unas siete horas que anda hombre como perro rastrero, ni á mal ni á bien, no le he podido dar alcance.

Leonardo.

No podíades dar la vuelta á la posada temprano ya que no me hallabais?

Melchor.

Acabe ya: tenia yo blanca para dar al pregonero?

Leonardo.

Y para qué al pregonero, acémilon?

Melchor.

Para que me pregonara como á bestia perdida, y asi de lance en lance me adestrara donde á vuesa merced le habian aposentado.

Leonardo.

Qué tan poco habilidad es la tuya que á la posada no atinas?

Melchor.

Pues si atinara, habia de estar agora por desayunarme?

Leonardo.

Qué no has comido? es posible?

Melchor.

Calle! tengo el buche templado como halcon cuando le hacen estar en dieta de un dia para otro.

Leonardo.

Como diablos te perdiste esta mañana?

Melchor.

Como vuesa merced iba ocupado hablando con aquel amigo, que no fue hombre sino azar para mí, yo desviéme un poco pensando que hablaba de secreto, y no mas cuanto doy la vuelta á ver una tabla de pasteles que llevaba un muchacho en la cabeza, atraviesan á mí otros dos (que verdaderamente el uno parecia á

vuesa merced en las espaldas) y los dos cuélanse dentro en la seo á oir una misa que decian que duró hora y media. Yo contino allí detras pensando que era vuesa merced, y cuando se volvió á decir el *bena licamus dolime* que responden los otros *don grafilas*, lleguéme á aquel que le parecia y díjele: Ea, señor! habemos de ir á casa? el que vuelve la cabeza y me vé, dijo: conócesme tú, hermano?

Leonardo.

Oh quien te viera!

Melchor.

Yo que veo el preito mal parado, acudo á las puertas para volverle á buscar, y por mis pecados que siempre andan haciéndome gestos, hállolas todas cerradas.

Leonardo.

Cual andarias!

Melchor.

Yo diré que tal. Ha visto vuesa merced raton caido en ratonera, que buscando por do soltarse anda dando topetadas de un cabo á otro para huir?

Leonardo.

Sí, he visto algunas veces.

Melchor.

Pues ni mas ni menos andaba el sin ventura de Melchor Ortiz, hasta que fortuna me deparó á una parte una puertecilla por do ví salir algunas gentes que se habian quedado rezagadas á oir aquella Misa que era la postrera. Pero vamos, señor, si habemos de ir.

Leonardo.

Adonde?

Melchor.

Dizque adonde: á casa.

Leonardo.

Á casa? y á qué á tal hora?

Melchor.

Señor, para tomar por la boca un poco de orégano y sal.

Leonardo.

Para qué sal y orégano?

Melchor.

Para echar las tripas en adobo.

Leonardo.

Como?

Melchor.

Señor, ya ellas estan vinagre de pura hambre: con el orégano y sal ternán con que sustentarse si le parece á vuesa merced.

Leonardo.

Pues agora no puede ser. Anda acá conmigo, que Valiano, que es señor de aqueste pueblo, con quien yo agora de nuevo he asentado, está en vísperas y téngole de acompañar, y oirás las mas solenes voces que oiste en toda tu vida.

Melchor.

Vamos, señor, en horabuena, pero si oir voces se pudiese escusar recibiria yo señaladísima merced.

Leonardo.

Ah don traidor! agora pagareis lo que al cuartaguillo hecistes estar ayuno: ah, acordaisos?

Melchor.

Pues pecador fui yo á Dios, hiciérame pagar vuesa merced el pecado donde cometí el delito, y no donde asi me puedo caer á una cantonada desas que no hallaré quien me diga: qué has menester.

Leonardo.

Ora suso, toma toda esta calle adelante y pregunta por el hostal del lobo. Cata aqui la llave y come tú de lo que hallares en el aposento, y aguárdame en la posada hasta que yo vaya.

Melchor.

Agora va razonablemente el partido de Melchor: pero no sabríamos lo que sobró para mí?

Leonardo.

Camina que yo aseguro que no quedarás quejoso.

Melchor.

Yo voy, quiera Dios que ansi sea.

Polo.

Guarde Dios al gentilhombre.

Leonardo.

Vengais norabuena, mancebo.

Polo.

Dígame, es vuesa merced un estrangero que llegó los dias pasados á este pueblo en compañía del mayordomo de aquesta tierra?

Leonardo.

Yo creo que soy por quien preguntais: mas porqué lo decis?

Polo.

Porque anoche sobre mesa trataron de la habilidad suya, y asimismo como era vuesa merced muy gentil escribano y excelente contador. Finalmente que seria mucha parte su buena habilidad, para entender y tratar en el oficio de secretario de Valiano mi señor. Porque como hasta agora sea mozo y por casar, no tiene copia cumplida de los oficiales que á su estado y renta conviene. Holgara yo que vuesa merced quedase en esta tierra y en servicio del señor della, por ser uno de los virtuosos caballeros que hay en estas partes.

Leonardo.

Holgara por cierto de quedar, porque aquese caballero y yo nos topamos una jornada de aqui, y sabiendo la voluntad mia que era estar en servicio de un señor que fuese tal, él por la virtud suya me ha encaminado á esta tierra. Asimismo como de mi cosecha no tengo habilidad ninguna, sino es aqueste escribir y contar, que cuando niño mis padres (que en gloria sean) me enseñaron, acordaria aquese gentilhombre de dar aviso á vuestro señor de mí, por ver si para su servicio fuese suficiente y habil.

Polo.

Por cierto, señor, que se muestra en él bien, que debe de ser persona en quien habrá mas que dél se dice. Pero yo creo que andan por la villa en busca suya: vuesa merced vaya á palacio adonde le estan aguardando, que no será razon dejar pasar tan buena coyuntura, sino hacer hincapie, que todos le seremos prestos para su servicio.

Leonardo.

Muchas gracias: yo lo agradezco, voyme.

Polo.

Vaya con Dios.

Escena cuarta.

Valiano, señor de baronías.
Leonardo, gentilhombre.
Vallejo, lacayo.

Valiano.

La causa, Leonardo, porqué á tal hora conmigo te mandé que apercibido con tus armas salieses, no fue porque yo viniese á cosa hecha, sino solamente por comunicar contigo aquel negocio que ayer me comenzaste á apuntar, y por eso te he traido por

calles tan escombradas de gentes. Solamente á Vallejo el lacayo dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar á esa cantonada, para que con su gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espiados.

Leonardo.

Vallejo!

Vallejo.

Ado los? donde van? mueran los traidores!

Valiano.

Paso, paso! á quien has visto? qué te toma?

Vallejo.

Ah, pecador de mí, señor! á qué efecto has salido á poner en peligro tu persona? Véte, señor, á acostar y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca á cazar gaviluchos á los robles de Muchualon.

Valiano.

Válate el demonio! no aseguras ese corazon? quien me habia de enojar en mi tierra, bausan?

Vallejo.

Oh, reniego de los aparejos con que cazan las tórtolas en la Calabria! y eso dices, señor? No ves que es de noche? Pecador soy á Dios, que á lo escuro todo es turbio. Á fe de bueno, que si no reconociera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

Valiano.

Á mí, traidor?

Vallejo.

No sino dormí sin perro. Es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos está el determi-

narme, y en las de aquel que afirmó el gran horizonte con los polos árticos y tantárticos, volver la de dos filos á su lugar.

Valiano.

Todo me parece bien, si no te emborrachases tan á menudo.

Vallejo.

Eres mi señor y tengo de sufrirte: mas á decírmelo otro no fuera mucho que estuviese con los setenta y dos.

Valiano.

Agora quédate ahí y ten cuenta que no nos espie nadie, que es mucho de secreto lo que hablamos.

Vallejo.

Á hombre lo encomiendas que aunque venga el de las patas de avestruz con todos sus secuaces dando tenazadas por esa calle, no bastará á mudarme el pie derecho donde una vez le clavare.

Valiano.

Asi conviene. Volvamos á nuestro propósito, Leonardo, y díme, aquesta hermana tuya despues de ser tan hermosa como dices, es honesta y bien criada?

Leonardo.

Señor, tú te puedes mejor informar que yo decirlo, porqué al fin como yo sea parte y tan principal, uo deberian mis razones ser admitidas como de otro cualquiera. La falta, señor, que yo le fallo es ser mi hermana, que en lo demas podia ser muger de cualquier señor de título segun su manera.

Vallejo.

Señor Leonardo!

Leonardo.

Qué hay, hermano Vallejo?

Vallejo.

Señor, parece que entendí que hablaban en negocio de mugeres, y si acaso es asi por los cuatro elementos de la profundísima tierra, no hay hoy dia hombre en toda la redondez del mundo que mas corrido esté que yo, ni con mas razon?

Valiano.

Como, Vallejo?

Vallejo.

Y habia, señor, á quien se pudiese encargar un negocio semejante como á mí?

Valiano.

De qué manera?

Vallejo.

Hay en toda la vida airada y en toda la máquina astrologal á quien mas sujecion tengan las mozas que á Vallejo tu lacayo?

Valiano.

Calla, villano!

Vallejo.

No te engañes, señor: que si conocieses lo que yo conozco en la tierra, aunque seas quien seas, pudiéraste llamar de veras bienaventurado si fueras como yo dichoso en amores.

Valiano.

Tú, qué puedes conocer?

Vallejo.

Malograda de Catalinilla la vizcaina, la que quité en Caliz de poder de Barrientos el sotacomitre de la galera del Grifo, que no andaba en toda el armada moza de mejor talle que era ella.

Leonardo.

Hermano Vallejo, cállate un poco.

Vallejo.

No lo digo sino porque hablamos de ballestas.

Valiano.

No callarás, dí!

Vallejo.

Ah, Dios te perdone, Leonor de Valderas! aquella digo á vuesa merced que era muger para dar de comer á un ejército.

Valiano.

Qué Leonor era aquesta?

Vallejo.

La que yo saqué de Córcega y la puse por fuerza en un meson de Almería, y allí estúvose nombrando por mia hasta que yo desjarreté por su respeto á Mingalarios, corregidor de Estepa.

Valiano.

Válate el diablo!

Vallejo.

Y corté el brazo derecho á Vicente Arenoso riñendo con él de bueno á bueno en los percheles de Málàga, el agua hasta los pechos.

Valiano.

Prosigue, Leonardo: que si ello es ansi como tú lo pintas, podrá ser que se hiciese por tí mas de lo que piensas.

Leonardo.

Señor, yo siempre recibí y recibo de tu mano mercedes sin cuenta, pero en cuanto á esta hermana mia, tú sabrás que es mas de lo que tengo dicho.

Vallejo.

Válame nuestra Señora del Pilar de Zaragoza! Ah, ladrones! ladrones! Leonardo, á punto, á punto!

Leonardo.

Qué es aquesto? qué has visto?

Valiano.

Quien son?

Vallejo.

Tente, tente, señor! no eches mano, que ya todos han huido. Ah, rapagones! en gurullada me vais! agradesceldo....

Leonardo.

Á quien?

Vallejo.

Yo me lo sé. Señor Leonardo, en dejando á nuestro amo en casa, quiero que vamos tú y yo á dar una escurribanda á casa de Bulbeja el tabernero.

Leonardo.

Para qué?

Vallejo.

Para verme con aquellos forasteros que por aqui han pasado, que segun soy informado no ha media hora que llegaron de Marvella y traen una rapaza como un serafin.

Valiano.

Qué dice ese mozo, Leonardo?

Leonardo.

No lo entiendo, señor.

Vallejo.

Diz que no lo entiende: sé que no hablo yo en algaravía. Veamos de cuando acá han tenido ellos atrevimiento de meter vaca en la dehesa sin registralla el dueño del armadijo.

Valiano.

Ora yo quiero, Leonardo, si te parece, dar parte desto á

algunas personas principales de mi casa, porque no digan que en un negocio como este me determiné sin dalles parte.

Leonardo.

Señor, á tu voluntad sea todo.

Vallejo.

Vamos, señor, que aqui tengo ciertas haciendas antes que amanezca.

Valiano.

Qué haciendas tienes tú, beodo?

Vallejo.

Señor, un negocio de hartos quilates de honra.

Valiano.

Veamos los quilates.

Vallejo.

Ya lo he dicho al señor Leonardo: cobrar unas blanquillas de ciertos jayanes que son venidos aqui á mofar de la tierra. Veamos de quien tomaron licencia, sin registrar primero delante de aqueste estival.

Valiano.

Sus, baste ya: tira adelante.

Vallejo.

Nunca Dios lo quiera, que mas guardadas van tus espaldas con mi sombra y seguro, que si estuvieras metido en la Mota de Medina y calada sobre tí la formidada puente levadiza con que la fuerza de noche se asegura.

E s c e n a q u i n t a.

Eufemia, dama.
Cristina, moza.
Valiano, señor de varonías.
Paulo, criado anciano.
Gitana.

E u f e m i a.

Cristina hermana: qué te parece del olvido tan grande como Leonardo, mi querido hermano, ha tenido en escribirme, que ya son pasados buenos dias que letra dél no he visto. Oh, ánimas del purgatorio bienaventuradas! poned en corazon á aquel hermano, que con sus letras ó con su persona me torne alegre y gozosa.

C r i s t i n a.

Calla, señora mia, no te fatigues, que no habrá podido mas, especialmente que quien sirve á otro pocas veces es de sí señor. Bien sé yo que á él no le faltará voluntad para hacello, sino que negocios por ventura mas árduos de aquel señor á quien sirve, le estorbarán de hacer lo que él querria. Asi, señora mia, no debes enojarte, que cuando no te pienses verás lo que deseas.

E u f e m i a.

Ay, amiga mia! Dios por su piedad inmensa lo haga de manera que con letras suyas esta casa nuestra sea contenta y alegre.

G i t a n a.

Paz sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada, Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, cara de siempre novia: daca, que Dios te hará prosperada y te dé lo que deseas, buena cara.

C r i s t i n a.

No podeis demandar desde allá fuera? Ay, señora mia, y qué

importuna gente! que en lugar de apiadarse la persona dellas y de su pobreza, las tiene odio segun sus importunidades y sus ahincos.

Gitana.

Calla, calla, garrida! dame limosna por Dios, y diréte la buenaventura que tienes de haber tú y tu señora.

Eufemia.

Yo? ay, cuitada! qué ventura podrá tener que sea próspera la que del vientre de su madre salió sin ella?

Gitana.

Calla, calla, señora honrada! por un dinerico aqui sabrás maravillas.

Eufemia.

Qué tiene de saber la que contino estuvo tan falta de consuelo, cuanto colmada de zozobras, miserias y afanes?

Cristina.

Ay, señora! por vida suya que le dé alguna cosa, y oigamos los desatinos que aquestas por la mayor parte suelen decir.

Gitana.

Escucha, escucha, pico de urraca! que más sabemos cuando querémos que nadie piensa.

Eufemia.

Acabemos: toma y dale aqueso y vaya con Dios.

Cristina.

Á buena fe, que antes que se vaya nos ha de catar el signo.

Eufemia.

Déjala y vayase con Dios, que no estoy agora desas gracias.

Gitana.

Sosiega, sosiega, señora gentil, ni tomes fatiga antes de su tiempo, que harta te está aparejada.

Eufemia.

Yo lo creo: agora sí habeis acertado.

Cristina.

No se entristezca, señora, que todo es burlas y mentira cuanto estas echan por la boca.

Gitana.

Y la esportilla de los afeites que tienes escondida en el almariete de las alcamonías es burla?

Cristina.

Ay, señora! que habla por la boca dél que arriedro vaya. Ansi haya buen siglo la madre que me parió, que dice la mayor verdad del mundo.

Eufemia.

Hay tal cosa? es posible aqueso?

Cristina.

Como estamos aqui: decí mas, hermana.

Gitana.

No querria que te corrieses por estar tu señora delante.

Cristina.

No haré, por vida de mi ánima: qué puedes tú decir que sea cosa que perjudique á mi honra?

Gitana.

Dasme licencia que lo diga?

Cristina.

Digo que sí y acabemos.

Gitana.

El par de las tórtolas que heciste creer á la señora que se las habian comido los gatos, donde se comieron?

Cristina.

Mira de qué se acuerda! aqueso fue antes que mi señor Leonardo se partiera desta tierra.

Gitana.

Asi es la verdad, pero tú y el mozo de caballos os las comistes en el descanso de la escalera. Bien sabes que digo en todo verdad.

Cristina.

Malograda me coma la tierra! si con los ojos lo viera no dijera mayor verdad.

Gitana.

Pues, señora, una persona tienes lejos de aqui que te quiere mucho, y aunque agòra esté muy favorecido de su señor, no pásará mucho que esté en peligro de perder la vida por una traicion que le tienen armada. Mas calla, que aunque sea todo pòr tu causa, Dios que es verdadero juez y no consiente que ninguná falsedad esté mucho tiempo oculta, descubrirá la verdad de todo ello.

Eufemia.

Ay, desventuráda hembra! por causa mia dices que se verá esta persona en peligro? Y quien podrá ser, cuitada, sino fuese mi querido hermano?

Gitana.

Yo, señora, no sé mas, pero pues en cosas que á tu criada se han dicho no ha habido mentira yo me voy, y si algo mas supiere yo te vendré á avisar: quedad con Dios.

Cristina.

Y de mí no me dices nada si seré casada ó soltera?

Gitana.

Muger serás de nueve maridos y todos vivos: qué mas quieres saber? Dios te consuele, señora!

Eufemia.

No me dices mas en mi negocio y asi me dejas dudosa de mi salud?

Gitana.

No sé mas que decirte, solamente que tu trabajo no será tan durable, que en el tiempo del mas fuerte peligro no lo resuelva prudencia y fortuna, que todos remanezcais tan contentos y alegres cuanto la misericordia divina lo sabe obrar.

Cristina.

Ay, amarga de mí! señora: y no ve que me dijo que diz que seria yo muger de nueve maridos y que todos estarian vivos? Ay, malaventurada fui yo! y como puede ser aqueso?

Eufemia.

Calla, déjame: que aunque todo cuanto estas dicen puede pasar por señalada burla, con lo que me ha dicho mas triste quedo y mas afligida que la escura noche. Entrémonos dentro.

Valiano.

Díme, Paulo? y es posible esto que me cuentas, que tú has estado en casa de aquella Eufemia, hermana deste alevoso y malvado de Leonardo, á quien yo en tanta alteza he puesto?

Paulo.

Digo, señor, que sí.

Valiano.

Y tú propio has dormido con ella en su mismo lecho?

Paulo.

Que yo propio he dormido con ella en su mismo lecho: qué mas quieres?

Valiano.

Agora, mi fidelísimo Paulo, resta de contarme del arte que con ella te pasó.

Paulo.

Señor, pasóme con ella aquello que pasa con las demas. No fue cierto menester dar muchas vueltas, antes ella de verme pasar por su calle y mirar á su ventana, me envió una criadilla que tiene llamada por mas señas Cristina.

Valiano.

Y la criada qué te dijo?

Paulo.

Si habia menester de aquella casa. Yo como lo sabia antes de agora, asi como yo habia dicho á vuesa merced que no era menester muchos casamenteros, coléme allá, especialmente que de otras vueltas la dama me conocia y me habia llevado mis reales. Quedéme aquella noche por huésped y asi otras tres adelante, y visto bien las señas de su persona, como yo, señor, prometí, vine á darte cuenta de lo que habia pasado.

Valiano.

En fin?

Paulo.

En fin que ella me dió para que me pusiese en el sombrero ó en la gorra, un pedazo de un cabello que le nace del hombro yzquierdo en un lunar grande, y por ser señales que el señor su hermano Leonardo y tu muy privado no puede negar acordé de traello: veslo aqui. Agora yo he cumplido con quien soy y con la fidelidad que como vasallo te debo. Tú, señor, ordena que ningun traidor se ria de tí, ni menos que otro se atreva de aconsejarte (siendo criado tuyo) en caso donde tan gran quilate pendia de honra.

Valiano.

No cures, Paulo, que bien entendido tengo yo dese traidor que en son de hacerme señalado servicio, queria dar deshonra á

esta antigua casa. Pero te prometo que no me pague esta traicion menos que con la vida, y que asimismo tú seas galardonado con grandes mercedes por tan señalados servicios.

Paulo.

Asi conviene, señor, porque el traidor sea por quien es conocido, y el bueno y leal por su fidelidad remunerado.

Escena sexta.

Eufemia, dama.
Cristina, moza.
Melchor Ortiz, simple.
Paulo, criado anciano.

Eufemia.

Ay! Cristina hermana, ven acá: aconséjame tú aquello que hacer debo, que de crueles angustias tengo aqueste afligido corazon cercado. Qué te diré, sino que despues que aquella gitana con nosotras estuvo, una hora sin mil sobresaltos no he vivido, porque aunque como en burlas tomé sus palabras, asi veo á los ojos sus desconsolados pronósticos.

Cristina.

Como, señora mia? Ay! por Dios no te vea yo triste, ni imagines tal, que si en alguna cosa por yerro aciertan, en dos mil devanean: porque todo cuanto hablan no es á otro fin sino por sacar de aqui y de allí con sus palabras lo mas que pueden, y pues aqueste es su oficio, no intentes, señora mia, lo que no cabe en juicio de discretos, dalles fe alguna.

Eufemia.

Ay, Cristina! yo bien tengo entendido que es asi como tú dices, pero qué quieres, si no puedo quitar de mí esta imaginacion!

Cristina.

Calla, señora: encomiéndalo todo á Dios, que es el remediador

de todas las cosas. Mas por el siglo de mi madre, hé aqui á Melchor Ortiz. Ah! Melchor hermano: tú seas muy bien venido! Qué nuevas traes á mi señora? qué tal queda señor?

Melchor.

Señor bueno está, aunque no le han hecho aquello que diz que le han de hacer.

Eufemia.

Qué le han de hacer? dílo presto.

Melchor.

Válame Dios! y no se acuite vuesa merced, que primero bien sé que le han de confesar, que ya lo ha dicho uno de aquestos que andan encapuchados.

Cristina.

Encapuchados? frailes querrás decir.

Melchor.

Sí, sí.

Cristina.

Y qué es lo que le han dicho, Melchor?

Melchor.

Que ordene su álima y que no será nada placiendo á Dios: que en despegándole aqueste de aquesto le sacarán de la cárcel.

Eufemia.

Ay! Cristina, yo me muero!

Cristina.

Callá, señora mia, no diga tal, que aqueste sin duda desvaría. No le conoce ya vuesa merced? Díjote algo señor? Dióte carta para mi señora?

Melchor.

Díjome que me morase acá, porque no queria que le sirviese ninguno despues de finado.

Cristina.

Como finado? qué dices?

Melchor.

Digo que no lo ha en voluntad que le finen, sino que se esté como se estaba con su gaznate y todo: pero él su camino ha de hacer.

Cristina.

Asno: háte dado alguna carta?

Melchor.

Oiste? asno á un hombre que puede ya dar consejo segun las viñas y almendrales que hay por ahí adelante?

Cristina.

Traes carta de tu señor? acaba, dílo.

Melchor.

No te dicen ya que sí? que diabros le toma?

Cristina.

Pues adola?

Melchor.

Mira, Cristina, lávame aquestos pies y zahúmame esta cabeza, y dame de almorzar y déjate de estar á temás conmigo.

Cristina.

Que te lave yo? Lávete el mal fuego que te abrase! daca la carta.

Melchor.

Mírela, señora, en esa talega.

Cristina.

No viene aqui nada.

Melchor.

Pues si no viene, qué quiere que le haga yo? téngome de acordar donde está por fuerza?

Eufemia.

Dácala, hijo, díme donde la traes por un solo Dios?

Melchor.

Señora, déjeme volver allá á preguntar á mi señor (si lo hallase por morir) adonde la puso y acabemos.

Eufemia.

Ay, cuitada! Mira qué es aquello que le blanquea en la caperuza?

Melchor.

Déjalo, dimuño! que es un papel entintado que me dió mi amo el que solia ser para señora.

Eufemia.

Ay! pecadora fui á Dios: pues qué es lo que te han estado pidiendo dos horas ha?

Melchor.

Pues aqueso es carta? yo por papel lo tenia. Tómela que por su culpa no se ha caido por el camino, que despues que la puso ahí el que (si place á Dios) han de finar la semana que viene, no me he acordado mas della que de la primera escudilla de gachas que me dió mi madre.

Eufemia.

Cristina, hija, lee tú esa carta, que no tendré yo ánimo ni aun para vella.

Cristina. (lee)

Sea dada en la mano de la mas cruel y malvada hembra que hasta hoy se ha visto.

Eufemia.

Para tí debe de venir, Cristina, segun las señas dicen.

Cristina.

Calla un poco. (*lee*) Carta de Leonardo para Eufemia. »Si de »las justas querellas que de tu injusta y abominable persona, Eu»femia, á Dios dar debo, de su mano divina el justo premio sobre »tí se ejecutase, no sé si seria bastante tu deshonestísimo é infer»nal cuerpo, á soportar lo que por sus nefandos é inauditos usos »merece. Cual ha sido la causa, maldita hermana, que siendo tú »hija de quien eres y descendiendo de padres tan ilustres (cuya »bondad te obligaba á regir en parte alguna) en tanta disolucion y »deshonestidad hayas venido, que no solo te des libremente à los »que tu nefando cuerpo codician, mas aun tanta parte á tus ena»morados das dél, que publicamente y en tela de justicia se mues»tran contra mí con cabellos del lunar de tu persona? De mí »cierta estarás que moriré por alabar á quien no conocia, pues ya »la sentencia del señor á quien contigo queria engañar, revocarse »no puede, que solo veinte dias de tiempo me han dado para que »yo ordene mi ánima y para sí algun descargo pudiere dar. Y »porque quejarme de tí sería derramar razones al viento, vive á »tu voluntad, falsa y deshonesta muger! pues yo sin debello pa»garé con la cabeza, lo que tú con tu disolucion ofendiste.»

Eufemia.

Qué es esto? qué es lo que oigo? desventurada de mí! qué deshonestidades tan grandes han sido las mias? quien es aquel que con verdad habrá podido, si no fuere con grandísima traicion y engaño, no solamente dar señas de mi persona pero ni aun verme, como tú sabes, por mil paredes?

Cristina.

Ay, señora mia! que si fatiga alguna mi señor tiene, yo he

sido la causa que no tú, y si me perdonares yo te diria lo que de aquesto alcanzo.

Eufemia.

Dí lo que quisieres: no dudes del perdon, con que me des alguna claridad de lo que en esta atribulada carta oigo.

Cristina.

Sabe pues, señora mia, que aunque yo te confiese mi yerro, no tengo tanta culpa en pecar de ignorancia como si por malicia lo hiciera.

Eufemia.

Dí, acaba ya, que no es tiempo de estar gastando tanto en palabras: dí lo que hay, no me tengas suspensa, que muero por entenderte.

Cristina.

Sabe, señora mia, que en los dias pasados un hombre como estrangero me pidió por tí, diciéndome si seria posible poderte ver ó hablar. Yo como viese tu grande recojimiento, díjele que lo tuviese por imposible y él fue tan importuno conmigo que le dije las señas de toda tu persona, y no contento con esto hizo conmigo que te quitase una parte del cabello que en el lunar del hombro yzquierdo tienes. Yo no pensando que hacia ofensa á tu honra ni á nadie, tuve por bien, viéndolo tan afligido, de hurtártelo durmiendo, y asi se lo dí.

Eufemia.

No me digas mas, que algun grande mal debe de haber sucedido sobre ello. Vamos de aqui, que yo me determino de ponerme en lo que en toda mi vida pensé, y dentro del término destos veinte dias ir allá lo mas encubiertamente que pueda. Veamos si podré en algo remediar la vida deste carísimo hermano, que sin saber la verdad tantas afrentas y tantas lástimas me escribe.

Cristina.

Si tú aqueso haces y en el camino te apresuras, yo lo doy todo con el auxilio divino por remediado: vamos.

Melchor.

Y yo tengo de ir allá?

Cristina.

Sí, hermano, pues quien nos habia de servir por el camino sino tú?

Melchor.

Pardiez, aunque hombre hubiese de aprender para hacer cartas de mareage, no le hiciesen atravesar mas veces este camino: pero vaya.

Paulo.

Oh, cuan bien van los negocios mios y que bien he sabido valerme! Oh, qué astucias he tenido para desprivar á este advenedizo de Leonardo! Oh, cuan alegre me ha hecho la fortuna y que largo crédito he cobrado con Valiano! Bien está, que pocos son los dias que le faltan de cumplir de la dilacion que le pusieron para que de sí diese descargo alguno si lo tenia. Qué hombre habrá en toda esta tierra de mas buena ventura que yo, en haciendo justicia de aqueste? Y no tengo mal testigo en Vallejo, lacayo, pues por interese de dos doblas que le prometí en el camino cuando conmigo fue, dice que se matará con todos cuantos dijeren al contrario de lo que tengo dicho. Mas vóime, que no sé quien viene.

Escena séptima.

Polo, lacayo.
Eulalia, negra.

Polo.

Oh, bendito sea Dios que me ha dejado escabullir un rato de aquel importuno de Valiano mi señor, que no parece sino que todo el dia está pensando en otro sino en cosas que fuera de pro-

pósito se encaminan. Agora yo estoy asombrado como Leonardo, á los ojos de todos tan honrado y cuerdo mozo, lo quisiese asi engañar con darle á entender que su hermana fuese tan buena que para ser muger suya le faltase nada. Con su pan se lo coma! qué gran priesa le dan ya para que pague con la gorja lo que pecó con la lengua. Dios me guarde de ser entremetido! Acá me quiero andar siguiendo mi planeta, que si aquesta mi Eulalia se va conmigo como me tiene prometido, yo soy uno de los bienaventurados hombres de todo mi linage. Ya estoy á su puerta: en este aposento sé que duerme. Qué señas haré para que salga? Oh, bien va, que aquella que canta es.

Eulalia. (canta)

Gila Gonzalé
de la villa yama,
no sé yo madrés
si me labriré.
Gila Gonzalé
yama de la torre
abrímela vos
fija Yeonore.
Porque lo cabayo
moja la balcone,
no sé yo madrés
si me labriré.

Polo.

Ah, señora mia Eulalia! ah señora! que embebida está en su música.

Eulalia.

Jesus! ofrezcomel á Dios turo poreroso, criador na cielos é na tierras.

Polo.

Ha, señora Eulalia, no te alteres, que el que te llama no desea sino hacerte todo servicio.

Eulalia.

Parécete á vos que eso da bon gemplos á la ventana de un dueña honradas y recogidas coma yo? facer aqueya cortesía á tal horas?

Polo.

No me debe haber conocido. Ha, señora Eulalia!

Eulalia.

Malaños para vos! y parécete bien á la fija de la hombres honrados facer cudolete á la puta agenas?

Polo.

Oh, pecador de mí! asómate, señora Eulalia, á esa ventana y verásme y sabrás de cierto quien soy.

Eulalia.

Quien esá ahí? Jesu! ó la voz me la miente ó sa aqueya que yama mi siñor Poyos.

Polo.

Oh, bendito aquel que te dejó entender.

Eulalia.

Ay, siñor mios! á tal horas?

Polo.

Señora mia, por una pieza como vuesa merced, aun no es temprano para servilla.

Eulalia.

Pues á bona fe, que sa la persona de mala ganas.

Polo.

Que la guarde Dios! y de qué?

Eulalia.

Siñor, preséntame la siñora doña Ydoza, un prima mia, una bojetas de lejías para rubiarme na cabeyos, y como yo sa tan delicara despójame na cabeza como nas ponjas: pienso que tenemos la mala ganas.

Polo.

Válame Dios! y no hay remedio para eso?

Eulalia.

Sí, sí, guáreme Dios: ya menvia á visitar la siñora nabadesa de la monja sancta Pabla, y me dice que menviará una malacina pára que me le quita como la manos.

Polo.

Pues agora te pones á enrubiar?

Eulalia.

Porqué no? no tengo yo cabeyo como la otro?

Polo.

Sí cabello y aun á mis ojos no hay brocado qúe se le compare.

Eulalia.

Pues buena fe que ha cinco noche que face oracion á siñor Nicolas Tramentinos.

Polo.

San Nicolas de Tolentino querrás decir: y para qué haces la oracion, señora?

Eulalia.

Quiere casar mi amos y para que me depares Dios marido á mi contentos.

Polo.

Anda, señora, y como agora haces aqueso? no me has prometido salirte conmigo?

Eulalia.

Y como, siñor, no miras mas quesos? parécete á vos que daba yo bon gemplos y cuenta de mi linages? Qué te dirá cuantas siñoras tengo yo por mi migas nesta tierras?

Polo.

Y la palabra, señora, que me has dado?

Eulalia.

Siñor, ó na forza ne va nerrecho se pierde: honra y barbechos no caben sacos.

Polo.

Pues qué honra pierdes tú, señora, en casarte conmigo?

Eulalia.

Ya yo lo veo, siñor: mas quiero vos sacarme y napues perdida na tierra. Que te conozco!

Polo.

Mi reina, pues aqueso me dices! No te podria yo dejar que primero no dejase la vida.

Eulalia.

Ah, traidoraz! dolor de torcija que rebata tolo rombres! á otro gueso con aquese perro, que yo ya la tengo rozegados.

Polo.

Con verdad, señora, que te engañas: pero díme, con quien te querian casar?

Eulalia.

Yo quiere con un cagañeros: dice mi amo que no, que mas quiere con unos potecarios. Yo dice que no: dice mi amo, cuya fija que quien tenga loficio tenga la maleficio.

Polo.

Pues yo, no soy oficial?

Eulalia.

Quin ficios, señor Poyos?

Polo.

Adobar gorras, sacar manchas, hacer ruecas y husos, echar soletas y brocales á calabazas y otros mil oficios, que aunque agora

me ves servir de lacayo, yo te sustentaré á toda tu honra. No dejes tú de sacar con que salgamos la primera jornada, que despues yo te haré señora de estrado, de cama de campo y guadamacíes: qué quieres mas, mi señora?

Eulalia.

Agora sí me contenta: mas sabe que querer yo, siñor Poyos?

Polo.

No hasta que me lo digas.

Eulalia.

Que me compras una monas y un papagayos.

Polo.

Para qué, señora?

Eulalia.

Los papagayos para que enseñas á fablar en faula y lo mona para que la tengas yo á mi puertas como dueña destabro.

Polo.

De estrado querrás decir.

Eulalia.

Sí, sí, ya la digo yo: ma sabe que me falta rogar á mi siñora doña Beatriz, que me presa un ventayos para caminos.

Polo.

Para qué el ventalle, señora?

Eulalia.

Para poneme lantre la cara, porque si mira alguna conocida no me la conozcas.

Polo.

Señora, voyme ya, que toda la tierra está revuelta por ir á ver aquel pobre de Leonardo, que hoy mandan que se haga justicia dél.

Eulalia.

Ay, malogrados! por cierto que me pesas como si no fueras mi fijo: mas si marinas busca tome lo que baila.

Polo.

Adios, mi señora, que ya el dia se viene á mas andar y la gente madruga hoy mas que otros dias para tomar lugar, porque el pobreto, como era tan bien quisto de todos aunque estrangero, toda la gente irá para ayudalle con sus oraciones.

Eulalia.

Ay! amarga se vea la madre que le parió.

Polo.

Hasta mi amo Valiano le pesa extrañamente su muerte: mas aquel Paulo, que es el que trajo las señas de su hermana, le acusa valientemente, y ese le ha traido al término en que agora esta: adios.

Eulalia.

Lespíritu santos te guarda, mi ánima, y te libra entrutanto.

Polo.

Pese á tal con la galga! Yo la pienso vender en el primer lugar diciendo que es mi esclava, y ella póneseme en señoríos. Espántome como no me pidió dosel y trono en que poner las espaldas. No tengo un real, que piensa la persona sacárselo de las costillas, y demándame papagayo y mona.

Eulalia.

Siñor Poyos! siñor Poyos!

Polo.

Qué hay, mi vida?

Eulalia.

Traígame para mañana un poquito de mozaza y un poquito de trementinos de la que llaman de teta.

Polo.

De veta querrás decir: y para qué todo eso, señora?

Eulalia.

Para hacer una muda para manos.

Polo.

Que con esa color me contento yo, señora: no has menester ponerte nada.

Eulalia.

Asi la verdad, que aunque tengo la cara morenicas, la cuerpo tienes como un terciopelo dobles.

Polo.

Á ser mas blanca no valias nada. Adios, que asi te quiero yo para hacer reales.

Eulalia.

Guíate la Celestina, que guiábala toro la namorados.

Escena octava.

Eufemia, dama.
Cristina, moza.
Valiano, señor de varonías.
Paulo, criado anciano.
Vallejo, lacayo.

Cristina.

Señora, aqui estamos bien, porque en este lugar podrás aguardar que al tiempo que Valiano salga le digas lo que te parecerá.

Eufemia.

Aquel todopoderoso señor que sabe y entiende todas las cosas, declare y saque á luz una tan grande traicion, de suerte que la

verdad sea manifiesta, y aquel carísimo hermano libre, pues de tan falsa acusacion asi él como yo somos sin culpa.

Cristina.

Esfuérzate, señora, que á tiempo somos que descubrirá la verdad, de suerte que cada cuál quede por quien es reputado.

Eufemia.

Oye, que pasos suenan! gente sale y aquel de la mano derecha segun su manera, debe de ser Valiano, señor de todas aquestas tierras.

Cristina.

Ay, señora mia! y el que con él viene es el estrangero al que yo por su importunidad dí las señas de su merced y de su cuerpo.

Eufemia.

Calla, que hablando salen.

Valiano.

Díme, Paulo, está ya todo puesto á punto?

Paulo.

Señor, sí! que yo he puesto en ello la diligencia que conviene, para que el traidor pague y tú quedes sin queja.

Valiano.

Bien has hecho: mas qué gente es aquesta?

Paulo.

No las conozco: estrangeras parecen.

Vallejo.

Voto á tal, que la delantera parece moza de chapa: desde aqui la acoto para que coma en el plato en que come el hijo de mi padre.

Eufemia.

Señor ilustre! estrangera soy, en tu tierra me hallo, justicia te pido!

Valiano.

Desto huelgo yo infinito que esté en mi mano haceros algun favor, que aunque no fuese por ser estrangera, vuestro arte y buen asco provocan á cualquiera á haceros todo servicio: asi que demandad lo que quisieredes, que cuanto á la justicia que pedis nada se os negará.

Eufemia.

Justicia, señor, que malamente soy ofendida!

Valiano.

Ofendida y en mi tierra? cosa es que no soportaré.

Vallejo.

Suso, señor! armémonos todos los de casa y dáme á mí la mano: verás cuan presto revuelvo los rincones desta ciudad y la hago sin querella.

Valiano.

Calla, Vallejo! Decidme, señora, quien es el que ha sido parte para enojaros?

Eufemia.

Señor, ese traidor que cabe tí tienes.

Paulo.

Yo? burlais de mí, señora? ó quereis pasar tiempo con las gentes?

Eufemia.

No me burlo, traidor! que de muchas veces que dormiste conmigo en mi cama, la postrera noche me hurtaste una joya muy rica debajo la cabecera de mi cama.

Paulo.

Que es lo que decis, señora? Por otro quizá me habreis tomado, que yo no os conozco ni sé quien sois. Como me levantais cosa que en toda mi vida tal pensé hacer?

Eufemia.

Ha, don traidor! No te bastaba aprovecharte de mi persona como te has aprovechado, sino aun robarme mi hacienda?

Valiano.

Paulo, responde: es verdad lo que aquesta dueña dice?

Paulo.

Digo, señor, que es el mayor levantamiento del mundo: ni la conozco, ni la ví en mi vida.

Eufemia.

Ay, señor! que lo niega ese traidor por no pagarme mi joya.

Paulo.

No llameis traidor á nadie, que si traicion hay vos la traeis, pues afrentais á quien én su vida os ha visto.

Eufemia.

Ay, traidor! qué tú no has dormido conmigo?

Paulo.

Que digo que no os conozco, ni sé quien sois.

Eufemia.

Señor, tómenle juramento, que él dirá la verdad.

Valiano.

Poné la mano en vuestra espada, Paulo.

Paulo.

Que juro, señor, por todo lo que se puede jurar, que ni he dormido con ella, ni sé su casa, ni la conozco, ni sé lo que se habla.

Eufemia.

Pues, traidor, oigan tus oidos lo que tu infernal boca ha dicho, pues con tus mismas palabras te has condenado.

Paulo.

De qué manera?

Eufemia.

Dí, desventurado, si tú no me conoces, como me has levantado tan grande falsedad y testimonio?

Paulo.

Yo testimonio? loca está esta muger.

Eufemia.

Yo loca? Digo que has dicho que has dormido conmigo.

Paulo.

Yo he dicho tal? Señor, si tal hay, por justo juicio sea yo condenado y muera mala muerte á manos del verdugo delante de vuestra presencia.

Eufemia.

Pues si tú, alevoso, no has dormido conmigo, como hay tan grande escándolo en esta tierra por el testimonio que sin conocerme me has levantado?

Paulo.

Anda de ahí con tu testimonio ó tus necedades!

Eufemia.

Dí, hombre sin ley! no has tú dicho que has dormido con la hermana de Leonardo?

Paulo.

Sí, yo le dicho y aun traido las señas de su persona.

Eufemia.

Y esas señas como las huviste? Si tú, traidor, me tienes delante que soy la hermana de Leonardo, como no me conoces, pues tantas veces dices que has dormido conmigo?

Valiano.

Aqui hay gran traicion, segun voy entendiendo.

Cristina.

Hombre sin ley! tú no me rogaste que te diese las señas de mi señora, aunque agora por venir disfrazada no me conocias? Y viendo tu fatiga tan grande, le corté un pedazo de un cabello que en el hombro yzquierdo tiene y te lo dí, sin pensar que á nadie hacia ofensa.

Valiano.

Ah, don traidor! que no puedes negar la verdad, pues tú mismo por tu boca la has confesado.

Vallejo.

Afuera hay cantos, mosca de Arjona! tambien me queria el señor coger en el garlito.

Valiano.

De qué manera?

Vallejo.

Rogóme en el camino cuando fuimos con él, que testificase yo como él habia dormido con la hermana de Leonardo, por lo cual me habia prometido para unas calzas, y hubiérame pesado si en lugar de calzas me dieran un jubon de cien ojetes.

Valiano.

Suso, tomen á este alevoso y pague por la pena del talion. Qué bien sabia yo lo que en mi fiel Leonardo tenia! Sáquenle de la prision y sea luego restituido en su honra, y á este traidor córtenle luego la cabeza en el lugar que él para mi Leonardo tenia aparejado.

Vallejo.

Que se hará, señor mio, luego su mandamiento.

Valiano.

Y esa señora noble, pues tan bien supo salvar la vida de su hermano, quede en nuestra tierra y por señora dellas y mia, que

aun no pienso pagalle con todo aquesto la tribulacion que su hermano en la cárcel y ella por le salvar han padecido.

Vallejo.

Señor, *in corbona* es: ya está el levantador de falsos testimonios, el desventurado de Paulo en poder del alcalde con todos aquellos cumplimientos que vuesa merced me mandó.

Valiano.

Suso, córtense libreas á todos los criados de mi casa, y vos, señora mia, dadme la mano y entremos a yantar, que yo quiero que vos y vuestro hermano comais juntamente conmigo por tan sobrado regocijo y despues hacer lo que debo, en cumplimiento de lo que á Leonardo habia prometido.

Eufemia.

Como tú, señor, lo mandares seré yo la dichosa.

Vallejo.

Abrazado va mi amo con la rapaza. Pero yo soy el mejor librado deste negocio, pues me escapé de arrecatar una centena por testigo falso. — Auditores, no hagais sino comer y dad la vuelta á la plaza, si quereis ver descabezar un traidor y libertar un leal y galardonar á quien en deshacer tal trama ha sido solícita y diligente. *Et vale.*

---

20. Comedia Armelina.

Escena primera.

Pascual Crespo, herrero.
Ines García, su muger.
Mencieta, mozuela.
Armelina, dama.

Pascual.

En el nombre sea de Dios todopoderoso. Siempre el pie derecho delante y para que el demonio no pueda empecerme, quiero santiguarme y encomendar mi persona y toda mi casa al hacedor supremo. Mas como no se rodea mi gente en hacer hacienda? todos duermen en Zamora. Guadalupe, ah Guadalupe! tal te quiero crespa y ella era tiñosa. Ines García, muger! Oh, qué gran trabajo tiene el oficial que el dia de hoy ha de sustentar casa y familia, especialmente con un oficio como este mio, que para ganar medianamente la comida es menester madrugar y aun, ojalá, baste! Ines García! oislo?

Ines.

Ya os tengo oido: qué quereis? comenzais de mañana á alborotar los vecinos, gruñidor!

Pascual.

Asómaos ahí, que es medio dia y no hay pelo de hacienda hecha en toda la casa.

Ines.

Jesus, Jesus! líbreme Dios de mal hombre y de mala muger y de falso testimonio, sino ha mas de dos horas que ando por este entresuelo.

Pascual.

Pues acabad, llamadme esta gente, hágase lumbre y enciéndase luego esa fragua! Comenzarse ha á hacer hacienda, y abro-

cháos esos pechos, que no pareceis sino verdaderamente la entenada del miércoles corvillo.

Ines.

Ya, ya, maten aquel gazapo! Para qué es nada deso? Al cabo de cuarenta y dos años de casamiento le parezco entenada del miércoles corvillo. Pues ansi parezca yo ante faciem angelatus, como yo creo que os debo de parecer bien.

Pascual.

Sí, sí, como es niña no me maravillo.

Ines.

Pues no por los muchos años, sino que trabajos me hicieron encanecer temprano.

Pascual.

Tal se ha de creer de vos. Haced pues levantar esa gente y dejémonos de entender en cosas de poca importancia.

Ines.

No lo digo sino por las edades, que aun el cura que me bautizó pudiera agora ser vivo, sino se muriera el año de la langosta.

Pascual.

Callá ya: pueden asombrar con ella los muchachos como con la paparasolla: hacernos ha encreyente que añubla.

Ines.

No en buena fe, marido, sino que se me cayó temprano la dentadura, que de otra manera en mi ánima tan fresco tuviera yo mi rostro como una albahaca. Mencieta, ah Mencieta!

Mencieta.

Ya voy, señora.

Ines.

Es hora, dueña? aguardad que entre el sol por los resquicios.

Mencieta.

Jesus, héme aqui! Qué manda?

Ines.

Qué hace Armelina, mi hija?

Mencieta.

Acabó anoche aquella gorguera y aun no hay una hora que se acostó.

Pascual.

Has encendido lumbre?

Mencieta.

Aqueso queria hacer.

Pascual.

Qué hace Guadalupe?

Mencieta.

Guadalupe, señor? mi ánima fuese con la suya.

Pascual.

Como? qué tiene?

Mencieta.

Bien será menester una trompeta bastarda para que recuerde.

Pascual.

Pensé que tenia mal alguno, que ya me habias alterado.

Mencieta.

Tal mal pase por Mencieta.

Pascual.

Qué nunca te ves tú harta de dormir? eso te falta.

Mencieta.

Calle, que no ha cerrado la persona el ojo cuando ya tiene el despertador á los oidos, como quien se ha de levantar á tomar purga ó velar novios.

Ines.

Mencieta, Mencieta!

Mencieta.

Señora, señora, apriesa que repican á fuego: no nos deje Dios reposar, amen!

Ines.

Donde pusiste el tabaque de la yesca?

Mencieta.

Encima del banco de la herramienta.

Ines.

Ay amarga de mí! Jesus, Jesus! sino me he echado todo el candil encima. Plegue á Dios que á quien aqui te puso, malos padrastos y mal panarizo le nazcan en las manos.

Pascual.

Con quien lo habeis?

Ines.

Aosadas, Mencieta, si tú no me lo pagares, no me tengas por hija de Anton Ramirez Ruiz Alvarez Alonso de Pisano Ureña de Pimentel.

Pascual.

Encarrillárades mas nombres, la de los misterios.

Ines.

Bien los puedo poner, pues mi padre (que santa gloria haya) fue cuestor, que en cada lugar se ponia su nombre.

Pascual.

Y el Pimentel, de donde le vino?

Ines.

Ay dolor de mí! de la pimienta que vendió en esta vida siendo especiero tres años dos meses y medio y cinco dias. No veis vos que de pimentibus sale Pimentel?

Armelina.

Buenos dias les dé Dios.

Ines.

Jesus, hija Armelina! á qué te has levantado tan de mañana?

Armelina.

En toda esta noche no he pegado mas los ojos que agora.

Ines.

Ay, amarga! y de qué?

Armelina.

Esta cabeza parece verdaderamente que se me parte en dos partes.

Pascual.

Que no será nada.

Ines.

Ya, ya, de la lejía que debia estar fuerte. Zahúmate, hija, con un poco de romero y de ruda: tambien es bueno el azafran aromado en ayunas con el agua de filibus cepa. Llégate acá, hija: santiguarte he esta cabeza. En el nombre sea de Dios: que no empezca el humo ni el zumo, ni el redrojo ni el mal ojo, toro bisco ni lantisco, ni ñublo que traiga pedrisco. Los bueyes se apacentaban y los ánsares cantaban: pasó el ciervo prieto por tu casa, de cabeza rasa y dijo: no tengas mas mal que tiene la corneja en su nidal: asi se aplaque este dolor, como aquesto fue hallado en banco de un tundidor. Calla, hija, que no será nada con la ayuda de Dios.

Pascual.

Suso, que es medio dia: entrad, oislo, á hacer levantar ese mozo y comienzen á andar esos fuelles.

Ines.

Ya voy, marido.

Pascual.

Yo tambien quiero entrarme, que si yo no ando en todo, maldita la hacienda que se haga.

Armelina.

Yo aqui quiero quedarme, señor.

Pascual.

Quedá enhorabuena, y tú, Mencieta, porque le tengas compañía.

Escena segunda.

Armelina, dama.
Mencieta, mozuela.
Guadalupe, simple.

Mencieta.

Ay, señora! en mi ánima si pensé que acabara hoy su madre: Jesus! y qué ha encaramado de disparates!

Armelina.

Ansi son aquestos viejos. Yo por reir dije que me dolia la cabeza y por oir aquellas vejezes.

Mencieta.

Y qué estudiado que lo tiene!

Armelina.

Dice lo que á la boca se le viene y como ya caduca en edad, habla mas que sabe.

Mencieta.

Estotra mañana estaban hablando mi señor y mi señora muy en secreto, y no pensando que yo los escuchaba decian no sé qué de vuesa merced.

Armelina.

De mí? y qué?

Mencieta.

Pues dáme albricias.

Armelina.

Buenas serán: qué hay?

Mencieta.

Que segun parece andan por casarte.

Armelina.

Todo eso era? En mi pensamiento estan: y con quien?

Mencieta.

Con un hombre muy honrado, con el zapatero que enviudó estotros dias.

Armelina.

Yo te creo, que mi ventura es tal, que aun para lo que yo merezco es muy alto casamiento aquese. Mas calla que gente viene.

Guadalupe.

Agora no creais sino el que arriedro vaya ordena unas cosas que no puedo entender donde diabros las añazga ó las arguye, que estoy en pie y no atino mas á abrir los ojos que si nunca los tuviera. Válame el santo que está entre Frejenal y Almaden! Á él me ofrezco y le prometo unos ojos de la color destos mios, de cera pez ó estopa ó de miel de cerato. O desventurado de mí! si los puedo tener abiertos dos cantos de melon que luego no se friegan como bolsicon de echar aguinaldo. En fuerte punto me parió mi padre si me tengo de quedar ansi!

Mencieta.

Qué es eso, Guadalupe?

Guadalupe.

Eres tú, Mencieta?

Mencieta.

Sí, hermano: de qué te vas lamentando?

Guadalupe.

No ves, hermana, que apenas abro los ojos cuando luego se me caen las compuertas como póstigo de golpe á puerta caladiza de portal?

Mencieta.

El asno aun se debe venir todavía durmiendo y no atina.

Guadalupe.

Ansi viva Alonso el porquerizo de Medellin, el tio de mi muger, como es eso: debe de ser de herencia que mis pecados grandes me han dado.

Mencieta.

Qué darias por sanar?

Guadalupe.

Qué? toda una semana prometeria al Abad de Monserrate dormir en pie y vestido como mi madre me parió.

Mencieta.

Mucho es eso.

Guadalupe.

Pardiez que por sanar no aborreciese estarme dos horas y media sin desayunarme, sino fuese de pan, ó de alguna cocina ó algo semejante.

Mencieta.

Duélente los ojos?

Guadalupe.

Que no: dólos al diabro, sino que se añublan de suyo.

Armelina.

Será de sueño.

Guadalupe.

Y si es lo que vuesa merced dice, hay remedio, señora?

Armelina.

Preguntáselo á Mencieta.

Guadalupe.

Mencieta hermana, sabes tú algo para contra ojos adormidos?

Mencieta.

Mil medecinas hay.

Guadalupe.

Mil? díme un par dellas.

Mencieta.

Para qué un par?

Guadalupe.

Para cada ojo la suya.

Mencieta.

Dices bien: aguarda un poco. Tápate muy bien los ojos con las manos, que no veas cosa ninguna.

Guadalupe.

Estoy bien?

Mencieta.

Sí; vuélvete agora de espaldas y si algo te doliese no hables, que te quedarás ciego por todos los dias de tu vida.

Guadalupe.

Haz, que yo callaré hasta que tú me lo mandes.

Mencieta.

Estáte quedo, tonto!

Guadalupe.

No ahí, Mencieta, no ahí: está el mal en los ojos y enjálmasme las espaldas.

Mencieta.

Pues de ahí te va la salud á los ojos.

Guadalupe.

Bueno creo que estaré ya, Mencieta.

Mencieta.

Pienso que sí.

Guadalupe.

Plegue á Dios no sea de menester alguna sangría, que mucho me duele aqueste enjalmo que me pusiste: de qué era, por tu vida?

Mencieta.

De un poco de enjundia de gallina y otro poco de levadura.

Guadalupe.

Demasiado levadura pusiste.

Mencieta.

Porque?

Guadalupe.

Porque era muy duro aquel emplastro.

Mencieta.

Y agora puedes bien abrir los ojos?

Guadalupe.

Sí, pero es menester rogar á Dios que los pueda volver á cerrar, que pardiez como el cocimiento de tu melecina está en las costillas, los ojos me hace tener como candelas y aun será maravilla que no me acuda despues el sueño en una quinzena de dias.

Mencieta.

No es mucho.

Guadalupe.

Mira, Mencieta, aunque otra vez me veas ciego y rezar oraciones, no me cures.

Mencieta.

Mirá que mercedes! hacer bien á semejantes!

Guadalupe.

Dó al diabro aquesas semejanzas. Sé que otras veces me han curado á mí, mas tú tienes muy pesada mano, y te consejo que cuando grande no tomes oficio de casamentera.

Mencieta.

Porqué?

Guadalupe.

Porque no es mucho que dure un casamiento hecho de tu mano mas que la memoria del Cid Rui Diaz.

Armelina.

Enfin que ya vas sano.

Guadalupe.

Dad al diabro tal sanidad, señora, cuando comienza otra dolencia de nuevo.

Mencieta.

Bueno está eso: por no pagarme hacer agora esos entremeses.

Guadalupe.

Y qué entra en una melecina desas?

Mencieta.

Mas de real y medio.

Guadalupe.

Real y medio? Barato es si se me aflojase esto de las costillas: y que me durará este escocimiento?

Mencieta.

Hasta que gaste el humor, que será quince ó veinte dias.

Guadalupe.

Dó al diabro tu cura, pues una modorra sana al catorceno cuando mucho, y dura una melecina de tu mano en sanar veinteno.

Mencieta.

Donde vas?

Guadalupe.

Á buscar quien me cure destos socrocios ó cataplasmos.

Mencieta.

Vé en buen hora y mira muy bien por allá fuera si algun amigo tuyo se quiere curar como tú has hecho.

Guadalupe.

No, no, Mencieta, no te pongas mas en ese oficio, que yo creo que no cobrarás muy buena fama con estos tus ensalmos: queda con Dios —

Armelina.

Maldita seas, que reirme has hecho.

Mencieta.

Entremos, que ya por las calles comienza á rebullir gente.

Escena tercera.

Diego de Córdova, zapatero.
Rodrigo, casamentero.
Mencieta, mozuela.
Guadalupe, simple.

Rodrigo.

Mirad, señor Diego de Córdova, yo os prometo de no partir mano del negocio hasta tenello concluido, ó perderé sobre ello la gorja. Ha os visto la señora desposada?

Diego.

Mil veces y aun con el otro vestido nuevo. Sino me desecha por este lobanillo que tengo: mas yo creo que no nos desavendremos. Qué os ha dicho Pascual Crespo su padre?

Rodrigo.

Él contento está: la moza no creo yo que se desagradará de vos, siendo como sois hombre honrado, de buena edad y fama, rico y demas desto buen oficial. Qué os falta?

Diego.

Y gentilhombre y bien vestido. Pardiez un jubon compré el otro dia cuando me quité el luto, que se lo podia poner el mejor de la villa.

Rodrigo.

Descubríos un poco la capa, que estamos cerca de su casa y podria ser ponerse la moza á la ventana.

Diego.

No que ahora vengo de revuelta.

Rodrigo.

Quítaos aquese delantal: daldo al diablo.

Diego.

Oh pecador de mí, á estar la señora en la ventana.

Rodrigo.

Téngoos yo vendido por el mas hermoso y político hombre que hay en toda esta tierra, y vos venis por la calle con aquesos argamandeles. Habeis os lavado la cara? Mira que manos para venir á vistas.

Diego.

Por cierto y por la verdad lavado me he, que el zumaque me tiene parado las manos desta suerte: mas la puerta abren y no sé quien sale.

Rodrigo.

Políos y hablad autorizadamente. No menteis cosa del oficio ni por pensamiento, que la moza aun no sabe que sois oficial.

Diego.

No, no, yo estaré sobre el aviso.

Guadalupe.

Y si no hallare huevos qué traeré?

Mencieta.

Traeras sardinas, como señor dijo, para que almuerze esa gente. Ay de mí, Guadalupe! cata el desposado.

Guadalupe.

Cual desposado, Mencieta hermana?

Mencieta.

Habla paso: el que pretende ser de la señora Armelina.

Guadalupe.

Y qué hace al caso que hable recio?

Mencieta.

Calla, que viene hácia acá.

Diego.

Guárdeos Dios, señora doncella!

Mencieta.

Yo beso las manos de vuesa merced.

Diego.

Donde bueno, hija mia?

Mencieta.

Conóceme vuesa merced por ventura?

Diego.

Y muy bien. No sois vos criada del señor Pascual Crespo el herrero?

Mencieta.

Sí, señor.

Diego.

Qué hace vuesa señora la moza?

Guadalupe.

En toda esta noche no ha podido reposar.

Diego.

Jesus, guárdela Dios! y de qué?

Guadalupe.

De pensar en vuesa merced.

Mencieta.

Calla, asno! en verdad, señor, que miente.

Diego.

Yo os aseguro que algo debe de ser cuando el mozo lo dice. Qué le parece, señor Rodrigo, si va la cosa desaviada?

Rodrigo.

Ansi es menester.

Diego.

Decí, hija, hanle dicho como me quiero casar con ella?

Guadalupe.

Pues de qué piensa que ha estado esta noche tan pensativa?

Diego.

Yo te creo.

Guadalupe.

Guárdenos Dios, señor.

Diego.

Y de qué, hijo, asi hayas ventura.

Guadalupe.

De qué, señor desposado? de amores.

Diego.

Qué, qué, de mí?

Guadalupe.

Bueno, sino de aquese devantal, que le han dicho que hace vuesa merced maravillas, y que es el mejor de echar un remiendo en un zapato que hay en todo su linage.

Diego.

Yo remiendo? por cierto que le han mentido. Soy negro oficial de obra prima! mirad que testimonio tan grande!

Guadalupe.

Sí, sí, ansi creo que le dijeron, y que en casa de vuesa merced ponen unas ollas por milagro.

Diego.

Como por milagro? De bien guisadas querrás decir.

Guadalupe.

No sino cuando en su casa se ponen lo pueden contar por milagro, porque no se acostumbran de poner sino de cuatro en cuatro meses como á tercio de alquiler de casa.

Diego.

Jesus! Jesus! tal le han dicho? Por mi conciencia que es levantamiento, sino dígalo el señor Rodrigo.

Guadalupe.

De lo que mas mi señora se ha enamorado es de su buena cara.

Diego.

Eso bien puede ser.

Guadalupe.

Es verdad que hablando el otro dia en vuesa merced, estándole alabando sus facciones, no faltó quien dijo: bendita sea tal cara, que en mi alma no parece sino boñiga de buey en mes de mayo.

Diego.

Quien dijo tal? Algun bellaco malicioso: que no se escapara hombre de malas lenguas!

Mencieta.

Déjele, señor, que devanea.

Guadalupe.

Qué devanea? Tú no oiste decir que en su poder ternia muy conservada la dentadura?

Diego.

En qué?

Guadalupe.

En estirar las piezas de los cordobanes con los dientes, y que tiene vuesa merced las manos tan conservadas de tratar las suelas, que parecen las coyunturas ñudos de guindo ó de alcornoque.

Diego.

Por eso tengo unos guantes para las fiestas. Hay tal cosa en el mundo?

Guadalupe.

Qué bien le deben de armar.

Diego.

Porqué no?

Guadalupe.

Sí, bien creo que le asentarán á vuesa merced como á la negra el afeite.

Mencieta.

Conocerá vuesa merced agora si está chacotero el mozo?

Diego.

Pues yo os prometo, don asno, que si os echo mano, que vos me lo pagueis, y que si vuestro amo no os castiga no me tenga por amigo.

Mencieta.

Vamos, diablo! señor, perdone.

Diego.

Perdóneos Dios, hija.

Guadalupe.

Señor desposado, no deje vuesa merced de feriar ese gesto á unos fuelles y hareis mas provecho á mi amo, y no os atrevais mas de pasar por nuestra calle, sino podrá ser que volvais cargado de leña seca, porque verde no la hay en casa.

Diego.

Aguarda, don tacaño!

Rodrigo.

Dejaldo, que no es de hacer caudal de quien no sabe lo que se dice mas que una alforja.

Diego.

Calle, señor! parécele que para un hombre que pretende lo que yo, es bien irle con semejantes razones?

Rodrigo.

Vos mismo dais ocasion á todo: políos, políos! Pecador de mí, que me parece Armelina la que está á la ventana.

Diego.

Blanquear veo: no sé si es ella.

Rodrigo.

Pues quien ha de ser. Fingid que soy vuestro mozo y preguntadme algo delante della, porque parezcais hombre de pundonor y no menteis cosa del oficio.

Diego.

Bien decís. Oyes, mozo!

Rodrigo.

Señor!

Diego.

Ven acá: aguija á casa de mi compadre Pero Alonso, que me

haga merced de aquellos contrahortes y aquellos cambariles, digo aquellas guarniciones para el zapato sobresolado.

Rodrigo.

Qué decis?

Diego.

Digo para el cuartago.

Rodrigo.

Sí haré, señor. Encomendaos, pecador de mí, que os destruís vos mismo.

Diego.

No habia mirado. Pusiste en cobro aquellas hormas?

Rodrigo.

En qué pensais?

Diego.

Quise decir aquellas almohadas.

Rodrigo.

Tantas almohadas habeis de tener?

Diego.

Mirad, sacarme á mí de curso es echarme á perder y destruirme: mas callad que agora lo enmiendo todo.

Rodrigo.

Vaya.

Diego.

Aparéjame aquel box y aquellas tijeras, digo aquel peine y aquella limpiadera.

Rodrigo.

Válaos quienquiera! Hablalde y será mejor.

Diego.

Que le hablo. Vé tras mí, mozo.

Rodrigo.

Soy contento.

Diego.

Ilustre señora! — He empezado bien?

Rodrigo.

Bien.

Diego.

Piel anchísima, blauda y amorosa, que cubre mis quemantísimas entrañas! afilado trinchete para cercenar la penetrante vira de mi penado zapato, y corcho de mi mal forjado pantuflo!

Rodrigo.

Paso, paso.

Diego.

Y finalmente alezna y aguja, que atraviesa de parte á parte el retoricado corazon mio.

Rodrigo.

O pecador de mí! que todo lo habeis enlodado y echado á perder! En verdad que no habeis dejado aparejo ni herramienta en todo el oficio.

Diego.

Con ver á la ventana á mi esposa no atino á decir cosa á derechas.

Rodrigo.

Aun como habeis tenido ventura.

Diego.

En qué?

Rodrigo.

Que es un paño que está puesto á la ventana á enjugar.

Diego.

Por su vida abrázeme y vamos de aqui antes que otra peor nos suceda.

Rodrigo.

Vamos.

Escena cuarta.

Justo, gentilhombre.
Viana, padrino de Justo.
Beltranico, page.
Mulien Bucar, moro.
Medea, furia infernal.

Justo.

Esta es, Beltranico, la casa de aquel herrero donde digo que vive la hermosa doncella que algunas veces te he contado, la cual tan esquiva se me enseña, que aun á la cara jamas con buen semblante se digna mirarme.

Beltranico.

Díme, señor, y sabes si es hija suya de aqueste Pascual Crespo?

Justo.

No curo nada de saber cuya hija es: basta haberme parecido bien, que en lo demas que me va á mí saber si es hija suya ó de quien. Yo la he visto en casa del herrero y no quiero saber mas.

Beltranico.

Dígolo porque parece moza de gran recogimiento para ser hija de hombre tan bajo. Pero díme, señor Justo, tu padre qué piensa hacer á cabo de cinco ó seis meses que andamos vagando por estas calles, comiendo sin provecho lo que terníamos escusado.

Justo.

Yo te lo diré. Hásele ascntado en la memoria que en este pueblo ha de hallar á su hija Florentina, porque allá en Bolonia

antes que partiesemos se lo dijo un sabio de nacion griego que sin duda la habia de hallar en esta ciudad, y él piensa no partirse hasta descubrilla ó morir en la demanda, y ella debe de estar ya con los muchos.

Beltranico.

Eso como en la mano.

Justo.

Pasémonos á estotra esquina por ser si podré gozar de la vista de mi señora Armelina.

Beltranico.

Á Menecieta su criada querria hablar, que me ha prometido certum frasquis y sé que no seria mal tercero para tu negocio.

Justo.

Desviémonos un poco, Beltranico, que aquel hombre que viene parece mi señor.

Beltranico.

Sí, él es: vamos de aqui.

Viana.

Aunque en los trabajos desta miserable vida los que en ella vivimos por diferentes maneras los padezcamos, el mio en grado es superior excesivamente, pues son pasados casi cinco meses que en este pueblo resido, donde aquel griego me certificó que hallaria á mi amada hija Florentina, la cual de una casa de placer de edad de cuatro años me fue robada del pueblo donde yo nací, por cuya falta un hijo adoptivo he con harto trabajo criado, y él con algunas mocedades de mi obediencia se aparta. Por mas cierto me han avisado que de una hija de aqueste herrero, que en está casa vive, anda sin juicio enamorado. Dios lo provea mejor que yo lo imagino, y con dichosa vuelta á Viana nuestra cara patria con solaz y gozo nos retorne. Soyme salido por estos arrabales, donde en

una casilla de aquestas vive un moro granadino que dicen que en muchas artes es habilísimo, especialmente en descubrir hurtos y cosas perdidas, y segun las señas esta casa es la suya. Ola! quien está en casa?

Mulien.

Quin llamar? quin llamar? pinjastes quin jorda mor? porqué traquilitraque?

Viana.

Perdonad, buen hombre, que á pensar que haciamos enojo de otra suerte se hiciera.

Mulien.

No hay aqui perdonajar, amego y vostra mercé agora en extornalle una palabra no mas, hacer que perdemos cuanto es trabajado.

Viana.

Buen hombre!

Mulien.

Parqué, bon hombre? mirar si estar vos hombre fablar de otra juerte.

Viana.

Hombre honrado, no tomeis pesadumbre que mi intencion no fue ofenderos ni enojaros: antes soy venido á buscar tal medicina de vuestras manos cual soy informado que me podreis dar.

Mulien.

Vaya, siñor, decer que querer presto, porque estar facendo jerto experimento.

Viana.

Señor, sabiendo vuestra habilidad quise acorrer á vos, que vuestra buena fama se extiende de manera, que yo creo haber allegado á buen puerto.

Mulien.

Ay! picador de mí! hablamos presto. Porqué tanto revolver palabras: un palabra basta: á buenos palabras poco entendedores.

Viana.

Señor, yo soy estrangero y tuve una hija en un pueblo llamado Viana donde yo soy natural, y me fue hurtada de una casa de placer siendo niña. Ha mucho tiempo que la busco: si en vuestra sabiduría consiste alguna habilidad con que yo salga de trabajo, buscalda y sea á costa de mi hacienda.

Mulien.

Dejer, siñor: como liamastes?

Viana.

Señor, Viana.

Mulien.

Como liamar al fija?

Viana.

Florentina.

Mulien.

Y al terra vostra?

Viana.

Viana, que de allí he tomado el apellido.

Mulien.

Ya entendemos. Dejer, siñor: tener vostra reverenza bon ánimo é bon sofrimiento.

Viana.

Señor, yo creo que no faltará.

Mulien.

Hacerte prestó á una banda y caliar al pico, y no tener pavor si querer haliar tu fija. — Á vos, Platon, gran siñor de aquel

oscorro y gran temeroso reino conjorro: vos tambien, Proserpena, querida daquisti infernal siñor, por aquel poder que sobre las infernales sombras tovestes concedido, os apremio que vista aquesta mi petijon, menviar logo logo al antigua mágica Medea, nacida en isla llamada Colcos, por cuya gran sabiduría aquel dorado velojino por las manos del venturoso Jason en el templo de Marte fué con no pequeño trabajo ganado. Vaya, siñora Medea, venir á mi llamamiento.

Medea.

Qué es lo que dices, Mulien Bucar, que tan apremiados tienes á los que en las profundas tinieblas y oscuros sitios moramos? Vesme aqui: mira lo que mandas, que en todo y por todo serás obedecido.

Mulien.

Medea, fija, bien te conozco: ista estar causa que te facemos venir á nostro mendamento. Decirme, infernal persona, donde morar en qué region y qué reinos una moza daquel quistar presente? decírmelo por aquel sobrado poderío que sobre las yerbas, piedras, animales y mas sobre las infernales potencias mi gran sabiduría me concede.

Medea.

Has de saber que en esta ciudad vive y en una casa no muy á su contento. Con brevedad conviene buscalla, antes que por el extremo en que está puesta haga algun desvarío. Y pues tu pregunta no se extiende á mas, voyme donde mis penas en tanto que los siglos duraren no se verán aniquiladas.

Mulien.

Anda, véte y dar mis encomendazones á Platon y Proserpena, y dar mis besamanos á Cancérbero y á los demas: que quedamos para todo su servicio. Qué te parece, siñor honrado? tenerlo todo bien entendido?

Viana.

Muy bien, señor, y tome por el trabajo pasado.

Mulien.

Alá te dar salud como te deseamos. Parduna, siñor, quel tempo descobrir al que queremos.

Viana.

Oh, soberano Dios! que es lo que he visto? Pero agora que sé que está en este pueblo, conviene no reposar un momento hasta descubrilla. Mas ay de mí! en qué extremo tan grande es que está puesta mi hija, que dicen que conviene hallarla brevemente antes que á las infernales furias abaje con alguna muerte breve, que con sus manos á su propia persona se busque. Voyme ya, que aquel que me ha concedido saber lo uno lo demas no me negará.

Escena quinta.

Armelina, dama.
Neptuno, dios de los mares.
Mencieta, mozuela.
Pascual Crespo, herrero.
Diego de Córdova, zapatero.
Guadalupe, simple.

Armelina.

Grandísimo trabajo es vivir el hombre al descontento suyo, y ser apremiado hacer alguna cosa que contraria sea de su voluntad. Ay, mezquina! pues cual otro mayor que en él que yo al presente estoy puesta, procurando este Pascual Crespo de darme por via de matrimonio desdichado á un hombre, á quien la natura otra gracia no le ha concedido sino coser zapatos! Y que aquestos mis viejos tan acosada me traigan á que yo lo acepte con toda brevedad! Por la cual ocasion me voy sin esperanza alguna de vivir á los desiertos y solitarios riscos, dondo las fieras de mi desdichada per-

sona puedan hacer á sus hijos cebo y para sus crueles dientes pasto. Y si ventura tal no me quiere conceder, del mas empinado lugar que encima del mar tempestuoso caiga, determino lanzarme. Mas ay, ventura cruel! Quien viene ácia acá? Ay, triste de mí! y que horrible gesto!

Neptuno.

Tus palabras ociosas, Armelina, me han traido y sacado de las muy encovadas peñas y tremebundas ondas donde está mi señoría y morada, juntamente con los delfines, peces, ballenas, y mas las anchas tortugas, á quien natura de fuertes conchas armó, me sirven y hacen reverencia, y si quieres saber mi nombre y mi apellido, sábete que soy Neptuno, señor y poseedor de los estados y peñascos marítimos: tambien el que en los naufragios á las naves que por mis anchas ondas navegan, suelo á unas favorecer y asi mismo á otras anegar, donde solamente á Éolo, dios y señor de los vientos, reconozco obediencia: el cual muchas veces con su furia los peces que tengo en mi servicio, suele encerrar en los escondrijos y cavernas huecas por huir su furor. Y como te oí decir que en mis ondas determinabas hacer sacrificio de tu vida, no quise consentir en tu desesperacion y deseo. Ven conmigo, que aunque fuera de tu voluntad vengas, antes de mucho serán reducidos tus trabajos en un sosiego y quietud agradable.

Mencieta.

Ay, amarga de mí! Y qué merezco yo? Tenia yo cargo de su guardia, ó tenia yo las llaves de su aposento que ansi me maltratan? Tienen ellos la culpa y vuélvense á mí.

Pascual.

Qué culpa! Mala hembra, vuelve acá, que pues tú dormias en su retraimiento, tú me dirás qué se ha hecho della.

Mencieta.

Sí, sí, aguarden que yo lo diga. Estaba la otra hecha una

vívora porque la querian casar contra su voluntad: mirá que milagro que se fuese como desesperada por ese mundo.

Pascual.

Como contra su voluntad? y no le venia muy ancho á ella quererla yo dotar en mi hacienda y casalla con un hombre tan honrado no siendo mi hija? Haced honra á semejantes.

Mencieta.

En eso se tenia ella. Decia que era hija de un hombre de los mas principales de su pueblo.

Pascual.

No me pesa sino de lo que las gentes dirán y por la deshonra que á mi casa se le pega: que ya que la habia criado, quisiera ponella en buena parte.

Diego.

Que es aquesto que me han dicho, señor Pascual Crespo?

Pascual.

Señor Diego de Córdova, ya veis: paréceme que se nos ha ido la desposada.

Guadalupe.

Mencieta, mira que te llaman á la puerta de la calle.

Mencieta.

Á mí á la puerta de la calle? y quien?

Guadalupe.

Habla paso, que me dijo que te lo dijese en secreto.

Mencieta.

Déjate de secretos.

Guadalupe.

Válate el diabro! no quiere el otro que lo sepa señor y tú tienes más pico que aguja de san German.

Pascual.

Con esos secretos anda mi casa de tal suerte.

Guadalupe.

Que yo digo lo mismo, señor! Quien diabros te mete á tí á abrazar á hijo de nadie en la casapuerta, ni dalle pañuelos? Yo no lo digo por revolverte con señor, ni quiero que se diga de mí que soy chismero, mas la asadurita del cabrito que el otro dia faltó del escarpia, quien la comió si te acuerdas?

Mencieta.

Yo que diablos sé.

Guadalupe.

Ea, no te enojes: como se la presentastes á aquel mozuelo que está á la puerta, hicísteme sospechar que él se la habia comido. Anda, vé que te aguarda, y pues que no es tu primo ni tu hermano, no le des lo que falta de por casa, que haces sospechar sobre los gatos y no es buen ejemplo.

Mencieta.

Ay, que grande levantamiento, válgame Dios!

Guadalupe.

Anda, vé y pues le mandastes venir, busca algun mal alzado que le des, porque no venga en valde.

Mencieta.

Y qué tengo de buscar, boca de mentiras?

Guadalupe.

Otra asadurilla como la de marras y otro gato á quien levantar otro testimonio.

Pascual.

Qué le parece, señor Diego de Córdova? Que tenga yo en mi casa quien me robe para dar á quien se le antoja!

Diego.

Cosa brava es servirse el hombre de hijos agenos.

Pascual.

Ven acá, hija Mencieta. Quien es aquel que te busca?

Mencieta.

Que no debe de ser, señor, sino una mozeta hija de una tia mia, y aqueste como es tan grande asno desatina.

Guadalupe.

Es verdad que desatino: mas como le veo con calzas y con capa y gorra, pienso que es mozuelo.

Pascual.

Ah traidora! acabad, decí quien es aquel.

Mencieta.

Ay señor! no me apremien, que yo lo diré.

Pascual.

Pues dí, veamos!

Mencieta.

Este mozito es criado de un estrangero.

Pascual.

Cual estrangero?

Mencieta.

Uno que está aqui con su padre, el cual viene en busca de una hija suya.

Pascual.

Qué conocimiento tenias con él?

Mencieta.

Señor, verle pasar por esta calle.

Pascual.

Y porqué pasaba, y á qué efecto?

Mencieta.

No lo sé, señor.

Guadalupe.

Sí, sabe señor, que miente.

Diego.

Dí, hija mia, la verdad, que yo le rogaré á tu señor que no te haga daño.

Pascual.

Por quien era el paseo?

Mencieta.

Por mi señora la moza.

Pascual.

Como lo sabes?

Mencieta.

Él me rogó que le hablase de su parte.

Pascual.

Y tú, hablábasle?

Mencieta.

No osaba, señor.

Pascual.

Porqué no osabas?

Mencieta.

Por el gran recogimiento de mi señora.

Diego.

Buen recogimiento, cuando parece por el indicio que él mismo se la ha llevado.

Pascual.

Aqueso la Justicia lo averiguará. Y qué te queria á tí aquel mozuelo?

Mencieta.

Señor, prometióme un rosario.

Pascual.

Paraqué te lo prometia?

Mencieta.

Diz que se queria casar conmigo.

Guadalupe.

Pues válgate el diabro, no alcanzabas con la mano un plato del vasar y querias ya tener brezo en casa.

Mencieta.

No, sino habíame dado palabra para cuando fuese grande.

Guadalupe.

Ya, ya: abrazábasle tú agora para no quedarte en jolito ó apolillada en un rincon.

Diego.

Sus, señor: vamos de aqui y préndase aquel mozo, que él dirá la verdad apremiándole.

Pascual.

Y donde vive el mozo que dices?

Mencieta.

Señor, en la plazeta vieja: yo sé su casa.

Guadalupe.

Mira si sabrá.

Pascual.

Echale mano, Guadalupe, no la sueltes.

Guadalupe.

Teneos por presa, señora Mencieta, y por alcahueta.

Mencieta.

Paso, diablo!

Guadalupe.

No me muerda, señora desposada por los pesebres.

Mencieta.

Mal me logre, don zanguan testimoniero, sino os hago dar mas palos que pueda llevar un acémila.

Guadalupe.

Anda, anda, rapaza! cara sin vergüenza!

Escena sexta.

Armelina, dama.
Neptuno, dios de los mares.
Justo, gentilhombre.
Pascual Crespo, herrero.
Guadalupe, simple.
Viana, padrino de Justo.
Mencieta, moza.
Alguacil.

Armelina.

Díme, señor, qué vida tan estraña es aquesta que quieres que sufra, ó á qué efecto quieres y permites que yo me conserve en

tu compañía, siendo tu género tan diferente del mio? Dáme licencia si eres servido, que yo pueda buscar la muerte ó el remedio por otra via, que tu conversacion, á la verdad, tu presencia y morada dificultosamente se puede soportar.

Neptuno.

Mas sano que pronunciar semejantes palabras, oh Florentina, te seria procurar pasarlas en silencio, que mi morada, presencia y conversacion poco perjuicio te pueden hacer.

Armelina.

Florentina? no es ese mi nombre.

Neptuno.

Eslo y tu propio natural, y el mismo Neptuno que en los tiempos que Ariadne fué desamparada de Teseo la amparó por ministerio de Baco, no está con menos propósito para lo que á tí te toca. Calla por ende y no te fatigues tanto, que antes de muchas horas próspera fortuna rodeará á tí.

Armelina.

Lo que te ruego, señor, ya que á tu poder soy venida, me digas y declares en que manera fui hurtada de poder de mis padres y traida á manos de aqueste herrero?

Neptuno.

Como en aquella era tú tuvieses madrastra y no madre legítima, un pariente tuyo te hurtó de noche, viendo que la malvada muger de tu padre procuraba por todas vias tu maltratamiento. Mas huyendo la presencia de la patria, otra mayor desgracia le succedió, y es que habiendo por su desventura llegado contigo á la isla de Cerdeña, fué salteado de cosarios, donde tú cupiste en suerte á uno dellos, que te trajo á vender en Cartagena, fingiendo que eras su esclava.

Armelina.

Y quien fue aquel tan piadoso varon que se dignó á me com-

prar? porque en aquel tiempo siendo yo tan niña harto flaco servicio podia recibir de mí.

Neptuno.

Fue un hermano de aqueste herrero, el cual en aquella sazon por la mar mercadeaba, y estando al punto de la muerte á este Pascual Crespo, hermano suyo, te dejó en gran manera encargada y que como hija te criase y doctrinase. Pero vamos de aqui y procura alegrarte, que ya se acerca el tiempo que sepas quien tu padre sea.

Justo.

Que es aquesto, señor? Qué habeis conmigo? Á qué efecto me llevais preso?

Pascual.

Señor Alguacil! haced vuestro oficio!

Guadalupe.

Sí, señor, haced vos el vuestro que yo tambien haré el mio en llevar asida esta cachonda.

Mencieta.

Has de arrastrarme?

Guadalupe.

Sí, que os puedo arrastrar y desarrastrar y llevar empinada, pues que el señor y el Rey me lo manda

Pascual.

Asid bien á ese tacaño: ponédmelo en la cárcel y á muy buen recado, que él dará cuenta de la demanda que le será puesta y dirá á qué efecto importunaba á la rapaza que hablase en secreto á la que en mi casa tenia. Ven acá, rapaza: no es aqueste gentilhombre el que tú dices?

Mencieta.

Señor, yo no sé nada.

Guadalupe.

Ansina revientes por los hijares.

Pascual.

No has confesado por tu boca, que aqueste mancebo te importunaba para que hablases á tu señora?

Mencieta.

Es verdad, señor, que lo dije, pero hízelo de miedo.

Guadalupe.

Asi te ayude Dios, como hay miedo ni vergüenza en tí.

Pascual.

Dí la verdad.

Mencieta.

Yo? antes consentiré sacarme la lengua por el colodrillo que diga palabra con que á ninguno ofenda.

Viana.

Qué es esto? á qué efecto habeis prendido á este mancebo, señores?

Pascual.

Á efecto que no pagará menos que con la vida.

Viana.

Señor, si alguna manera de piedad ó misericordia se halla depositada en tus entrañas, apiádate agora de aqueste viejo triste y estrangero y deste que preso llevas, que en cuenta de mas que hijo tengo.

Alguacil.

La piedad será, honrado viejo, seguir la justicia, ó que le dé cuenta á su padre de una hija que le falta.

Viana.

Qué dices, hijo?

Justo.

En verdad, señor padre, que nada le debo en esa parte.

Mencieta.

Ni menos esta triste de Mencieta.

Guadalupe.

Santa María señora! Háganse, señores, á una banda: no ven qué estraño espectáculo asoma, y qué muger con un antifaz sobre su rostro?

Pascual.

Estemos atentos.

Neptuno.

No hay que temer, señores. Sosiéguense sin alteracion ni espanto ninguno, porque mi venida no es mas sino para dar cumplido contentamiento y afable regocijo á todos. Sabed pues que me llaman Neptuno, señor de las marítimas aguas y como tal salidor de vuestros negocios. Por eso tú, Pascual Crespo, no seas tan cruel y desata á tu hijo llamado Justo, el cual ya perdido pensabas tener.

Pascual.

Qué? este es mi hijo el que tuve siendo mozo en mi amiga Cristalina?

Neptuno.

El mismo, que sirviendo á un capitan por page en la guerra que tuvo el Rey de Ungría con el potentísimo Turco, por sus buenos servicios le dejó encomendado en el paso de la muerte con hartas riquezas, como á tutor y padre á este señor Viana.

Viana.

Asi es verdad.

Pascual.

Mi hijo! soltalde, señor Alguacil, y abrázame, amado y carísimo hijo!

Justo.

Déme sus manos.

Pascual.

Bendígate Dios!

Guadalupe.

Soltaré á Mencieta, señor?

Pascual.

Suéltala y acabemos.

Guadalupe.

Gracias á Dios, que ya no soy porqueron de alcahuetas.

Neptuno.

Y tú, honradísimo viejo, en estremo grado te goza, que aquella que por Armelina Pascual Crespo ha criado, se llama Florentina y es tu hija natural.

Pascual.

Qué nos contais?

Viana.

Qué nos decis?

Neptuno.

Que en presencia de vosotros la teneis: quita de tu agraciado rostro, Florentina, el velo y abraza á tu padre.

Armelina.

De gracia y con sobrada alegría.

Viana.

Ay hija de mi alma y de mi corazon! cuantos infortunios he pasado por solo ver este dia! Álzate deste suelo.

Armelina.

No lloreis, padre!

Viana.

Déjame, hija mia, que ansi descansan mis envegecidas canas y mi tez arrugada.

Pascual.

Oh, Armelina! pero qué digo? Florentina, abrázame y para bien seas parecida.

Guadalupe.

Sus, abrazémonos todos, iremos abrazados en danza.

Mencieta.

Quítate afuera, tonto, que no quiero ver tus abrazos.

Guadalupe.

Los mios no los quieres tú, peró bien sé yo cuales.

Mencieta.

Cuales, necio?

Guadalupe.

Los de Beltranico, el page del señor Justo.

Justo.

Ese, si ella es servida, yo haré que se case con ella.

Mencieta.

Beso sus manos, señor, que yo lo acepto por marido.

Guadalupe.

Hola, grandolilla! y cuan presto otorgó!

Justo.

Tiene razon.

Pascual.

Muy mas evidente razon hay, hijo, para que tú te cases con Florentina, siendo tu servido y ellà contenta y su padre pagado.

Viana.

Yo soy el mas que dichoso.

Armelina.

Yo la mas que bien pagada.

Guadalupe.

Yo el mas que aparejado para comer de los confités y henchir el buche de viandas.

Neptuno.

Sus, dense las manos.

Justo.

Dadas están.

Pascual.

Entremos pues y daremos conclusion y remate á estas tan deseadas bodas en mi pobre aposento.

Neptuno.

Y yo me vuelvo á mi acostumbrada habitacion.

Guadalupe.

Señores, perdonen, y si de parecer estuviere alguno de holgarse en estas fiestas, aconsejáraselo yo, con presidir en ellas Baco y no Neptuno.

---

21. Comedia de los Engaños.

Escena primera.

Gerardo, padre de Clavela.
Verginio, padre de Lelia.
Pajares, simple.
Marcelo.

Gerardo.

Parécete, Verginio, ser tiempo de darse conclusion en aquel concierto que ya otras veces tú y yo hemos comenzado á tener?

Verginio.

Señor Gerardo, no tengas pensamiento que esté yo con menos congoja que tú podrás tener, por no haber dado fin en un negocio que para cada uno de los dos tan deseado tenemos. Mas no debes maravillarte, pues sabes que mi ausencia no ha dado lugar á que con mas brevedad se efectuase.

Gerardo.

Mira, señor Verginio, si como yo muchas veces he imaginado, no te hallaras á tiempo ni con dineros para comprar atavíos á tu hija, dímelo, que de los que yo tuviere te prestaré de muy buena voluntad.

Verginio.

Yo te lo agradezco, aunque por agora no faltan, señor.

Gerardo.

Créolo de verdad: pero díme de gracia, sabes si tu hija Lelia está en el monasterio?

Verginio.

Guárdenos Dios, señor! pues adonde habia de estar? habiéndola yo dejado por mi propia mano en compañía de otra prima

mia, que en el mismo monasterio ha hecho profesion. Mas díme, señor, á qué efecto me lo preguntas?

Gerardo.

No creas, señor, que lo pregunto sin causa.

Verginio.

Como?

Gerardo.

Yo, señor, te lo diré. Has de saber que mediante el tiempo de tu ausencia, yo envié disimuladamente á saber desas señoras monjas si tu hija estaba en el monasterio, y he sabido por cosa muy cierta que no está allá dentro, sino que anda acá fuera.

Verginio.

Pues ten entendido, señor Gerardo, que si eso han dicho las monjas no es sino por hacer á mi hija que profesase, pues he sabido que le han cobrado grandísima aficion.

Gerardo.

Bien lo creo.

Pajares.

Cual volver? Juro al cielo de Dios allá no vuelva aunque me lo manden y sopriquen saludadores á pie y descalzos y aunque vengan en cueros.

Marcelo.

Aguardad, don asno, que yo os haré decir de no cuando os mandaren la cosa.

Pajares.

Asno? Paréceos bien cual habeis parado la caña con que la otra hacia la cama? agora hará la cama con los dedos.

Verginio.

Qué es aquesto, Pajares? como sales ansi? qué ropas son esas?

Pajares.

Las basquiñas de la señora Lelia.

Verginio.

Quien te las vistió?

Pajares.

Yo me las vestí.

Verginio.

Para qué?

Pajares.

Estáse lavando mi sayo.

Verginio.

Y porqué se lava tu sayo?

Pajares.

Embarréme anoche.

Verginio.

Adonde?

Pajares.

En el soterraño.

Verginio.

Como?

Pajares.

Caí: hay mas son que caí?

Marcelo.

Cayó el asno, cayó.

Pajares.

Yo caí, yo: que hombre soy para caer cincuenta veces muy mejor que vos.

Verginio.

Ora, no hay quien te entienda.

Pajares.

Diz que no hay quien me entienda? Espere vuesa merced, que yo le cogeré las palabras. Qué está á la entrada de la escalera junto junto al soterraño del rincon?

Verginio.

Ya, ya te entiendo.

Pajares.

Pues ahí, mal punto, caí, hablando con reverencia, y casi medio de boca.

Verginio.

Pues como decias que te habias embarrado?

Pajares.

Díjelo por afeitar el vocabro, que mejor dijera encerado ó alquitarado quo no embarrado.

Verginio.

Mas que bueno estarias para retratar.

Pajares.

Yo diré á vuesa merced que tal, que me decian que parecia calabaza en conserva, ó milanazo con liga.

Verginio.

Y agora porqué le reñíades, Marcelo?

Pajares.

Porque queria el señor amo con todo su seso que le fuese yo acompañando de calle en calle hecho marigalleta.

Gerardo.

No era razon.

Pajares.

No en verdad, señor.

Verginio.

Pues, amo, donde queriades ir?

Marcelo.

Señor, queria llegarme á santa Bárbara por aquella moza y roguéle á este asno que, pues estaba ansi, se rebozase y tomase un manto porque me fuese acompañando, y trajese no sé qué baratijas que Lelia tiene en el monasterio, y porque se lo mandé nos ha querido hundir la casa á voces.

Pajares.

Yo hundir la casa á voces? enterísima sé que está. No me hubiésedes vos mas aina hundido las costillas á garrotazos.

Verginio.

Pues, Pajares! qué mas bien querias que venir acompañando una dama?

Pajares.

Ande de ahí! tambien hace vuesa merced de las suyas como hijo de madre.

Verginio.

Yo? como?

Pajares.

Parécele á vuesa merced que si topa por ahí el hombre con alguno del Almendralejo, que irán buenas nuevas á mi padre?

Verginio.

Qué me sé yo de lo que tú te piensas.

Pajares.

Yo lo diré: que piensa el otro que aquel es majano hombre ó sayalero, y que yo ando hecho santera ó dama de gorja.

Gerardo.

Señor Verginio, yo me entro y en esotro negocio lo dicho dicho.

Verginio.

Señor, á la mano de Dios: ya ve que no se entiende en otra cosa.

Gerardo.

Muy bien, señor.

Verginio.

Marcelo, ya vistes á Gerardo como estaba hablando conmigo sobre el casamiento de mi hija Lelia: por eso abrevia en ir por ella porque se efectúe, y dareis de mi parte á esas señoras mias mis besamanos.

Marcelo.

Pláceme: oh, desdichada de tí, Lelia! por Dios, señor, mas estimara verla bajo tierra, que no casada con ese diablo, que creo que tiene mas años que yo al doble y agora se quiere casar con una mochacha que la podria tener por bisnieta.

Verginio.

Ya lo veo, mas qué quereis que haga, pecador de mí! ya veis en cuanto extremo van hoy dia las cosas del mundo y este negocio viéneme á mí muy á cuenta.

Marcelo.

Como muy á cuenta?

Verginio.

Yo os lo diré. Está concertado que yo le dé á mi hija Lelia por muger, dotándomela en mil florines de su propia moneda, con tal condicion que si mi hijo parece dentro de cuatro años le case con su hija Clavela, dotándola yo en la misma cantidad.

Marcelo.

Bien está, señor: pero yo mas querria un rato de contentamiento que cuantos tesoros hay en el mundo. Mas voyme, que se hace tarde.

Verginio.

Pues, amo, id y mirad que no vengais sin ella.

Marcelo.

Pierda cuidado.

Pajares.

Pues yo, amo, quédome?

Marcelo.

Quédate con mal año que te dé Dios.

Pajares.

Para vos ser bueno, amo, mal hablais.

Verginio.

Éntrate conmigo, tontazo.

Escena segunda.

Marcelo, amo de Lelia.
Lelia, en forma de page con nombre de Fabio.

Marcelo.

Habeis mirado el devanéo de aquesos viejos podridos? Que queria reirme sino que me falta la gana que es lo mejor. No en valde dicen que muchas veces los viejos se tornan á la edad primera. Mas qué digo? Qué es lo que veo? en verdad que si Lelia no estuviera en el monasterio, jurara que era esta que aqui viene en hábito de hombre. Pero qué digo? que no es otra por mi fe.

Lelia.

Oh, pecadora de mí! que aun hasta en esto me ha de ser la fortuna contraria: por que calle me esconderé, que ya me ha visto el amo de casa de mi padre.

Marcelo.

Lelia!

Lelia.

Amo!

Marcelo.

Qué es aquesto, Lelia? qué hábito es este? Por ventura es este el monasterio donde asi tu padre como todos pensamos tenerte recogida? Háblame: de qué enmudeces?

Lelia.

Señor amo, á quien con mas razon debria yo llamar padre, no os debeis maravillar verme en el hábito que me veis, que sabida por vos la ocasion, bien cierta estoy que no seré culpada de atrevimiento.

Marcelo.

No me digas tal, que temblándome estan las carnes si el viejo alcanzase á saber esto, por estar como estamos en vísperas de darte un marido muy honrado. Por tu vida, no me dirás que locura ha sido aquesta?

Lelia.

Señor, como fortuna, amor y mi mala suerte todos tres se han conformado contra mí.

Marcelo.

Como contra tí?

Lelia.

Bien tendreis en la memoria como cuando por nuestros pecados Roma fue saqueada, allí mi padre junto con un hermano mio, la mayor parte de su hacienda dejó perdida, y aunque la pérdida no fue pequeña, la de mi hermanico es la que á mi padre mas sin placer le hace vivir.

Marcelo.

Por cierto no parece sino que fue ayer, y á buena fe que son pasados buenos diez años y que les podríamos bien echar once.

Lelia.

Dejemos estar los años que corren como viento y aun con mas presteza.

Marcelo.

Prosigue.

Lelia.

Pues viniéndose mi padre á vivir aqui á Módena, yo por mi mal ví á Lauro, gentilhombre desta ciudad, el cual conversando en

la casa de mi padre de mí se enamoró, y quiso Dios y mi sueirte que con la misma moneda le pagase, recibiendo de mí todos aquellos honestos favores que á mi recogimiento son lícitos.

Marcelo.

Muy bien sé todo eso.

Lelia.

Y por depositarme mi padre en el monasterio con intencion de ausentarse, pensando en Roma cobrar algo de su perdida ropa, nunca Lauro de mí tuvo acuerdo, antes he visto que de Clavela, hija de Gerardo, doncella hermosa y rica, excesivamente se ha enamorado.

Marcelo.

Ora mira, Lelia: dejemos de traer á la memoria historias pasadas, sino anda acá á mi posada y cambiarás esas ropas, pues hágote saber que tu padre ya es vuelto de Roma, y me envió por tí, y no salí á otra cosa de casa sino es á llevarte.

Lelia.

Déjame concluir.

Marcelo.

Dí pues.

Lelia.

No tuve otro remedio despues que mi padre en Santa Bárbara me dejó, sino descubrir á Cándida la monja (tia mia) el grande afan que por la ausencia de Lauro yo pasaba, la cual determinó de enviarle á llamar y trabar pláticas con él, porque á negocios que él tenia con las monjas solia venir.

Marcelo.

Dí, que bien te entiendo.

Lelia.

Acaeció pues un dia que de habérsele muerto un page suyo venia el mas afligido hombre del mundo, y decia que si Dios otro

tal le deparase, que no se trocaria por otro de mayor estado: y en verdad os digo que sin otra consideracion inferí salirme del monasterio y serville de page en el hábito que me veis, en el cual he procurado agradalle con cuanto extremo he podido y le sirvo todavía.

Marcelo.

Hay tal cosa en el mundo! y agora qué piensas hacer?

Lelia.

Sola una cosa quiero de vos, amo.

Marcelo.

Y es?

Lelia.

Que entretengais á mi padre por espacio de algunos dias, diciéndole que yo y mi prima y otras monjas hacemos ciertas devociones.

Marcelo.

Y qué piensas hacer en ese tiempo?

Lelia.

Yo lo diré. Clavela, querida de Lauro, tiene entendido que yo sea hombre y le he parecido bien. Yo viéndola tan aficionada hele dicho, que si á Lauro no pretende olvidar y aborrecer, que no espere de mí tan sola una buena palabra.

Marcelo.

Y crees tú que eso lo hará?

Lelia.

Todo lo podria rodear fortuna: mas por agora perdóname, que no sé quien viene allá. Á la tarde seré en vuestra posada y hablarémos mas largamente.

Marcelo.

Pues mira que no dejes de ir.

Lelia.

Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta. Adios.

Escena tercera.

Gerardo, padre de Clavela.
Clavela, dama.
Guiomar, negra.
Julieta, moza.

Gerardo.

Oh, válame Dios! y cuan averiguada cosa es el hombre que negocios de importancia tiene no poder reposar: especialmente que despues que hablé á Verginio sobre tomar por muger su hija Lelia, parece que no traigo juicio de hombre, y este Verginio es tan espacioso que segun lo deseo, dudo ver el tiempo llegado. Agora yo me quiero llegar ácia su estancia á dalle otro tiento, como que voy á otra cosa. Mas primero es menester advertir á mi hija Clavela, que si acaso viniere á demandar de mí, que le digan que en casa de Milan Muñoz el tendero me hallará. Guiomar! ha, Guiomar! no respondes? estás sorda?

Guiomar.

Ya vo, siñor. Jesu! Jesu! librámela Dios de la diabro.

Gerardo.

Decí, téngome que quebrar la cabeza primero que respondais? Qué hacíades allá dentro, dueña?

Guiomar.

Eso melecí, siñor, delante de las honras de mi cara? farta de la faciendas tenemo que facer.

Gerardo.

Qué haciendas son las vuestras, señora?

Guiomar.

Ay, siñor Jesucriso! qué faciendas me lo pides? primero por la mañanas no barremo la casa? Enapué no ponemo la olla? enapué no paramo la mesa? enapué no fregamos la cudeya y la pratos?

Gerardo.

Bien.

Guiomar.

Enapué no me manda siñora Clavela, que colamo la flor de la cucucena?

Gerardo.

De azucena, diablo, querrás decir.

Guiomar.

Sí, siñor, y de jamin y de monqueta, para adobar aquele guante que le tiene comendaros.

Gerardo.

Pues agora se le ha antojado eso?

Guiomar.

Anagoras, siñor, y dicime señora Clavela: callan, fija Guiomá, aprender bien á colar las flores, que yo te prometos cuando san francas que te casamo con un mequera de aquese que adoba la guante.

Gerardo.

Qué es aqueso de casar? Ya no quieres ser monja?

Guiomar.

No, siñor: que ya tenemo un prima mia contrita na religiona, monja, priora y nabadesa ayá en mi terra de Manicongo, muy honradas. Yo, siñor, queremos muntipricar á mundos.

Gerardo.

Sus, hasta que sepamos tu intencion, que hablarse ha mas despacio sobre ese negocio y entra allá dentro y llama á mi hija Clavela que se pare á la ventana, que le quiero hablar.

Guiomar.

Que me placer, siñor, sin que me la mandas.

Gerardo.

Anda, vé.

Guiomar.

Siñora, que lecir siñor, que vosa merced pare ventana, que queremo, fablar con eya.

Clavela.

Que me pare á la ventana? Corre, Guiomar, y díle que no puedo, que estoy acabando aquella gorguera de prisa y que te diga á tí qué es lo que quiere.

Guiomar.

Anda, siñora, dalan diabro aquesan monadiya, turo dia trabajar, nome la padre, la fiyo, la santo, amen.

Clavela.

Aqui á la puerta le hablaré: para qué me he de encaramar por las ventanas? Qué es lo que mandas, señor?

Gerardo.

No cosa ninguna, hija: que si os envié á llamar no fue mas sino por no decillo á esa lengua de tordo. Por vida vuestra que si viniere Verginio á demandar por mí, le digais que en casa de Milan Muñoz el tendero me hallará: no lo echeis en olvido, que es cosa que importa.

Clavela.

Pierda cuidado, señor.

Gerardo.

Si á tu señora se le olvidare, acuérdaselo tú, Guiomar.

Guiomar.

Que me placer, siñor: no dice en casa mal años te rar Dios entero?

Gerardo.

Esos sean para tí, perra.

Clavela.

Déjela, señor, que yo me acordaré y vaya en buenhora. — En buena fe pues la calle está sola y no parece nadie, he de sentarme aqui á la puerta pues poco me queda. Hija Guiomar!

Guiomar.

Como tú la quiere, siñora, mi álima la corazon.

Clavela.

Entra allá por tu vida y tráeme mi almohadilla, y entretanto que estoy acabando no sé qué, sacà tu rueca porque me estes aqui acompañando.

Guiomar.

Facémolo como lo mandas, por ciertos.

Clavela.

Oh, vida triste y trabajosa! Ninguna cosa hay en tí que de seguridad pueda traer renombre. Traes, dí?

Guiomar.

Toma, cátala ahí tu monadiya, siñora.

Clavela.

Muestra acá y llámame esa rapaza, que me saque aqui un asiento.

Guiomar.

Chuchuleta! machacha! siñora, no responder: piensa que sa muerta.

Julieta.

Ay, amarga de mí! y qué diablos me quiere allá fuera la cara de carbon de brezo?

Clavela.

Ah, Julieta! ah, dueña, no salis?

Julieta.

Sí, señora: héme aqui, qué manda?

Clavela.

Que haciades allá dentro, picuda?

Julieta.

Sí, picuda: qué habia de hacer!

Clavela.

Sácame aqui un asiento y dejaos de rezongar.

Julieta.

Sí, por cierto! y todo eso era, que no podia traello la cucaracha de sótanos, sino muy al lado con su señora.

Guiomar.

Anda, ofrézcote au diabro: trae aqui un par de monadiyas en que sentar siñora.

Julieta.

Pues agradeceldo á quien está delante, que en buena fe que quizá...

Clavela.

Qué es lo de quizá? Pues si yo arrebato un varapalo os pondré quizá en paz.

Julieta.

Pues porqué consiente vuesa merced que me deshonre delante della esta cara de esparto por remojar?

Guiomar.

Mírame la salmandera! Ha visto qué pantasía tiene la cara de sin gorgüenza?

Julieta.

Oiste, mi duelo? para quien han de tener vergüenza? quien es ella? asi la arrastren.

Clavela.

Callaremos? Ea, tengamos la fiesta en paz! calla tú, Guiomar.

Guiomar.

Jesu, Jesu! No mira vosamercé que praguntar quin sa yo? Mira, mira, fija! Ya saber Dios y tora lo mundo que sar yo sabrina na reina Berbasino, cuñados de la marques de Cucurucú por an mar y por an tierras.

Julieta.

Sí, sí, no le ronque yo.

Clavela.

Calla, rapaza! y reina era tu tia, Guiomar?

Guiomar.

Ay, siñora! pensar vosamercé que san yo fija de alguna negra de par ahí? Ansi haya bono siglo álima de doña Bialaga, siñora.

Clavela.

Gentil nombre tenia para dalle buen siglo.

Guiomar.

Sí, siñora, doña Bialaga llamar siñora mi madre y siñor mi padre Eliomor: cuenta que quiere lecir don Diegos.

Julieta.

Mira como quereis esos bledos! qué gentiles nombres para un podenco!

Guiomar.

Por eso primer fijo que me nacer en Portugal le yamar Diguito, como siñor su saraguelo.

Clavela.

Su agüelo dirás.

Guiomar.

Sí, siñora, su sabuelo.

Clavela.

Hijo tienes, Guiomar?

Guiomar.

Ay, siñora! no me la mientes que me faces lágrima yorar. Téngolo, siñora, na India le san Juan de Puntorico, y agora por un mes lagoso me cribió un carta, aquela ringlonsito tan fresco como un flor de aquele campo. Ay! entraña la mia, fijo mio!

Julieta.

Tan desatinada y tan borracha me venga el bien!

Guiomar.

Quin sa borracha, Chuchuleta? Ay, mandaria, mandaria! Plégata Dios que mala putería te corra y no veas carralasolendas!

Clavela.

Ay, amarga! qué carnestolendas y que mal pronunciadas!

Julieta.

Mal corrimiento venga por tí, amen!

Guiomar.

Anda, putiñas medrosas: no es mi honras tomáme contigos.

Julieta.

Miren qué fantasía! Pues calla, doña negra, que agora ha mandado su alteza que á todos los negros y negras hagan pólvora.

Guiomar.

Cagajon pala él: merda tomá pala vos y a mandamento.

Clavela.

Déjala, Guiomar, que es una loca: sino díme, qué es lo que tu hijo te envió á decir?

Guiomar.

Aquella mochacho, aquella mi fijo métemelo á principio de carta diciendo: lustrísima madre mia Guiomar, la carta que yo te

cribo no é para besamano, sino que sa bono, bendito sea Rios, loado sea Rios! Ay! Dios te laprecie, fijo de la corazon y de lantrañas!

Clavela.

No llores, Guiomar, no llores.

Guiomar.

No podemo facer otro, porque tenemo latrógamo turo turo yeno de fatriqueras.

Clavela.

Bien está. Por tu vida, Guiomar, que nos entremos de presto en el aposento, y tú, Julieta, pornás esa almohada do sabes, que he visto á Lauro asomar por el cabo de la calle.

Escena cuarta.

Lauro, caballero.
Lelia, en forma de page con nombre de Fabio.

Lauro.

Qué te parece, mi Fabio, cuan desgraciados habemos sido. Has visto á qué tiempo tan oportuno veníamos y como mi señora Clavela se escondió con tanta presteza?

Lelia.

Qué quieres que te diga, señor, sino que harto ciego es él que no ve por tela de cedazo: averiguadamente ella te aborrece por todo extremo.

Lauro.

Ay! que ya lo veo: pero díme, mi Fabio (y por aquella obligacion te conjuro con que á servirme eres obligado), aquesas veces que á visitarla de mi parte has ido, qué semblante te muestra cuando en hablar en mi negocio os ocupais?

Lelia.

Qué quieres, señor, que te diga, sino que ninguna vez de tí le hablo que con alegre rostro me vuelva respuesta, como si tú, señor, le hubieses hecho los mayores agravios, que á doncella de su suerte hacérsele pudiesen.

Lauro.

Pues qué remedio?

Lelia.

Que cambies el propósito y ames en otro lugar, pues tan mal te paga el amor que muestras tenelle y el aficion tan grande con que la sirves.

Lauro.

Cambiar el propósito no puedo.

Lelia.

Si no puedes, estáte ansi.

Lauro.

Ansi lo pienso hacer.

Lelia.

Poco ánimo tienes: parece que nunca en tu vida quisiste bien, sino qué Clavela fue la primera que tu corazon comenzó á sojuzgar.

Lauro.

No, ni Dios tal quiera! antes creo que de haber sido yo ingrato á Lelia, hija de Verginio, Romano (la cual á tí te parece en extremo), ha permitido Dios que yo sea pagado con la misma ingratitud.

Lelia.

Y díme, señor, esa Lelia que dices es muerta? ó como dejaste de tener su amor?

Lauro.

Muerta no: antes despues que su padre la ausentó por hacer cierto camino á Roma, nunca mas della he sabido, de la cual Le-

lia yo recibí en aquel tiempo todos los honestos favores que de una generosa y honesta doncella se podian recibir.

Lelia.

Desa manera, señor, mal le pagas. Paréceme que debrias procurar por ella y tornar en una amistad tan lícita.

Lauro.

No, en ninguna manera.

Lelia.

Como no?

Lauro.

Aquese como tampoco lo alcanzo, Fabio: antes tengo creido que de haber inferido Clavela, mi señora, que yo estoy aficionado á Lelia me desama, lo cual, si ello es ansi, que de rabia muera! Y por tanto te ruego, mi fiel criado, cuanto puedo, si mi salud deseas, que cuando allá vuelves le digas que ya no amo á Lelia como solia, antes huigo de acordarme della, ni aun de oirla mentar. Entiendes, mi Fabio? Válame Dios! qué has habido? qué desmayo ha sido este?

Lelia.

Déjame, señor, que no es nada, sino que yo suelo ser apasionado del corazon y tómanme á veces estos desmayos, y si me das licencia iréme á la posada, porque ya casi en los pies no me puedo sostener.

Lauro.

Pues, hijo, anda en buenhora y mira si es menester otro ó que para remedio de tu mal algun medio se busque, que no faltará por diligencia.

Lelia.

No te cures, señor, que para los males desta suerte tarde el remedio se halla.

Lauro.

Hijo, véte á la posada y descansa.

Lelia.

El descanso tarde espero.

Lauro.

Qué dices?

Lelia.

Digo, señor, que el descansar es muy peor para esta mi dolencia.

Lauro.

Pues, hijo, vé y aquello haz con que mejor te hallares y menos para tu salud daño sea.

Lelia.

Voy, señor, lleno de desconfianza.

Lauro.

Anda que presto seré contigo, despues de haber dado algunas vueltas por esta calle.

Escena quinta.

Pajares, simple.
Verginio, padre de Lelia.
Marcelo, amo de Lelia.

Pajares.

Ora juro al cielo de Dios, mostramo, si yo sé á qué tengo dir ni á qué efecto vuesa merced me envía. Sé que el otro ni la otra no son agora tan niños que no sabrán venirse, cuanto mas que ya es hora de comer y la mesma hambre los ha de traer á casa como á muchachos fuidores.

Verginio.

Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien esa capa, que gran tardanza es la que hacen, y venirlos has acompañando.

Pajares.

Qué, no está bien cubrida?

Verginio.

No: acaba ya.

Pajares.

Apártese vuesa merced de mi cubridero y perdone.

Verginio.

Parécete que está bien cubierta?

Pajares.

Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.

Verginio.

Oh, mal año te dé Dios! qué no te has de saber cubrir una capa! Mira cuando te la mandaren cubrir, ansi la has de poner.

Pajares.

Ansi? ya, ya: está bien cubrida?

Verginio.

Agora sí: toma este sombrero!

Pajares.

Quien lo ha de tomar?

Verginio.

Dizque quien: tú lo has de tomar.

Pajares.

Á propósito! Búrlase conmigo? Hame liado como á costal de arriero y toma el sombrero. Con qué mano lo habia de tomar? Sé que no tiene maneras ni sacabuches mi capa como balandran de arcediano.

Verginio.

Asno! y por aqui abajo no la sabes sacar?

Pajares.

Por donde?

Verginio.

Por aqui: duelos te dé Dios!

Pajares.

Dice la verdad: mas pecador de mí y de vuesa merced, y perdone que los parto por medio, quiere que me ande yo de calle en calle halconeando, dando manotadas como pez que ha caido en garlito, ó como mulo de anoria que dando vueltas no halla paradero cierto?

Verginio.

Ganosa está la bestia de comparaciones.

Pajares.

Bastian de Pajares me llaman, señor, para cuanto mandare.

Verginio.

Pues lo que te mando no es sino que te vayas al monasterio de santa Bárbara.

Pajares.

Y para qué á santa Bárbula? Quiere que diga la santa que voy disfrezado, escudriñándole los rincones de casa?

Verginio.

Para que hagas venir presto á mi hija Lelia y al amo Marcelo, viendo que es ya hora de comer.

Pajares.

Y aun deso mal punto estoy corrido, porque á las horas de comer me lanza de casa, como á los mozos de los carniceros la cuaresma.

Verginio.

Pues tanto piensas tardar allá?

Pajares.

Pues no tengo de tardar yendo á pie como voy?

Verginio.

Desa manera razon tiene su merced: entre en casa y ensille un poyo desos en que vaya caballero.

Pajares.

Un poyo?

Verginio.

Donde vas?

Pajares.

Á ensillar un poyo como mandó.

Verginio.

Pues, animal, el poyo se ha de menear?

Pajares.

Pues eso es lo que me cumple, porque nunca salga de casa.

Verginio.

Y sabes tú, inocente, si tengo yo alguna cabalgadura en casa?

Pajares.

Quien le demanda cabalgadura? Cabalgablanda me dicse vuesa merced, que cabalgadura ni grado ni gracias.

Verginio.

Qué es cabalgablanda?

Pajares.

Un rollo ó rosca de aquellos que han amasado hoy, porque vaya caballero mi estrógamo, y á necesidad un buen mendrugo de

pan en las manos es bueno, por no ir hombre pensando en mal, ni murmurar de nadie.

Verginio.

Cata, cata, que todo esto era la caballería y el retoricar: al fin no podia parar sino en cosas de comer.

Pajares.

No vé vuesa merced que dice el cura de nuestro pueblo, pedid y daros han, y que todos los buenos con pan son duelos.

Verginio.

Pues yo os prometo, don asno, que si apaño un garrote que os haga ir presto.

Pajares.

No me prometa vuesa merced cosa ninguna, que eso de garrote no es cosa que me conviene por agora.

Verginio.

Primero vernán los otros que este macho se vaya de aqui: tomaré lo que digo.

Pajares.

Qué os parece? Espérele el relox de Guadalupe! Aguijad, amo Marcelo! pese á la puta de mi cara que juro á mí pecador, mas esperado habeis sido vos y esotra, que sereno tras ñublado.

Marcelo.

Pues qué diablos! tantos ves que venimos? no ves que vengo solo?

Pajares.

Solo viene? cuantis que por la otra cantaba el cuquillo: que por vos siquiera no os trajera Dios acá!

Marcelo.

Mas que no te hallara.

Pajares.

Señor amo! mostramo es ido por un garrote.

Marcelo.

Para qué?

Pajares.

Pienso que para engarrotarme.

Marcelo.

Porqué?

Pajares.

Porque no os iba á llamar. Por vida vuestra que si trajere garrote y viéredes que me engarrotea, que os metais en medio.

Marcelo.

Que me place.

Pajares.

Ya lo trae. Ya no es menester, señor: he aqui el amo, deje el garrote.

Verginio.

Es ya venido? Pues tomá vos porque vais presto cuando os mandare la cosa.

Marcelo.

Paso, señor, paso!

Pajares.

Amo y el concierto?

Marcelo.

Harto le decia: paso, señor!

Pajares.

Dios se lo perdone y á vuesa merced. Estanle diciendo ya no es menester el garrote, y él no sino sacudir como en costal relleno. Bendito sea Dios!

Verginio.

Pues, amo, como venis sin aquella moza?

Marcelo.

Señor, entremos en la posada, que allá daré cuenta de todo como ha acaecido con aquellas señoras, especialmente con la señora abadesa.

Verginio.

Vamos.

Escena sexta.

Fabricio, hermano y parecido de Lelia.
Frula, mesonero.
Julieta, moza.

Fabricio.

Señor huésped, ya os tengo dicho que si despertare aquel honrado hombre que en mi compañía viene y por mi os preguntare, què le digais que soy ido á oir una misa, y á ver otras particularidades deste vuestro pueblo.

Frula.

Y á quien quereis que lo diga, señor? al que parece abad? el que riñó anoche con el mozo sobre el asar de los caracoles?

Fabricio.

Á ese mismo.

Frula.

Oh, como es renegado, cuerpo non de Dios conmigo! Pues perdonadme, señor, vuestro padre pensé que era.

Fabricio.

Antes le tengo en lugar de mas que padre.

Frula.

Sois de aqui?

Fabricio.

Romano soy.

Frula.

Habeis estado aqui en Módena otra vez?

Fabricio.

En mi vida.

Frula.

Pues catad, señor huésped, que os aviso que vais advertido de la gente desta tierra, porque es la mas mala que hay en el mundo, en quien hallareis tantos engaños que os asombrarán. Vos sois mozo y no seria mucho engañaros facilmente.

Fabricio.

Yo lo agradezco: quedad con Dios.

Frula.

Id en buenhora.

Fabricio.

Por esta calle será bien atravesar. Oh, qué bonita moza! A mí parece que viene encaminada.

Julieta.

Qué es esto? Andas de camino, Fabio? qué hábito es aquese? qué es de tu señor?

Fabricio.

Mi señor? Donosa está la pregunta! si nos vido anoche llegar de camino y piensa que es mi señor Maese Pedro Quintana? No me maravillo, pues aun el huésped pensó que era mi padre.

Julieta.

No me respondes?

Fabricio.

Durmiendo queda en el meson: porqué lo dices?

Julieta.

Mesonero es el tiempo! Como andas asi medrado? Parece que hate dado tu amo esa capa.

Fabricio.

Mi amo? mi amo es el buen dinero.

Julieta.

Ya mandais dineros, señor Fabio?

Fabricio.

Otro Fabio? Errado me ha el nombre. Eres tú por ventura moza de Frula, mi huésped? de donde me conoces tú á mí?

Julieta.

Ganosico vienes de burlas! Anda, ya! Mala landre me mate despues de muerta! para mí que como dicen soy de Córdoba y nací en el potro! Mira que te ha menester mi señora: ven presto.

Fabricio.

Bien me dijo á mí mi huésped que era diabólica la gente desta ciudad. Esa debe de ser moza de alguna cortesana y como me vé estrangero, querrá procurar de sacarme algunas blanquillas: mas quiero conceder con ella, aunque no traigo dos reales cabales.

Julieta.

Acabemos. Qué hablas entre dientes, Fabio?

Fabricio.

Otro Fabio? Fabricio querrás decir.

Julieta.

Fabricio ó Fabio: ansi veo que te llama tu amo y mi señora.

Fabricio.

Por qué calle iremos?

Julieta.

Por la de oro: como si tú no supieses las calles mejor que yo.

Fabricio.

Sí, mas no me acuerdo ya.

Julieta.

Miraldo al desatinadico! Estuviste anoche allá y no atinas! pues ven conmigo que yo te adestraré.

Fabricio.

Es lejos?

Julieta.

Es el mal dolor que Dios te dé, amen! Haces del bobo? sí, sí, tomaldo acuestas, deciros ha mil gracias. Mira, quédate aqui en este canton, que voy á ver que hace mi señora y luego salgo á llamarte.

Fabricio.

Mira, si lo dije yo! mira si va la señora á ver si está con alguno su ama: porque si tal hay no faltará un achaque con que me despedir, y sino, ella volverá por hacerme caer con pie derecho: pues mándela, que harta mala ventura podrá llevar de mí. Quiérome esconder que gente viene, y no quiero que digan que estoy á puerta semejante aguardando tanda, como quien va al molino á moler.

Escena séptima.

Verginio, padre de Lelia.
Gerardo, padre de Clavela.
Julieta, moza.
Fabricio, hermano y parecido de Lelia.

Verginio.

Qué quereis, señor, que os diga? Á quien mas que á mí y con mas justa razon debe pesar? Pero dejadme topar con ella....

Gerardo.

Y dígame, señor Verginio, teneis por cosa cierta andar vuestra hija Lelia en el hábito que decis? Y de quien lo habeis sabido?

Verginio.

De quien? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mio, que habiéndole yo enviado al monasterio, dijo que allá no estaba, y tambien que fui yo en persona á sabello.

Julieta.

Jesus! vista soy de mi señor: volveréme. No, que será peor. Sus, que ya la tengo pensada.

Verginio.

Vuelve acá, rapaza! pensabas que no te habia visto? Dí, do vas la vuelta, hurona?

Julieta.

Señor, envíame mi señora Clavela á llamar uno destos cajeros, que le queria comprar no sé qué cuentas.

Gerardo.

Jesú! Jesú! qué mentira tan probada! cajero diz que iba á llamar, señor Verginio: ha visto atravesar por aqui algun cajero?

Verginio.

Poco hace al caso, salga á lo que saliere.

Julieta.

En buena fé, señor, tan claro se oyeron aquellas campanillas que ellos suelen traer, que nó dijeran sino vesme aqui.

Gerardo.

Calla, calla, rapaza, y dí qué hace mi hija.

Julieta.

Rezando la dejé.

Verginio.

Tal sea mi vida! Cierto terná mejor juicio que no la mia. Pero qué digo? Hela, hela, señor, no hay mas que decir: topado ha Sancho con su rocin. Llégate, hija Lelia, que conocida eres.

Fabricio.

Lelia? Abrenuncio! donosa gente es esta.

Gerardo.

Sea bienvenida la señora, digo el galan. Por Dios que os está bien ese hábito: si yo fuese que vos, nunca me le quitaria.

Verginio.

Qué es aqueso, hija Lelia? Qué pasos son estos en que andas? Qué devanéo ha sido aqueste? Qué ropa esa? Por qué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

Fabricio.

Decis á mí, hombre honrado?

Verginio.

Donosa es la respuesta! Dí, búrlaste conmigo?

Fabricio.

No tengo yo por costumbre burlar con nadie, especialmente con quien no conozco.

Gerardo.

Santo Dios, qué poca vergüenza! Que aun finjirá no conocerte? Toma por ahí: tené gana de casaros con semejantes.

Verginio.

Agora, hija Lelia, lo pasado sea pasado, y en lo por venir haya enmienda.

Julieta.

Cata que es el diablo el buey rabon! Lelia diz que se llama el otro.

Gerardo.

Qué dices tú, Julieta?

Julieta.

Digo que se engañan en buena fé, señores: mejor conozco yo este mozito que á mis propias manos.

Verginio.

Y de donde le conoces?

Julieta.

De mil veces que le he visto con su amo.

Gerardo.

Y como se llama?

Julieta.

Fabio y Lauro su señor.

Verginio.

Lauro? Dejadme topar con él, que yo le enseñaré si es bien hecho traer á mi hija en semejantes tratos.

Fabricio.

Por Dios, no sé qué me diga! Esta tierra debe ser de bárbaros: el uno me toma por estrangero, el otro por muger, el otro por page. No hay quien los entienda.

Verginio.

No murmureis, hija, sino andad conmigo á casa y dad al diablo andar en devanéos, ni servir á nadie: basta que sirvais aqui á vuestro marido.

Fabricio.

Por Dios, si no tuviese respeto á las canas honradas, que yo os enseñase á hablar de otra manera. Qué cosa es marido? Estais en vuestro juicio?

Gerardo.

Paso, paso, cuerpo de mi linage, señora, que no lo teneis tan acabado, que si aqui no nos quieren acullá nos ruegan, como dicen.

Verginio.

Calle, señor Gerardo, que de alguna cosa debe traer el seso perdido. Qué le parece que hagamos della?

Gerardo.

Á mí me parece, que pues mi casa es tan cerca la arrebatemos y la metamos en mi aposento, y yo haré á mi hija Clavela se vea con ella, que quizá por ser muger como ella, la hará venir á lo bueno y darle cuenta de toda su mudanza.

Julieta.

Muger es? sino el diablo. No verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí á otra cosa de casa sino á llamalle.

Gerardo.

Qué rezas, Julieta?

Julieta.

Digo, señor, que á la mano de Dios, que es muy bien hecho, que tambien se holgará mi señora por ser muger como ella.

Verginio.

Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

Fabricio.

Estad quedos, hombres honrados, por Dios!

Gerardo.

Tené bien, señor, que no se nos vaya.

Julieta.

Déjate llevar, asno, que no te van á echar con leones, sino con la mas linda dama que en toda Módena se halla.

Fabricio.

Paso, paso, señores: que no pienso deberos nada.

Gerardo.

Callá, que allá tienes de ir por fuerza ó por grado: ayuda aqui, Julieta!

Julieta.

Esto es de gracia, que á mas soy obligada por lo que toca siquiera á mi ama. Coceais? Callá, que vos saldreis manso y el patron quejoso y mi ama contenta, que es lo mejor.

Escena octava.

Verginio, padre de Lelia.
Gerardo, padre de Clavela.
Julieta, moza.
Crivelo, lacayo.
Salamanca, criado.
Frula, mesonero.
Lauro, caballero.

Verginio.

El mas contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa de Gerardo, solo por dejar á mi hija Lelia en compañía de la suya.

Gerardo.

Adonde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como este sino en tierra de Guinea! Yo le castigaré al ribaldo tacaño segun merece!

Verginio.

Válame Dios! qué es aquello?

Julieta.

Ay, señor Verginio! por el amor de Dios que se vaya presto de aqui.

Verginio.

Como? qué ha sucedido?

Julieta.

Ya lo decia yo, pecadora de mí, que aquel mancebo era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no sino Lelia.

Verginio.

Qué dices?

Julieta.

Digo que mi señor se está armando con determinacion de matar á vuesa merced.

Verginio.

No hará, hija.

Gerardo.

Que fiándome yo de un hombre de tanta honra, me haya engañado tan malamente! Ah, don traidor! aqui estais?

Julieta.

Ay, señor! téngase.

Gerardo.

Déjame, rapaza.

Crivelo.

Paso, paso, señor Gerardo: tené un poco de respeto siquiera por quien está en medio.

Verginio.

Mirá, buen hombre, si algo presumis que os debo, dejadme llegar á la posada, que prestó daré la vuelta y os responderé como mandáredes.

Gerardo.

Andá, que aqui os aguardo.

Crivelo.

Que no es menester nada deso, señor Verginio. No sabríamos primero qué ha sido esto?

Verginio.

Yo no lo entiendo.

Crivelo.

Señor Gerardo, por amor de mí que me diga lo que hay, que si es cosa que tiene remedio, aqui está Crivelo que basta á remediarlo todo.

Gerardo.

Qué remedio puede haber, pecador de mí, que fiándome yo deste señor me engañase.

Crivelo.

De qué manera?

Gerardo.

De que á fuerza de brazos me ha hecho poner un mancebo en mi casa que se llama Fabricio.

Julieta.

Que no sino Fabio, señor.

Crivelo.

Ya le conozco.

Gerardo.

Haciéndome creer que era su hija Lelia.

Verginio.

Sí, que lo es.

Gerardo.

Aun porfías, mal hombre?

Crivelo.

Téngase, señor, y mire quien está delante.

Gerardo.

Yo creyendo ser ello asi, púsele en compañía de mi hija Clavela y le he hallado abrazado y besándose con ella. Parécecos si ha deshonrado mi casa para cuantos dias viviere?

Verginio.

Restituidme mi hija, digo yo, y dejaos desas fransias.

Gerardo.

Restituidme vos mi honra y no penseis vencerme con palabras.

Verginio.

Esperadme pues aqui.

Crivelo.

Vuelta, vuelta, señor Verginio! señor Gerardo, él se va sin duda á armar, quitémonos de aqui.

Gerardo.

Cual, quitar? juro á mí pecador, de aqui no me quite hasta verme persona con persona con él: veamos á cuanto llega su lanza.

Crivelo.

Mejor será que se quite de la calle y no dé que decir á los vecinos.

Julieta.

Bien dice Crivelo, señor.

Gerardo.

Por este respecto lo quiero hacer.

Crivelo.

Pues, señor, quédese con Dios y éntrese en su casa.

Gerardo.

Y vaya con él.

Salamanca.

Pues qué diabros? Tanto madrugoren, que no tuvieron acuerdo de almorzar primero que se huesen, señor huésped?

Frula.

Ya no te dije que no sé mas de cuanto el mozo salió primero por esa puerta, que el otro como abad fue en su busca?

Salamanca.

Y dígame, señor mesonero ó bodegonero ó como es su gracia, por vida desa cara honrada, sin almorzar se salioren?

Frula.

Tu señor el mozo, bebió con una tórtola.

Salamanca.

Pues qué diabros! No habia taza en casa, que bebió con una tórtola?

Frula.

Como! Un pájaro, animal.

Salamanca.

Y qué, animal no es pájaro?

Frula.

No, pues eres tú.

Salamanca.

Mercedes, señor huésped.

Frula.

Si tú no quieres entender. Lo que yo digo es que comió la tórtola y bebió tras ella, y el abad viendo que era ido, demandó sopas de la olla y ansi se fue.

Salamanca.

Qué? ensopado va? Ah! búrlase?

Frula.

Porqué me tengo de burlar?

Salamanca.

Yo juro al cielo de Dios, que no fue ese hecho sino de hombres lamineros. Eso merece el pobre de Salamanca por irse á dormir en el pajar y ahorrar de cama.

Frula.

Tate! que Salamanca te llamas.

Salamanca.

Salamanca me llamo y aun me pesa dello.

Frula.

Porqué?

Salamanca.

Porque en cosas de comer siempre quedo manco.

Frula.

Ora bien, queda en buen hora.

Salamanca.

Vaya con Dios, señor bodegonero. Oh, pobre de tí, Salamanca! Donde irás agora solo y en tierra agena, sin almorzar ni quien te convide? por aqui será bien que atraviese y pida la plaza do se venden cosas de comer.

Lauro.

Cuéntame, Crivelo, lo que á contar me empezaste, sin errar solo un punto.

Crivelo.

Que yo te lo diré, señor, sin discrepar ni tan solamente media puntada.

Lauro.

Pues dí.

Crivelo.

Has de saber, señor, que como tú me enviaste en casa de Clavela á ver á qué efecto ese rapaz se habia detenido tanto, hallé riñendo á Verginio y Gerardo.

Lauro.

Y sobre qué?

Crivelo.

Sobre que, oí decir á Gerardo, que habia hallado á Fabio abrazado con su hija Clavela.

Lauro.

Oh, traidor! tal oiste?

Crivelo.

Digo que lo oí con estas propias orejas y fue bien oido.

Lauro.

Que fue bien oido? tacaño!

Crivelo.

No te empines, señor, contra mí, porque es verdad lo que te digo.

Lauro.

Yo te creo.

Crivelo.

Cual yo te creo? Digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester, encima de un brocal de un pozo que cumple palabras.

Lauro.

Vamos: si yo no le diese su pago, no me llamen hijodalgo.

Crivelo.

Qué? yo basto, señor, á cortalle aquellos braznelos.

Lauro.

Crivelo, vente conmigo, y en velle dale de tal suerte que le dejes tendido.

Crivelo.

Eso haz cuenta que está hecho. Yo me porné desta postura y destotra y zápete en tierra. Vamos.

Escena novena.

Lelia, en forma de page con nombre de Fabio.
Salamanca, simple.
Quintana, ayo de Fabricio.
Lauro, caballero.
Crivelo, su lacayo.
Marcelo, amo de Lelia.

Lelia.

Qué tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor expediente? Especialmente que Lauro mi señor tiene entendido de Crivelo su lacayo que me han visto abrazada con Clavela. Yo no entiendo quien puede ser este que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

Salamanca.

Señor Maese Quintana! qué digo? Ojo! he allí á Fabricio.

Quintana.

Ya lo veo.

Lelia.

En manos de Marcelo mi amo voy derecho á ponerme.

Quintana.

Llámale: sin mantéo viene.

Salamanca.

Habráselo jugado. Há, señor! Válame Dios, está sordo?

Lelia.

Qué mozo es este que me está llamando?

Quintana.

Qué mozo es este? Há, Fabricio! vergüenza, vergüenza: qué es del mantéo?

Lelia.

Hombre honrado, conoceisme vos á mí?

Quintana.

Sí, te conozco.

Salamanca.

Sí, que os conocemos.

Lelia.

Tú sabes con quien hablas?

Salamanca.

Bien sé con quien hablo: con Fabricio hablo.

Lelia.

Cual Fabricio?

Salamanca.

Mi amo.

Lelia.

Yo no soy tu amo.

Quintana.

Déjate de chacotear, Fabricio, y vamos á la posada.

Salamanca.

Vamos, que es hora de comer.

Lelia.

Quien te quita la comida?

Salamanca.

Él me la quita, pues venir no quiere.

Lelia.

Yo no tengo para qué.

Salamanca.

Bien lo creo, pues tiene su tórtola en el buche.

Quintana.

Calla, diablo, con tu comida.

Salamanca.

Bien teneis vos por que callar, domine Faldetas, pues antes de salir de la posada asi os engollis las sopas como anadon nuevo los livianos ó caracoles.

Lauro.

Cátale, Crivelo: dale, muera!

Lelia.

Santa María, señora! sed conmigo.

Quintana.

Tenéos, gentilhombre.

Crivelo.

Que no hay que tener.

Salamanca.

Á esotro, no á mí. Oh, pecador de Salamanca!

Lauro.

En casa de Verginio se ha metido.

Marcelo.

Qué descortesía es esta tan grande, señores, de querer entrar con las espadas tiradas en casa agena?

Lauro.

Dadnos ese rapazuelo de Fabio.

Quintana.

Fabio? Fabricio se llama, señores.

Marcelo.

Ni es ese ni esotro, que vivis engañados. Pero, señor Lauro, antes que te lo dé, primero te suplico que me oigas un negocio que pocos dias ha que aconteció en mi pueblo y es maravilloso de oir.

Salamanca.

Señores, paréceles que vaya por sendas sillas al meson?

Marcelo.

Para qué, dí?

Salamanca.

Porque segun ha tomado el comienzo, no es mucho que nos tomen aqui las cumpretas.

Quintana.

Déjele, señor.

Lauro.

Que me place de lo oir, pero ha de ser con condicion que entregueis luego ese rapaz en mi poder.

Marcelo.

Yo te lo pondré en tus manos propias, á fé de quien soy.

Salamanca.

Qué gentiles alientos para quien querria estar en la posada y tener los asadores atravesados por las tripas!

Marcelo.

Has de saber, señor, que no ha muchos años que un caballero tomó amores con una doncella, la cual le pagaba con el mismo amor. Quiso su desdicha que este caballero se enamoró de otra señora, olvidando la primera. La primera viéndose despreciada de su amante, no sabiendo qué se hacer, acordó de mudar el hábito feminino y en el de hombre muchos dias le sirvió. Pues andando á la desconocida, como se viese todavía aborrecer deste su señor, vino en tanto extremo que estuvo para desesperar, y está hoy en dia que plañe y lamenta en secreto, que es la mayor lástima del mundo.

Lauro.

Dichoso tal hombre, pues con tan firme amor es amado! Y porqué no se da á conocer de su señor?

Marcelo.

Porque teme del mal suceso.

Lauro.

Cual mal suceso? Á fé de caballero, que si por mí tal acaeciera... Mas qué digo? no soy yo tan dichoso ni tan bienaventurado.

Marcelo.

Si por tí tal acaeciera, qué es lo que hicieras? No olvidaras otro cualquier amor por muger tan constante, siendo tan hermosa y noble como la otra?

Lauro.

Cual olvidar? y con qué se podria pagar un tan conforme amor?

Marcelo.

Pues primero que en nuestra casa entres ni á Fabio veas, quiero me jures á fé de caballero qué es lo que tú hicieras sobre este negocio?

Lauro.

Por el juramento que me has tomado te juro que no le podria pagar con otra cosa, sino con tomalla por muger.

Marcelo.

Hiciéraslo asi?

Lauro.

Y no de otra manera.

Marcelo.

Pues entra, señor, que por tí propio ha sucedido lo contado

Lauro.

Por mí? Como?

Marcelo.

Porque Fabio, á quien tú quieres matar pensando que es hombre, es tu querida primera Lelia, hija de Verginio Romano, la cual se salió del monasterio por servirte en hábitos de hombre. Mira si le debes algo y le eres en grandísima obligacion.

Lauro.

No me digas mas, Marcelo, que yo te creo.

Crivelo.

Y aun por eso, señor, muchas veces cuando se iba acostar á la cámara de los lacayos, se apartaba acullá lejos en un rincon á desnudar. Yo decíale: hermano Fabio, porque no vienes á desnudar á la lumbre? y respondíame él diciendo: hermano Crivelo, tengo sarna.

Lauro.

Sus, entremos allá dentro, que yo le quiero pagar con lo que tengo dicho.

Salamanca.

Señor Maese Quintana, si aquel no es Fabricio, qué esperamos? Vámonos a d c o m e d e n d u m a d p o s a t a m.

Quintana.

Qué dices? que algarabía es esa?

Salamanca.

Algarabía? Es gramátula, y aun de la mas fina de Alcalá de Humares.

Quintana.

Escúchate! — Dígame, señor, como dijo denantes que se llamaba el padre desa Lelia?

Marcelo.

Verginio Romano.

Quintana.

Verginio Romano?

Marcelo.

Sí, señor.

Quintana.

Tuvo otro hijo sin esta?

Marcelo.

Uno, el cual se perdió en el saco de Roma.

Quintana.

Por hallado se puede tener el dia de hoy, que llegando á ver aqui á Módena so amparo y guarda mia, se nos ha desaparecido, y pensando ser este que se retrajo en vuestra posada, venimos en su seguimiento.

Crivelo.

Y es ese el que llamais Fabricio?

Quintana.

Sí, señor.

Crivelo.

Tata! que me maten si ese que vos decis no es el que han tomado por Lelia y está encerrado en casa de Gerardo.

Marcelo.

Pues por amor de mí, mientras nosotros nos entramos á efectuar el matrimonio del señor Lauro con Lelia, se vaya vuesa merced con Crivelo á casa de Gerardo: porque Verginio es ido allá armado con Pajares su mozo á que le restituya á Lelia.

Quintana.

Válame Dios! Iré porque no suceda algun escándalo.

Crivelo.

Vamos y daremos noticia de lo pasado.

Salamanca.

Y pues yo, Maese Quintana ó Cuartana, quédome hecho campaleon? Piensa que me he de mantener del aire?

Quintana.

Toma, cata ahí cuatro reales y dalos á Frula el mesonero en señal que se los debemos y díle que te dé el portillon de la ropa.

Salamanca.

Y no mas?

Quintana.

Y el pan que sobró del almuerzo y vente aqui á la posada del señor Verginio.

Salamanca.

Que me place y al pan podeis agradecer la vuelta.

Escena décima.

Verginio, padre de Lelia.
Pajares, simple.
Quintana, ayo de Fabricio.
Crivelo, lacayo.
Gerardo, padre de Clavela.
Fabricio, hermano de Lelia.
Clavela, dama.

Verginio.

Mira, Pajares!

Pajares.

Miro, señor.

Verginio.

No te cures de mas sino hacer como yo hiciere. Veamos si me darán á mi hija por grado ó por fuerza, mal que les pese.

Pajares.

Y dígame, señor, cuantos han de ser los alanceados, si place á la voluntad de Dios?

Verginio.

Solo uno es el que me ha ofendido.

Pajares.

Uno no mas? y como se llama?

Verginio.

De todo te han de dar cuenta? Gerardo se llama. Porque lo dices?

Pajares.

Porque querríame llegar á la iglesia.

Verginio.

Para qué?

Pajares.

Para hacelle decir una misa de salud.

Verginio.

Calla, badajo! que no sé quien viene.

Pajares.

Crivelo es el uno y el otro saludador me parece.

Crivelo.

Guárdele Dios, señor Verginio.

Verginio.

Seas bien venido con la compañía.

Quintana.

Beso sus manos.

Pajares.

Señor Crivelo, parécele en qué andenes y riesgos me han traido mis pecados?

Crivelo.

Como, Pajares?

Pajares.

Como me pregunta: no vé que enlanceado estoy?

Crivelo.

Pues qué hace eso al caso?

Pajares.

Quien me hizo á mí mata-hombres? Que aun por mis pecados los dias pasados mató mi padre un huron, y en mas de quince dias no osaba salir de noche al corral do le habia muerto.

Crivelo.

Por qué?

Pajares.

Porque no me asombrase su álima.

Crivelo.

Señor Verginio, bien puede vuesa merced enviar este mozo á casa á desarmarse.

Pajares.

Há, Dios te dé salud, amen!

Verginio.

Cual enviar? Venis vos hecho de concierto con Gerardo? Pues tené por entendido que no lo haré hasta tanto que me dé mi hija tan sana y tan buena como se la entregué.

Crivelo.

Señor Verginio, como os puede dar vuestra hija no teniéndola?

Verginio.

Diz no teniéndola: pues qué cuenta me da de la moza que yo le dejé en su poder?

Crivelo.

Moza? yo digo que es mozo.

Quintana.

Señor, lo que yo tengo entendido deste negocio es, que Lelia está en tu casa con toda la honra del mundo, y desposada con un gentilhombre que se llama Lauro.

Crivelo.

Dice verdad, señor: con mi amo Lauro.

Pajares.

Y sin pedirme perdon, señor?

Verginio.

De qué te habia de pedir perdon?

Pajares.

De que me hizo ayunar el lunes sin ser ayuno, ni cantallo el martilojo de mi bravario.

Verginio.

Qué? mi hija desposada con Lauro? Dichoso seria yo si tal fuese.

Crivelo.

Que lo puedes bien creer, señor.

Verginio.

Y el que tanto le semeja, que está en casa de Gerardo, quien ha de ser?

Quintana.

Tu hijo, señor.

Verginio.

Qué me contais?

Quintana.

La verdad sin falta.

Verginio.

Oh, providencia divina!

Crivelo.

En casa de Gerardo me entro, por dalle aviso del regocijo tan sobrado y ganar las albricias.

Verginio.

Corre, vé.

Pajares.

Yo á desenlancearme.

Verginio.

Señor, como es su gracia?

Quintana.

Quintana, á su servicio.

Verginio.

De qué tierra?

Quintana.

De Roma, ayo de su hijo Fabricio.

Verginio.

Fabricio? y quien le puso ese nombre?

Quintana.

Señor, tú has de saber que el dia de la revuelta que fue saqueada Roma, quiso su buena dicha ó ventura que vino tu hijo en poder de un capitan español dicho Fabricio, y por quererle tanto me lo dió que le enseñase toda crianza, llamándole de su propio nombre, y al punto que falleció lo dejó heredero de su hacienda.

Verginio.

Santo Dios!

Quintana.

Yo, como por tu hijo y mi criado supiese que tenia padre que se llamaba Verginio y por informacion de algunos estrangeros que en Módena residian, determiné de encaminarle á esta ciudad y traelle en tu presencia.

Verginio.

Digo, señor, que yo estoy por ello obligado á no faltaros en los dias de mi vida.

Crivelo.

Señor, he aqui do sale el señor Gerardo y tu hijo Fabricio con su esposa Clavela mano por mano.

Gerardo.

Qué le parece, señor Verginio, las cosas que son encaminadas por Dios, como siempre vienen á parar en buen suceso?

Verginio.

Asi es la verdad, señor Gerardo.

Quintana.

Fabricio, abraza á tu padre!

Fabricio.

Déme sus manos, señor.

Verginio.

Jesus! y cuan semejante es á Lelia! Bendígate Dios, hijo mio, y á tu esposa.

Clavela.

Y á él dé largos dias de vida.

Gerardo.

Señor Verginio, pues no ha sido servido Dios que Lelia fuese mi muger (segun aqui Crivelo me ha contado) digo que me tengo por muy dichoso y contento que su hijo Fabricio sea mi yerno, y de hoy mas por consuegros y hermanos nos abrazemos.

Verginio.

Que me place y vamos derecho á mi aposento, donde se celebrarán las bodas cumplidamente.

Crivelo.

Sus, señores: si les pareciere alcanzar de la fiesta y confitura que allá dentro está aparejada, alléguense á la posada del señor Verginio, que á fé de hombre de bien, segun el preparatorio, no saldrán quejosos, y por tanto perdonen.

---

22. Comedia Medora.

Escena primera.

Angélica, hija de Acario.
Paulilla, moza.
Gargullo, lacayo.
Estela, hijastra de Lupo.
Peñalva, } rufianes.
Logroño, }
Gitana.
Medoro, en hábitos de muger bajo el nombre de Armelio, hijo de Acario.

Angélica.

Paulilla!

Paulilla.

Señora.

Angélica.

Entre tanto que Barbarina mi madre está ocupada en sacar aguas de sus alambiques, te quiero hablar un poquito acá fuera.

Paulilla.

Porqué acá fuera, señora?

Angélica.

Porque mientras que mis padres me conceden un poco de descanso, quiero salir de prision y abrir los ojos y estender la vista por esta calle, pues es hora en la cual no podemos ser impedidas de ninguno.

Paulilla.

Teneis razon y maravíllome de una guarda tan estrecha como vuestros padres os ponen: de qué se recelan?

Angélica.

Tú tienes razon y estoy admirada con tanto encerramiento, como no imito á mi hermano Medoro nacido conmigo de un mismo parto, el cual dicen que se transformó en la cuna súbito y asi dijeron que murió.

Paulilla.

No debemos de cuitarnos, que todo se hará á vuestro placer.

Angélica.

Pues otra cosa hay que tú no sabes.

Paulilla.

Y qué, señora?

Angélica.

Que mi madre Barbarina se ha encomendado tambien á Agueda, la cual le ha dicho le traiga agua de siete fuentes y la tierra de siete muertos para hacer ciertas cosas y ella lo comienza á poner por la obra. Demas deso nunca entiende sino de enjalvegarse aquel rostro, enrojarse aquellos cabellos, y polirse aquellas manos, que no parece muchas veces sino disfraz de carnestolendas.

Paulilla.

Oh quien tuviese una semana sola libertad sobre aquestos viejos sin vergüenza, que quieren igualarse con los mozos á despecho de los años y mezclándose dellos quieren mostrar sus espectáculos á todas las fiestas, á toros, á justas, á comedias: embutidos de paños aquellos huesos cubiertos de piel mas dura de la que aquel de Margute hacia sus coracinas. Oh, quien supiese hacer coplas sobre ellos y qué haria!

Angélica.

Desbabada soy: estaba escuchándote por ver adonde ibas á parar, pero enfin siendo tú superiora dellos qué harias?

Paulilla.

Dejemos las burlas, que yo me entiendo. Pero decíme, qué os ha dicho Agueda de vuestro negocio?

Angélica.

Díjome que Casandro se queria casar conmigo.

Paulilla.

Aqueso bien me parece: tal mal venga por Paulilla, amen.

Angélica.

Ay, Dios me lo conceda! Ya no me maravillo si algunas dueñas de las antiguas se buscaron la muerte agora con fuego, agora con hierro, agora con otro cualquier instrumento, si las tales acaso amaban desperanzadas. Oh amor, cuanto os debo reverenciar por haberme echado en suerte un tal hombre! Plégaos encendelle con la misma flecha que á mí! Mas ay! que Gargullo viene: entrémonos á priesa.

Gargullo.

Ansina viva el molino de viento que está fundado en Villafranca de Niza y el serpentino de fuslera que se forjó en la casa de la fundicion de Málaga, como de semejantes palabras habia yo de ser su amigo y mas empinándose para mí. Oh pobre de tí, Gargullo! Qué se hicieron los cinco que yo destripé en Isladeras cuando tuve el desafío campal con Segredo el alferez y con sus consortes? Pues aqui tengo las propias manos, con que ahogué la espantosísima sierpe en la sierra de Gaeta, dia señalado del señor san Jorge antes que el sol saliese. Pero qué monta? si en esta tierra farfante no son conocidos los valientes, pues aun no habeis puesto mano á la hoja cuando ya os tienen hecho ginete de albarda.

Estela.

Qué es esto, señor Gargullo? á paso, que podeis despertar á mi padre. Como vais tan arrufaldado?

Gargullo.

Ah, señora Estela! y es nuevo para mí ejercitar las armas?

Estela.

Y con quien es la pasion?

Gargullo.

No me lo preguntes: que con un hombrecillo de poco lo he que no es nada.

Estela.

Mas por mi vida, con quien lo has?

Gargullo.

Juramento me has tomado que no puedo dejar de decirte la verdad. Conoces á Peñalvilla el comprador del Canóuigo Villalba?

Estela.

Sí, muy bien: mira si le conozco.

Gargullo.

Pues con ese mismo.

Estela.

Ya, ya, con aquel dolorido: no me dé Dios mas trabajo que cargallo de chapinazos.

Gargullo.

Pues esos tales son los que Dios me echa á mí en suerte, porque no pueda ejecutar mi cólera.

Estela.

Pues cátelo viene: yo me entro. No me le dejes diente en aquella boca porque me tiene enojada.

Peñalva.

Hallaros tenia, doña gallinilla: echá mano.

Logroño.

Paso, señor Peñalva! no sabríamos qué pendencia es esta?

Peñalva.

Íbades á dar queja, ladron!

Gargullo.

Ladron soy yo, señor Peñalva?

Peñalva.

Levántelo, fullero!

Gargullo.

No me lo levantais, mas de mí á vos fuera bien dicho y no delante tanta gente de honra.

Logroño.

Vení acá, señor Gargullo! Es esta pendencia por un bofetoncillo que dicen que el señor Peñalva os dió?

Gargullo.

Pues parécele á vuesa merced bien hecho que me dé él á mí bofeton en mis barbas y á traicion?

Logroño.

Á traicion llamais si os lo dió cara á cara?

Gargullo.

Y no le parece á vuesa merced traicion, pues me lo dió sin pedirme licencia?

Logroño.

Desa manera cuando el señor Peñalva otro tanto hubiese de hacer, yo haré con él que os avise primero.

Gargullo.

Y con eso quedo yo con toda mi honra.

Logroño.

Guárdenos Dios, sin perder punto ninguno.

Gargullo.

Suso, bien está: vaya vuesa merced y tómele la mano con condicion que me avise primero.

Logroño.

Que él lo hará, y cuando no yo cumpliré por él. Ah, señor Peñalva, vuesa merced me dé la mano y sea amigo del señor Gargullo.

Peñalva.

Señor, que me place, pero mire, señor Logroño, que se trate con toda la honra del mundo.

Logroño.

Tratado está: sus, baste: dad acá la mano vos, Gargullo!

Gargullo.

Tome, señor.

Logroño.

Prometeis á ley de hombre de bien de ser su amigo?

Gargullo.

Prometo.

Peñalva.

Yo tambien.

Logroño.

Pues sus, vamos: y aqui en la taberna de Gamboa nos podemos colar sendas veces de vino.

Gargullo.

De mi parte he aqui un real y hagan lo que les pareciere, porque yo no puedo ir que aguardo un cierto negocio.

Logroño.

Si eso es beso las manos á vuesa merced.

Gargullo.

Vayan vuesas mercedes con Dios. Han ya traspuesto el canton? Creo que sí. Aun el diablo no me hubiera contenido sino se hallara presente Logroño, que es tan gran ladron como el otro.

Estela.

Pues como ha ido, Gargullo, con la pendencia?

Gargullo.

Qué, no ha estado ahí á la ventana?

Estela.

No por cierto, que luego me entré.

Gargullo.

Muy bien ha ido, señora Estela, como suele. Si estuvieras á la ventana vieras correr mas sangre por la calle que el rastro que se háce entre la puerta del campo y Teresa Gil.

Estela.

Pues tanta sangre de un hombre solo?

Gargullo.

Mas de treinta se van de aqui todos amigos y valedores suyos.

Estela.

Y en fin?

Gargullo.

En fin que me perdonó un bofeton que nueve testigos contestes dicen que le dí, y sobre todo echóse á mis piçs y por ruego de algunos amigos que allí se hallaron, acabaron conmigo que le hiciese merced de la vida por cinco años.

Estela.

Bien negociado está eso, y entre tanto pasarte se ha el enojo: huélgome que sales siempre con tu honra.

Gargullo.

Poca honra se puede ganar con semejantes, señora Estela: pero ven acá, tenemos de hacer esta albarda ó esta jáquima de mi amo Ascario? qué esperas? á cuándo aguardas?

Estela.

Como tú quisieres: haz á tu modo.

Gargullo.

Yo le tengo dicho que para hablarte mas á su salvo, que se mude en hábitos de leñador ó de ganapan.

Estela.

Dí, que bien te entiendo.

Gargullo.

Y téngome hecho de concierto con un leñador, que trueque con mi amo las ropas viles, para que despues partamos por iguales partes.

Estela.

Bien está: y cuando verná si sabes?.

Gargullo.

Yo trabajaré que sea hoy. Otra cosa has de hacer por mí y es que cuando estuviese hablando contigo, hagas á tu padrastro Lupo que con unas cinchas de caballo lo cargue de arriba abajo de correonazos muy bien.

Estela.

Que me place: yo lo haré: queda con Dios.

Gargullo.

Él te guarde, señora Estela.

Gitana.

Ves aqui, hijo Armelio, el pueblo tan deseado por nosotros. Aqui bien podemos reposar algunos dias y entre tanto que Dios otra cosa ordena es de menester buscar la vida entre las nobles personas y que tú, hijo mio, te mantengas en este hábito secretamente, hasta que los nuestros negocios vengan á un fin próspero y agradable.

Medoro.

Madre, asi se haga como lo mandais y entre tanto que buscas la vida si me concedes licencia, quiero ir á dar vuelta por este pueblo, donde me habeis dicho que soy, pues grande alegría siento en solo vello.

Gitana.

Hijo, vé en buenhora y si te perdieres pregunta por el portal de Ruzafa: asi no podrás errar y mira por tí. Dios te guarde.

Escena segunda.

Ortega, simple.
Perico, page.
Acario, viejo ridículo.
Gargullo, lacayo.
Estela, doncella.
Lupo, su padrastro.

Ortega.

Oh, mal haya la madre de la fortuna si es viva, y si es muerta mal siglo le dé Dios, porque no me hizo á mí duque ó conde, ó sastre, ó cazador de erizos ó melcochero, para estarme en casa de hoz y de coz: porque aunque dice acullá el cura de nuestro puebro, beato mortoris quin domine morieta, no me encaja, porque en fin despues de muerto ni viña ni huerto: allá se lo haya Marta con sus pollos, que yo mas querria buena olla que mal testimuño.

Perico.

Ola, Ortega! con quien lo has? parece que vas riñendo.

Ortega.

Oh hermano Pedro, tú eres? conmigo lo habia.

Perico.

Contigo? pues qué hay de nuevo?

Ortega.

Deja de comer y contártelo he.

Perico.

Qué hace al caso que coma? sé que no tengo de comer por los oidos.

Ortega.

Mucho hace al caso tener quedas las quijadas para oir á pracer.

Perico.

Ora vesme aqui que no como.

Ortega.

Es todo aquese pan tuyo?

Perico.

Sí, porqué lo preguntas?

Ortega.

Tuyo, tuyo, tuyo?

Perico.

Mio, mio, mio.

Ortega.

Cata que se te cae.

Perico.

No caerá.

Ortega.

Eso merezco yo en avisarte lo que te cumpre.

Perico.

Agora cuéntame lo que me querias contar.

Ortega.

Pues dame un poco dese pan.

Perico.

Desa manera no quiero que me cuentes nada.

Ortega.

Y si es cosa que te conviene? Mira que se te desmigaja todo.

Perico.

No se te dé nada.

Ortega.

Quies que te diga la verdad? Iba derreniegado con mi amo y dado á la gracia de Dios con él.

Perico.

Y porqué?

Ortega.

Porque tiene tan poca gente en su casa.

Perico.

Y por eso ibas derreniegado? antes te cabrá mas parte á las horas de comer.

Ortega.

Pues por eso iba derreniegado, que tengo en casa una olla de arrope y un plato de sopas encapirotada y tengo de acaballo todo por fuerza, por lo que voy á buscar quien me ayude.

Perico.

Pues ahí no está la hija de tu señor y Paulilla y Gargullo que te ayudarán?

Ortega.

No comen todos esos grasura, que de otra manera qué me faltaba á mí?

Perico.

Pues quies te vaya yo á ayudar?

Ortega.

No miafé, que eres chico.

Perico.

Llévame tú, que yo te sacaré de cuidado.

Ortega.

Pues dad acá ese pan porque tengamos mas que sopetear en el arrope.

Perico.

Yo lo guardaré.

Ortega.

No, no, antes yo lo guardaré mejor que soy mas grande. Espérame aquí: entraré á poner la mesa y sentarémonos tú á una banda, yo á la otra. Cerrarémos todas las puertas, echarémos los gatos y perros fuera y verás cual anda la obra.

Perico.

Pues mira, hermano, no te tardes.

Ortega.

No me tardaré.

Perico.

Júralo.

Ortega.

Que no me cumpre jurar: habia yo de infernar mi alma por tantico pan?

Acario.

Oh! mal fuego abrase, Dios me perdone, un mozo tan descuidado como es aqueste Gargullo! Háme hecho vestir con aquel leñador y mas tusar la barba para bien parecer otro de lo que soy, por hablar con aquella carísima de mas que querubin de yeso, y mas blanca que la misma leche, que de las verecundas lechugas sale, cuando acaso con los iracundos dientes del simplicísimo burro son cortadas. Oh, cuerpo del cielo! que pedazo de retórica he dicho sin tenella pensada ni estudiada. Oh, qué hace el amor! Qué vivos hace los agudos y tibios, los lerdos y flojos, y qué avisados á los sabios! Pardiez si agora fueran vivos los Aristómilis y Pluton, no me deje Dios medrar con los amores de mi señora Estela, si no me entrara en un cerco con ellos á disputar. Oh qué lenguarazo estó! Y ansi ha de ser ello, porque cuando estuviere delante mi señora Estela sepa hablar desenvueltamente, y no como otros alforjas que se atan como correa de zapato. Pero qué tardanza es la que ha hecho este mi mozo?

Perico.

Ola, Ortega! á quien digo? no sales acá?

Acario.

Quien va ahí?

Perico.

Qué quereis vos saber?

Acario.

Con quien lo has, rapaz?

Perico.

Comoquiera estará bien, Ortega, que ya es tarde.

Acario.

Qué ha de estar bien?

Perico.

Qué? nonada sino la mesa: háme convidado Ortega á comer.

Ortega.

Oyes, Pedro!

Perico.

Qué quies, hermano Ortega?

Ortega.

Vente pasado mañana, que no está aqui Gargullo que se ha llevado la llave de aquello.

Perico.

Pues arrójame mi pan.

Ortega.

Vuélvete cuando te digo y llevallo has todo junto.

Perico.

Arrójame mi pan: válgale el diablo al ganso.

Ortega.

Válale el quistotro! mira si algo te debo póneme á preito.

Acario.

Ven acá, niño, qué te tomó aquel mozo?

Perico.

Un pedazo de pan.

Acario.

Pues anda, véte: yo te prometo que él me lo pague.

Perico.

Asi tal debeis de ser como él.

Acario.

Hideputa! rapaz! bellaco! espera.

Perico.

Sí, esperaldo al ganapanazo: á huir pies de trueno.

Gargullo.

Señor, eres tú?

Acario.

Conocísteme?

Gargullo.

Sí, que estaba ya advertido, mas otro que no fuera yo no ara á conocerte, aunque fuera tu propia muger.

Acario.

Pues qué te parece, vengo bueno?

Gargullo.

Excelentísimo vienes, señor.

Acario.

Pero ven acá, Gargullo: conoces por ventura por ahí algun piota?

Gargullo.

Pilota? agora quieres navegar que eres enamorado? buen recado previenes.

Acario.

Que no te pregunto aqueso, badajo, sino un clopeador destos que hacen versicos y coplas.

Gargullo.

Ya, ya te entiendo.

Acario.

Pues toma, cata aqui un escudo: házmelo hacer todo de coplas para mi señora Estela y digan desta manera: Estela de plata, Estela de oro, Estela de argento, Estela de azavache y otras veinte Estelas de por ahí que mejor te parezcan.

Gargullo.

Qué es eso que reluce?

Acario.

La cadena de oro: no la ves?

Gargullo.

La cadena! Oh, mal haya yo y todo mi linage! Yo me voy, señor, que no quiero entender mas en tus amores.

Acario.

Porqué, hijo Gargullo?

Gargullo.

No ves, señor, que si la señora Estela te ve esa cadena, te la demandará y quedarte has sin ella?

Acario.

Bien dices, Gargullo: toma, guárdamela tú.

Gargullo.

Daca, señor: guárdeme Dios y qué descuidado eres.

Acario.

Bien dices: pero, Gargullo, la puerta veo cerrada, llama.

Gargullo.

Ah de casa!

Estela.

Quien está ahí? es Gargullo?

Gargullo.

Señora Estela, aqui está quien desea hacelle todo servicio.

Estela.

Está ahí mi señor Acario?

Gargullo.

Aqui está por cierto un pedazo (y no de asno) del mas gentil enamorado que se podria hallar en los circunloquios y peripatéticas vegas del amor.

Acario.

Ce, ce, Gargullo: qué es lo que ha dicho?

Gargullo.

Qué, no lo has oido? te ha llamado, ten animo y háblale.

Acario.

Señora Estela, la demasiada basca que siento en aqueste estómago por la congoja y merecimiento que me procede de aquellos tan estilados cabellos, dan grande acusacion á las muy mirabélicas orejas, que con las aromáticas arracadas cuelgan por los muy melífluos carrillos, á que me ahogue, como un camaféo, en el hondo y mas que acicalado mar...

Gargullo.

Paso, paso, señor! adonde vas á parar?

Acario.

Oh mal haya yo y todo mi linage! por cierto que sino me atajaras no parara hasta los enblemas de Aristímolis.

Estela.

Quiere entrar, señor?

Acario.

Sí, luz de mi ánima.

Lupo.

Toma, toma, don asno! porqué entrais en casas agenas?

Acario.

Ay, mi cabeza! ay, mis espaldas! Gargullo, que me matan!

Gargullo.

Ay, cuitado de mí! que yo comienzo á perder la vista de los ojos.

Acario.

Donde estás, Gargullo?

Gargullo.

Aqui estoy, señor.

Acario.

Con qué te han dado, Gargullo, con qué te han dado?

Gargullo.

Con unas cinchas de caballo, maloras!

Acario.

Á mí tambien, hijo, con eso mismo.

Gargullo.

Yo lo creo, señor, mas tráigame un confesor de presto.

Acario.

Calla, hijo, que no morirás, ni Dios tal permita. Daca la cadena, hijo Gargullo.

Gargullo.

Todo me han robado, señor, que no me han dejado cadena ni cosa que lo valga.

Acario.

Qué, la cadena te han robado? Oh, amargo de mí! qué haré?

Gargullo.

Oh, desafortunado de tí, Gargullo! qué haré yo, señor de mi vida? traedme un cura luego, luego.

Acario.

Calla, hijo, que no morirás. Da al diablo la hacienda y ten entendido que yo me vengue desta muy bien vengado.

Gargullo.

Ay, señor! que por vos soy muerto, por andar en vuestros malditos amores.

Acario.

Sosiégate, hermano, que yo te prometo que si desta escapas, tú verás si has recibido esta molestia por hombre ingrato y desconocido: alza, alza tu capa.

Gargullo.

Mi capa, señor: antes os ruego que siendo yo muerto envieis algun bien por mi alma al señor Santiago de Galicia.

Acario.

Anda acá, hijo Gargullo.

Gargullo.

No me puedo tener, señor.

Acario.

Pues si no te puedes tener yo te llevaré á cuestas sobre mis hombros.

Gargullo.

Sea ansi, tómame á cuestas: señor, bonito por amor de Dios.

Acario.

Anda, hijo, que bien vas á tu placer.

Gargullo.

No camine mucho: vamos.

Acario.

Vas bien asi?

Gargullo.

Sí, señor: arre! arre!

Escena tercera.

Medoro, hijo de Acario, en hábito de muger.
Casandro, gentilhombre.
Falisco, su criado.
Agueda, anciana, muger de Lupo.
Gitana.

Medoro.

Verdaderamente grande es el amor de la patria, y asi tengo por averiguado que la tierra donde nacemos tenga algun tanto de consanguinidad con el cuerpo humano. Entrando que entré en este pueblo, habiendo entendido que en el nací, me recreció en el ánimo un cierto amor y reverencia con aficion mezclado, por donde agora siento ser aqueste lugar por tantos tiempos de mí deseado. Holgádome he por cierto y mas holgaria si supiese quien son mis pa-

dres. Retirarme quiero, como la gitana me dijo, al portal de Ruzafa: mas hácia acá viene gente: desviarme conviene un poco en tanto que pasa.

Falisco.

Señor, la vista ó la imaginacion me engaña ó es aquella vuestra muy querida Angélica.

Casandro.

Gran cosa seria si la imaginacion no te engañase: antes yo te lo queria decir, pero estoy asombrado y maravillado que una tan honesta y recogida doncella vaya asi sola fuera de su casa.

Falisco.

Ella es: no ves que de nosotros se esconde?

Casandro.

Qué haré, Falisco? has visto como me soy demudado?

Falisco.

Señor, no os turbeis. Qué hiciérades si encontráredes con algun enemigo vuestro armado en mitad desta calle, cuando saliéndoos á la vista una cosa que tanto deseais, os habeis asi alterado y cambiado la color? De qué temeis?

Casandro.

Oh, Falisco! operaciones son que hace el amor.

Falisco.

Yo no sé á qué propósito se te desvía queriéndote tanto.

Casandro.

Aquesto es, Falisco, lo que me pone en partido la vida. Si por un cabo me combate el deséo de salirle al encuentro, por otro me refrena el temor, viéndola asi esquivarse de nosotros.

Falisco.

Señor, aqui conviene tomar buen acuerdo.

Casandro.

No sé que partido tome, si tú no me aconsejas.

Falisco.

Señor, si vos sois contento con mi consejo, yo no podré faltaros.

Casandro.

Pues, Falisco amigo, díme lo que debo de hacer.

Falisco.

Qué? posponer todo temor, porque las mugeres siempre desean ser rogadas: presentarte ante ella con aquel modo mejor que amor os sabrá mostrar, y demandalle cortesmente la ocasion de tal movimiento. El resto yo no soy suficiente á enseñaros, pero vos teneis capacidad para todo ello.

Casandro.

Pues yo voy. Gentil doncella, merced de la cual yo vivo: si es lícito á un humilísimo criado vuestro saber la ocasion de haberos salido asi sola fuera de vuestra casa, ruégoos por aquel dios que me atravesó el pecho el mismo dia que os entregué mi voluntad, que de mí no lo escondais, pues seais cierta que antes moriré por respeto vuestro habiendo ocasion, que vivir por otra.

Medoro.

Gentilhombre! vos mostrais en el hábito y manera ser cortes y bien acostumbrado, mas vuestras palabras son al contrario. No es usanza de personas nobles dar fastidio á ninguno, especialmente á mugeres y asi os ruego, si en vos hay centella de cortesía, os querais ir vuestro viaje.

Casandro.

Y como, señora? será aquesta respuesta el premio de tanto amor que siempre os he tenido y vos me habeis manifestado?

Medoro.

Señor, no seais tan descortes, por amor de Dios: id en buenhora, pues os lo ruego.

Gitana.

Buenos dias, buenos dias! ven acá, rapaza, qué haces aqui tú con ese señor?

Medoro.

Yo no hago ninguna cosa, sino que él es pesado y fastidioso.

Casandro.

Ay de mí! señora, fastidioso?

Gitana.

Anda, véte con Dios, gentilhombre! No sabes que no es usanza hacer mal ni enojar á mugeres, especialmente siendo forastera?

Casandro.

Forastera? Bien lo creo que vos lo seais, mas esta señora no la conozco yo por forastera.

Gitana.

Tú estás engañado, señor mio. Armelia! chuchuli, mechulachen, escucha una palabra.

Casandro.

Qué es esto, Falisco?

Falisco.

Yo estoy fuera de mí.

Agueda.

Dios os contente, señor Casandro!

Casandro.

Oh, señora Agueda, á qué buen tiempo sois venida.

Agueda.

Y como? qué hay de nuevo?

Casandro.

Veis aqui á Angélica mi señora.

Agueda.

Señora Angélica! — Ay de mí! no me habla: y quien es esta que está con ella?

Casandro.

No sé, en mi vida la ví: mas á mi señora le he suplicado me hable y no muestra en sí semblante de conocerme, antes me arroja de sí llamándome pesado y fastidioso. Señora Agueda, recibiré merced muy señalada que os llegueis allá y le pregunteis la ocasion de mediar semejante movimiento, que yo me apartaré de aqui en tanto.

Agueda.

Asi lo pienso de hacer. Dios os contente, hija hermosa! decidme, mis ojos, quereis que os diga una palabra aqui aparte?

Gitana.

Tú que quieres hablar aparte á los hijos agenos, tú piensas de los engañar. Anda véte con Dios, buena muger, anda véte.

Agueda.

Yo no hablo contigo, hermana mia.

Medoro.

Anda enhorabuena, muger honrada, que yo no soy por ventura quien vos pensais.

Agueda.

Y como tan presto os habeis desacordado de la vuestra Agueda y del amor de vuestro Casandro? Yo no sé en que modo os sufre el corazon desecharlo y consumirlo asi.

Medoro.

Déjate deso, hermana mia, que yo no te entiendo.

Gitana.

Anda véte con Dios! no tientes de paciencia á quien está desesperada y sola en tierra agena.

Agueda.

Desesperada? Desesperaos cuanto quisiéredes: quien os llama aqui, amiga? cata que es donaire.

Gitana.

Anda véte con la ira mala, y deja estar los hijos de los pobres: qué piensa hacer esta bruja?

Agueda.

Tú eres la bruja y á esta moza la conozco muy bien y ha de ir conmigo á pesar vuestro, don diablo meridiano.

Gitana.

Por la fé que mantengo, sì á ella os llegais, que yo os rasgue esa cara: ven acá, hija mia!

Agueda.

Por vida de mi ánima, que ha de ir conmigo.

Medoro.

Qué es aquesto, muger de bien? qué os ha movido á reñir sin razon?

Gitana.

Habeis visto qué mala hembra!

Agueda.

Habeis visto que ladrona!

Falisco.

Señor Casandro! desparta vuesa merced esta brega.

Casandro.

Yo temo de enojar á mi señora Angélica: despártelas tú, Falisco.

Falisco.

Tírate afuera, ribalda, que te haré encorozar! Adonde llevas tú esta señora? y mas me espanto de vuestro seso, señora Agueda, llegar á las manos con semejante persona.

Medoro.

Ay, hermano mio! de gracia despartildas.

Casandro.

Hacérseos ha á vos servicio, señora?

Medoro.

Antes merced grandísima.

Casandro.

Pues cual cosa no haré yo, señora, por complaceros? Agueda, por amor de mí, que depositada la cólera os entreis todas conmigo en mi posada, y allá veremos de do depende esta maraña, que yo quiero pagar la colacion.

Agueda.

Por mí, señor, aqui estoy.

Casandro.

Y vos, hermana, holgareis dello?

Gitana.

Yo, señor, vamos mucho norabuena.

Casandro.

Y vos, señora?

Medoro.

Yo, señor, como mi madre quisiere.

Falisco.

Pues yo voy á aderezar la colacion.

Casandro.

Sus, vé corriendo, que ya vamos.

Escena cuarta.

Acario, viejo ridículo.
Agueda, anciana, muger de Lupo.
Casandro, gentilhombre.
Gargullo, lacayo.
Lupo, padrastro de Estela.
Gitana.

Acario.

Ora, bien está. Aquel enfin es perfectísimo enamorado que recibe martirio por sus amores, segun dicen los astrólogos en las

corónicas de los médicos. Yo me he cogido para mí cualque docena y media de correonazós y de buena mano, y mi caro Gargullo otros tantos, de los cuales me pensé que muriese el pobre mozo. Y ahora hanme aconsejado que me arme de punta en blanco y me ponga á la puerta deste bellaco de Lupo, y en saliendo vengarme muy bien vengado. Sus! yo me voy á poner á punto.

Agueda.

Estad de buen ánimo, señor Casandro, que yo espero en Dios que haremos mas de lo que pensamos. Háse visto en el mundo cosa mas parecida que este hijo de la gitana á vuestra Angélica?

Casandro.

Ciertamente es cosa maravillosa, y digo que si aquel Apeles, único en el arte de la pintura, fuera vivo, no bastara á dibujar en tabla ó en lienzo una cosa que tanto le pareciese.

Agueda.

Agora, señor, escuche un concierto que tengo concertado muy bueno.

Casandro.

Y es el concierto, señora Agueda?

Agueda.

Que si á vuesa merced le pàrece, Gargullo saque á su amo de casa por tres ó cuatro horas y haré que Barbarina cumpla un cierto romerage que tiene de hacer y entre tanto sacar de casa á Angélica: y por si acaso el padre viniere, poner en su lugar á este hijo de la gitana que tanto le semeja, por medio de veinte y cinco ducados que le he prometido.

Casandro.

Bien está eso.

Agueda.

Solo una cosa resta que será bien fácil de hacer y sé que no me direis de no.

Casandro.

Digo, señora, que haré cuanto quisiéredes: qué es pues la cosa?

Agueda.

Que en pasando estas sacas y cambios, os desposeis con la señora Angélica luego.

Casandro.

Digo, señora, que antes lo mismo os queria decir: porque es tan grande el amor que le tengo, que cualquier cosa me seria á mí gran fatiga si tocase en el perjuicio de su honra.

Agueda.

Pues yo voy á negociar lo que cumple.

Casandro.

Id norabuena.

Gitana.

Bien negociado habemos, que veinte y cinco ducados me han prometido porque preste á Medoro por tres ó cuatro horas. Lo que me resta de hacer es descubrir á sus padres quien sea aqueste mozo, que no serán tan malos que no me perdonen el hurto y me paguen la crianza dél. En el entretanto es menester buscar para el mantenimiento: pero un hombre me parece que está escuchando: le haré la morisqueta con esta bolsa.

Gargullo.

Valga el diablo á tan estraño hábito. Es hombre ó muger? un intérprete es menester para entendello.

Gitana.

Cuando hurté esta bolsa con todos estos ducados no me vió nadie: fortuna me ha favorecido esta vuelta.

Gargullo.

Salto es este por los santos de Dios!

Gitana.

Los diamantes y rubíes sin cuatro mil coronas que vienen dentro valen un tesoro.

Gargullo.

Qué es aquesto? pues bien lo oigo que no estoy sordo.

Gitana.

El mercader, cuya es, me ha de buscar por toda la ciudad, porque al tiempo que la hurté no habia persona en toda la tienda.

Gargullo.

Estáte quedo, Gargullo, que la presa es tuya: tente, tente.

Gitana.

Bien será escondella aqui, que no pasa persona nacida, hasta que pase el peligro de la justicia, y en siendo pasado sacalla he y daré con ella en Andalusía.

Gargullo.

Iré? No iré: voy ó no voy? tente, Gargullo.

Gitana.

Ay! un hombre veo acullá: parece que me ha visto. Mal partido será dejalla al peligro: quiero tornar y sacar mi bolsa.

Gargullo.

Estáte queda, ladrona! qué hacias aqui?

Gitana.

Está quedo: burla si achi, burla si achi? qué me quieres tú á mí, qué me quieres?

Gargullo.

Ah, burla si achi, burla si achi: tú no lo sabes? daca la bolsa del mercader, ladrona: donde la escondiste?

Gitana.

Yo, qué bolsa? qué mercadante? búrlaste conmigo?

Gargullo.

Ah, búrlaste conmigo. No tienes vergüenza: anda acá delante del corregidor y allá darás la cuenta.

Gitana.

Está quedo, no me impidas mi camino, ni me estorbes mi trabajo, hombre honrado!

Gargullo.

Sí, hombre honrado! Anda acá, hermana, no des voces, que yo soy mozo del mercader cuya es la bolsa y vengo en tu seguimiento.

Gitana.

Ay, hermano! por amor de Dios, ya que sabes el negocio no lo descubras, sino deja estar la bolsa donde tú viste que la puse y despues partiremos la mitad para tí y la mitad para mí.

Gargullo.

Que me place, hermana: yo callaré, partámosla y soy contento.

Gitana.

Pues, hermano, hazme un placer, que en tanto que pasa el peligro de la justicia que me prestes algunos dineros.

Gargullo.

Toma, cata ahí un escudo que agora acabo de coger á mi amo.

Gitana.

Poquito hay aqui y tengo mucha gente.

Gargullo.

Hasme hecho tanta lástima, que te daré las entrañas. Ves aqui esta cadena? véndela y avíate con la bendicion de Dios.

Gitana.

Dio de té salud, hermano. Mira, amigo: yo querria que por amor de Dios no toques la bolsa hasta que yo vuelva.

Gargullo.

Guárdeme Dios: no, no la tocaré, yo te lo prometo por esta ánima pecadora. Con lo que es mio me ayude Dios, que lo ageno no lo quiero.

Gitana.

Ven acá, hermano! donde es tu posada?

Gargullo.

Sabes la plaza pelliceros?

Gitana.

Sí, muy bien.

Gargullo.

Aguarda que no es ahí mi posada.

Gitana.

Pues donde?

Gargullo.

Sabes la plazeta de las moscas?

Gitana.

Esa no.

Gargullo.

No, no la sabrás: sabes la calle de los asnos?

Gitana.

Sí sé.

Gargullo.

Pues tampoco vivo ahí, sino véte al portal del cojo y pregunta por un zapatero nuevo que se dice Maese Córdova y en un poyo que está junto á su casa allí siéntate hasta que yo vaya.

Gitana.

Pues, hermano, por amor de Dios, porque vaya sin peligro de la justicia, que me prestes la capa hasta que yo vuelva, porque no sea conocida.

Gargullo.

Toma, hermana, y avíate.

Gitana.

Mira que te torno á avisar que no toques en la bolsa hasta que vuelva.

Gargullo.

Guárdenos Dios del diablo! Sé que cumplir habia mi palabra, siendo hijo del mas honrado potecario que hay en Castilleja de la cuesta.

Gitana.

Sus, queda á Dios.

Gargullo.

Él te guie. Allá va como dicen los pies en las espaldas con el recelo de Miser horca. De tal suerte va, que si se esconde no bastará descubrilla toda el arte mágica. Ora sus, yo me quiero detener un poco antes de tocar el venturoso tesoro, porque si la muger volviere me halle verdadero y observador de mi palabra. Ea, vecinos! los que andais haciendo cercos y conjuros por hallar los escondidos tesoros, acudí al venturosísimo Gargullo, el cual hoy sin cerco ni conjuro y sin hábito de nigromante, descubrirá un tal tesoro, con que remanezca rico para todos los dias de su vida. Entretanto quiero pensar qué tengo de hacer con tanto dinero. Lo primero que haré será hacer unas casas en lo mejor desta ciudad: hacellas he pintar por defuera y por dedentro al Brutesco y al Romano. Haré que me pongan al punto un lindo coche, en que me pasee y los caballos que me tirarán blancos: dejáme hacer á mí! Haré vestir mis criados de mi libréa, que será rojo y blanco, significando rubíes y diamantes. Haré matar á todos mis parientes, que ofrezco al diablo hombre que quede á vida, porque viéndome tan rico no me codicien la muerte, y tambien porque no sepan mi linage. El vivir mio no quiero que sea mercadante, porque es vida desasosegada. Cuando fuere por la calle llevaré un paso grave y muy gallardo. Harto bienaventurado será aquel que quitándome el bonete yo le volviere el recambio: porque como dicen, en esto mundo tené dineros, que ese es el valer. Ora no puedo mas detenerme aqui en palabras, sino sacar el venturoso tesoro. Helo! helo! ea, dioses celestes, encended grandes luminarias: abrid esas finiestras del cielo, para que yo vea á contar lo que está en esta dichosísima bolsa, y mas dichoso yo por habérmela hallado. Ea, Gargullo! hela, hela donde asoma: bendito sea Dios todo poderoso! — Ay! escorias son y carbones! Por los santos de Dios, carbones y escorias me cuestan un escudo y una cadena y capa y gorra! Gentil merchante soy por cierto. Oh, saquillo de carbones! Oh, pobre de tí, Gargullo! Como te

has dejado engañar de una gitana? No sabia yo que aquella era una ladrona? Verdaderamente yo he merecido hoy la principal cadena de los locos. Ora sus, yo quiero tornar á los amores de mi amo Acario, que yo espero antes de mucho tornar la piel como la culebra. Helo aqui do viene.

Acario.

Gargullo!

Gargullo.

Señor, eres tú?

Acario.

Sí; no me conoces?

Gargullo.

Pues, señor, ponte en ristre y justa de buen mantenedor.

Acario.

Y tu capa, Gargullo?

Gargullo.

Que no traigo capa, señor, que vengo á la ligera.

Acario.

Luego yo á la estradiota verné?

Gargullo.

Sí, señor! á la estradiota vienes.

Acario.

Pues, Gargullo, no querria que te tardases y me matase á mí primero.

Gargullo.

Que no tengais miedo, señor: id con ánimo de vengaros, que fortuna os ayudará.

Acario.

Y si el otro la tiene ya convidada?

Gargullo.

Á quien?

Acario.

Á ese diablo de fortuna ó porcuna, ó como le dices.

Gargullo.

Anda, señor, junto con esa puerta: yo estaré aqui detras y en saliendo cortalle aquellas piernas: no os bastará á vos el ánimo de vengaros?

Acario.

Mira, Gargullo: mátale tú una vuelta y despues hazte á una banda, que yo me vengaré bien vengado despues de muerto.

Gargullo.

Acaba, señor, enristra presto.

Acario.

Guarte, Gargullo, no te lo hinque.

Gargullo.

Guárdeme Dios.

Lupo.

Válgate Dios ó el diablo quienquiera que fueres! quien es?

Acario.

Yo soy el ánima de Ferragute: noli me tangere, no me toques!

Lupo.

Pues á qué venis, hermano?

Acario.

Á llevar los hombres de ruin vivir á la otra vida.

Lupo.

Los hombres de ruin vivir? Pues espera: holá, mozos! traéme aqui un saco y meteldo dentro, y lleválo al cimenterio y dejámelo allí en una fuesa de aquellos muertos.

Acario.

Ay! Ay! donde me llevais?

Lupo.

Gritad, que cuando el diablo os ayudare allá habeis de ir.

Escena quinta.

Barbarina, muger de Acario.
Ortega, simple.
Paulilla, moza.
Angélica, hija de Acario.
Agueda, muger de Lupo.
Gargullo, lacayo.
Lupo, padrastro de Estela.
Acario, viejo ridículo.

Barbarina.

Agora entiendo y conozco que no hay ninguna cosa que amor no haga y pueda. Agueda me, ha dicho que traiga agua de siete fuentes y tierra de siete finados, para lo cual ha mandado que vaya vestida en este hábito: yo lo quiero poner luego por obra.

Ortega.

Pues válgale el diabro! agora se le ha antojado á la señora Angélica dolerle las quijadas.... qué potecario ha de querer abrir á la media noche? Qué es aqueso que tengo de traer, Paulilla?

Paulilla.

Salsifragia y bolarménico.

Ortega.

Ya entiendo, ya: salchopaja y monartético: ofrezco yo al diabro vocabro de tantas silvas, sino creo que tiene mas acetros y saldragas que el arte de canto llano ó agudo ó como se llama.

Barbarina.

Mala debe de estar mi hija, mas qué se puede hacer?

Angélica.

Paula, dale priesa á que se vaya, porque tengamos lugar de efectuar nuestra salida.

Paulilla.

No vas, Ortega?

Ortega.

Y si no hallare aqueso, qué traeré?

Paulilla.

Con tal que vengas presto, trae lo que á la boca primero te viniere.

Ortega.

Billotas, billotas! Hermana Paula, por tu vida, que en tanto que yo voy rezes alguna oracion para encuentro de las pantasmas, que yo mala espina tengo y dicen que á estas horas se suelen pasear por las calles las ánimas pecadoras. Mas ay! ay!

Barbarina.

Donde vas, Ortega? no me hablas? helado quedas? donde vas, dí?

Ortega.

Ya saben mi nombre las pantasmas, poca es mi vida.

Barbarina.

Díme, necio, donde vas?

Ortega.

Señora, aqui voy por un dinero de potecario ó sanchopaja á servicio de su reverencia. Dígame, vuesa paternidad, cuanto ha que salió del otro mundo?

Barbarina.

Agora en este punto.

Ortega.

Mucho habeis caminado y á qué venis?

Barbarina.

Á llevar todos los mozos lerdos y perezosos á la otra vida.

Ortega.

Luego yo no soy de menester allá.

Barbarina.

No? el primero habeis de ir.

Ortega.

Y no es mas lerda Paulilla, la de mi casa?

Barbarina.

Y adonde está esa?

Ortega.

Espere vuesa merced, que yo la iré á llamar.

Barbarina.

Volved acá: pensais os de escapar asi?

Ortega.

Señora pantasma, soprico á la ilustrísima señora que me haga tan señalada merced de dejarme llegar á casa por una camisa limpia, que esta está muy sucia y ternán que decir de mí ciertos parientes que tengo en el otro siglo.

Barbarina.

Pues andad y venid presto. Ola, Ortega! catad que os aguardo aqui y no me iré hasta que vengais.

Ortega.

Quien ha de volver, señora pantasma?

Barbarina.

Vos.

Ortega.

Yo? en la color del paño estamos. Juro al cielo de Dios que de casa no me saquen con tenazas cuanto mas con palabras.

Barbarina.

Sus, yo me voy á seguir mi romerage por esta encrucijada.

Angélica.

Oh, ciego Cupido! sojuzgador de los juveniles corazones, de quien proceden aquellos deséos, agora dulces agora amargos, con los cuales nuestro ánimo se recréa: si acaso fuiste inclinado á alguno que debajo tu poderoso imperio militase, inclínate á nosotros. Óyenos, socórrenos, ayúdanos. Hazlo, señor, no por mí, mas por aquel arco, aljaba y flechas á quien todos los enamorados se inclinan. Haz, señor mio, que yo te pueda sacrificar, no vitelos ni enciensos, mas aqueste mísero corazon mio, para que venga en efecto este nuestro lícito amor. Mas ay! triste! qué gente armada podria ser aquesta que veo á la puerta falsa? Temor me ha puesto: mas sin duda es Casandro que me viene á sacar en cambio de la gitana: le voy á recibir.

Gargullo.

Señora Agueda, qué es esto? qué demonio habeis urdido acá?

Agueda.

De qué te ries, Gargullo?

Gargullo.

De qué me rio? de mi amo Aeario.

Agueda.

Y qué ha hecho tu amo Acario?

Gargullo.

Tu marido Lupo le ha metido en un saco y llevado al cementerio y le ha puesto encima de una sepultura, y está dando gritos como un asno y tengo miedo que un disciplinaute que está allí no encuentre con él.

Agueda.

Ha, ha! qué gran placer es el mio.

Gargullo.

De qué te ries tú agora, hermana Agueda?

Agueda.

De aquel disciplinante que dices. Oh! si supieses quien es.

Gargullo.

Quien es, por tu vida, Águeda?

Agueda.

Sabes quien? tu ama Barbarina, que yo la he mandado que vaya en aquel hábito á coger tierra de difuntos: pero veslos donde vienen!

Barbarina.

Ay de mí! ay de mí! socorro! socorro!

Gargullo.

Con quien lo habeis? con quien lo habeis?

Barbarina.

El diablo que viene tras de mí armado: no le veis?

Agueda.

No sé como no soy muerta de pura risa. Por tu vida, Gargullo, que te vayas á templar esos landes, porque estan muy desacordados.

Gargullo.

Yo pienso que no bastará toda la concordancia del mundo á templallos.

Agueda.

Sus, yo me quiero volver á mi casa, porque ya Casandro se habrá desposado con Angélica segun lo dejamos concertado y cobraré los veinte y cinco ducados á la gitana ofrecidos, sin los demas que tocan á mi trabajo. Ha de casa!

Lupo.

Quien es?

Agueda.

Yo soy, marido: abridme esas puertas que os tengo mucho que contar.

Lupo.

Entrad, descanso mio: bonito, catá no caigais, dadme esa mano.

Aqui sale Medoro huyendo y Acario y Barbarina tras dél.

Acario.

Hola, hola, señora muger! aguijad, que mi amada Angélica se va huyendo por la calle: tomad el manto.

Barbarina.

Por donde va? andad vos que luego voy, Gargullo!

Gargullo.

Señora!

Barbarina.

Aguija tras tu amo Acario que va en seguimiento de Angélica.

Gargullo.

Pues quien la lleva?

Barbarina.

Nadie, sino que huye de casa.

Gargullo.

Que huye? daca la espada, daca mi jaco y guantes.

Barbarina.

Anda, loco, que no es menester nada deso.

Angélica.

Aguijad, señora Agueda, tornadme á mi casa agora que hay tiempo y sazon.

Agueda.

Qué tiempo? como lo sabeis?

Angélica.

Que yo he visto mi padre y mi madre en pos del hijo de la gitana.

Agueda.

Aquel que pusimos en vuestro lugar?

Angélica.

Ese mismo, pero yo quiero cuando mis padres tornen á casa fingir un buen semblante, diciendo á qué efecto han salido de casa

con semejante alboroto, de suerte que quede yo libre y ellos no sepan si duermen ó velan.

Agueda.

Digo que habeis acordado muy bien: esperad y acompañaros ha mi marido. Señor marido!

Lupo.

Señora muger!

Agueda.

Salid y acompañad aqui á la señora Angélica hasta su posada.

Lupo.

De gracia: vamos, señora!

Angélica.

Mercedes, señor Lupo! andad con Dios pues ya estoy en salvo.

Lupo.

Beso las manos de vuesa merced y perdone.

Gargullo.

Oh, pecador de mí! pecador de mí!

Lupo.

Qué has, Gargullo? donde bueno vas?

Gargullo.

Oh, mi hermano Lupo! mi señora Angélica huida de casa y á lo que creemos ella está llena de espíritus y agora voy por dos mantéos á casa, el uno para mi señora la vieja y el otro para la moza, y esto porque no sean conocidas.

Lupo.

Pues vas á tan buena obra no te quiero estorbar: anda con Dios.

Gargullo.

Él te guie, hermano Lupo, que hoy me han cabido en suerte locos y endemoniados. Ha de casa! abrid, cuerpo del cielo! no me hagais estar á la puerta dando voces en la calle.

Angélica.

Bien entendido tenia yo que seria el loco de Gargullo.

Gargullo.

Jesus! Jesus! qué es aquesto?

Angélica.

De qué te fatigas? quieres me decir algo ó quieres subir?

Gargullo.

Yo pienso haber hoy entrado en la casa de los locos, ó que por estar deste arte tengo enviado mi sentido á Baco.

Angélica.

Qué diablos estás fantaseando?

Gargullo.

Digo que os conjuro de parte de Dios y de señor Sambido, que me digais si sois ánima ó si sois algun espíritu fantástico?

Angélica.

Aqueso te ha causado el mucho beber.

Gargullo.

El mucho beber? Beso las manos de vuesa merced! Por Dios que está donoso mi yerno! si agora en este punto os dejé en casa de un vecino de vuestro padre y vuestra madre con vos, y me enviaron por dos mantéos, y os he dejado muy bien ligada acullá y os hallo desligada acá, qué diablo quereis que diga?

Angélica.

Sin duda tú has perdido el juicio.

Gargullo.

Y qué haré yo agora?

Angélica.

Que te vuelvas á mis padres, que ellos deben tener los espíritus. Anda, y hacerles has dar señal que acá no te entendemos.

Gargullo.

Pues, señora, por amor de Dios, que no os movais de aqui hasta que yo torne.

Angélica.

Vé, que no haré: no dudes.

Gargullo.

Jesus! Jesus! si no tengo temor de ir solo por la calle que creo que todo está espiritado.

Escena sexta.

Medoro, en hábitos de muger.
Acario, viejo ridículo.
Barbarina, su muger.
Angélica, su hija.
Gargullo, lacayo.
Gitana.

Medoro.

Señores, catad que os digo que me dejeis.

Acario.

Ay, hija mia! Por amor de Dios que no se te ponga tal en el pensamiento, sino camina y curarte han desa enfermedad y cuando te hayas confesado remanecerás sana y contenta.

Medoro.

Confesaos vos, que debeis ser algun malaventurado.

Acario.

Á tu padre?

Medoro.

Cual padre? Ni quiero que seais mi padre, ni veros tampoco.

Barbarina.

Ay, hija mia! yo te encomiendo al señor san Bartolomé y ten confianza en Dios que no morirás deste mal.

Medoro.

Ay Dios! que no estuviera yo desligado.

Barbarina.

Tened entendido que ella tiene alguna legion de espíritus.

Gargullo.

Señor, todos tenemos hoy el diablo en el cuerpo, que vuestra hija Angélica yo la dejo en casa.

Acario.

Calla, borracho!

Gargullo.

Borracho? agora lo sabreis. Ha de casa!

Angélica.

Qué novedades son aquesas? adonde teneis el entendimiento, señor padre y señora madre?

Acario.

Muger!

Barbarina.

Marido!

Gargullo.

Ha, señores! estoy agora borracho?

Acario.

Digo que tienes razon. Barbarina, qué os parece desto?

Barbarina.

Y qué os parece á vos?

Acario.

Que no sé si es espíritu ó si es Angélica.

Medoro.

Dejadme pues, ya no os lo he dicho, viejos endiablados!

Acario.

Ven acá: tú quien eres? Barbarina, no sé que me diga que aquella me parece á mí Angélica.

Barbarina.

Y á mí aquesta? Y á tí, Gargullo?

Gargullo.

Á mí? aquesta y aquella.

Acario.

Anda véte, loco! Pero dejémoslas ambas y traigamos algun conjurador, que si alguna destas es espíritu, no será tan importuno que no se vaya.

Gitana.

Buenos dias! buenos dias! ven acá, rapaza, adonde te has escondido?

Medoro.

Ay, amada madre!

Acario.

Cual madre ó cual diablo?

Gitana.

Madre soy de aquesta mochacha: dejadnos en paz, que aquesta es mi hija. Y porqué habeis ligado á la mochacha como bestia en caballeriza?

Acario.

Aquesta tu hija? tú tienes que mentir por mitad de la cara.

Gitana.

Tú eres él que dice la mentira, que aquesta es mi hija y quiero desligarla.

Barbarina.

Está queda, muger de bien.

Acario.

Gargullo, qué haces! ayúdanos aquí.

Gargullo.

Qué os tengo de ayudar, si la habeis dejado desligar?

Gitana.

Agora, señores, yo os veo á todos en gran confusion, y si me perdonáscedes un hurto que en algun tiempo se os hubiese hecho, yo os declararia á vista de los ojos clara y distintamente, cual de aquestas es vuestra hija.

Gargullo.

Ha, ladrona! venida sois á pagar el saco de carbones que me hizistes creyente eran dineros, y la cadena de mi señor Acario, y mi escudo y mi capa todo me lo habeis de dar aqui juntamente.

Acario.

Déjala estar, Gargullo, que mas de todo eso se le ha de perdonar con que nos saque deste labirinto.

Gitana.

Y vos, señora, perdonaisme?

Barbarina.

Yo, ni mas ni menos.

Gitana.

Pues que ya estoy perdonada de ambas partes, decíme habeis tenido mas hijos que aquesta moza?

Acario.

No mas que aquesta sola.

Gitana.

Qué, nunca tuvísteis hijo alguno?

Barbarina.

Sí, otro hijo tuve que nació con ella y de un mismo parto.

Gitana.

Y ese hijo es vivo?

Barbarina.

No es vivo: ojalá nos viviera!

Gitana.

Y como lo sabeis?

Acario.

Yo os lo diré: enfermó de una fiebre mortal y en cuatro dias se nos murió.

Gitana.

Acuérdase bien, señor, si es muerto?

Acario.

No os digo que se nos murió? y en la cuna se nos desfiguró, que en rostro y faiciones era semejante á su hermana.

Gitana.

Mira, señor, no lo hubiesen cambiado en la cuna.

Acario.

Quien me lo habia de cambiar y como?

Gargullo.

Señor, guarte 'della, no te quiera hacer alguna burla, que es una ladrona.

Gitana.

No os acordais que en aquel tiempo andaban los gitanos por el mundo?

Acario.

Verísimo es.

Gitana.

Pues oidme! que soy aquella que os robó vuestro hijo Medoro, el cual es este en hábitos de muger, y él que se os murió era un gitanico, hijo mio.

Acario.

Santa María! hermana, enséñamelo que si él es ha de tener un lunar en la frente bajo el cabello.

Gitana.

Veslo aqui, señor, veslo aqui.

Acario.

Oh, carísimo hijo Medoro, ven y reposa en los brazos de tu padre.

Barbarina.

Ay, hijo Medoro! y es posible que eres vivo, despues que yo por muerto te tenia?

Medoro.

Sí, que soy vuestro hijo Medoro y soy vivo.

Barbarina.

Angélica, hija! abaja de presto á abrazar á tu hermano.

Angélica.

Que me place.

Gargullo.

Pues yo he de quedar sin abrazarte? espera.

Angélica.

Ay, caro hermano! que no puedes negar aquel que tú eres.

Medoro.

Ni menos tú, carísima Angélica.

Gitana.

No os parece que ha sido ventura haber hallado un hijo gentilhombre y hermoso y criado desta suerte?

Acario.

Digo que teneis razon, y de aqui adelante teneis en mí un hermano y en mi muger una hermana y en cualquiera destos un hijo.

Angélica.

Ya que habeis perdonado á la gitana, señor padre, hacer cuenta que las perdonanzas son hoy generales.

Acario.

Asi es la verdad.

Angélica.

Luego suplícoos, que me perdoneis un pecado.

Acario.

Dí, hija, que todas las culpas se perdonan hoy en esta casa por mí.

Angélica.

Habeis de saber que me he desposado con Casandro, gentilhombre rico y bienacostumbrado, y natural de la villa misma.

Acario.

Casandro? Está bien. Señora muger, dése perdonanza á todo: hacedme este placer!

Barbarina.

Si es con Casandro soy contenta.

Gargullo.

Señor, tambien quiero yo que me perdone á mí un pecado tamañito.

Acario.

Qué pecado?

Gargullo.

Que me he casado con la señora Estela.

Acario.

Con Estela, traidor!

Gargullo.

Señor, sí: perdonadme que cuando estuvimos en aquel peligro de los correonazos, hize promesa que si Dios me escapaba dellos de me casar con una moza pobre y asi he tomado á la señora Estela por muger. Ruego pues que nos favorezcais para poner una tienda de azeite, carbon y soliman.

Acario.

Anda, que yo te perdono. Hijo Medoro, toma á tu hermana Angélica por la mano y entraos allá dentro, y tú, Gargullo, con toda la crianza del mundo llamarás á Casandro, para que se celebren sus bodas y las tuyas.

Gargullo.

Señor, que me place! Ea, señores, cada uno se vaya á su posada, que si toda la gente que está allá dentro y vuesas mercedes han de comer en casa, bien podemos echar á cocer la mula y su gualdrapa y todo, y por tanto perdonen.

23. Algunos pasos del Coloquio de Timbria.

Leno, simple.
Troico, pastor.

Leno.

Ah, Troico! estás acá?

Troico.

Sí, hermano: tú no lo ves?

Leno.

Mas valiera que no.

Troico.

Porqué no?

Leno.

Por que no supieras una desgracia que ha sucedido harto poco ha.

Troico.

Y qué ha sido la desgracia?

Leno.

Qué dia es hoy?

Troico.

Jueves.

Leno.

Jueves? Cuanto le falta para ser Martes?

Troico.

Antes le sobran dos dias.

Leno.

Mucho es eso! Mas díme, suele haber dias aciagos asi como los Martes?

Troico.

Porqué lo dices?

Leno.

Pregunto, porque tambien habrá hojaldres desgraciadas si hay Jueves desgraciados.

Troico.

Creo que sí.

Leno.

Y ven acá: si te hubiesen comido á tí una en Jueves, en quien habria caido la desgracia en la hojaldre ó en tí?

Troico.

No hay duda sino que en mí.

Leno.

Pues, hermano Troico, aconhortaos y comenzad á sofrir y ser paciente, que por los hombres (como dicen) suelen venir las desgracias y estas son cosas de Dios en fin y tambien segun órden de los dias os podríades vos morir, y (como dicen) ya seria recomplida y allegada la hora postrimera. Recibildo pues en paciencia, y acordaos que mañana somos y hoy no.

Troico.

Válame Dios, Leno! es muerto alguno en casa?

Leno.

Ojalá! Troico.

Troico.

Pues qué fue? No lo dirás sin tantos circunloquios?

Leno.

Cuando mi madre murió, para decírmelo él que me llevó la nueva, me trajo mas rodéos que tiene vueltas Pisuerga ó Zapardiel.

Troico.

Pues yo ni tengo madre, ni la conocí.

Leno.

Huele ese pañizuelo.

Troico.

Y bien: ya está olido.

Leno.

Á qué huele?

Troico.

Á cosa de manteca.

Leno.

Pues bien puedes decir: aqui hué Troya.

Troico.

Como, Leno?

Leno.

Para tí me la habian dado: para tí la enviaba revestida de piñones la señora Timbria, pero como yo soy (y lo sabe Dios y todo el mundo) allegado á lo bueno, en viéndola asi se me vinieron los ojos tras ella como milano tras pollera.

Troico.

Tras quien, traidor? tras Timbria?

Leno.

Que no válame Dios! Qué empapada la enviaba de manteca y de azucar!

Troico.

La qué?

Leno.

La hojaldre: no lo entiendes?

Troico.

Y quien me la enviaba?

Leno.

La señora Timbria.

Troico.

Pues qué la heziste?

Leno.

Consumióse.

Troico.

De qué?

Leno.

De ojo.

Troico.

Quien la ojeó?

Leno.

Yo, mal punto!

Troico.

De qué manera?

Leno.

Asentémé en el camino.

Troico.

Y qué mas?

Leno.

Toméla en la mano.

Troico.

Y luego?

Leno.

Probé á qué sabia, y como por una banda y por otra estaba de dar y tomar, cuando por ella acordé ya no habia memoria.

Troico.

En fin, quc te la comiste.

Leno.

Podria ser.

Troico.

Por cierto que eres hombre de bucn recaudo.

Leno.

Á fé que te parezco: de aqui adclante si trajere dos mc las comeré juntas para hacello mejor. Mas ven acá, si quies que riamos un rato con Timbria, puédesle hacer cnercyente quc la comiste tú, y como ella piense que es verdad, podremos despues tú y yo rcir acá de la burla: qué mas quies?

Troico.

Bien me aconsejas.

Leno.

Dios bendiga los hombrcs acogidos á razon! pero díme, Troico, sabrás disimular con ella sin reirte?

Troico.

Y de qué me habia de reir?

Leno.

No te parece que es manera de reir hacelle encreyente que tú te la comiste, habiéndosela comido tu amigo Leno?

Troico.

Dices sabiamente: mas véte en buenhora, que yo quiero dar vuelta sobre aquestas lagunas.

Leno, simple.
Meliflua.

Leno.

Muchas veces ajoran los hombres cosas, que les valdria mas estar cuartanarios en la cama y aun quintanarios. Mirad por vuestra vida, quien le mandaba á mi amo, cuando me envió por aquella carga de aulagas para calentar el horno, encajarme tantas retartalillas y tantos retruécanos! Paréceme á mí que para un hombre discreto y agudo como yo, ya bastabàn el tercio de las palabras, que de cansado de rumiallas á la sombra de un lentisco me adormí y despertado me hallé sin asno y enjaquimado desta manera. Válame Dios! si por mi mala suerte algunas estantiguas me han convertido en asno! Adobado está Leno! Ah, plegue á tí, Ángelo Miguelo, que me depares alguno que me conozca y desengañe de quien soy! Oxte! quien sale allá? quiero llamar: ah, señora?

Meliflua.

Quien eres? como te llamas?

Leno.

Eso querria yo saber.

Meliflua.

Qué? tu nombre propio no sabes?

Leno.

Pues si lo supiese, qué me faltaba?

Meliflua.

Donde has partido hoy, y quien te puso ese rebozo?

Leno.

Yo creo que de casa de mi amo Sulco.

Meliflua.

Y cuando saliste?

Leno.

Ayer salí antes que el sol.

Meliflua.

Y á qué ibas?

Leno.

Si soy él que pienso, por una carga de aulagas para calentar el horno, porque estaba ya el pan amasándose cuando salí de casa.

Meliflua.

Y cuando se habia de cocer el pan?

Leno.

Ayer habia de estar cocido, que dos dias ha que por no haber polvo de arina en casa nos dábamos al ayuno.

Meliflua.

Buen recaudo se tiene la gente de tu amo con tal prisa: pero agora qué es lo que quieres ó buscas?

Leno.

Querria saber quien soy ó como me llamo.

Meliflua.

Y de qué manera quies saber aqueso de mí?

Leno.

De qué manera? Que yo me volveré acullá la cara y llamarme heis por mi nombre y si os respondiere yo debo de ser.

Meliflua.

Y si no respondes?

Leno.

Si no respondiere á Leno daré conmigo en casa de algun saludador y rogaréle que me conjure, que quizá debo ser el álima del mozo de Sulco, que cuando se echó á dormir le debieron de matar y enjaquimar.

Meliflua.

Bien dices: por qué nombre quies que te llame?

Leno.

Cuando era vivo Leno me llamaban.

Meliflua.

Pues calla y llamaréte.

Leno.

Déjame volver de espaldas.

Meliflua.

Vuélvete.

Leno.

Heme aqui. Sus! bien me podeis llamar.

Meliflua.

Leno!

Leno.

Qué os piaz?

Meliflua.

Ah, ves como eres tú?

Leno.

Sí, sí, yo soy, yo soy! Bendito aquel que me dejó hallar! En mi vida me habia visto tan confuso.

Meliflua.

Y agora qué quieres hacer?

Leno.

Desllorarme á mí y comenzar á llorar el asno, que creo que es perdido, y entraréme á casa.

Meliflua.

Vé norabuena.

Leno.

Reventado muera yo si de aqui adelante no me hago poner un sobrescrito en las espaldas, que diga cuyo soy y como me llamo y en que barrio moro.

Troico, pastor.
Leno, simple.

Troico.

Éntrate y pregunta á esos mozos si por ventura ha venido el asno.

Leno.

No mo conocerá ya ninguno.

Troico.

Porqué no te han de conocer?

Leno.

Debo venir muy barbado.

Troico.

Cuando saliste de casa?

Leno.

Ayer de mañana.

Troico.

Pues desde ayer de mañana no te habian de conocer?

Leno.

Mira qué milagro tan grande! No me conocia yo propio, ved como diabros me conocerán los que no son yo! Pero díme, está señor en casa?

Troico.

Pienso que sí.

Leno.

Y podré entrar yo sin que me vea?

Troico.

Bien podrás.

Leno.

Hame prometido algo de ayer acá si sabes?

Troico.

Qué te habia de prometer?

Leno.

Alguna taréa. Es vivo aquel cayado largo que suele traer?

Troico.

En la mano se lo dejé yo agora.

Leno.

Ya me parece que le siento andar tomándome la medida destas costillas como suele: mas buen remedio.

Troico.

Qué remedio?

Leno.

Colarme en el pajar y soterrarme muy bien en la paja y en llegando allí cualquiera que me vea, hacelle encreyente que soy raton de las Indias.

Troico.

Bien has dicho: anda, véte.

Leno.

Troico, no dejes de irme á ver si se tardaren mucho en sacar paja, que ahí me hallarás, y no te descuides de llevarte algo en las manos, que el estómago tengo hecho levadura de pura hambre.

Sulco, amo.
Leno, simple lleno de granzones de paja.

Sulco.

Oh, hideputa perro! Qué diligente mozo! Aguardaldo con la carga de leña! Parécete bien que á estar sin comer en casa estuviéramos frescos? Habla! qué hacias escondido en la paja? do el asno? donde lo has dejado?... Qué es aquesto? no hablas? dame acá aquel látigo con que yo hago hablar á los mozos.

Leno.

Aqueso seria si yo huese mozo, como vuesa merced dice.

Sulco.

Bendito aquel que os ha hecho hablar: pues quien sois, señor?

Leno.

Señor, soy lejo de aqui.

Sulco.

Y como veniste?

Leno.

Por la mar he venido.

Sulco.

Y de donde?

Leno.

De las Ínsulas.

Sulco.

De las Ínsulas? Jurara yo que érades Leno, un mozo que yo habia enviado por una carga de aulagas.

Leno.

Engañado vive vuesa merced, que no soy por mis pecados sino raton de las Indias.

Sulco.

Raton? Mucho habeis criado para raton.

Leno.

Señor, soy criado en la tierra gruesa.

Sulco.

Qué tierra gruesa es aquella vuestra?

Leno.

Señor, en mi tierra hay hombres que tienen en cada dedo cincuenta y dos coyunturas.

Sulco.

Muy grandes serán esos hombres y á esa cuenta pasarán de palmo de vara. Y qué habrá de coyuntura á coyuntura?

Leno.

Señor, de una á otra hay dos varas y media.

Sulco.

Válame Dios! Y si tan grandes son como vos los ratones de vuestra tierra, los gatos que los cazaren de que tamaño pueden ser?

Leno.

Señor, serán de quince leguas de largo.

Sulco.

Y de ancho?

Leno.

Veinte y dos.

Sulco.

Como es posible ser mas ancho que largo?

Leno.

Porque son hechos ancho por largo.

Sulco.

Y qué hacíades vos en mi pajar?

Leno.

Señor, entréme huyendo de un cabo de gaita.

Sulco.

Ora bien: átenle al brocal de aquel pozo y no le den de comer bocado hasta que venga quien le conozca.

Leno.

Señor, no me aten, que raton manso soy. Llévenme á la cocina si vuesa merćed mandare, y asiéntenme cabe las ollas porque asombre á los gatos.

Sulco.

Hágase lo que yo mando: amárrenle valientemente y no le den de comer porque amengüe de cuerpo.

Leno.

El demonio me ha hecho hablar! si por huir de un hoyo el hombre cae en otro mayor! déjeme y fie de mi palabra, que yo mismo me voy á amarrar.

Sulco.

Tira pues.

24. Algunos pasos del Coloquio de Camila.

Pablos Lorenzo, simple.
Ginesa de Bolaños, su muger.
Camila, su ama.

Pablos.

Como aun daria yo al diabro la savandija si por un negro pollo me hubiésedes vos de quitar la comida! Juro al siglo de mi bisagüelo que si tal sucediese, á los pies de los señores Provisores me huese, porque viesen el poco respleuto que vos haceis de Pablos Lorenzo vuestro marido.

Ginesa.

Por el siglo del padre que me engendró que aqui no me entreis en estos ocho dias, para que cuando yo os dejare á guardar la casa abrais veinte ojos por ella.

Pablos.

La casa, Ginesa de Bolaños, no se está asi sana y entera como se estaba? Al menos podráste alabar que mientras yo he quedado en guarda della nadie se ha atrevido á hurtalla, loores á Dios.

Ginesa.

Pues qué habian de hurtar? decí, Pablos perdido!

Pablos.

Qué diabros me sé yo! no dices que la casa? que pensará él que te oyere que se la han llevado por esos vericuetos. Osaria yo jurar que aunque te la dejases sola y á escuras y á esos serenos, nadie se atreviera á hurtalla, cuantimas quedando dentro un hombre de tan buen recaudo como yo.

Ginesa.

Pues como la casa se habian de llevar y sacalla de cimientos?

Pablos.

Que sé yo? á tí te lo oigo: tú te lo dices y lo levantas.

Camila.

Qué voces son estas?

Pablos.

Si supiese vuesa merced, señora, sobre qué son! son sobre un negro pollo que me llevó el sorromícalo ó gavilucho, ó diabro ó como se llama.

Ginesa.

Ay, señora, qué mas mala ventura quiere vuesa merced? que de once pollos que me sacó la gallina no me ha quedado sino solos cinco.

Pablos.

Once? Plegue á Dios que reventado muera y vuesa merced si parte quiere, si parió la gallina sino cinco pollos á la mañana y seis á la noche, y dice ella que son once. Y ven acá, esos hémelos comido yo por ventura? No te he jurado ya que se los llevó el sorromícalo?

Ginesa.

Aun teneis lengua para hablar, ánima de cántaro!

Pablos.

Dóte al diabro, muger! No ternás un poco de miramiento siquiera por las barbas de su merced que está delante! —

Pablos.

Dó al diabro los pollos y la pollada y á quien me los da á guardar tambien.

Ginesa.

Qué es eso, marido? qué traeis ahí?

Pablos.

No conoces que es la cesta de los pollos? guarte, que vengo cosido con todas esas baratijas.

Ginesa.

Cosido? Jesus, Jesus! y válaos quien quiera! Esa necedad habíades de hacer?

Pablos.

Necedad te parece? á mí no, por cierto. Qué, querias que

aguardase otra vez que descendiese el sorromícalo y me llevase otro pollo y tuviésemos otra pendencia como la pasada?

Ginesa.

Daldos acá.

Pablos.

Paso, paso, pecador de mí! quiesme arrastrar á mí y á ellos?

Ginesa.

Pues como? sois vos por dicha Pedro de Urdemalas que queria enredar todo el monte?

Pablos.

Hágote saber que no soy sino Pablos de Urdebuenas, y los pollos y la cesta y el sayo y el jubon todo viene hecho de una pieza, porque si el sorromícalo se atrevia dengollir otro pollo se llevase tambien á Pablos Lorenzo y todo.

Ginesa.

Ea! descargaos.

Pablos.

Otra tuya! No ves que si no me quitas el sayo descargarlos no podré?

Ginesa.

Pues sea con sayo y todo: acabemos.

Pablos.

Paso, paso, bonito, muger!

Ginesa.

Oh qué gentil cuerpo para armado en blanco!

Pablos.

No me alabes, muger! piénsaste que me he de casar otra vez?

Ginesa.

Marido, por vida vuestra y asi Dios os preste á mí, pues está hecho lo mas hágase lo menos: y es que por darme algun poquito

de placer y sepan quien es Pablos Lorenzo mi marido, que baileis un poco.

Pablos.

Válate el diabro! y no sabes tú que yo no sé bailar sin cantar?

Ginesa.

Pues baila y canta por amor de mí.

Pablos.

Que estoy ronco, muger, y tengo la voz mal entonada.

Ginesa.

Sea como quiera.

Pablos.

Ora bien, muger! tú harás que caiga en vergüenza: á tu cargo vaya. (*Canta y baila.*)

Mas trabaja que él que cava
él que tiene la muger brava.

Pablos.

Qué cosa del diabro es esta de mi muger, que ya que estaba durmiendo á mi pracer, me fue á recordar y dijo: oislo! oislo! levantaos y vereis lo que nunca habeis visto. Y asi yo entuences me levanté, y como fuese la fiesta del Corpus Criste me atavié peor que si huera un préncipe y cabalgado en mi borrica al salir por la puerta encontré con un monacillo. Dios nos libre destos que van á coger el diezmo ó premicias de los pollos, pues quieren decir que no hay mas mal pronóstico que el hombre casado á la salida de la puerta topar monacillos, ó zorras, ó lechuzas. Ora sus, yo quiero llamar. Oislo, oislo! Ah, Ginesa de Bolaños, no me quereis abrir?

Ginesa.

Quien diablos está ahí? Ay, marido! y como venis asi? qué gesto es ese?

Pablos.

Tus porfías son, muger, que poca necesidad tenia yo de ir á ver la fiesta y el festejon, que creo se me ha mudado el tono de la voz como la color de los vestidos con la caida que di.

Ginesa.

Pues como caistes? y quien os hizo caer?

Pablos.

Yo te lo diré, muger. Al tiempo que yo y la burra estábamos embebecidos mirando el rueco ó la rueca del hijo prólogo ó como se llama.

Ginesa.

El carreton del hijo pródigo querreis decir.

Pablos.

Sí, sí, del hijo pócrito: allegó uno destos del Rey adoras para darme con su nariz de vejigadas, y á mala vez me quiso dar que de vello se espantó la burra dando á correr y saltos y pernadas. En esto decia la gente: válate Dios, hombre! válate Dios, hombre! Yo por mirar por quien era tanto válate Dios, vine á caer dentro de una acequia y viéndome zampuzado dije entuences: tate! por mí lo decian.

Explicacion conjetural de varias palabras que no se hallan en el Diccionario de la Academia Española.

abarróncote	arráncote.
acuntió	aconteció.
ahé	afé.
ajoran	agoran, pronostican.
almariete	armario grande y tosco.
añaceando	ociando.
anaziados	ociosos.
andiluvios	diluvio, inundacion.
anteo	asombro.
badeones	semejantes á badea.
bayones	eneas ó espadañas.
ca	acá.
candelera	encandiladera.
carrapuchados	arellanados.
chacorneando	chacoteando.
craqueta	ramera.
descluzio	desahucio, despido.
desmuele	borra, desvanece.
dusnar	desnudar.
emburulladas	emborrulladas.
empañadas	envueltas en paño.
escántote	atibórrote.
escupitera	garganta.
fransias	jácaras, cuentos.
galisto	aliño.
gorgomillera	barriga.
hendo	haciendo.
hu	fue.

ingrillando	aguzando.
manguispanado	manguispenado, con mangas escasas ó rotas.
maora	m'aurá ó me habrá.
matiego	criado entre matas, rústico, grosero.
maxmordon	cazurro, corto de genio.
medoño	lúgubre.
moleja	molleja.
pailon.	perol grande.
perchufar	chufar mucho.
percundio	pergeño.
perhundo	muy hondo.
ravasco	rabino.
recachando	cicateando.
regelo	agua helada.
sollar	resollar.
soncas	por cierto.
sorrabar	levantar asiendo del rabo las bestias caidas.
traque restaque (hasta) . .	hasta atracarse.
tronicas	retóricas, parladillos.
yergue	enderézate, levántate.

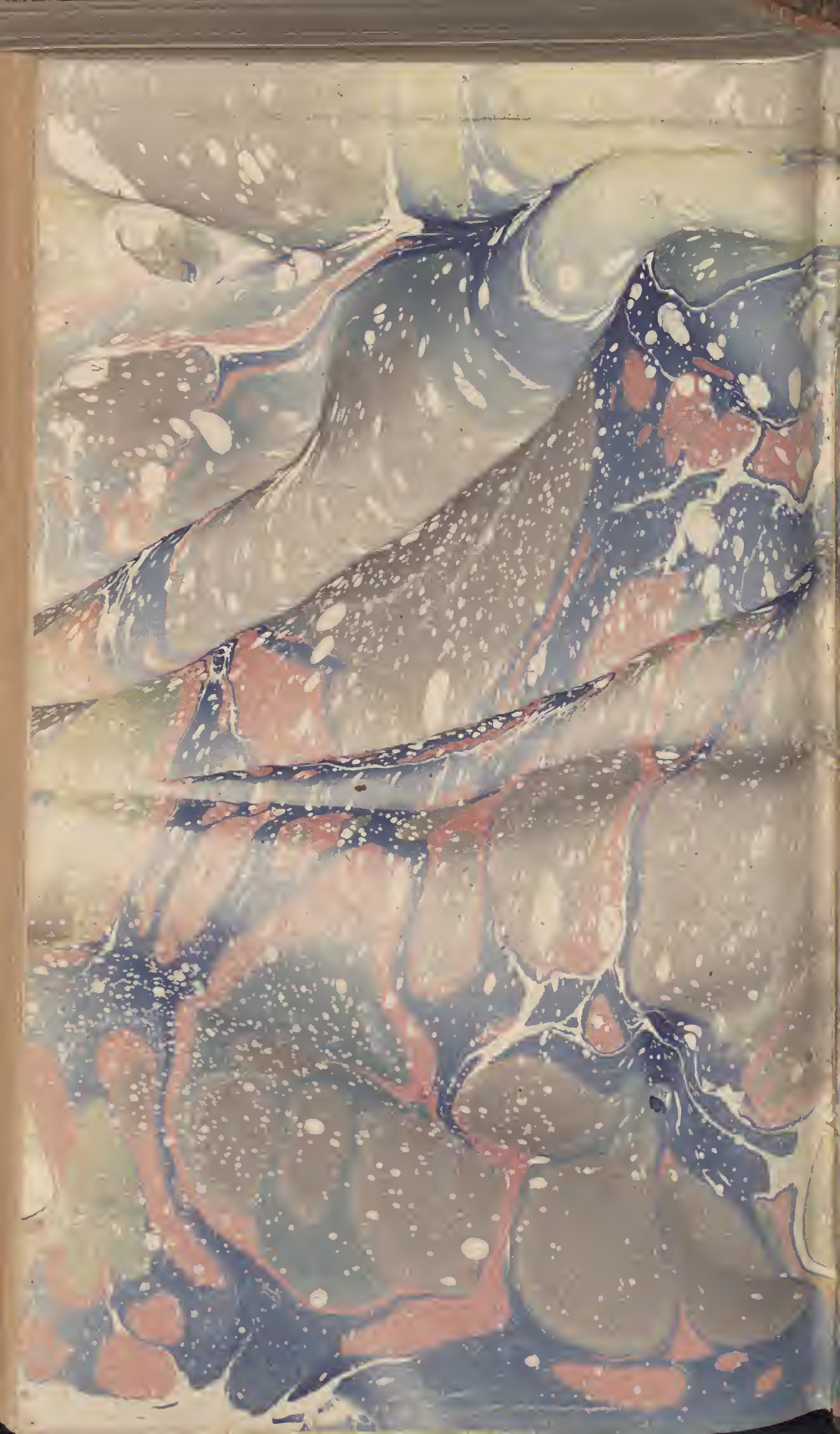
T a b l a.

Encina.

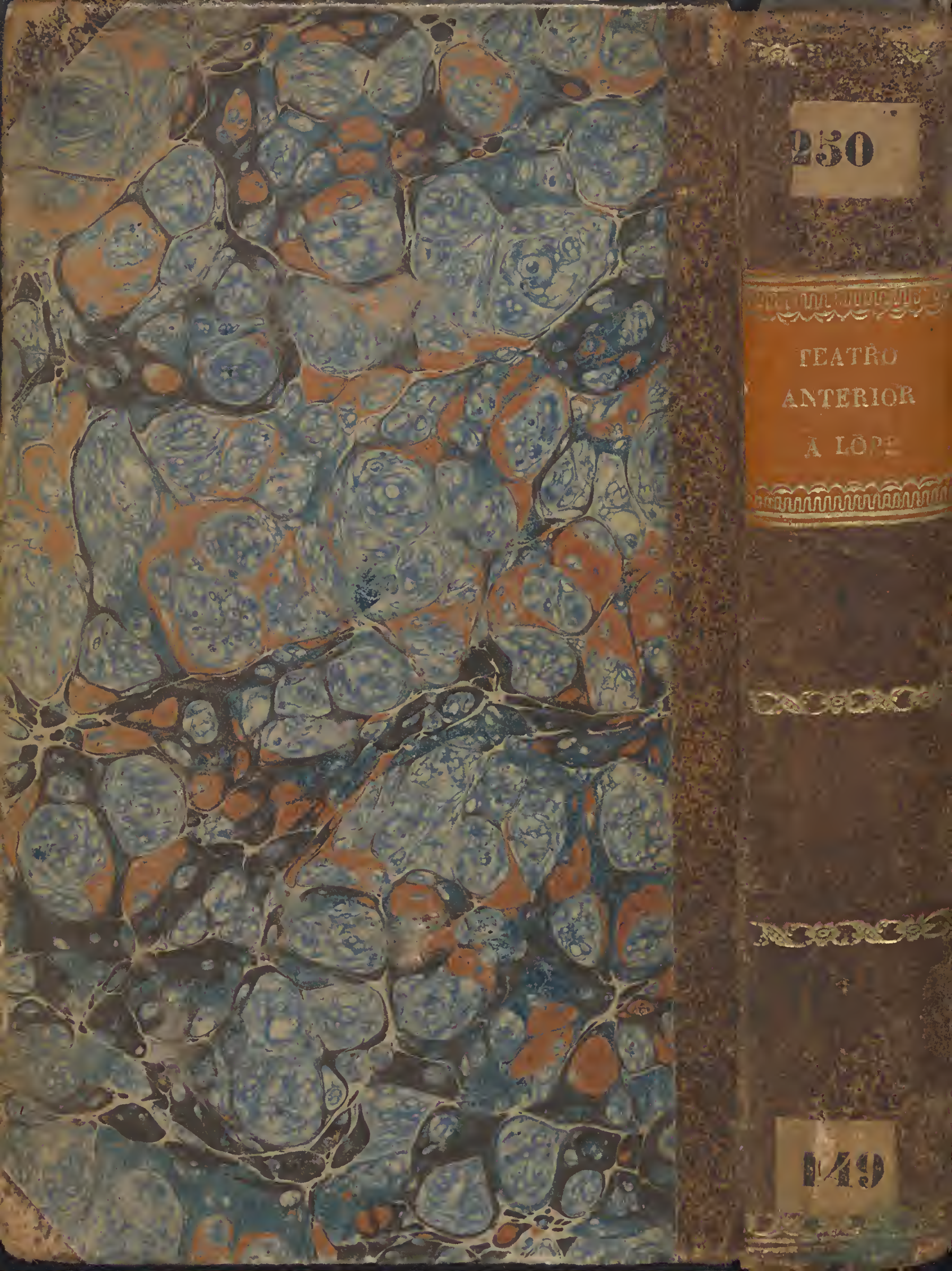
Gil Vicente.

Torres Naharro.

Lope de Rueda.




250/149
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987610
28723880


250
TEATRO
ANTERIOR
Á LOPE
149